

el Espacio, el Tiempo y el Yo

Norman Pearson

¿Por qué nacemos? ¿Por qué morimos? ¿Por qué después de una vida de lucha y esfuerzo, parece que desapareciéramos en el olvido? ¿Tiene la vida algún significado? ¿Cómo se relaciona el hombre con Dios y con el universo? El autor de este libro cree que el hombre puede conocer las respuestas a estas preguntas y, en este libro, brinda los resultados de años de búsqueda. Toma la sabiduría del oriente y la ciencia y la lógica de occidente, presentando en un lenguaje simple los antiguos conceptos metafísicos en su relación con el conocimiento moderno. El libro está ilustrado con más de noventa diagramas e ilustraciones realizadas por el autor.

E. Norman Pearson, nacido en Inglaterra, se estableció en su juventud en los Estados Unidos. Ingeniero de profesión, ha estudiado por muchos años misticismo, religión y sabiduría antigua. Pasó dos años en la India estudiando y enseñando y dedicó todo un año a escribir este libro. Junto a su esposa ha dado dos veces la vuelta al mundo dictando conferencias sobre los temas que trata tan claramente en este fascinante volumen.

Sección Uno

INTRODUCCIÓN

Sé humilde, si quieres lograr la Sabiduría.
Serás más humilde aún, cuando la hayas alcanzado.
Sé como el océano, que recibe todo río, toda corriente de agua,
y cuya poderosa calma permanece inalterable;
no los siente (si los “siente” pero los incluye en su propio ritmo por eso no se altera)
El camino hacia la liberación final está dentro del Yo.

(La Voz del Silencio - H.P. Blavatsky)

CAPITULO 1

INTRODUCCIÓN

Se ha dicho con frecuencia que la verdad es más extraña que la ficción, y pocos son los que habrían de negar la veracidad de tal aserto. Pero en ningún caso ha quedado demostrada más clara y dramáticamente que en la historia de esta Tierra que habitamos, tal como puede reconstruirse de acuerdo con la multitud de datos de que hoy disponemos.

Si, con ayuda de la imaginación, volvemos la vista atrás para recorrer el caleidoscopio de los acontecimientos de la historia del mundo, tal y como surgen de la misteriosa tiniebla de los tiempos prehistóricos, bien podríamos sentirnos casi abrumados por la imagen que aparece ante nuestros ojos. ¡Cambios tremendos, a lo largo de un tiempo interminable! Mientras a una edad sucede otra edad, a extraños hechos siguen otros hechos extraños y, así, un mundo desnudo y sin vida conviértase gradualmente en un mundo en el que pululan innumerables criaturas vivientes. Salen del mar, en sucesión aparentemente interminable, cubren la tierra y vuelan por los aires.

Aparece en la escena el hombre primitivo: pero no permanece por mucho tiempo en ese estado. Pronto comienza a conquistar el medio ambiente que lo rodea. Fabrica herramientas, mejorando gradualmente la utilidad que le prestan, de modo que amplíen el poder y el alcance de sus capacidades; teje telas, produce fuego, construye albergues y cultiva la tierra para que le produzca alimentos, con todo lo cual se libra gradualmente de muchas de las limitaciones que la Naturaleza le había impuesto. Pasa el tiempo, y las conquistas del hombre marchan a la par de aquél, sin detenerse; porque la mente humana no puede jamás descansar contenta con las cosas tales como son, sino que siempre ha de querer sondear lo desconocido. Con energía incansable, y perseguido siempre por los sueños casi fantásticos, el hombre concibe, una tras otra, visiones del futuro y, entonces, pone en juego todos los poderes, todas las facultades con que cuenta, para hacer realidad aquello que ha soñado.

El hombre ha penetrado en las honduras de los bosques y las junglas. Ha navegado por los siete mares. Ha escalado las más altas montañas. Con instrumentos asombrosos, ingeniosamente inventados por su fértil imaginación, persigue lo desconocido y misterioso en el campo de las afinidades químicas y de las estructuras atómicas. Su mente ha abarcado ya toda la Tierra, y ahora se atreve a desafiar los misterios de los cielos, hasta el punto de que ya su búsqueda insistente lo ha llevado hasta los límites del sistema solar. Y ni siquiera allí ha encontrado lugar de descanso, sino que continúa avanzando a través de la magna extensión de la enorme isla que es nuestro universo, y aún más allá, hasta las galaxias del espacio exterior, e incluso, de modo indistinto, pero con osadía y persistencia, quiere lanzarse a las profundidades inmedibles que parecen tocar los bordes mismos del infinito.

Actualmente, del enorme crisol del pasado, ha surgido súbitamente, en deslumbrante llamarada de triunfos materiales, el fabuloso mundo de hoy. Nuevos materiales, nuevas herramientas, nuevos métodos e instrumentos para la obtención del conocimiento, nuevos poderes que superan a cuanto antes se conociera y aún se imaginara, posee el hombre a su alcance. Las condiciones de vida han

sufrido una verdadera revolución. Mil viejos hitos han caído a tierra, mil viejas normas han sido echadas a un lado, y hemos entrado en una nueva era, donde parece cierto que se le ofrecerán al hombre oportunidades casi ilimitadas para alzarse a cimas, hasta ahora ni soñadas, de progreso y de saber.

Mucho es, muchísimo, lo que la humanidad ha avanzado desde los días en que sus remotos antepasados vivían en cuevas y cazaban al oso salvaje o al lanudo elefante de aquellos tiempos y ansiosamente recorrían las tierras en busca de las sustancias comestibles que pudieran hallar. Pero, también mucho es lo que le falta por andar. Ciertamente es que ha logrado mucho para el bienestar de su cuerpo; pero, en cambio, admitamos que espiritualmente pocas han sido sus conquistas y muchos sus errores. Esto lo ha hecho sufrir, y el conocimiento adquirido no ha aliviado sus heridas. Así pues, en los albores de esta época nueva, tan intensamente cargada de poderes y promesas, no ha de sorprender que muchos y muchos ojos anhelantes otean los lejanos horizontes, en la ansiosa búsqueda de signos que anuncien que, acaso, una luz venga a disipar las tinieblas espirituales que oscurecen al mundo. Fervorosamente esperan muchos que el hombre, al fin, vuelva la vista hacia *dentro de sí mismo*, y aprenda así los secretos del alma humana. ¿Por qué ha nacido? ¿Por qué ha de morir? Y, ¿Por qué ha de recorrer este trecho de “tres veintenas de años y diez años más” sólo para desaparecer, al término de este lazo, en el silencio del aparente olvido? ¿Tiene el hombre que optar, para siempre, entre vivir acosado por las dudas o satisfacerse con meras creencias? O bien, ¿Puede llegar a saber de veras?

El autor de este libro se ha propuesto demostrar que el hombre *sí puede saber*. Porque tan lejos ha llegado su penetración en los secretos de la Naturaleza que lo ha conducido hasta las fronteras mismas de otros “mundos” que se extienden más allá de las cosas terrenas, y gradualmente se está revelando, a aquellos que tienen ojos para ver, la evidencia, clara y convincente, de la existencia de un Dios —una Inteligencia, un Matemático, un Arquitecto, un magno Maestro de Obras— que desarrolla un grandioso plan que vemos desarrollarse ante nosotros. Los principios generales del conocimiento científico son bien conocidos por la mayoría de la gente de hoy. Numerosos artículos sobre asuntos científicos y exposiciones de los mayores progresos de la ciencia, formuladas en lenguaje al alcance de todos, se publican en periódicos y revistas, y aún llegan directamente a millones de hogares mediante la radio y la televisión. Respecto a los problemas de carácter moral y espiritual, las religiones del mundo pueden ofrecer ayuda y guía. Si se estudiaran debidamente y se aplicaran sus enseñanzas, el mundo sería, de seguro, un lugar mejor en qué vivir. Pero pocos serán los que nieguen que, en muchos respectos, tales enseñanzas no satisfacen el hambre intelectual de una mente inquisitiva y que, con frecuencia, los dogmas religiosos no hallan justificación posible ante el tribunal de la razón.

Pero lo que no es tan sabido es que existe otra fuente de conocimiento que sí puede justificarse plenamente ante la razón humana, y que también concuerda con los hallazgos de la ciencia. Lleva siglos y siglos, quizá milenios, de existencia entre los hombres, si bien durante larguísimo tiempo fue posesión exclusiva de los iniciados de las escuelas de los misterios, y se transmitía únicamente a aquellos discípulos que, luego de adecuada preparación, eran considerados dignos de recibirlo. Este conocimiento fue llamado “Teosofía” (Sabiduría Divina) por Ammonius Saccas, fundador de la Escuela Teosófica Ecléctica, en Alejandría, durante el siglo III de nuestra era; y el vocablo ha persistido hasta la actualidad. Varios grandes pensadores tales como Platón, Plotino, Simón el Mago, Paracelso, Giordano Bruno y muchos más, a través de los siglos, han promulgado muchos de sus principios capitales. Pero su exposición más completa hasta ahora es la que dio Madame H. P. Blavatsky, dama rusa de noble linaje, en su obra monumental *La Doctrina Secreta*, publicada por primera vez en 1888. La Teosofía encierra muchas de las mejores enseñanzas de las grandes religiones del mundo. Combina la sabiduría oriental con la lógica y el pensamiento científico de Occidente, y los entretienen una filosofía llena de vida que da, a la vez, satisfacción intelectual e iluminación espiritual.

Puesto que autor y lectores vamos a considerar juntos algunas de las contribuciones sobresalientes que pueden ofrecer la Teosofía para descifrar los desconcertantes misterios de la vida, nos parece

conveniente, antes de adentrarnos en campos de estudio más especializados, presentar un bosquejo de los principales conceptos teosóficos sobre los que habremos de extendernos luego; así, cuando pasemos a examinar parte por parte, se entenderán con mayor claridad las relaciones, la mutua interdependencia que las une. Por supuesto que esta no es tarea que pueda emprenderse a la ligera, porque, como muy bien ha dicho C. Jinarajadasa:

No hay libro de texto teosófico del que pueda decirse: "Aquí se encierra toda la teosofía", porque la Teosofía es, como su propio nombre lo dice, "Sabiduría de Dios" y, por lo tanto, una exposición de las leyes que rigen al Universo... y mil misterios acerca de Dios, del Hombre y de la Naturaleza se revelan ante nuestros ojos, incitándonos a avanzar y escudriñarlos más de cerca..

Por consiguiente, así como un viajero, al contemplar la descollante majestad de una cumbre montañosa, tan sólo puede describir aquellas bellezas que sus ojos han alcanzado a vislumbrar, así el autor absorbo ante las cumbres de una filosofía sublime, únicamente intentará transmitir aquí el concepto de las grandezas que han logrado percibir su mente y su corazón.

En la magna concepción teosófica se postula una Gran Causa Primera, una Realidad Infinita, dentro de la cual toda manifestación tiene su origen. De esta Causa y Raíz de todo surgen dos polaridades fundamentales y opuestas: "Espíritu" y "Materia". Entre ambas se establece una relación. Este es el campo de la manifestación futura, una tensión entre las dos polaridades opuestas que, habiendo sido divididas, tienden siempre a reunirse. "Siempre que esta reunión se efectúa, se produce el fenómeno que llamamos "conciencia". Por consiguiente, la conciencia participa de la naturaleza de la Realidad misma; de hecho, es el reflejo o expresión parcial de la Realidad en la manifestación (Véase la [Figura 1](#)).



FIG. 1

De esta Trinidad Básica proceden tres “emanaciones” o corrientes de actividad creadora. La primera de éstas produce siete órdenes de materia de diferentes densidades, que se ínter penetran mutuamente. Así pues, la Tierra no es, de hecho, una sola esfera, sino siete esferas concéntricas. A la vida de Dios que se expresa mediante el mundo físico se la llama “energía”; cuando se expresa mediante el mundo astral (que es el inmediatamente más sutil), es “sensación”; y cuando se expresa mediante el mundo mental, es “pensamiento”. Mediante los otros mundos todavía más sutiles se expresan los diversos modos “espirituales” de manifestación.

La segunda “emanación” activa la materia de todos los planos, infundiéndole “vida”, lo cual provoca la producción de formas vivientes. Primero aparecen simples formas unicelulares, pero luego van evolucionando hasta llegar a ser las manifestaciones maravillosamente complejas y altamente organizadas que en la actualidad existen.

La tercera de estas “emanaciones” se efectúa cuando se llega a la forma humana, y dota a ésta de un “morador del cuerpo”. Y así se produce el triunfo mayor de toda la creación: el hombre divino, autoconsciente (al que se llama “la Mónada), que lleva en sí todas las potencialidades de la Deidad, “hecho a Su imagen y semejanza”. Entonces comienza el hombre su larga jornada evolutiva, en la que “comerá del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal”, de modo que, mediante esas experiencias, se desarrollen sus poderes divinos, pasando del estado latente a la plena actividad.

Desarrollar estos poderes divinos es el propósito para el cual vivimos.

Así pues, la mónada divina es la Realidad Ultrísima que vive dentro de cada uno de nosotros. Tiene que “nacer” a existencia separada, individualizada en una forma humana, y pasar por sucesivas etapas de crecimiento que corresponden a la infancia, la niñez, la adolescencia y la madurez, empleando cuerpos de los diversos órdenes de materia como vehículos de conciencia en los distintos mundos en que ha de vivir.

Por consiguiente, el hombre tal como lo conocemos en este mundo, es la Mónada, envuelta en una forma humana. Los cuerpos de materia más sutil están ligados al cuerpo físico de tal manera que los sentimientos, los pensamientos y los impulsos espirituales que surgen en aquellos pueden hallar expresión, mediante éste, en el mundo físico. Así pues, a la vez que funciona externamente en el mundo físico, el hombre está usando su conjunto de cuerpos para ponerse en contacto con la vida en sus diversos niveles, enriqueciendo así enormemente su vida física; cada uno de sus cuerpos aporta su contribución al propósito central del conjunto, que es la evolución del hombre espiritual.

Pero una sola y breve estancia en la Tierra sería completamente incapaz de proporcionar más que una contribución de casi insignificante cuantía a ese progreso necesario. Por eso, la vida del hombre está compuesta de ciclos en que alternadamente entra y se retira de la existencia física. Después de una encarnación dedicada a cosechar experiencias, luego que la “Muerte” lo despoja de su cuerpo físico, dispersándose éste en los varios elementos que lo componían, el hombre queda funcionando en su cuerpo astral por algún tiempo, haciéndose conciente del mundo astral. Este cambio no exige ningún movimiento en el espacio, sino un mero cambio en la conciencia. Las condiciones de su vida allí dependerán de cuales hayan sido la calidad y la intensidad de sus expresiones emotivas mientras vivió en el mundo físico. Pero, dado que ya no posee el hombre vehículo físico, es invisible a los ojos de aquellos que aún viven en cuerpos de carne. Más adelante, morirá el cuerpo astral, así como muriera el cuerpo físico, y el hombre, que nunca muere, pasará a funcionar en el mundo mental, donde su estancia será regida por reglas análogas a las que encontró primero en el mundo astral. Los cuerpos físico, astral y mental se hallan sujetos a nacimiento y muerte, pero no lo están los cuerpos superiores. Cuando el hombre deja atrás su cuerpo mental, se encuentra viviendo en su cuerpo espiritual o causal. También en éste rige el mismo sistema, es decir, que la mayor o menor plenitud de vida de que allí goza corresponde a la riqueza o pobreza de los pensamientos y aspiraciones elevadas que mantuvo mientras permaneció dentro de su vestidura física. Pero, además, en esta etapa de su vida posee la facultad de pasar revista a sus encarnaciones anteriores, observando sus éxitos y sus fracasos, sus buenas y malas acciones, con lo cual desarrolla algo más de fortaleza y nobleza de carácter. Luego iniciará el proceso de reencarnación, para forjar un nuevo eslabón en la cadena de su vida en desarrollo.

Comienza el hombre esta su larga jornada en el más bajo peldaño de su escala evolutiva, naciendo en razas primitivas, y aprendiendo un poquito a medida que recorre cada ciclo. De las más bajas formas humanas, pasa al cabo a otras algo más adelantadas, y gradualmente sus deseos se purifican, su mente se desarrolla, y alborean en él ideales más elevados. Vislumbres de amor divino comienzan a iluminar su corazón, y en su interior se afirma el poder de la voluntad pura. Cada encarnación, con su correspondiente período intermedio consagrado a la asimilación de experiencias, lo lleva un poco más cerca de la meta final de todos sus esfuerzos.

Absolutamente toda la vida humana esta regida por las grandes leyes naturales. A una de las más importantes de ellas se la conoce con el nombre de Ley de “Karma”. Es la ley de ajuste, y ha sido llamada “la ley fundamenta del Universo”, porque liga el efecto a la causa en todos los planos del ser. No puede producirse ningún efecto sin su causa antecedente, ni puede ponerse en juego una causa sin que, a su tiempo, produzca su efecto correspondiente. Estos principios se cumplen en lo físico, en lo mental, en lo moral y en lo espiritual. Al aplicarse al hombre esta ley significa que él mismo se ha hecho lo que ahora es, por medio de sus pensamientos, sentimientos y actos del pasado y que, de modo análogo, está forjando ahora, momento a momento, día a día de su vida, su propio futuro. En ningún período de su existencia es víctima de un Dios colérico ni mero juguete de las circunstancias, sino que, paso a paso, hilo a hilo, está siempre tejiendo sus propio destino, arrastrando hacia atrás por impulsos egoístas o impulsado hacia delante por el llamamiento íntimo de su propia divinidad. La ley de karma actúa siempre produciendo el efecto en el plano mismo en que la causa se sembró. Así pues, los pensamientos y sentimientos del hombre dan por resultado su carácter, sus deseos y aspiraciones se traducen en oportunidades, y sus actos determinan sus circunstancias materiales y el medio ambiente a que inevitablemente será llevado (Véase la [Figura2](#))

La aceptación de las leyes de la reencarnación y el karma traen consigo, como inevitable corolario, la alentadora certidumbre de que a la raza humana le espera un futuro que habrá de transformar al hombre en superhombre. Ello implica que necesariamente serán trascendidos los campos actuales del esfuerzo humano y el hombre pasará a esferas de experiencia y de poder que actualmente se hallan por completo más allá del alcance, y aún de la imaginación, del hombre corriente. Se afirma que ya existen semejantes seres elevadísimos, y que su existencia ha sido atestiguada por muchos individuos, tanto en la antigüedad como en los tiempos modernos. Se les llama “Adeptos” o “Maestros de la Sabiduría”, y colectivamente forman lo que se nombra “la Gran Logia Blanca”, de cuyas filas han salido los Instructores que fundaron las grandes religiones del mundo.

Salvo unas pocas excepciones, en general los descubrimientos científicos modernos y las investigaciones que han abierto al hombre, tanto en la teoría como en la práctica, campos y perspectivas cada vez más amplias, han traído, a la vez, confirmación o apoyo a las doctrinas teosóficas. A su vez, la Teosofía ofrece al mundo su conocimiento esotérico, que nos enseña y explica que hay un propósito en la vida, y que ilumina los hechos aprendidos o experimentados con la comprensión del lugar que ocupan en la existencia.

Por ejemplo, entre otros numerosos casos, la investigación científica de la estructura y la naturaleza del átomo ha demostrado la verdad básica de las afirmaciones teosóficas acerca de la permeabilidad de la materia, y aún algo más: que la aparente solidez de cualquier substancia no es, en último término, más que producto de la mente. Por consiguiente, ese fenómeno puede reproducirse en cualquier plano de la Naturaleza. Muchas de las antiguas enseñanzas arrojan luz sobre conocimientos que, por otro caminos, el hombre no ha alcanzado sino en fecha reciente y pueden, asimismo, señalar la dirección en que pueden realizarse nuevos descubrimientos. La existencia de los cuerpos más sutiles del hombre y la de los mundos superfísicos que interpenetran esta sólida Tierra sobre la que vivimos lanzan muchos rayos de luz sobre las más oscuras regiones de la mente subconsciente y sobre el nebuloso reino de la mente superconsciente, así como sobre los misterios que encierran el sueño y la muerte.

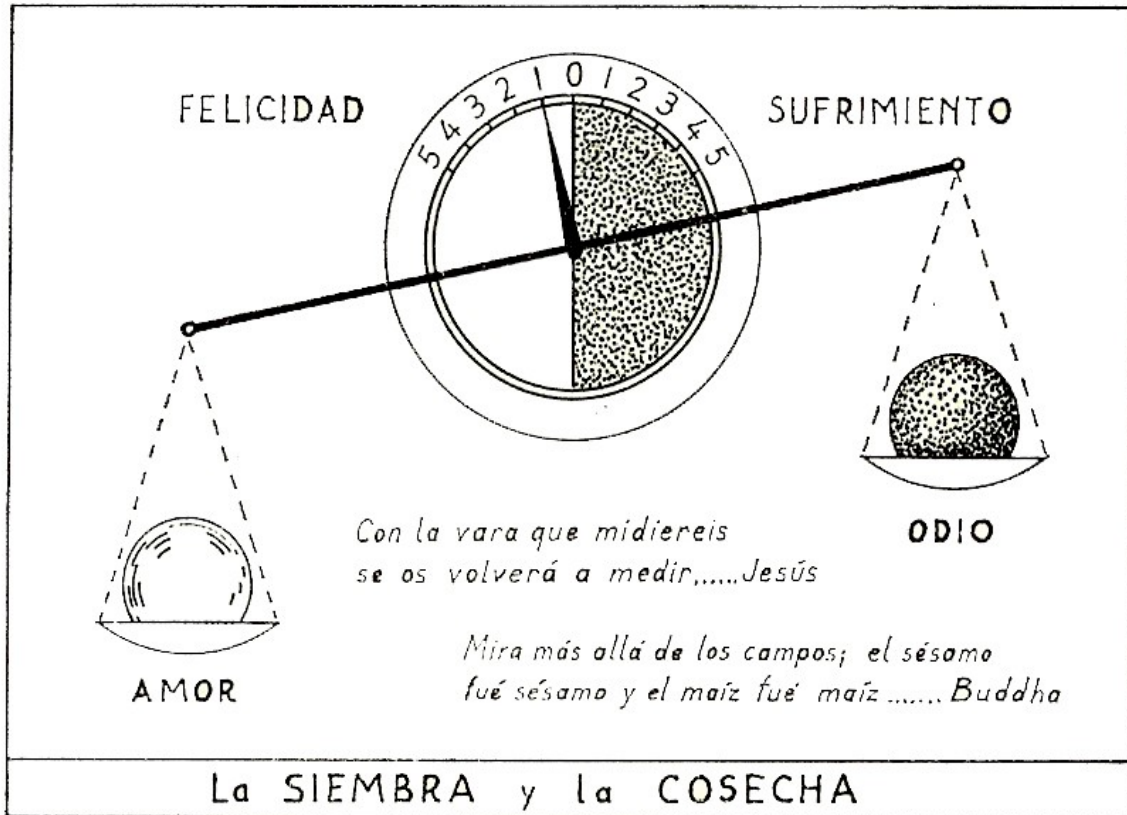


FIG. 2

En verdad, abren al hombre senderos enteramente nuevos por donde avanzar hacia muy importantes investigaciones. La teoría de la reencarnación –que muchos afirman ser hecho probado-, y que muestra al hombre trayendo consigo, en cada nacimiento físico, los frutos de otras muchas pasadas vidas terrenales, pero, a la vez, debiendo desarrollar un cuerpo físico que sirva a sus nuevas necesidades de progreso, encierra aporte importantísimo, y de índole muy nueva, al gran problema de la educación. Ofrece, como premisa básica, la idea de que un sistema educativo, para lograr verdadera efectividad, tiene que emplear métodos que extraigan de las profundidades del alma que ha reencarnado las facultades y cualidades que anteriormente hubo de desarrollar, trayéndolas a la plena luz de la conciencia y de la expresión, sin encerrar al niño en moldes mentales cristalizados que le estorben sus propios esfuerzos hacia su expresión genuinamente creadora.

La naturaleza fundamental de los conceptos que ofrece la Teosofía la hacen aplicable, en cierta medida, a toda rama de la ciencia, a toda forma del arte. Y brinda, asimismo, una filosofía religiosa idealizada libre de dogmas y credos. Presenta la Teosofía una explicación científica de la inmortalidad, y proclama que la fraternidad universal es un hecho positivo de la Naturaleza.

A base de algunos de los más sencillos conceptos de la Teosofía y de la ciencia moderna, y con profundo reconocimiento de las muchas enseñanzas sublimes de las grandes religiones del mundo, es como el autor de este libro se aventura a ofrecer este modesto aporte a la satisfacción de lo que considera la necesidad suprema de los tiempos actuales, a saber: que el hombre, con la magna Utopía al alcance de su mano, y a la vez, dotado de fuerzas que podrían provocar su propia destrucción, comience ahora a explorar, profunda y sinceramente, los mundos que lleva dentro de sí –los mundos de experiencia espiritual- para aprender allí el plan de la vida y para emplear sus poderes y su comprensión, cada vez mayores, en la emancipación de la raza humana.

Recordemos siempre, que la ciencia no es un genio maravilloso y legendario, capaz de realizar milagros, haciendo que vean los ciegos y anden los paralíticos, y que las voces den la vuelta al globo. La ciencia es la observación y la clasificación de los modos de trabajo de la Naturaleza, *-en cuánto y cómo dichos modos afectan la conciencia del hombre-*. Los hombres de ciencia han observado los modos cómo esta conciencia responde al medio circundante y a los estímulos. ¡La Naturaleza es la gran hacedora de maravillas! Y la Naturaleza no es sino una expresión de Dios. La Teosofía no es un mero sistema de pensamiento que haya de asegurarnos paso fácil y exento de peligros por los laberintos de la vida. No. Es una revelación, siempre creciente, de una Verdad interna, que responde a una mente indagadora. Un comentario oculto dice: “No podrás recorrer el Sendero hasta que te hayas convertido en el Sendero mismo.” El mero estudio de la religión no llevará nunca a la unión con El Supremo. La religión tiene que llegar a hacerse visión interna, experiencia directa, antes de que pueda alcanzarse la meta.

En el presente libro se ha intentado explicar algunas de las enseñanzas, tan invaluablemente preciosas, de la Sabiduría Antigua, de modo que resulten más aceptables a los lectores de hoy, y mostrar que esas enseñanzas no son en modo alguno incompatibles con muchos de los más recientes hallazgos de la ciencia: todo ello en la medida en que puede entenderlo el profano. Muchas de las interpretaciones de ciertos aspectos de la Teosofía que aquí se presentan son obra del propio autor. Esto es inevitable, y dicho autor acepta plena responsabilidad por ellas. Pero, en cuanto a los conceptos fundamentales de estas enseñanzas, declara que se los debe a muchos grandes pensadores que han consagrado su vida al estudio y la investigación de estos temas. El autor ha dado a algunos aspectos de la Teosofía mayor prominencia de la que generalmente se les concede en exposiciones de esta índole, porque está convencido de su sobresaliente importancia para la comprensión de la vida. Aquellos que hayan estudiado ya estos asuntos, notarán la ausencia de muchas palabras o frases muy usuales en otras obras, pero que el autor ha omitido deliberadamente, por considerar que pudieran causar una cierta confusión en la mente de aquellos que no están familiarizados, aunque sólo sea hasta cierto punto, con el conocimiento teosófico.

Repetidamente se ha dicho que “una lámina vale por mil palabras”, autoridades reconocidas en el campo de la educación corroboran la verdad de este aserto. Una representación visual deja en la mente una impresión más profunda y duradera que toda palabra escrita o hablada. Por eso, a lo largo de todo el libro se han usado profusamente las ilustraciones, y se insta al lector a estudiarlas cuidadosamente, porque el autor opina que, no solamente servirán para esclarecer el texto sino, en muchos casos, hasta para ampliarlo.

Aquellos para quienes sean nuevos los conceptos que aquí se exponen, deberán prepararse a ampliar su mente para que sea capaz de abarcar su grandeza. El plan de la evolución, que cubre el vastísimo campo de la totalidad del Cosmos, presenta proporciones tremendas, que se extienden mucho más allá de los límites de nuestra imaginación. Y aunque podamos desde ahora obtener más y más vislumbres de su grandeza, seguramente es de esperarse que, al acercarnos más a la Verdad, nuestra mente haya de extenderse mucho más allá de las comparativamente reducidas regiones de la existencia mundanal. Acaso algunos de los pensamientos que se ofrecen en estas páginas parezcan lindar con lo sensacional. Pero esta impresión es totalmente ajena a los propósitos que han inspirado la redacción de este libro; aunque admitimos que, a veces, algunos de los conceptos aquí estampados rocen, aparentemente, lo increíble. No por eso, exclusivamente, merecen que se les rechace. También resulta difícil de creer, a primera vista, que un átomo puede emitir ondas con una frecuencia de miles de millones ¡por segundo! Sin embargo, la ciencia nos asegura que eso, aparentemente tan difícil de creer, responde a la realidad. Por eso, si para expresar lo que el autor piensa y siente que es verdad, se hace necesario decir cosas que parezcan traspasar las fronteras de lo verosímil, no dejará él de decir las; pero, en todo esos casos expondrá las razones en que se apoya, y se esforzará en mostrar el lugar que esos conceptos ocupan dentro de la totalidad de la concepción teosófica, según la entiende alguien que no aspira a mayor honor en la vida que el de contarse entre aquellos que sinceramente aspiran al conocimiento de la VERDAD.



He escrito estas breves palabras que anteceden mientras en torno mío se alargan lentamente las sombras de un atardecer de verano en la India. Una vez más, el Sol ha trazado su ígneo surco en el firmamento. Ahora, un inmenso fulgor ilumina el cielo, al occidente, encendiendo en aquella vasta extensión enormes llamaradas de oro vivo. Silencioso y magnífico, el magno astro parece apresurarse a desaparecer a nuestros ojos, pero dejándonos antes el más glorioso de los dones que vierte sobre los hombres. Pronto no lo veremos más hasta que llegue el nuevo día. Casi a mis pies, un ancho y sinuoso río fluye lentamente hacia el mar, y llega a mis oídos la música de las olas que con armonioso ritmo vienen a chocar contra la playa. Los pájaros regresan a buscar abrigo nocturno entre el ramaje de los frondosos árboles que se extienden a lo largo de las orillas. Con cantos y con lo que parece alegre charla, se mueven entre la brisa vespertina, en un último vuelo extáticamente gozoso antes de entregarse al descanso. Ya se aproxima la noche, ¡y con la noche vendrán las estrellas!

¡Qué maravillosa es la vida! Apenas nos envuelven las tinieblas, ocultándonos el mundo en que vivimos, se despliega ante nuestra vista el sublime espectáculo de otros mundos, de otros soles, de galaxias incontables. No quedamos presos entre las sombras que nos rodean. Liberados de la tiranía de las cosas terrenas, nos lanzamos a colmar nuestros ojos extasiados con las esplendorosas glorias de los cielos. ¡Y no hay otra limitación al arrobamiento que la pequeñez de nuestra capacidad para ver y comprender, para apreciar y admirar!

Sinceramente abrigo la esperanza de que algunos lectores hallen en estas páginas una vía que los lleve a liberarse, en cierta medida, de las ataduras terrenales, de las presiones y tensiones de la vida cotidiana; y que, al apartarse así un tanto de las cosas de este mundo, perciban, o comprueben, que la conciencia puede volar a reinos superiores, a mundos de Verdad y de Belleza, mundos de plenitud intelectual y de cada vez más viva percepción espiritual.

Adyar, Madras, India.

E. Norman Pearson

Sección Dos

REALIDAD E ILUSIÓN

Contempla cómo, al igual que la luna se refleja en las aguas tranquilas,
Alaya se refleja en lo pequeño y el lo grande,
aún en los átomos más diminutos y,
empero, no logra llegar al corazón de todos.
¡Ay, que tan pocos hombres aprovechen el don,
la inapreciable oportunidad de aprender la verdad,
la correcta percepción de las cosas existentes,
el conocimiento de lo no existente!

(La Voz del Silencio - H. P. Blavatsky)

CAPÍTULO I

LA CONSCIENCIA

Varios historiadores han señalado que la idea de progreso es una adquisición bastante reciente del pensar humano. Especialmente, antes de que el concepto de la evolución lanzara sus reveladores rayos de luz sobre las múltiples actividades de la Naturaleza, la gran mayoría de la humanidad consideraba al mundo como un sitio donde el hombre, junto con todas las formas inferiores de vida, nacía, vivía, sufría y moría en condiciones bastante estáticas. Pero, en época más cercana, la realidad del cambio y del progreso se ha hecho más y más evidente, de modo que ha llegado a primera fila entre las fuerzas actuantes sobre los diferentes aspectos de la vida que exigen consideración y explicación. Porque, siendo ahora el progreso tan claramente evidente en la cambiante sucesión de los acontecimientos, necesariamente tiene que existir una gran fuerza impulsora que lo provoque y mantenga.

Desdichadamente, a pesar de estos hechos, los hombres de ciencia persisten todavía en excluir del campo de sus investigaciones la idea de Deidad, y reiteran sus fútiles intentos de explicar las maravillas de la Naturaleza sin postular la existencia de una Inteligencia creadora y directora que las produzca y rija. Al proceder de este modo, niegan, en cambio al vastísimo campo del Universo, aquello mismo que saben perfectamente bien que gobierna todo esfuerzo creador del hombre dentro de su campo inmensamente más reducido a saber; que toda obra de sus manos ha nacido y tomado forma en virtud de sus actividades mentales creadoras y rectoras. Esta actitud hace que la conciencia misma sea para ellos un misterio, y tendrá que seguir siéndolo mientras no cambien de modo de pensar. Pero es interesante señalar que la posición mental que han asumido se hace cada vez menos sostenible casi a cada nuevo descubrimiento; y aumenta progresivamente el número de escritores sobre materias científicas que expresan su creencia en que los problemas más y más profundos con que se enfrentan los físicos jamás hallarán respuesta mientras no se recurra a la idea de Dios.

La Teosofía, en cambio, nos ofrece un panorama muy distinto. A continuación citamos un pasaje perteneciente a la Sección Uno de esta obra (Véase [Figural](#))

En la magna concepción teosófica se postula una Gran Causa Primera, una Realidad Infinita, dentro de la cual toda manifestación tiene su origen. De esta Causa y Raíz de todo surgen dos polaridades fundamentales y opuestas: “Espíritu” y “Materia”. Entre ambas se establece una relación que será el campo de la manifestación futura: una tensión entre las dos polaridades opuestas que, habiendo sido separadas, tienden constantemente a reunirse. Siempre que esta reunión se efectúa, se produce el fenómeno que llamamos “Conciencia”. Por consiguiente, la conciencia participa de la naturaleza de la Realidad misma; de hecho, es el reflejo o expresión parcial de la Realidad en la manifestación.

De lo anterior puede deducirse que, en cualquier plano o mundo, la conciencia es la Realidad de ese mundo. Es como si una luz blanca brillara a través de una serie de vidrios de diferentes colores. Ese color representaría, ni más ni menos, aquella porción de la luz original que pudiera atravesar cada vidrio en particular o, en otras palabras, la longitud de esa visión dependería de la capacidad visual del espectador que a medida que en grado cada vez mayor se realice la reunión de los antes separados Espíritu y Materia, más y más se expandirá la conciencia; y podemos postular, -aunque de hecho nos sea imposible comprenderlo- que la “conciencia condicionada” de ahora se desarrollará y ampliará, mediante la unión continuamente creciente de las dos polaridades opuestas, hasta hacerse una con la “Conciencia Universal” ([Figural](#))

H. P. Blavatsky dijo, en *La Doctrina Secreta*:

En cualquier plano en que esté actuando nuestra conciencia, tanto nosotros como las cosas pertenecientes a dicho plano somos, por el momento, nuestra única Realidad.

Hay que notar, con mucho cuidado, las palabras “por el momento”, que destacan que se trata sólo de un estado transitorio. “Nosotros”, es decir, el Yo, actuando bajo las limitaciones del plano físico, puede ser tomado por el Yo real, por el Yo en su verdad y totalidad, pues vemos que muchísimas personas creen que no son nada más que su cuerpo físico; pero esto no es cierto. Y la autora sigue diciendo:

Pero, a medida que ascendemos en la escala del desarrollo, nos damos cuenta de que en la etapa que acabamos de dejar atrás erróneamente tomábamos las sombras por realidades, y que el progreso del ego hacia lo alto es una serie de despertamientos progresivos, en la que cada etapa trae consigo la idea de que ahora sí, por fin, hemos alcanzado la “realidad”; pero sólo cuando hayamos llegado a la conciencia absoluta y fundido con ella la nuestra, nos veremos libres de las engañosas ilusiones producidas por Maya.

Al reflexionar sobre conceptos como los que acabamos de presentar, hay que reconocer que estamos tratando de abarcar lo infinito con aquello que es finito. ¡Y, evidentemente es empeño imposible! Pero hay maneras de lograr ayuda para estimular nuestras facultades intuitivas hasta llegar a un cierto grado de comprensión: consisten en observar atentamente los procesos de la Naturaleza que se hallan al alcance de nuestra comprensión actual. Las leyes de la Naturaleza tienen carácter único e invariable, y se aplican a todos los niveles de la manifestación, desde lo aparentemente insignificante hasta las grandes regiones y procesos cósmicos. La mente razonadora no puede captar cómo fue posible que de lo “no existente” surgiera lo manifestado; y, sin embargo, vemos desarrollarse un proceso paralelo a ése en el terreno de nuestra experiencia cotidiana. Nadie sabe lo que es, realmente, la electricidad y, sin embargo, existe en todas partes, sin que podamos conocerla sino a través de los efectos que produce sobre aquellos objetos a que puede extenderse nuestra observación. Tal como la Realidad inmanifiesta, podemos considerarla, también inmanifiesta, tras de todos los aspectos de la energía eléctrica. En la [FIGURA3A](#) se ha intentado representar este hecho por medio de un diagrama, y en la [FIGURA3B](#) se presenta ese mismo principio, pero aplicándolo a los procesos cósmicos. En la [FIGURA3C](#), aparece un bombillo eléctrico que, introducido entre dos polos opuestos, les permite reunirse parcialmente. Enseguida, en el lugar donde antes reinaban las tinieblas, resplandece la luz. En nuestros hogares, el tendido eléctrico se halla oculto a la vista, y tampoco podríamos ver como corre la electricidad por los alambres, ni los conmutadores, de por sí, pueden dar luz, pero cuando se abre un camino de reunión –en este caso, un bombillo-, y aquello que estaba separado puede juntarse otra vez, se manifiesta lo antes inmanifiesto. Aunque nos es desconocida la naturaleza de la electricidad en sí, podemos aprender mucho acerca de ella por medio de los efectos observables que sobre muchísimos objetos produce. De modo semejante, en el campo inmenso de la totalidad de la Naturaleza, ocultos se

hallan el Espíritu y la Materia ([FIGURA3D](#)). No los conocemos tales como en realidad son. No podemos comprender plenamente lo Infinito; pero cuando se forman vehículos de conciencia –y toda cosa viva lo es, en distinto grado–, entonces, a través de ellos, en distinta medida, pueden juntarse otra vez Espíritu y Materia, y mediante los muchos diversos estados de conciencia que surgen, nos es posible captar más y más vislumbres de Lo Real.

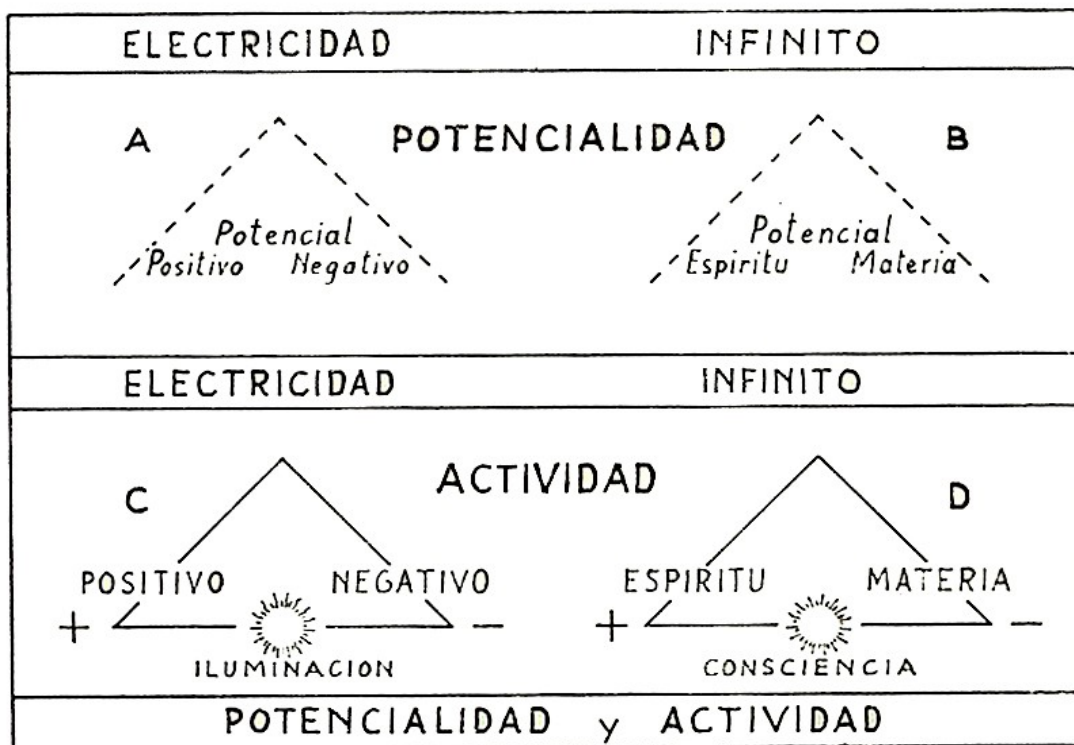


FIG. 3

CAPITULO 2

EL MUNDO DE LA CONSCIENCIA

Intentaremos reducir ahora estas abstracciones a sus aplicaciones prácticas dentro de nosotros mismos en relación con nuestra vida cotidiana. Aquí podemos descubrir un hecho que, una vez realmente comprendido, puede revolucionar todo nuestro concepto de la vida y desenredar muchas complicadísimas marañas de enigmas que hasta ahora han desafiado toda solución. El hecho es éste: *El mundo en que vivimos no es, en absoluto, el mundo en el que creemos vivir: éste es un mundo forjado por la conciencia. ¡Por nuestra conciencia!* Pero, por supuesto, nosotros no *creamos* ese mundo; surge en nuestra conciencia como respuesta a los impactos que recibimos de las combinaciones de “Espíritu” y “Materia” que existen durante la manifestación. Por consiguiente, dado que la conciencia, como hemos indicado, es un reflejo de la realidad, el mundo es partícipe de la naturaleza de esa Realidad. El mundo físico, tal como nosotros lo percibimos, es una imagen que surge en nosotros en respuesta a las diversas impresiones sensoriales, por ejemplo, los sonidos se producen cuando las ondas de ciertas longitudes transmitidas por el aire o por otros medios, hacen vibrar la membrana del tímpano, se transforma en ondas de linfa, luego en minúsculos impulsos eléctricos y, al fin, se trasmite en el cerebro y, por este, a la conciencia. *Dentro de la conciencia es donde esos diversos impulsos físicos se transforman en sonidos.* Hay ondas electromagnéticas de otras frecuencias que afectan nuestros ojos y que, al llegar al fin a la conciencia, se convierten para nosotros en luz. Y este mismo proceso se aplica a todas nuestras impresiones sensoriales, del conjunto de las cuales surge nuestro mundo, es decir, el mundo tal como nosotros lo percibimos.

Pero ese mundo que conocemos, ese mundo “nuestro”, esta dentro, y no fuera de nosotros (Véase la [Figura4](#))

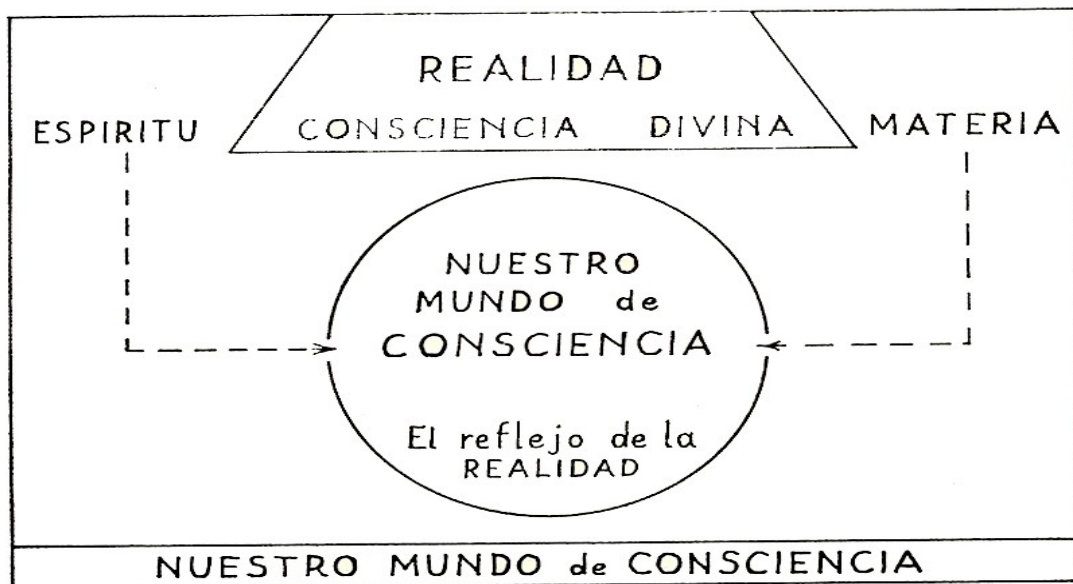


FIG. 4

Una analogía casi exacta de este proceso puede apreciarse en nuestros aparatos receptores de televisión. A través del éter se propagan ondas invisibles, intangibles, inaudibles, de diferentes frecuencias. Pasan junto a nosotros, y aún a través de nosotros y, sin embargo, en modo conciente somos concientes de ellas; pero cuando las capta un aparato televisor, bien sintonizado con el canal correspondiente, esas ondas se transforman en otras ondas de poca longitud, en ondas luminosas, cuyas variantes producen la imagen que aparece sobre la pantalla, en tanto que otras frecuencias se transforman, de modo análogo, en ondas mas largas, ondas sonoras, que llegan a nosotros en forma de la música, la palabra y los otros sonidos que nos trasmite el amplificador. Así pues, en las actividades de la Naturaleza que podemos percibir en torno nuestro, encontramos analogías con otras actividades que se realizan en campos a los que no alcanza nuestra percepción. El televisor nos ofrece una semejanza, mas aún, una copia –imperfecta pero reconocible- de una escena que, en verdad, esta sucediendo en todas partes. En el espacio entre “lo real” y “lo aparente” no hay mas que ondas, silenciosas, invisibles, misteriosas.

Pero, en el aparato receptor, esas ondas misteriosas se convierten en luz y sonido. Así, de la Realidad trascendente, irradian “ondas”, envueltas en misterio, a las que damos el nombre de “Espíritu” y “Materia”. Dentro del cuerpo –maravilloso “aparato receptor” en el que vibra la vida-, surgen la conciencia, en respuesta a aquellas “ondas”, y nos da una reproducción, una copia imperfecta pero reconocible por la mente intuitiva, de la Realidad de lo Inmanifestado (Véase la [Fig5](#))

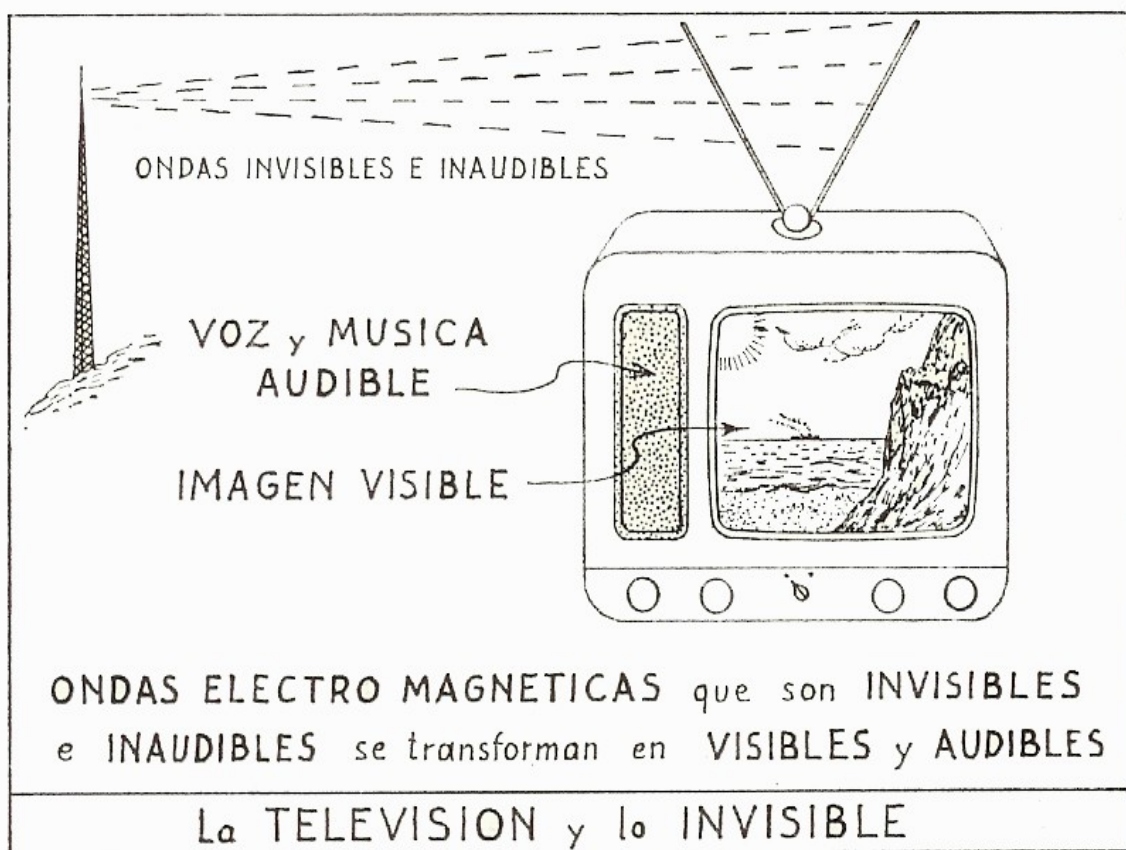


FIG. 5

Durante cientos y cientos de años los grandes pensadores del mundo creyeron que la materia era indestructible. Siendo indestructible era, por lo tanto, eterna: constituía la única realidad de la

existencia. La conciencia y el pensamiento eran considerados como meras apariencias, incidentales o accidentales, dentro de aquella realidad. Pero al aproximarse el final del siglo XIX, comenzaron a ocurrir cambios drásticos en el pensamiento científico. Los trabajos de físicos y matemáticos tan notables como Borh, Blank, Millikan, Michelson, Jeans, Einstein y muchos otros mas aportaron pruebas de que las ideas de sus predecesores no se ajustaban a la realidad y debían ser completos eliminadas del pensamiento científico y del profano. Sir James Jeans expresó la opinión que el Universo es el pensamiento de un Gran Pensador Matemático, pensamiento creado en un tiempo infinitamente remoto y moviéndose hacia un fin que no podemos vislumbrar. Cuatrocientos años antes, Giordano Bruno había dicho: “El acto del Pensar Divino es la sustancia del Universo”. Unos cuatros siglos antes de Cristo, el gran filosofo Demócrito proclamó: “Lo dulce y lo amargo, lo caliente y lo frío, así como todos los colores todo eso existe en la opinión y en la realidad”.

El gran filosofo irlandés George Berkeley afirmó, en su vívido y elocuente estilo:

Todo cuanto reluce en los cielos y cuanto llena la tierra, en una palabra, todo cuanto compone la magna estructura del mundo, no tiene sustancia alguna sin la mente... Mientras yo de hecho no los percibo, o no existan en mi mente, o en la de cualquier otro espíritu creado, todos esos objetos no pueden gozar de existencia alguna, a menos que subsistan en la mente de algún Eterno Espíritu.

Así pues, a la luz del más avanzado conocimiento actual, este concepto enorme esta logrando reconocimiento más amplio, y se destaca ante el pensamiento humano de modo más y más convincente, como paso de primerísima importancia hacia la verdadera comprensión de los mundos que nos rodean y de los que existen dentro de nosotros mismo. Aquel universo mecánico de los antiguos hombres de ciencia ha desaparecido, y con gran rapidez lo sustituye otro Universo mayor y más maravilloso. Estos hechos asumirán una significación aún mayor cuando pasemos a considerar, en un capítulo posterior, los ordenes superfísicos de materia, ya que aquellos ofrecen una base completamente nueva para el estudio de problemas tales como el sueño y los sueños, y sobre la supervivencia del hombre espiritual después de la muerte del cuerpo físico.

Comprenderemos así que mundos que hoy nos son desconocidos pueden ser, y serán reales y tangibles para nosotros, si cambian las circunstancias.

CAPITULO III

LA TRINIDAD HUMANA

Las escrituras sagradas cristianas nos dicen que el hombre ha sido hecho “a imagen y semejanza de Dios”. En el *Bhagavad Gita* hindú leemos estas palabras de Shri Krishna: “Yo soy el Yo, asentado en el corazón de todos los seres”. De modo análogo, hay un concierto casi universal entre las grandes religiones del mundo en cuanto a proclamar que el hombre es un ser espiritual que participa de la Naturaleza de su Divino Creador. Así pues, deberíamos empezar a darnos vívida cuenta del estrechísimo lazo de unión que liga al hombre con Dios. Vemos cuán íntimamente” en “Él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser”. Porque la Mónada humana (que es el verdadero Yo, la Simiente Divina) está enraizada en la conciencia de Dios mismo, y de ella procede. Por consiguiente, dado que Dios es una Trinidad, también el hombre debe ser una trinidad.

La [Fig6](#) muestra en forma gráfica esta relación del hombre con Dios. Se observa que la Mónada humana deriva su ser de la Conciencia Divina, y se muestra cómo la trinidad humana constituye un reflejo de la Trinidad Divina. También podemos enfocar esta cuestión desde el punto de vista de la experiencia concreta y cotidiana, empleando el método de los psicólogos introspectivos y esforzándonos por analizar el contenido y el funcionamiento de nuestra propia conciencia. Permanezcamos tranquilos durante unos pocos momentos, evitando en todo lo posible cuanto, a través de la vista y del oído, pudiera atraer nuestra atención lejos del fin que nos hemos propuesto, Tratemos de mantenernos en equilibrio mental y emotivo, con la mente a la vez reposada y alerta. Luego, gradualmente, ha de intentarse lograr una cierta percepción del funcionamiento de nuestra conciencia, y entonces observará uno que el resultado puede clasificarse dentro una triple división básica. Tiene uno la percepción de ser conciente:



FIG. 6

1. DE OBJETOS De un mundo material que nos rodea.
2. DE SER CONCIENTE De diversos estados de conciencia que surgen de los estímulos del momento, o independientemente de ellos.
3. DEL YO De aquello que, dentro de cada uno de nosotros, lo hace sentirse *Yo* un ser separado de los otros seres.

No sería difícil discernir así la naturaleza triple de nuestra conciencia y observar que está de acuerdo con las ideas expuestas cuando consideramos esta cuestión “desde arriba”, en vez de hacerlo, como ahora, “desde abajo”. Así pues, el hombre es “un Dios en vías de formación”.

CAPITULO IV

LAS TRES GRANDES ILUSIONES

Dice un viejo adagio que “ver es creer”. Pero ya hoy sabemos que el adagio no está en lo cierto, hasta el punto de que podemos estar bastante seguros de que lo que vemos no es verdad. Porque de nada sabemos la verdad completa. En lo físico, lo mismo que en lo espiritual, sólo “vemos a través de un vidrio, nubladamente”. Así, el mundo nos parece llano, pero sabemos que no lo es. El Sol parece cruzar el cielo de un extremo a otro, pero sabemos que eso no es más que una ilusión producida por el movimiento de la Tierra sobre su eje. Nos parece ver incontables estrellas en el cielo, pero ellas no están donde a nuestros ojos parecen estar, ¡y acaso muchas no existan ya! Nos parece que nuestro cuerpo es un objeto bastante sólido, pero la ciencia nos dice que toda la materia realmente sólida que contiene cabría en un dedal. Si introducimos una varilla en agua, nos parecerá que se tuerce y, no obstante, permanece recta.

En la Academia Nacional de Ciencias de Washington, D. C., Estados Unidos de América, existe el llamado “Péndulo de Foucault”. Este aparato consiste en un largo alambre de acero pendiente de un punto no sujeto a fricción, y en el extremo inferior se le ha suspendido una pesada esfera de metal. Esta esfera se balancea lenta y continuamente sobre un disco situado horizontalmente bajo ella y marcado, a semejanza de un reloj, con las veinticuatro horas del día. A medida que pasa el tiempo, la esfera va señalando las horas sucesivas, cambiando así aparentemente la dirección de su balanceo; pero se trata tan sólo de una mera apariencia. En realidad, la esfera no cambia en absoluto la dirección de su balanceo; lo que sucede es que el disco, el edificio en que está encerrado, la Tierra entera son los que se mueven bajo la esfera, mientras esta continua balanceándose invariablemente en la misma dirección (Véase la [Fig7](#)). Hay que tener en cuenta que la reproducción de la superficie del disco en dicha figura, ha sido simplificada en bien de la claridad. Según aparece en el diagrama, el disco figura con las marcas que le corresponderían si estuviese situado en el Polo Norte o en el Polo Sur. En Washington, el período tendría una duración de más de treinta y ocho horas, según este cálculo:

$$\frac{\text{Período de aparente Rotación}}{24} = \frac{24}{\text{Seno (grado de latitud)}} = 38.4$$

El aire, que a veces nos parece hasta la inmovilidad en un anochecer de verano, representa otra ilusión: no tiene nada de quieto. En cada centímetro cúbico de aire invisible y tan tranquilo que ni aun lo sentimos, hay más de 197. 000 . 000 . 000 . 000 millones de moléculas, cada una de las cuales están en rápido movimiento, chocando con otra molécula aproximadamente 5.000 millones de veces por segundo y apartándose en su recorrido 1/16.500 de cm.

A pesar de lo diminutas que son las moléculas, los átomos lo son aún mucho más. Y ahora, como todos sabemos, los hombres de ciencia han descubierto que el átomo, antes considerado como la ultrerrima e indivisible unidad de materia, tampoco es sólido, sino que está formado por un núcleo central y una o más unidades, llamadas “electrones”, que giran a su alrededor, y relativamente a grandes distancias de él. Así pues, los hombres de ciencia convienen ahora en que la “sólidez” de la materia que vemos en torno nuestro y que nos parece la cosa más real que podemos conocer es una mera apariencia. Es un mito. No es cierta. Es una ilusión.

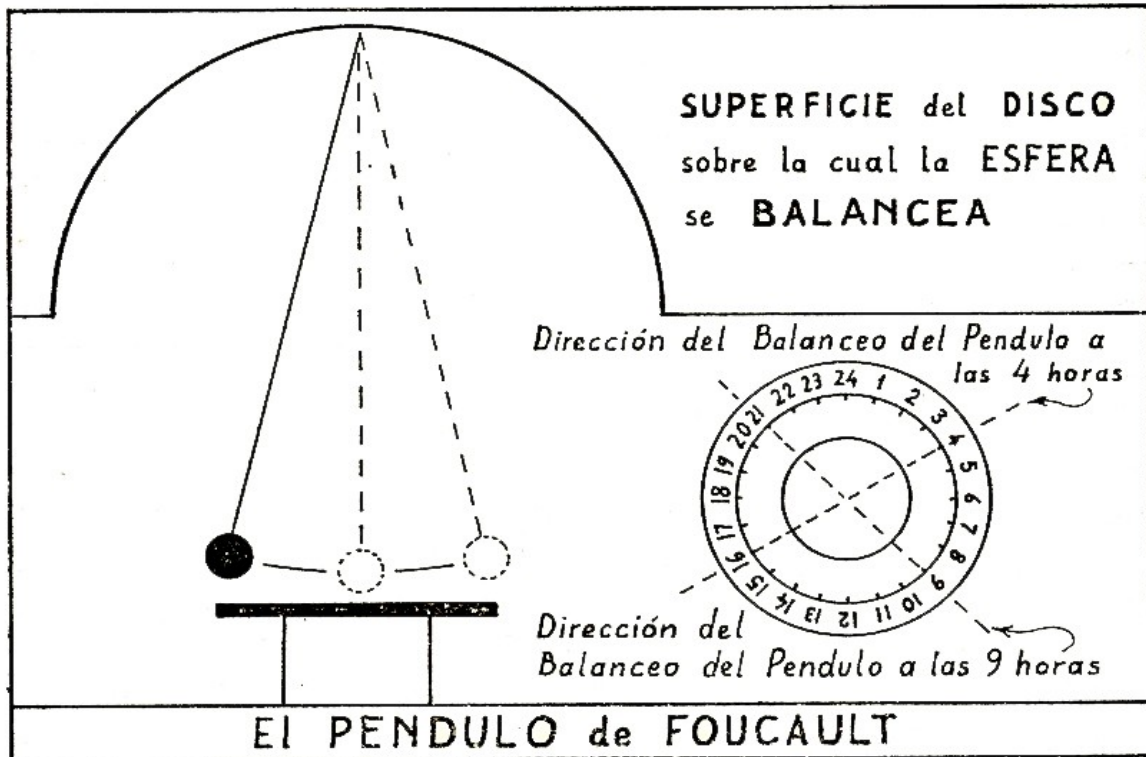


FIG. 7

Esta relación de cosas que no son lo que nos parecen ser podría alargarse indefinidamente; pero tal reiteración no tendría gran utilidad, ya que basta lo señalado para recordarnos la incapacidad de nuestros órganos sensoriales para darnos una percepción exacta de la realidad, incapacidad que ya es plenamente reconocida. El tacto, el gusto y el olfato apenas hacen más que darnos cierta información valiosa para nuestro bienestar físico. Nuestro sentido del oído abarca once octavas de vibración, desde dieciséis mil hasta treinta y dos mil por segundo. Pero muchos mamíferos, aves e insectos pueden captar sonidos que están mucho más allá del límite a que alcanza nuestra facultad. La Naturaleza seguramente les ofrece una gran variedad de experiencias de las que nada sabemos. De sesenta o más octavas conocidas de ondas radiantes, ¡el ojo humano es incapaz de captar más que una! Y, sin embargo, nuestro conocimiento del medio que nos circunda depende más de la facultad de la vista que de cualquier otro de nuestros sentidos. No obstante, a pesar de lo fragmentario de nuestro conocimiento, este mundo en que vivimos es un mundo maravilloso. Sus bellezas, sus maravillas deberían indicar a todos –pero hay quienes, obstinadamente cierran los ojos para no ver- como se desarrolla ante nosotros un plan magnífico, un plan que se nos revela más y más fascinante con cada descubrimiento a que llegamos. Sí, es un mundo maravilloso *Pero es un mundo de ilusión*. No es ilusorio porque no exista, sino porque no lo conocemos tal como realmente es. *El mundo tal como existe en la conciencia del hombre no es idéntico al mundo tal como existe en*

la conciencia de Dios. En otras palabras, la Realidad se halla en lo Infinito y lo Inmanifestado. El mundo de limitación y de manifestación es un mundo de ilusión. Pero no debiéramos caer en el error de pensar que Lo Inmanifestado es una indefinible “nada”. Más bien hemos de considerarlo como un indefinible “Todo”. Porque toda manifestación depende de una limitación. Un “objeto” no puede existir sino en virtud de una limitación que lo separa de los demás “objetos”. Hasta manifestaciones tan enormemente vastas como un Sistema Solar, y hasta un cosmos, son limitaciones en el espacio. *Lo Infinito o Inmanifestado es aquello donde existen todos los opuestos, pero donde están disueltos en la realidad que subyace tras ellos y donde nacen.*

Llegamos ahora al punto culminante de la cadena de pensamientos que hemos ido siguiendo paso a paso; y, con ello, a otra clave maestra para la comprensión de la vida. La [Fig8](#) nos mostrará gran semejanza con la [Fig6](#) pero algo se le ha añadido.

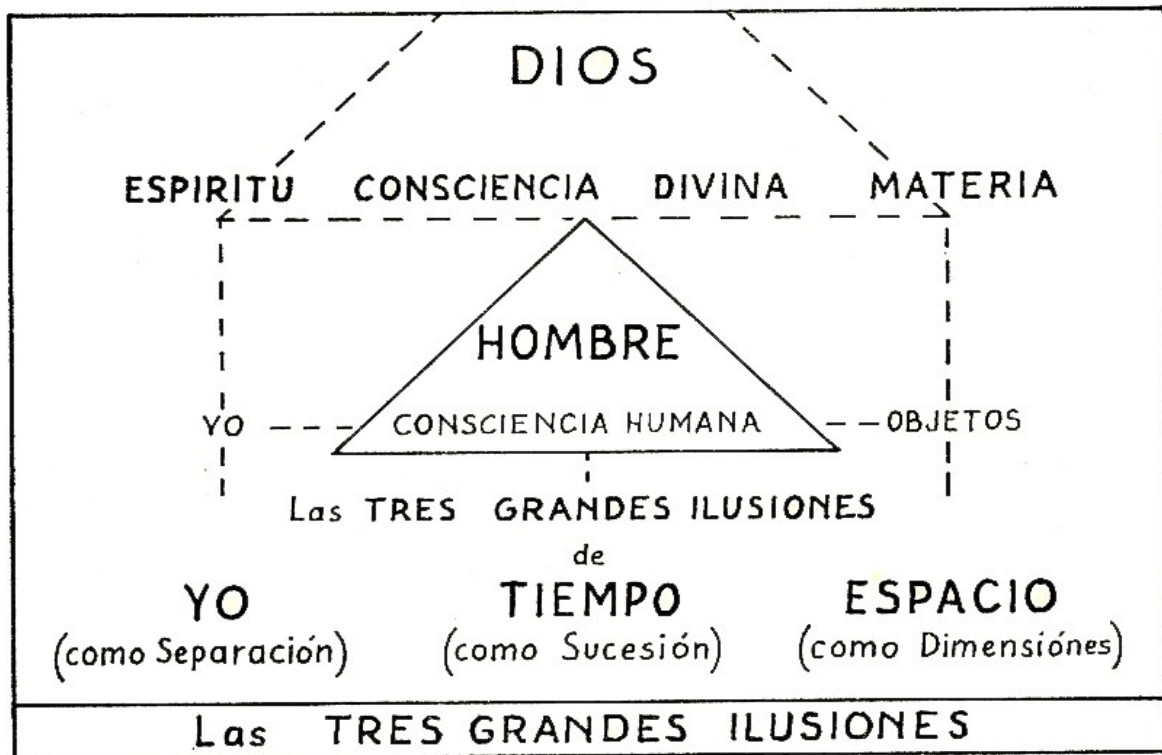


FIG. 8

Cuando la conciencia del hombre funciona a través de sus tres aspectos, cada uno de ellos actúa bajo una respectiva ilusión. Cuando la conciencia se vuelve hacia fuera, para habérselas con las cosas materiales, se ve envuelta en la ilusión de las *Cosas* que existen en el espacio. Como ya hemos visto, las cosas no son siempre lo que parecen ser. Todos los objetos -decimos- tienen extensiones y dimensiones; tienen lo que llamamos forma y tamaño; los consideramos grandes o pequeños, según ocupen mucho o poco lugar en el espacio. Y, sin embargo, el tamaño es cosa relativa, y sólo puede considerarse en términos de comparación con otros objetos. Para un hombre, una bolita con la que juegan los niños es un objeto pequeño, pero a una hormiga debe parecerle bastante grande. La Tierra es inmensa o, por lo menos, así nos lo parece; pero en el Sol podrían colocarse un millón de Tierras, y aún quedaría sitio para alguna más. Luego, comparada con el Sol, nuestra inmensa Tierra, resulta pequeña. Porque ningún objeto, de por sí, es grande ni pequeño; la medida de su magnitud o de su pequeñez depende de quien lo observa o de los otros objetos con que se le compare.

Cuando la conciencia se vuelve hacia el estudio de sí misma, queda presa en la ilusión del *Tiempo*. Observa cómo ocurre una continua sucesión de percepciones, y observa cómo unos sucesos siguen a otros sin cesar. Pero la diversidad de circunstancias puede producir una gran diferencia en nuestras reacciones a una misma medida de tiempo. Un sencillo ejemplo extraído de la experiencia de muchísimo de nosotros se deduce al viejo dicho: “Mientras se vigila al caldero el agua no rompe a hervir”. ¡Y muchísimos de nosotros sabemos que eso es casi verdad!

Cuando la conciencia se vuelve hacia las cosas del Espíritu, la apresa la ilusión del *Yo*. Ve al Yo como si estuviese separado de los demás Yoes. Al principio, confunde al Yo con el cuerpo físico; luego lo identifica con sus vehículos más sutiles. Vencer la ilusión del Yo separado es quizás la tarea más difícil que tenemos que afrontar, y muchas son las etapas de la ilusión que es preciso superar antes de hallar al Verdadero Yo.

Así pues, según lo muestra la [Fig8](#), tres son las grandes ilusiones en que estamos presos y que hemos de vencer: la ilusión del *Espacio* (como dimensiones), la ilusión del *Tiempo* (como sucesión), y la ilusión del Yo (como separación).

CAPITULO V

EL PLAN DE LA VIDA

A la luz de las ideas que acabamos de exponer, el magno plan de vida nos aparece, en su totalidad, como el vencimiento de las tres grandes ilusiones básicas –el *Espacio*, el *Tiempo* y el *Yo*- y, volviendo la vista hacia el pasado, observamos como esa conquista se ha ido desarrollando gradualmente, paso a paso.

↙ REALIDAD ↘			
Los TRES ASPECTOS (LIMITACIONES) de DIOS	ESPIRITU	CONSCIENCIA	MATERIA
DAN LUGAR A LAS TRES GRANDES ILUSIONES	YO como SEPARACION	TIEMPO como SUCESION	ESPACIO como DIMENSIONES
Para vencerlas debe- mos conocer acerca de..	DIOS	EI PLAN	EI MUNDO
Por medio del estudio de.....	RELIGION	FILOSOFIA	CIENCIA
Que conducen a los tres Senderos de...	DEVOCION	RAZON	CONOCIMIENTO
Esto nos llevará al dominio de la ilusión y obtendremos la iluminación de.....	YO como UNIDAD	TIEMPO como ETERNIDAD	ESPACIO como INFINIDAD
↘ REALIDAD ↙			
Las TRES GRANDES ILUMINACIONES			

FIG. 9

Para vencer la ilusión del *Espacio* (como dimensiones), hemos de llevar adelante nuestros estudios de las múltiples manifestaciones de la materia. La ciencia ha estado procediendo así a lo largo de muchos siglos, y ahora mismo avanza, a grandes pasos hacia el vencimiento de las ilusiones materiales: éste es el sendero del *Conocimiento*. Hemos de aprender a conocer las cosas tales como son, y no contentarnos con creencias basadas en las apariencias. Así aprenderemos a conocer el mundo –y de hecho, la Naturaleza toda- tal como realmente es, y venciendo

definitivamente la ilusión del tamaño y las dimensiones llegaremos a tener conciencia del *Espacio* como *Infinidad*.

Para vencer la ilusión del *Tiempo* (como sucesión), hemos de seguir el sendero de la *Razón*, y llegar a la comprensión del Plan de Vida. Esto es lo que han venido haciendo los filósofos a lo largo de las edades y, gracias a sus esfuerzos, la tiranía del tiempo está siendo dominada, y alcanzamos más y más vislumbres de lo Real, hasta que, por último, descubramos el misterio del Eterno Ahora, alcanzando la conciencia del *Tiempo* como *Eternidad*.

Para vencer la ilusión del *Yo* (como separación), hemos de seguir el Sendero de la *Devoción*. Desde muy remoto pasado, Grandes Instructores han revelado las leyes de la vida espiritual y fundado religiones que tienen por objeto guiar a los hombres a lo largo del camino, desde sus primeros tiempos en la Tierra. Desarrollando en nosotros las cosas del Espíritu y escuchando y cultivando la Voz Divina que habla en nuestro interior, llegaremos al lugar de Iluminación, donde se alcanza la conciencia del *Yo* como *Unidad* y sabremos, por nosotros mismos, que toda vida es Una.

Así pues, llegando a conocer el Espacio como Infinitud, el Tiempo como Eternidad, y el Yo como Unidad, y a cada uno de ellos como una faceta de la Realidad Única, la conciencia del hombre se fundirá con la conciencia de Dios, y se habrá completado, con ello. La evolución de la Mónada humana.

Sección Tres

**LA ILUSIÓN DEL ESPACIO
(COMO DIMENSIONES)**

Ayuda a la Naturaleza y colabora con ella;
y la Naturaleza te considerará como uno de sus creadores
y te rendirá acatamiento.
Y abrirá ante ti de par en par los pórticos de sus cámaras secretas,
y descubrirá ante tu mirada los tesoros ocultos en lo más profundo de su puro seno virginal.

(La Voz del Silencio - H.P. Blavatsky)

CAPITULO I

EL CAMPO DE LA MANIFESTACIÓN

Todas las cosas ocupan espacio, y esto se refiere tanto a nuestros propios cuerpos como a cuantos objetos existen en el mundo. Para entender el Plan de Vida, deberíamos tener alguna idea de dónde estamos. Deberíamos tratar de ver en su verdadera perspectiva, cual es la relación que mantenemos con nuestro medio ambiente formado por espacio y por objetos, y que es realmente ese medio circundante, por lo menos hasta donde la mente humana ha sido capaz de descubrirlo.

A lo largo de centenares de años según ya lo hemos recordado, los horizontes del conocimiento humano se han ido ampliando, de modo muchas veces lento, pero siempre continuo, y el universo conocido se ha hecho mayor y mayor, hasta el punto de que hoy se nos revela una extensión de lo creado tan grande y espléndida como para ser verdadera inspiración para aquellos capaces de captar aunque sea un mero vislumbre de su insignificancia. Tenemos que expandir nuestra mente, para que sea capaz de abarcar la mayor medida posible de tan soberbia grandeza. Como dijera Francis Bacon:

No ha de reducirse el Universo para encerrarlo dentro de los límites de nuestro entendimiento, como se ha hecho hasta ahora, sino que nuestro entendimiento ha de crecer y extenderse para que pueda abarcar la imagen del Universo según se le va descubriendo.

Bien haríamos en reflexionar profundamente sobre estas palabras de sabiduría, porque cuando emprendemos el estudio de la Tierra en que vivimos, se nos impone el hecho de que esta gran morada nuestra no es sino un fragmento de un vastísimo conjunto, cuyos límites –como sucede con el horizonte cuando ascendemos a una altura- continuamente se alargan más y más ante nuestra mirada incitándonos a un esfuerzo mayor y mayor que nos lleve a alcanzarlos. No podemos esperar que las estupendas maravillas del Plan de Vida se nos revelen en la mezquindad de un mundo de cotidianas trivialidades. No cabe esperar que dentro de las limitaciones de una imaginación encarcelada y encadenada quepa concebir la inmensa vastedad del espacio ni asomarse a sondear sus misteriosas profundidades. Nuestras mentes han de “crecer y extenderse para que puedan abarcar la imagen del Universo según se la va a descubriendo”. Hemos de atrevernos a salir de la confortable seguridad de lo corriente, de lo cotidiano, para que nuestras mentes echen a volar, con toda libertad, valentía y decisión, hacia las cumbres.

Al esbozar este breve estudio, tendremos que referirnos a tamaños que anonadan a la imaginación, y a distancias que van más allá de toda posibilidad de plena comprensión por la mente humana. Pero el esfuerzo por comprender estas magnitudes, aunque no logre pleno éxito, resultará positivamente valioso en cuanto a preparar a la mente para que pueda apreciar un día la inmensidad del Plan de Vida en toda su incomparable magnificencia.

En la [Fig10](#) hemos representado una concepción del mundo según los babilonios. Para ellos, la Tierra era plana y hueca, y estaba llena de cosas imponentes y hasta aterradoras. Bajo la superficie corrían extraños ríos, nacidos de las aguas del Gran Abismo. Fuentes submarinas, semejantes a surtidores, lanzaban las corrientes hacia arriba, a través de las tierras, hacia los mares. Aún más debajo de todo aquello, se extendía “Sheol”, morada de las almas en ultratumba y lugar de perpetuos tormentos. Si en busca de un escenario más apacible, y hasta risueño, se volvía la mirada hacia lo alto, lo primero que se divisaba era el almacén o depósito de los vientos, situado en las

cuatro esquinas de la Tierra. Más arriba hallábanse el aire y las nubes, y los depósitos de lluvia; las nieves y el granizo estaban acomodados en los lugares más convenientes para descargar su contenido sobre la Tierra. Más arriba de todo esto, para morada y premio de los que hubiesen merecido tan empíreos deleites, se extendían los Cielos Superiores, donde reinaba perdurable bienaventuranza. El Sol, por supuesto, era transportado a través de los cielos durante el día, y en las horas de la noche regresaba a su punto de partida para iluminar de nuevo a la Tierra



FIG. 10

Pero pronto alboreó un nuevo conocimiento. Se desechó la idea de que la “Tierra era plana”. El antiquísimo filósofo griego Thales de Mileto fue el primero en enseñar públicamente que la Tierra era un globo, si bien la imaginaba rígidamente suspendida en el espacio. Más adelante se reconoció que unas pocas “estrellas errantes” eran planetas semejantes a la Tierra. Ptolomeo trató de explicar los movimientos de los cuerpos celestes sugiriendo que giraban en torno de la Tierra, sobre una serie de invisibles esferas de cristal, en moción cíclica, y postuló la teoría de los “epiciclos” a fin de corregir ciertos errores evidentes que presentaba la teoría en su forma primitiva (FIG11A). De este modo se perpetuó la teoría bajo el nombre de “Sistema Ptolomaico”. Durante no menos de catorce siglos persistió esta teoría dominando, con ligeros cambios, el pensamiento occidental, a pesar de que Pitágoras, en el siglo VI antes de Cristo, había declarado que la Tierra giraba alrededor del Sol. Pero en el siglo XVI, Nicolás Copérnico descubrió evidencia indiscutible de que el Sol permanecía estacionario, mientras los planetas, y entre ellos la Tierra, giraban en torno de él. Pero aquella idea nueva contradecía de tal modo la universal evidencia de los sentidos, según la cual el Sol en sí efectuaba su diario recorrido, de este a oeste, a través de los cielos, que durante cincuenta años más el viejo concepto ptolomaico persistió, hasta que Galileo hubo de construir su primer telescopio, bastante primitivo, y escudriñando el cielo a través de sus cristales, obtuvo, con sus propios ojos, la evidencia de la verdad de los argumentos mantenidos por Copérnico. Sólo entonces viniéronse al suelo las viejas teorías y lograron plena aceptación las ideas nuevas (FIG11B). Se notará,

observando este diagrama, que entonces se creía que las estrellas giraban alrededor del Sol, porque sólo después de descubrirse la verdadera naturaleza de las estrellas, al saberse que eran otros tantos soles, fue cuando el Universo se expandió súbitamente ante lamente humana, alcanzando a nuestros ojos una magnitud que antes ni siquiera se soñara.

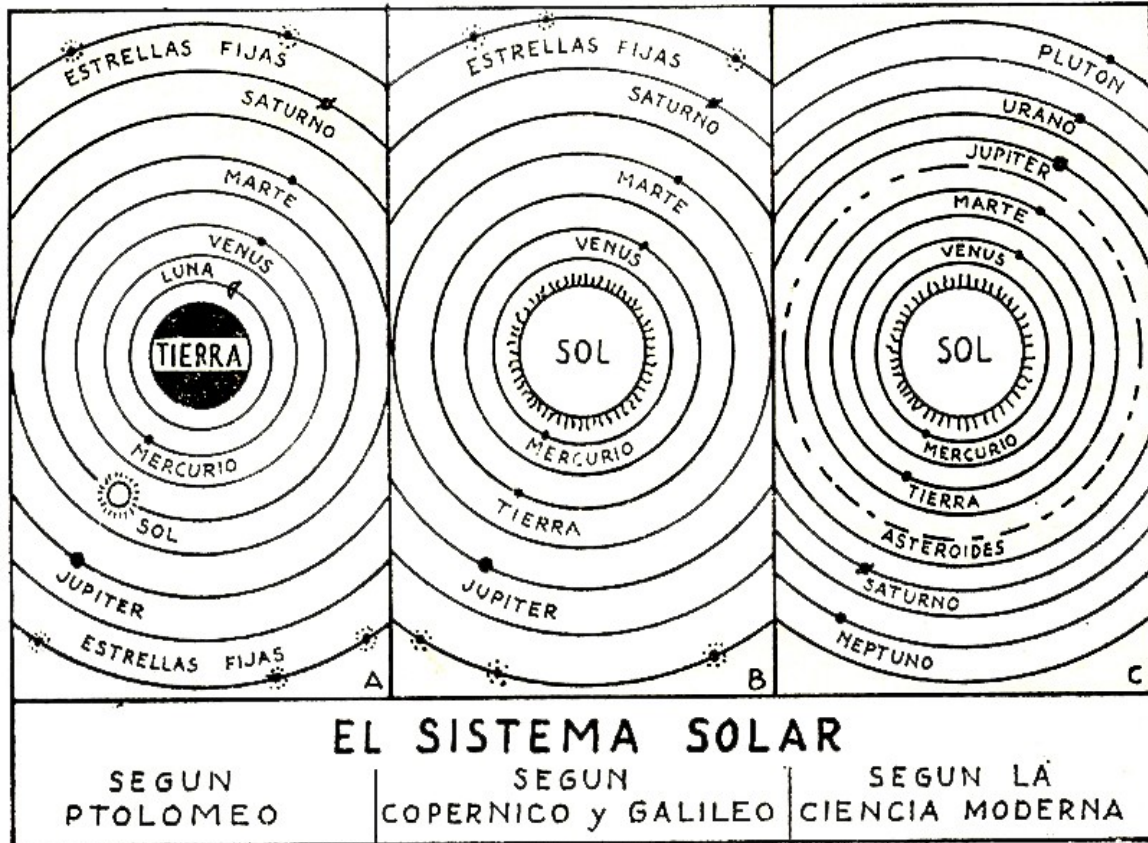


FIG. 11

Ahora sabemos que el Sistema Solar ([FIG11C](#)) incluye nueve planetas con sus respectivos satélites y varios centenares de asteroides, estos últimos pequeños objetos de carácter planetario y de un diámetro de seis a seiscientos kilómetros, que algunos hombres de ciencia consideran como restos de un mundo que se hizo añicos en un remoto pasado.,

El Sol mide 1.391.000 Km. de diámetro y es, el miembro mayor de su sistema y , por supuesto, su señor y gobernante, fuente de calor y de luz para todos sus componentes. La Tierra mide 12.740 Km. de diámetro y, sin embargo, tan grande es el volumen del Sol, que más de un millón de globos del tamaño de la Tierra cabrían dentro del. No menos sorprendente resulta la relativa pequeñez de los demás planetas si se les compara con el Sol, y la inmensidad de las distancias que de éste los separan: La Tierra está a 149.400.000 de Km. del Sol; Plutón, el más lejano de los planetas, a cerca de 5.950.000.000 de Km. Pero estas cifras son tan enormes que la mente no llega a captarlas bien. Reduzcamos, pues, la escala a tamaños representados por cifras que estén más a nuestro alcance.

Supongamos que el Sol estuviese representado por una esfera de 8 cm de diámetro, tal como la que aparece en la [Fig12](#).

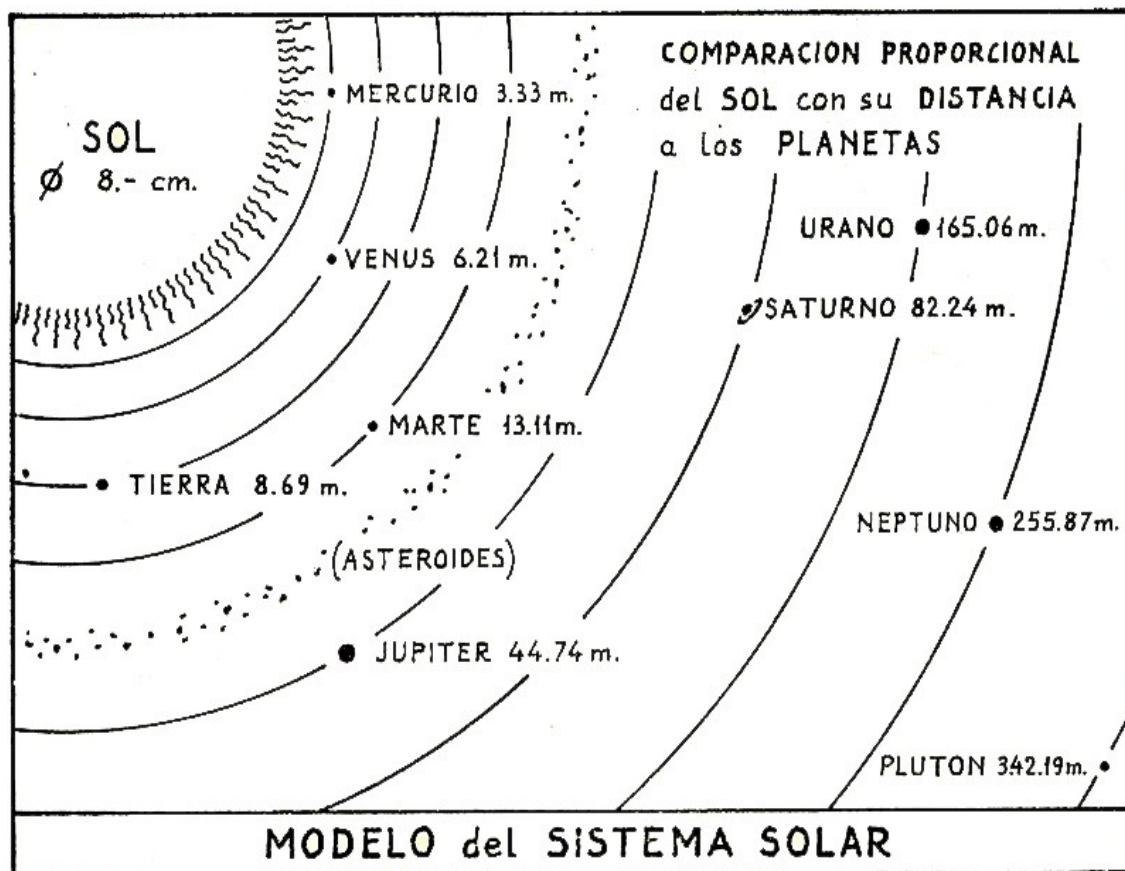


FIG. 12

Entonces reducidos a la misma escala los planetas no serían mayores que los puntitos situados al lado de sus nombres respectivos; y hay que advertir que, en bien de la mente debieran ser. En cuanto a los asteroides, serían totalmente invisibles. En cuanto a las distancias exactas que separan al Sol de los distintos planetas, resulta absolutamente imposible representarlas a esta escala, dado que necesitaríamos trazar una línea que se extendiera a lo largo de más de 650 de estas páginas. Pero imaginemos que nuestra pequeña esfera de 8 centímetros de diámetro —que representa al Sol— estuviese en equilibrio en un espacio vacío; a una distancia de 3,33 metros colocaríamos una cabeza de alfiler, que sería Mercurio; a 6,21 metros, una semilla pequeña, que sería Venus; aún más lejos, a 8,69 metros, otra ligeramente mayor, que representaría a nuestra Tierra; y a 13,11 metros de distancia otra semilla pequeña representaría a Marte. Ahora avanzaremos hasta un punto situado a 44,74 metros, y allí colocaremos un guisante, que será el “gigante” Júpiter; otro algo más pequeño, a 82,24 metros será Saturno; otras dos semillas más habrán de ser situadas, la una a 165,06 metros y la otra a 255,87, para representar a Urano y Neptuno. Luego otra cabeza de alfiler, a no menos de 342,19 metros de la pequeña esfera, para indicar la posición del más remoto de los planetas descubiertos hasta el momento de escribirse este libro, es decir, de Plutón. Hemos alcanzado así los límites externos —siempre según nuestros conocimientos actuales— de este Sistema Solar en miniatura que hemos fabricado. Ahora, con la esfera que imaginativamente es el Sol, en el centro, y Plutón en el punto final del radio, trazaremos un círculo imaginario. ¡Y la totalidad de la materia “sólida” contenida dentro de ese círculo de 684,38 metros de diámetro se reducirá a una esferita de 8 centímetros, dos guisantes, cinco semillas pequeñas y dos cabezas de alfiler! Aunque deberíamos añadir algo así como la cantidad de polvo fino que pudiéramos asir entre el índice y el pulgar, para representar a los satélites, algunos cometas y los asteroides. Así, la representación sería exacta.

Increíble parece que objetos que llamaremos tan diminutos –por comparación con las distancias que los separan y el espacio en que se hallan esparcidos- como nuestro Sol y sus planetas, formen un sistema completo, con movimientos precisos y regulares, y dominado y regido por fuerzas que emanan de un centro común. Pero no es que sea increíble: *¡es que no es cierto!* Porque esa imagen que nos forjamos, exclusivamente desde el punto de vista material, y cuya complejidad nos asombra, es lamentablemente incompleta, como veremos al pasar a examinar el asunto a la luz de las enseñanzas de la Teosofía.

Pero, aunque en realidad la familia que forma el Sistema Solar, ocupa un espacio, ligeramente elíptico, que mide 11.900 millones de Km. entre sus bordes opuestos, este espacio se sume necesariamente en la insignificancia si lo comparamos con las distancias que ahora pasaremos a considerar.

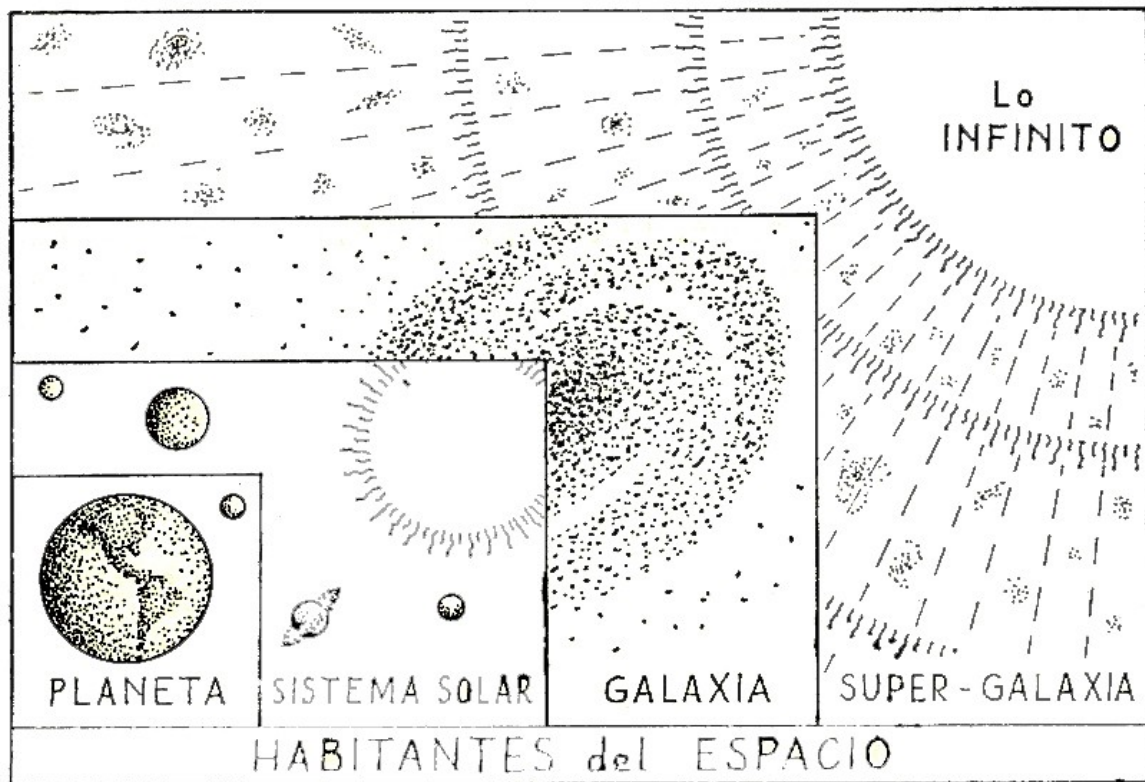


FIG. 13

Examinemos la [Fig13](#). De izquierda a derecha, observamos primero al planeta Tierra, y luego al Sistema Solar. Pero ya sabemos que ese Sol nuestro no es sino una estrella entre otras innumerables estrellas; es un sol entre miles y miles de Soles. Ha llegado el momento de recordar que muchísimas de estas estrellas, las del inmenso grupo a que pertenece nuestro Sol, forman lo que se llama un “universo isla” o una “galaxia”. Y que en la parte del firmamento a que ya alcanza la vista humana, ayudada por potentísimos aparatos, hay muchas galaxias. Al igual que los planetas, las galaxias giran en centro común. Solamente en nuestra galaxia, es decir, la galaxia a la que pertenece nuestro Sol ¡hay no menos de cien mil millones de estrellas! Y aquí tenemos que dar, con la imaginación, otro paso inmenso, ya que sabemos que los telescopios de alta potencia han observado ya ¡miles de estas galaxias! Y estas no permanecen estacionarias dentro de su movimiento giratorio, ni tampoco se deslizan a la ventura a través del espacio. Por el contrario, ya los astrónomos han obtenido pruebas de que también las galaxias, formando cada una, una unidad, giran en torno de un centro común, para formar lo que podríamos llamar una “supergalaxia”.

¿Qué tamaños y qué distancias corresponden a estas vastedades? Aquí ya hemos dejado muy atrás la etapa en que podían emplearse medidas en kilómetros, porque con ellas sería necesario llegar a un número excesivo de cifras. Por eso, los astrónomos han inventado el “año-luz” para utilizarlo como unidad de medida. El “año-luz” equivale a la distancia recorrida por un rayo de luz durante un año, y ya sabemos que el rayo de luz viaja a la velocidad de 299.800 Km. por segundo. ¡Y la distancia que nos separa de los más remotos cuerpos estelares hasta ahora descubiertos –los quasars- es de ocho a nueve mil millones de años-luz!

Y en medio de esta inmensidad, se yergue el hombre, avanzando ávidamente hacia delante en busca de más y mayores campos que conquistar. Observemos la [Fig14](#).

Físicamente, diremos, el hombre tiene, por término medio, 1,80 metros de alto. Por encima de él aparecen en el diagrama en pasos progresivos, los tamaños y las distancias correspondientes a algunos de los objetos que sus investigaciones han logrado abarcar y que, por lo tanto, entran ya en el campo de sus conocimientos. Con ayuda del diagrama, podemos tratar de visualizar los tamaños que se indican, y que corresponden a la Tierra, al Sol, a las galaxias. Por debajo de la figura del hombre, se indican algunos de los objetos menores que él en tamaño que ya ha observado y medido: la célula sanguínea, el virus, el átomo y el núcleo del átomo.

De la inconcebible pequeñez del núcleo del átomo –que es una millonésima de la millonésima parte de un centímetro- hasta la lejanía y la magnitud, también inconcebibles, de la más distante galaxia que la ciencia ha logrado descubrir en las profundidades del espacio, la mente del hombre, en incesante actividad, ha penetrado para observar y clasificar todo cuanto se pusiera a su alcance. Y, *sin embargo, dentro de ese 1,80 metros de maquinaria viva que él llama su cuerpo, se ocultan misterios a los que no ha dirigido su atención, y que guardan la clave del propósito mismo de su existencia.* Mientras en todo cuanto lo circunda, desde lo infinitesimal hasta lo enorme, desde lo más cercano hasta lo más remoto, el hombre descubre y acata una suprema ley natural que rige al Universo, muy pocos son los que han llegado a comprender y aceptar, a plena conciencia, que esa ley natural también ha de aplicarse invariablemente a las cosas del espíritu, al lento despertar de la Divinidad que vive dentro del hombre mismo. Y, no obstante, ¡esa es la verdad!

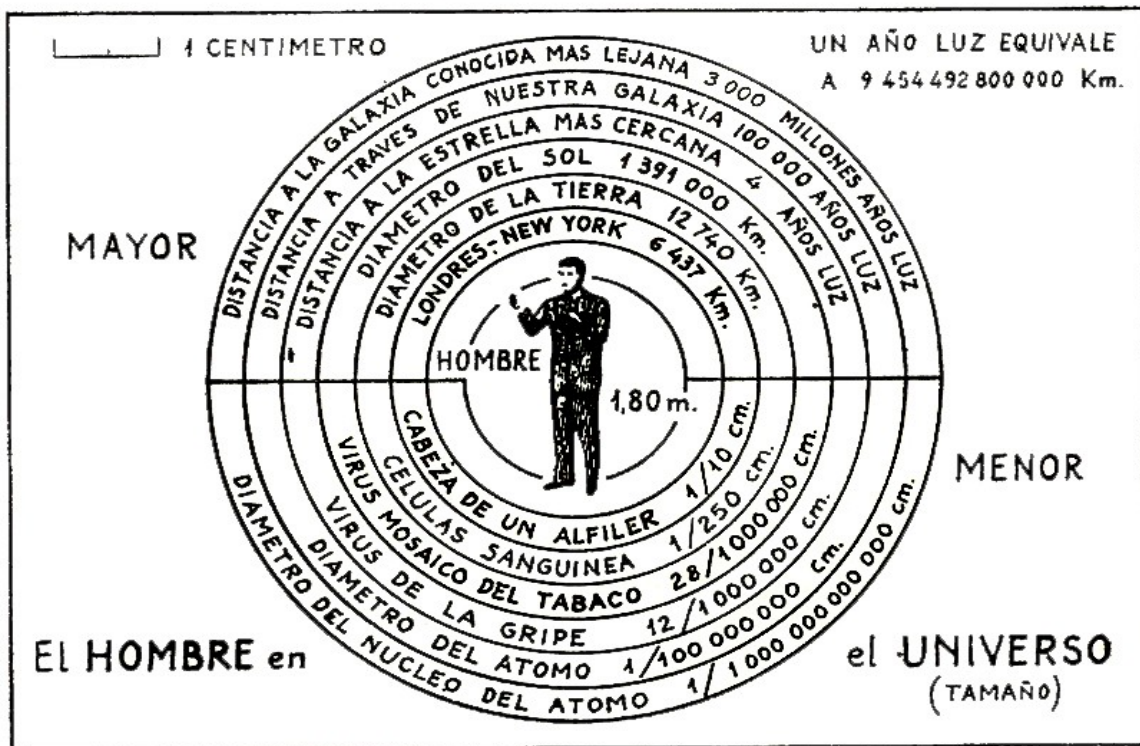


FIG. 14

CAPITULO II

DE LA INFINIDAD A LA HUMANIDAD

Hemos lanzado rápida ojeada sobre el vastísimo anfiteatro de los cielos, logrando leves vislumbres de su ilimitada extensión, y hallando pruebas evidentes de que en todas partes reinan la ley y el orden. Al tratar de visualizar las inmensidades de estructura y de distancia que se nos presentaban, no hemos podido menos de reconocer que el magno y soberbio plan de la existencia posee proporciones tan enormes que van más allá de cuanto podríamos imaginar, sino fuera por los descubrimientos de los astrónomos modernos que, con acuciosa observación y pericia consumada, han llevado sus investigaciones hasta las lejanísimas profundidades del espacio, poniendo a disposición de sus semejantes un conocimiento del cosmos extraordinariamente superior a todo cuanto anteriormente hubiera concebido la mente humana. Además, ya se sabe que las estrellas – soles como nuestro Sol- pasan por ciclos de vida bien definidos: “nacen”, llegan a la madurez y “mueren”. Hay sólidas pruebas que indican que el espacio no está vacío, sino que lo llenan grandes masas de gases y de polvo cósmico, y residuos de soles que perecieron en un lejanísimo pasado, y del cual, en su día, brotarán a la existencia nuevos soles.

Pero, trascendiendo un tanto los límites de la observación directa, si bien basándonos en un razonamiento que puede muy bien admitirse como válido –ya que en torno de nuestro Sol circula toda una familia de planetas-, podemos con toda probabilidad dar por supuesto que esos otros soles existentes en el espacio –o, por lo menos, grandísimo número de ellos-, también tienen, o han tenido durante alguna época de su existencia, planetas que formen su “sistema solar”. Y dado que en nuestro planeta, la Tierra, han nacido todas las innumerables formas de vida que conocemos ¿por qué, en esos otros planetas, o por lo menos, en algunos de ellos y en ciertas épocas de su existencia, no han de haberse producido resultados, por lo menos, aproximadamente análogos? Razonemos: nuestro Sol es un sol corriente, puesto que los hay mayores y menores que él, más viejos y más jóvenes. La Tierra no es, tampoco, más que un planeta corriente, de tamaño mediano dentro del sistema de que forma parte. En todos los cuerpos celestes hasta ahora conocidos existen los mismos elementos químicos, con posibles excepciones de menor cuantía. Hasta donde nos ha sido posible saber, la ley de gravitación rige en todas partes, y la luz es un fenómeno universal. Por lo tanto, no parecen existir condiciones especiales que destaquen a nuestro pequeño planeta para que en él se produzcan resultados únicos ni aún especialísimos. En realidad, lo que sería sorprendente, por muchas razones, es que en otros planetas *no* se hubiesen producido criaturas vivientes. Y, si lo miramos desde este punto de vista, el Cosmos entero nos aparece animado, saturado de vida que rítmicamente late, en toda fase de su ser. Y la evolución se revela a nuestros ojos como un vastísimo movimiento que avanza hacia los más remotos horizontes y hasta las más elevadas alturas, dejando muy atrás los límites en que una mente más estrecha, más atada a los límites de la Tierra, pretenda encerrarla.

Con toda la magnitud que estos conceptos encierran, hasta las limitaciones que pudieran cercarlas se desvanecen cuando entramos a estudiarlos a la luz de la Teosofía. Porque entonces se nos ofrece un concepto magno que, no solamente liga entre sí las partes hasta ahora halladas por la mente del hombre, formando con ellas un conjunto coherente, sino que la grandeza del plan vislumbrado se transforma de súbito en algo inconmensurablemente más satisfactorio. Al conocimiento hasta ahora

logrado, se agrega la revelación del sublime *propósito* que inspira al plan, y de los métodos por los cuales se realizará ese propósito. Se nos abren las puertas para ir más allá de las meras cáscaras de los fenómenos externos, y penetrar en las realidades que palpitan dentro de ellas. Al adentrarnos en este estudio, comenzamos a percibir la existencia de un Cosmos palpitante de vida. En ese Cosmos infinito, no sólo vibra la vida por doquier, sino que una innumerable multitud de seres inteligentes avanza por una escala en incesante ascenso, hasta que nuestra limitada comprensión no alcanza a seguirlos, y los perdemos de vista, lo mismo que la más elevada nota musical se desvanece en el silencio cuando traspasa las fronteras de nuestra capacidad auditiva. Pero, en todo cuanto nuestra percepción alcanza, vemos ley, orden, y actividad animada por un propósito. Vemos un Dios, nuestro Dios, y otros Dioses aún mayores, en ascendente orden de gloria y de poder y, aún más allá de nuestra clara comprensión, llena nuestro ser la íntima seguridad de que, en este Cosmos en que vivimos, *todo va bien*. Aunque aquí abajo el hombre, en sus primeros y vacilantes esfuerzos por despertar los poderes divinos que yacen dormidos dentro de él, haga mal uso de estos poderes a medida que van despertando, porque desconoce los valores que encierran, no obstante, allá en los espacios infinitos aparentemente vacíos, pero en realidad palpitanes de vida, existe, para decirlo con las palabras del Señor Gautama El Buda, “un poder que mueve a rectitud, y sólo sus leyes perduran”.

Ya nos hemos referido, con cierta extensión, al Gran Ser al que llamamos “Dios” –y con frecuencia “el Logos”, en la literatura teosófica-, que es la Inteligencia creadora y rectora de nuestro Sistema Solar; y también hablamos de nuestra relación con Él. Del mismo modo que luego tuvimos que traspasar, con la imaginación, los límites de Su Sistema, para abarcar, hasta donde nos fuera posible, la totalidad de los cuerpos celestes, las galaxias, las supergalaxias, y lo que hay más allá, así debemos ahora avanzar otro paso, para ligar entre sí todas esas manifestaciones materiales y la vida que en ellas palpita, formando con el conjunto un esquema que incluye todo cuanto existe y lo anima de un solo y magnífico propósito. En la Fig. 1 vimos representada la emanación de “la Trinidad en la manifestación”, emanada de la Realidad Inmanifestada. La [Fig6](#) simboliza, en diagrama, la triple naturaleza de nuestra Deidad Solar. Esta última trinidad es una reproducción de la primera, pero a nivel muy inferior. Ahora bien, entre las dos, existen muchas etapas intermedias; pero cuántas son esas etapas, es lo que nadie sabría decir.

La teosofía ha enseñado, desde épocas remotas hasta los tiempos actuales, que la Deidad de nuestro Sistema Solar mantiene, con un ser mucho más elevado, la misma relación que nosotros mantenemos con ella (Fig. 15). A la luz de los conocimientos modernos podemos, con razonable certidumbre, identificar a ese Magno Ser con la Deidad de nuestra Galaxia, a cuyo cargo está la evolución de todos los sistemas solares que forman este “universo-isla”. Y así sucesivamente, en etapas cada vez más amplias, más elevadas, rigen los mismos principios. Tenemos que darnos cuenta, de manera cada vez más clara y vívida que, a través de toda la vastísima escala de la creación, cada paso está regido por una dirección inteligente.

Es lo cierto que en nuestro actual estado de desarrollo, todavía bastante atrasado, no podemos captar plenamente tan elevadísimo conceptos. Pero, mientras más avancemos en el estudio, mayor corroboración hallaremos que las leyes de la Naturaleza constituyen una unidad, y que los hechos sencillos con los que nos enfrentamos cada día son, en realidad, reflejos de las grandes leyes cósmicas. El tamaño es una ilusión: su aparente realidad y las comparaciones que, hacemos entre un objeto y otro, dependen absolutamente del grado de limitación en que está funcionando nuestra conciencia; para otro ser que se halle en distintas condiciones, los valores serían también completamente diferentes. En el primer volumen de *La Doctrina Secreta*, dijo H. P. Blavatsky:

Desde los Dioses hasta los hombres, de los mundos a los átomos, de las estrellas a los relámpagos de calor, del Sol al calor vital del más diminuto ser orgánico, todo el mundo de forma y de existencia no es sino una inmensa cadena cuyos eslabones están todos ligados entre sí. La ley de analogía es la clave primera para el problema del mundo, y aquellos eslabones han de ser estudiados coordinadamente en sus mutuas relaciones ocultas.

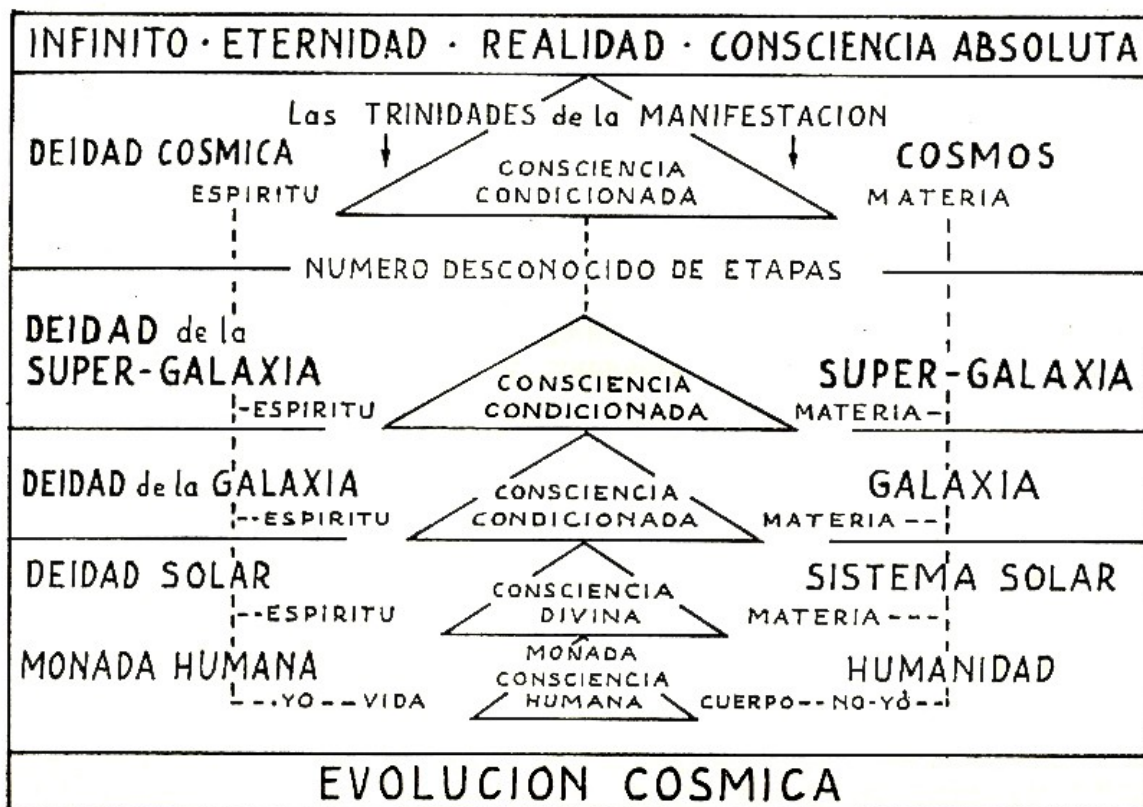


FIG. 15

Muchas de las dificultades con que tropezamos al tratar de entender las relaciones que existen entre el hombre y Dios nacen de una apreciación excesivamente incompleta de la naturaleza de ambos. El hombre lucha y se esfuerza, impulsado hacia adelante por fuerzas que llevan en su interior, pero que no alcanza a comprender. Los caminos de Dios en sus mundos son con frecuencia oscuros, y aquellas mismas cosas que al hombre le parecen tan injustas, los dolores que juzga tan innecesarios y las innumerables frustraciones que lo acosan y que no entiende, pueden ser precisamente los duros pasos del abrupto camino por donde va escalando las alturas que lo llevarán hasta la visión espléndida que le espera en la cima de la montaña. Y, a su vez, Dios —el Logos Solar—, aunque es inconmensurablemente superior a cuanto de Él podemos imaginar en nuestros momentos de mayor exaltación, sigue, Él también, Su camino hacia arriba y hacia delante, para alcanzar, mediante Sus actividades actuales, sublimes cumbres deslumbrantes. Como lo ha dicho C. W. Leadbeater, en *El Credo Cristiano*:

Aunque, en niveles tan extraordinariamente elevados, las diferencias en gloria y en poder no pueden sino significar muy poco para nosotros, sin embargo, podemos darnos cuenta, hasta cierto punto, de la distancia que existe entre los tres Grandes Logos y el Logos de un solo sistema evitando así un error en el que caen continuamente los estudiantes poco cuidadosos. Pero, si bien es cierto que la distancia entre el Absoluto y el Logos de nuestro sistema solar es mayor de lo que nuestra mente puede apreciar, también es igualmente cierto que todas las sublimes cualidades que siempre hemos atribuido a la Deidad, Su amor, sabiduría y poder, Su paciencia y compasión, Su omnipotencia, omnisciencia y omnipresencia y, junto con ellas muchas más que sobrepasan nuestra imaginación, las posee en grado máximo, nuestro Logos Solar, en quien verdaderamente “vivimos, nos movemos, y tenemos nuestro ser”.

CAPITULO III

LA NATURALEZA DE LA MATERIA

Estamos rodeados de cosas materiales. En todas direcciones existen, en casi infinita variedad, objetos de diferentes clases, desde el polvo que oprimimos bajo los pies hasta el Sol, la Luna y las estrellas que contemplamos al levantar los ojos hacia el cielo. Durante muchísimos siglos los hombres se han preguntado cómo surgió a la existencia tan enorme variedad de cosas. ¿Hay algún elemento básico, del cual todas las sustancias sea cual fuere su clase, derivan su existencia? Hace más de mil años, los griegos respondieron que sí a esta pregunta. Un grande hombre de ciencia y filosofo griego, Demócrito, afirmó que si se tomaba cualquier sustancia y se la sometía indefinidamente a un proceso de división y subdivisión, se llegaría al fin a una última partícula que no sería posible dividir, y por eso dio a dicha partícula el nombre de *Átomos*, que significa “indivisible”. Demócrito y los pensadores contemporáneos suyos consideraban que el átomo –como nosotros hemos seguido llamándolo- era tan pequeño que resultaba invisible. Además, era incompresible e inmortal; no era posible ni comprimirlo ni destruirlo.

Según Demócrito, existían tres grandes tipos de materia, que mostramos en la [Fig16](#).

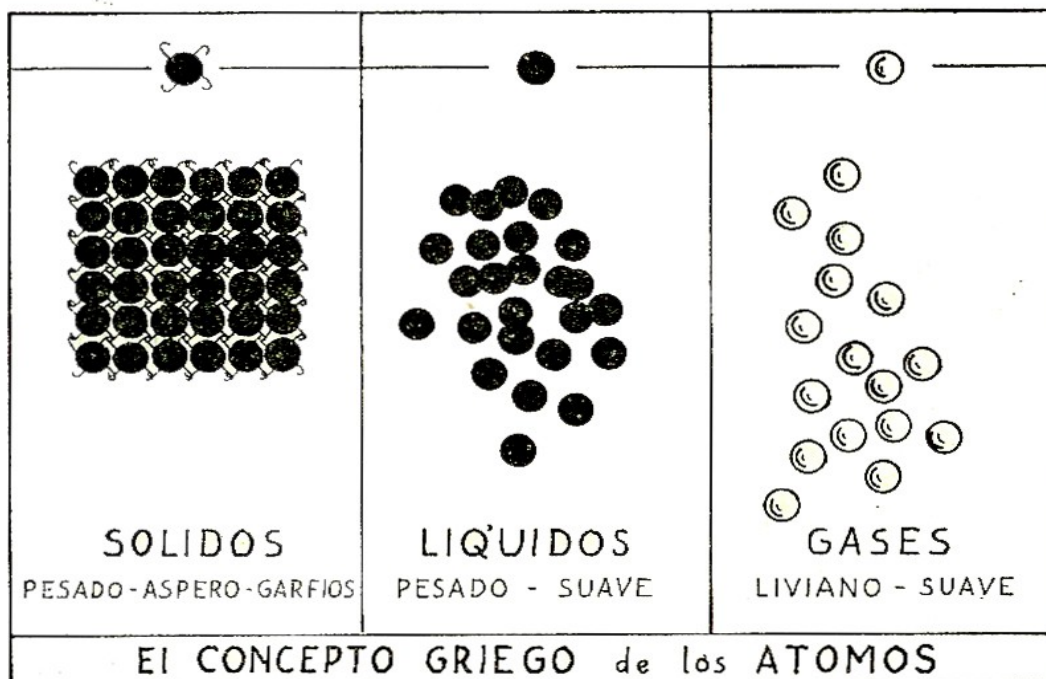


FIG. 16

La materia sólida –pensaba, y la inmensa mayoría de los pensadores de su época concordaban con su opinión – era producida por una combinación de átomos ásperos y pesados. Algunos sugerían que esos átomos presentaban en su superficie una especie de garfios o anfractuosidades que se enganchaban con las correspondientes anfractuosidades de los átomos de su misma especie, y que por eso era necesario ejercer cierta fuerza para romper los objetos formados por sustancias sólidas. Otros átomos eran también pesados, pero de superficie muy lisa, y por lo tanto se deslizaban libremente unos por sobre otros y formaban, por consiguiente, las sustancias líquidas, como el agua, etc. El tercer tipo era el de los átomos muy lisos y, además, muy livianos, que flotaban con gran facilidad en el espacio y formaban el aire y los demás gases.

Los griegos tenían razón en cuanto a la existencia de esa partícula última, pero se equivocaban en cuanto a la naturaleza de dicha partícula. Anteriormente se ha mencionado en este libro la gran revolución ocurrida en el pensamiento científico al alborar el siglo XX. Un eminente hombre de ciencia del siglo XIX había declarado, en las últimas décadas de esa centuria, que era probable que ya se hubiesen descubierto todas las leyes importantes en el campo de la física, y que poco quedaría ya por hacer, fuera de repetir experimentos ya realizados anteriormente, y agregar algunos detalles, algunos puntos sutiles, a los hechos ya bien sólidamente establecidos, ¡Cuán equivocado estaba! La magnitud de su error se hizo evidente, del modo más dramáticamente súbito, cuando, aún antes de que aquel mismo siglo terminara, se realizaron nuevos descubrimientos sobre la naturaleza de la materia que destruyeron casi totalmente los viejos conceptos mecanicista, y alboró una nueva era en la cual la mente humana ascendió rápidamente a nuevas cumbres de logros y de perspectivas.

Se sigue considerando hoy al átomo como el elemento primario para la construcción de todas las sustancias. Pero se ha descartado por completo la idea de un átomo sólido, ya que ahora se sabe que el átomo está formado, casi totalmente, de “espacio vacío”. Tan abstruso allegado a ser el conocimiento del átomo que hoy tiene la ciencia, que ningún diagrama puede representar correctamente su estructura; los hombres de ciencia tienen, pues, que recurrir para ello a ecuaciones matemáticas. En la [Fig17](#) aparecen dibujos que pueden ayudar al profano a hacerse una idea de la estructura de dos de los átomos más sencillos, y de la molécula y la unidad celular que respectivamente forman. Se afirma que, básicamente, todos los átomos consisten en un núcleo central en torno del cual giran uno o más electrones, en órbitas circulares o elípticas, y a enormes velocidades. La [Fig17](#) muestra en una de sus partes, el átomo de hidrógeno, que es el más sencillo de todos, ya que sólo tiene un electrón, en tanto que otros cuentan hasta con un centenar de ellos o un poquito más. Los átomos más complicados tienen varias órbitas de electrones, y del número de electrones situados en las órbitas más externas depende la posibilidad de que un átomo se combine con otros para formar un compuesto. La [Fig17](#) muestra también un átomo de oxígeno, que tiene ocho electrones: dos en la órbita interna y seis en la externa. Dado que el número total de electrones en la segunda órbita de cualquier átomo es de ocho, y todo átomo parece empeñarse en “regularizar” su órbita externa agregándole electrones o perdiéndolos, el átomo de oxígeno se unirá fácilmente con dos átomos de hidrógeno, según lo muestra la misma [Fig17](#). Cuando esto ocurre, ambos átomos pierden sus características originales y emprenden una nueva vida: en este caso particular, se convierten en una molécula de agua. Y sextillones de semejantes moléculas formarán una gotita del precioso líquido. ¡Y un sextillón es una unidad seguida de veintiuna cifras!

Los átomos agrupados en estructuras bien definidas forman moléculas. Esta regla se aplica a los cristales, y en esa misma [Fig17](#) hemos presentado la disposición de los átomos en un cristal de sal de piedra: catorce átomos de sodio y trece de cloro se unen firmemente para formar un cristal, las líneas del dibujo indican la dirección de las fuerzas que los mantienen unidos.

Un vislumbre fascinante del modo cómo la Naturaleza construye formas geométricas por medio de ondas sonoras se nos ofrece en la “Placa de Sonido de Chadni”, que aparece en la [FIG18A](#). Se trata de una placa de bronce duro, montada sobre un soporte adecuado para proporcionarle rigidez, y sobre la cual se esparce un poco de arena. Cuando se hace que un arco de violín roce, de arriba hacia abajo, el borde de la placa, se produce una nota musical; al mismo tiempo la arena formará sobre la superficie de aquella un diseño geométrico bien definido y, a veces, bastante complejo

(FIG18B). El cambio de tono del sonido destruirá el diseño primeramente formado y creará otro nuevo (FIG18C).

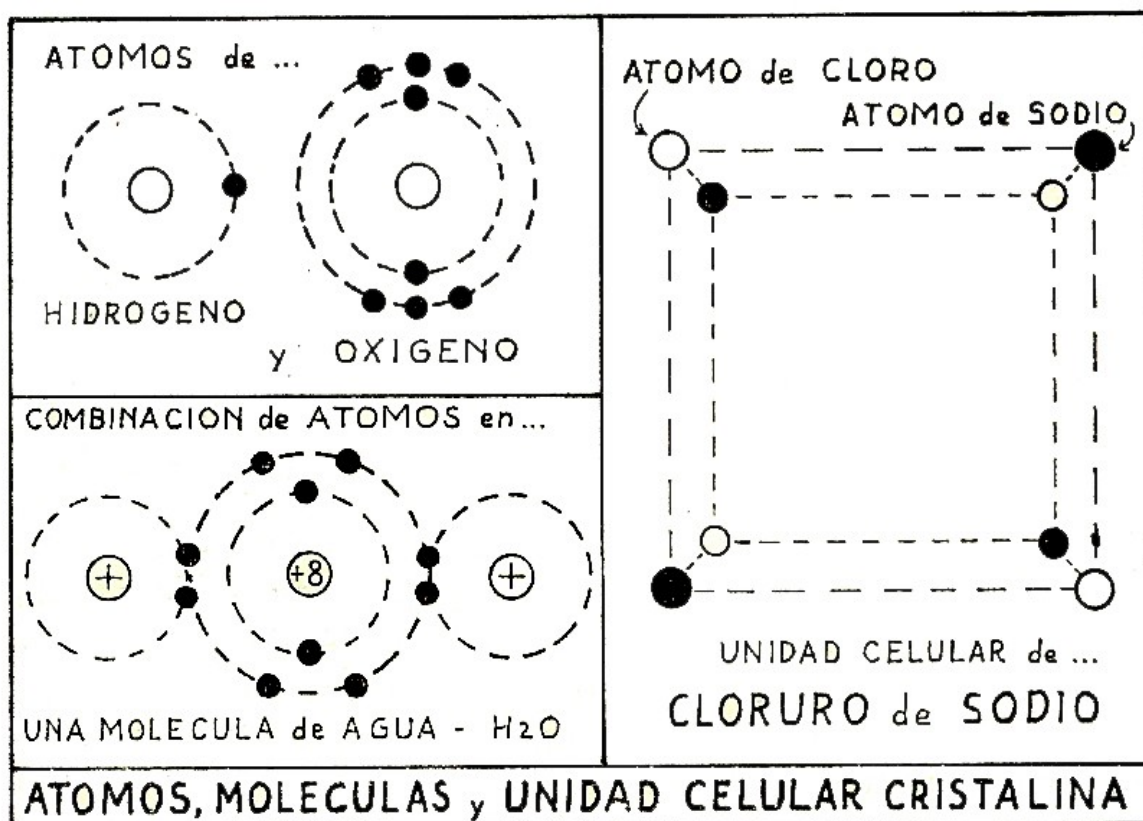


FIG. 17

Estos pocos ejemplos, a pesar de su sencillez, servirán para demostrar que las cosas más "sencillas" que empleamos en la vida cotidiana no tienen, en realidad, nada de sencillas. A veces, cuando se le presente la oportunidad, inclínese usted y recoja un puñado de tierra —de tierra de la más corriente—, y mírela con cuidado, y diríamos, hasta con reverencia, porque jamás tendrá usted en sus manos nada más asombrosamente maravilloso. Todo el oro y la plata y el cobre, todas las piedras preciosas, todas las maravillas arquitectónicas del mundo lo mismo que sus maravillas mecánicas, todo ha surgido de las profundidades de la Madre Tierra que simboliza esa porción minúscula que oprime en el puño; todo ha brotado de ella, en la más asombrosa sucesión de milagros. Si pudiéramos penetrar a fondo en la estructura de una motita de polvo, acaso quedaríamos arrobados ante las inmensas maravillas que se revelarían a nuestros ojos sorprendidos. No solamente nos maravillaría el orden y la perfección del concierto allí reinantes, sino que dentro del núcleo, en el corazón mismo del átomo, hallaríamos esa enorme fuerza que ya la ciencia ha descubierto, esa incomparable fuerza que ya ha cambiado el curso de la historia y que, de no ser siempre sometida a recto dominio, sería capaz de destruir a la humanidad entera.

Así vemos, pues, que todo objeto material puede ser reducido a cristal, a molécula o átomo. Tengamos siempre en cuenta, sin embargo, que los dibujos aquí reproducidos no se componen sino de unas pocas líneas, rectas y curvas, y que no pueden representar las realidades de la materia sino en la misma forma esquemática, muy lejana de su magnífica complejidad, con que unos cuantos signos musicales trazados sobre el papel representan la realidad de la más majestuosa sinfonía.

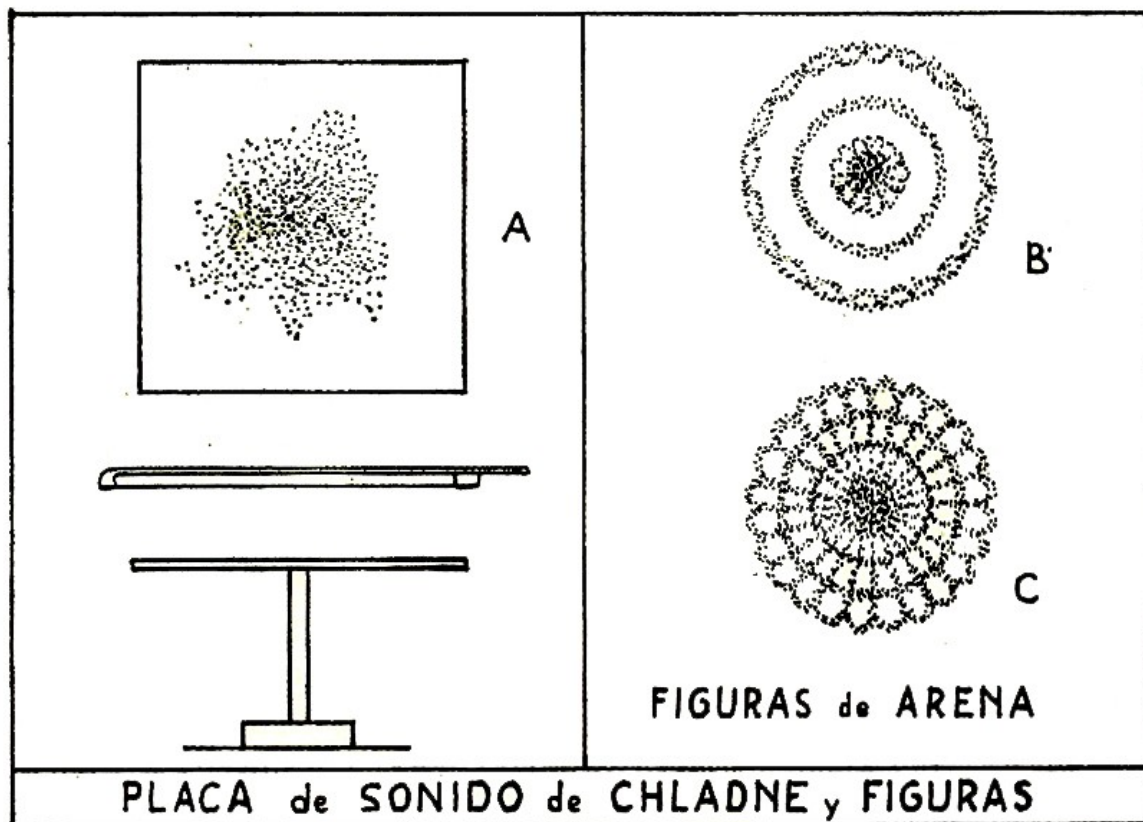


FIG. 18

Pero hay aún algo más que esta imposibilidad de expresar realidades por medio de meros símbolos. Ya hemos indicado que el electrón es de tal naturaleza que con igual verdad puede considerársele como una partícula o como un sistema de ondas. En realidad, es algo que incluye ambas formas. Y los electrones, los átomos y las moléculas producen lo que podríamos llamar diseños de ondas, hasta el punto de que podríamos decir, con un autor que ha tratado del asunto: “La mejor descripción de la materia es ésta: ¡un ritmo incesante!”.

Vemos, pues, que los hombres de ciencia, al escudriñar muy a fondo la naturaleza de la materia, han descubierto que, en esencia, no es sino *un sistema de ondas*. Y ello apoya la idea, ya anteriormente esbozada, de que el mundo tal como lo conocemos, con todas sus incontables variaciones de sonido y color con sus bosques, ríos y montañas, con la fragancia de sus flores, con todo cuanto vemos y tocamos, “todo cuanto reluce en los cielos y cuanto llena la tierra”, no es sino la reacción de nuestra conciencia a esas miríadas y miríadas de ondas. La claridad, la tangibilidad, la “realidad” de las imágenes que forjamos son reflejos de la verdadera REALIDAD que existe en la Consciencia Divina. Y todo esto es posible porque somos hechos “a Su imagen y semejanza” y, desde ahora, desde tan lejos, ya estamos aprendiendo a crear.

Al tomar conciencia de este hecho enorme, nos damos cuenta de que cada nuevo vislumbre de las leyes naturales, cada hecho nuevo que descubramos acerca del mundo, nos lleva más cerca de Lo Real. No vivimos ya en un mundo de materia inanimada, sino en medio y dentro de algo vivo, rebotante de vitalidad, y donde late incesantemente la animadora vida de Dios, desde los magníficos planetas que recorren a enormes velocidades el espacio hasta la imperceptible pequeñez de los átomos y moléculas que forman todo cuanto existe. Aunque todo cuanto percibimos es ilusión porque es incompleto, porque no es más que mera sombra del mundo que algún día llegaremos a conocer-, cada avance hacia lo todavía desconocido, por minúsculo que sea, nos hace avanzar un paso hacia el triunfo de la realización final.

CAPITULO IV

LO FÍSICO Y LO SUPERFÍSICO

Debemos prepararnos ahora para expandir nuestro mundo una vez más, ya que ahora traspasaremos los límites de la percepción sensoria normal. Sabemos que en nuestro cuerpo hay regiones donde se hallan localizadas células receptoras especializadas, que se agrupan en cinco grandes categorías, que son:

- | | |
|--------------|-------------------------|
| 1. Visual | El sentido de la Vista. |
| 2. Auditiva | El sentido del Oído. |
| 3. Olfatoria | El sentido del Olfato. |
| 4. Gustativa | El sentido del Gusto. |
| 5. Tactil | El sentido del Tacto. |

Han sido llamados “las ventanas del alma”, porque cada uno de ellos es como una apertura a través de la cual el hombre espiritual percibe el mundo material. A través de esas áreas especializadas –los órganos de los sentidos- que responden a los estímulos que desde el exterior los afectan, se aviva la conciencia y surgen en la mente imágenes visuales o de otro género. Pero sólo una parte secundaria del conocimiento que el hombre ha logrado ha sido obtenida por medio de los sentidos sin la ayuda de algún aparato suplementario. Porque, sensorialmente, nos hallamos, de muchas maneras, en situación de inferioridad frente a los animales. Hay insectos, aves y mamíferos que ven más que el hombre, que oyen mejor que él, y que poseen un sentido del olfato mucho más vivo y sutil que el humano. Nuestra respuesta sensorial al medio ambiente se halla muy lejos de ser completa.

En la [Fig19](#) queda gráficamente presentado este hecho. Aquí se indican aproximadamente setenta “octavas” de vibraciones u ondas. Si se hace vibrar una varilla, o cualquier otro objeto, a un ritmo de dos oscilaciones por segundo, se produce la primera octava; cada vez que el ritmo se duplica en aceleración –cuatro, ocho, dieciséis, etc., veces por segundo- tenemos una octava más. Cuando se llega a la quinta octava, con una frecuencia de treinta y dos vibraciones por segundo y una longitud de onda de diez metros con sesenta y tres cms. (10,63 m.) se oye un sonido muy bajo. A medida que se aumenta la frecuencia y disminuye la longitud de onda va ascendiendo el tono del sonido. Cuando se alcance la decimoquinta octava, con un ritmo de vibración de 32,768 por segundo y una longitud de onda de diez mm., el sonido se extinguirá para nosotros. Pero no porque haya dejado de existir; las ondas sonoras continuarán batiendo el tímpano humano lo mismo que antes, pero ese órgano ya no será capaz de transmitir el mensaje a la conciencia, porque esas ondas han traspasado el límite a que el órgano puede responder. Están en la región “ultrasónica”. Y puede comprobarse hasta que punto son reales dichas ondas, no solamente por el hecho de que algunos animales las oyen, sino porque el hombre mismo, con ayuda de ciertos aparatos, las utiliza para diversos fines. ¡Con ellas podemos hervir agua, perforar cristales, limpiar partes minúsculas de ciertas máquinas,

taladrar dientes, cortar diamantes y matar bacterias! Como lo muestra la [Fig19](#), a través de estas regiones ultrasónicas, que son ondas producidas en el aire o en algún otro medio más denso, llegamos a cincuenta octavas de radiaciones electromagnéticas, conocidas sólo indirectamente, y las ondas se hacen progresivamente más cortas hasta que llegamos a la octava cuadragésimo novena. Aquí son nuestros ojos los que responden, y comenzamos a “ver”. Hemos entrado en la región de la luz visible; sus ondas van decreciendo en longitud, de setenta y ocho millonésimas de centímetro (0,000078 cm.) a treinta y ocho millonésimas de centímetro (0,000038 cm.), desde los rayos rojos y pasando por los anaranjados, amarillos, verdes, azules e índigo, hasta llegar a los rayos violeta, que marcan el límite de la visión humana, más allá de los cuales los ojos del hombre no reaccionarán. Pero la cámara fotográfica si podrá ver allí donde nuestros ojos son ciegos.

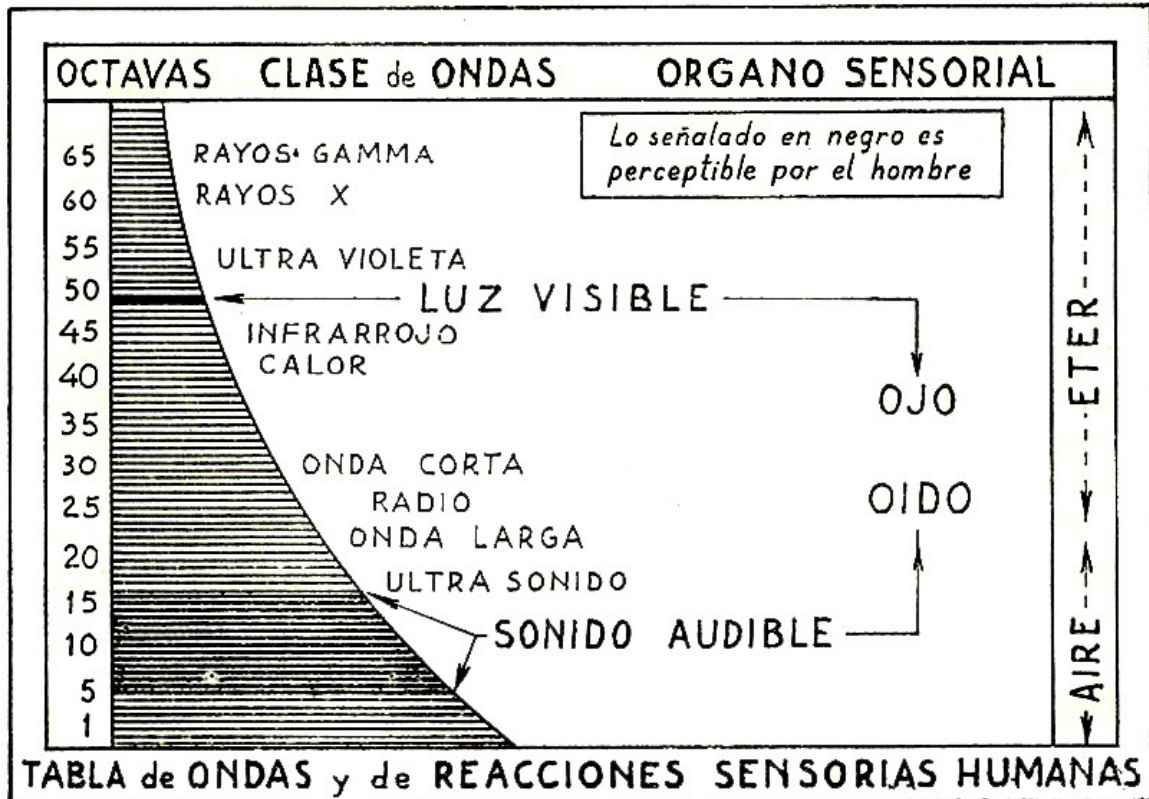


FIG. 19

La [Fig20](#) muestra dos copias de dos fotografías de la misma hoja de papel. A la izquierda, muchas rayas hechas con tinta han tachado por completo el texto primitivo, trazado a lápiz; el pedazo de papel aparece exactamente tal como podría observarse a simple vista. Pero a la derecha aparece una copia de ese mismo texto, tomada fotográficamente también, pero usando una película especial, con luz infrarroja, que para nosotros equivaldría a la tiniebla completa. Y así se revela claramente lo escrito primero a lápiz, en tanto que han desaparecido totalmente las marcas que antes lo ocultaban. Empleando este procedimiento, pueden hacérsenos visibles, en fotografías tomadas mediante rayos ultravioleta, muchísimos objetos que a la luz corriente nuestros ojos no son capaces de ver.

En vista de estos hechos, también resulta asombroso observar que, en tanto que de unas veinte octavas de ondas que tiene el aire como medio normal de trasmisión, unas son registradas por nuestro sentido del oído; en cambio, de unas cincuenta o más octavas de ondas electromagnéticas, solamente una octava —la que corresponde a la luz visible— es conocida directamente por el hombre. De las demás, sólo sabemos mediante el uso de métodos indirectos, tales como la observación de

sus efectos sobre ciertos objetos. Y sabiendo cuán grande es la parte que desempeña el sentido de la vista en la elaboración de las imágenes mentales que nos hacemos del mundo que nos rodea, apenas nos es posible evitar que nuestra imaginación se lance a pensar en las incontables maravillas que podríamos contemplar con sólo que nuestras percepciones sensoriales se extendiesen hasta abarcar toda la escala de radiaciones electromagnéticas hoy conocidas y aún las todavía desconocidas.

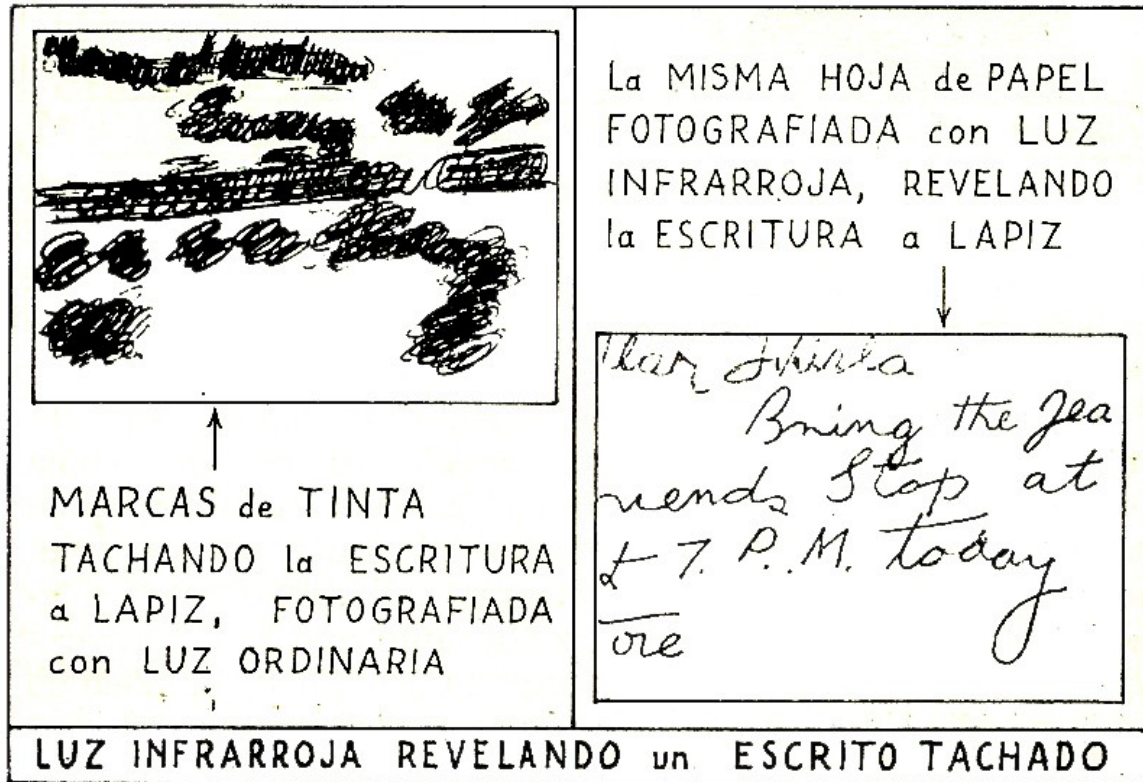


FIG. 20

El estudio de los órganos sensoriales nos revela gran cantidad de hechos interesantes, como podemos ver en la [Fig21](#). Nuestro sentido del tacto se relaciona principalmente con la materia en su estado sólido: exige contacto directo con el objeto. El sentido del gusto sólo funciona al contacto con la materia en su estado líquido. La percepción de algo por medio del sentido del olfato exige que ese algo se halle en estado gaseoso; no es necesario el contacto directo si el objeto en cuestión produce una emanación gaseosa de suficiente intensidad. Estos tres sentidos, que funcionan en relación con los estados sólidos, líquidos y gaseosos de la materia física, tienen la mayor importancia para nuestro cuerpo físico. Gracias a ellos, el hombre, durante su etapa primitiva, podía saber si las sustancias que iban a ingerir eran comestibles o si el aire estaba libre de gases nocivos que pusieran en peligro su vida. Por ellos supo también de las diferencias de temperatura, y aprendió muchas cosas acerca de las diversas sustancias que le eran necesarias para satisfacer sus necesidades físicas. Aún hoy en día, tienen altísima importancia para nuestro bienestar, aunque ya no estemos obligados a depender de ellos tanto como antaño. Pero cuando pasamos a examinar el sentido del oído, se nos presenta algo que va más allá de nuestro bienestar material: nuestra capacidad de oír se ha desarrollado en estrecha coordinación con el poder de producir sonidos regulados, y esos sonidos regulados han llegado a convertirse en sistemas asombrosamente complejos de lenguaje articulado que ahora empleamos para comunicación mutua entre seres humanos. Por este medio, hemos echado abajo algunas de las barreras aparentemente insuperables

que tienen que haber existido antes de que el hombre desarrollara su capacidad de hablar. Ahora nos es posible intercambiar con otros seres humanos hasta nuestro más profundos pensamientos y sentimientos que, a falta de lenguaje, habrían permanecido para siempre ocultos tras impenetrables muros de silencioso aislamiento; para ello no se necesita contacto directo, ni siquiera en los últimos tiempos, proximidad física, ya que se han inventado los medios necesarios para que podamos percibir sonidos producidos a grandísima distancia de nosotros.

ATOMICO	MEDIOS de PERCEPCION EXTRA SENSORIAL	LOS ORGANOS DE LOS SENTIDOS ESTAN LIGADOS PARTICULARMENTE A: EL ALMA (EGO)
SUB ATOMICO		
SUPER ETERICO		
ETERICO	VISION	La MENTE
GASEOSO	AUDICION OLFATO	
LIQUIDO	GUSTO	EL CUERPO FISICO
SOLIDO	TACTO	
Los SIETE ESTADOS de la MATERIA FISICA		

•FIG. 21

La luz, según la ciencia, es o una onda que se trasmite gracias a un medio no material, o bien una sucesión de partículas de energía a las que se ha dado el nombre de “fotones”. En tanto que los tres primeros sentidos funcionan principalmente –según acabamos de recordar- para beneficio del cuerpo físico, y el cuarto, y el del oído, además de esa función primaria, ha contribuido al desarrollo de la mente, cuando pasamos a considerar el sentido de la vista observamos que extiende su alcance a campos aún más elevados, ya que contribuye al bienestar espiritual del hombre. ¿Quién no se ha deleitado con los siempre cambiantes encantos y encantamientos de la Naturaleza, con las bellezas exquisitas o los espectáculos grandiosos que día a día nos ofrece? Gracias al sentido de la vista, podemos hasta trascender las fronteras de nuestra Tierra y ascender, libres de todo obstáculo, hasta perdernos en la contemplación de las hermosuras y grandezas sublimes del empyreo.

Por consiguiente, puede observarse que, a medida que avanzamos de los estados más densos de la materia física a aquellos de más fina y delicada estructura, gracias al uso de “las ventanas del alma” que la Naturaleza ha elaborado para nosotros con tanta destreza, trascendemos gradualmente las limitaciones del mundo físico para entrar en contacto con percepciones, facultades y perspectivas que lo trascienden. Deberíamos darnos cuenta, con toda claridad, que las funciones del cuerpo físico no se limitan a satisfacer sus propias necesidades concretas, sino que la vista y el oído pueden llevarnos, y efectivamente nos llevan, a pasar por incontables experiencias que elevan la mente y el alma.

Según el concepto teosófico, la luz es un movimiento ondulatorio dentro de aquello a que se llama “el éter”, es decir un estado de materia más rarificado que los gases. El éter es una sustancia cuya naturaleza hace de ella el medio normal de transmisión de las rapidísimas oscilaciones de las ondas lumínicas. Hemos de reconocer, sin embargo, que este concepto de la luz no concuerda con los experimentos efectuados por hombres de ciencia como Michelson y Morley, ni con la teoría de la Relatividad formulada Einstein. Y es posible que, de una parte y de otra, sea necesario realizar ulteriores investigaciones antes de llegar a un acuerdo. Pero, aún más allá del éter, la enseñanza teosófica afirma que existen otros tres estados de materia física aún más sutiles, a los que da los nombres “superetéreo”, “subatómico” y “atómico”, por orden de sutileza. A medida que el hombre avanza para adentrarse en el futuro, ascendiendo por el sendero de su evolución física, mental y espiritual, las fuerzas superiores naturalmente asociadas con esos estados de materia más sutiles se le harán más activamente evidentes, y el ser humano desarrollará nuevos órganos sensoriales – nuevas “ventanas del alma”- que lo pondrán conscientemente en contacto con aquellas fuerzas, lo cual desarrollará en enormes proporciones su conocimiento y comprensión del mundo físico. En suma, la Teosofía afirma que existen siete estados –y no tres- de materia física; que, para ponernos en contacto con ellos ya hemos desarrollado cinco sentidos o áreas de percepción especial, y que desarrollaremos otros más durante el curso de nuestra evolución, lo cual no dotará de lo que ahora se llama “percepción extrasensorial”.

Hasta aquí, sólo hemos considerado en el presente estudio lo que constituye, en realidad, siete *subestados* de una sola clase de materia, a la que llamamos “física”. Pero ya debería habérsenos hecho evidente que jamás debemos poner límite definitivo a la extensión del tema que estudiemos. Lo que desconocemos de la Naturaleza es tan enorme que acaso tengamos que extender nuestro conocimiento hasta lo infinito antes de llegar al “fin”... ¡si es que hay algún fin! Al referirnos a las siete subdivisiones de la materia física, hemos mencionado los medios transmisores gracias a los cuales se perciben las diversas clases de fuerzas físicas. Pero en torno de nosotros existen fuerzas que trascienden, y con mucho, los límites de la expresión física. El hombre es mucho más que un cuerpo físico vitalizado: expresa las fuerzas de la emoción y de los sentimientos de diversas clases; puede crear dentro de sí mismo esas fuerzas, y también le afectan cuando proceden de otros seres. Y esto no le llega solamente a través de las palabras, porque el amor o la cólera, por ejemplo pueden *sentirse* directamente, más allá de la captación de los conceptos mentales de alguien que nos dice que nos ama o que está enojado con nosotros. Así pues, la emoción es una *fuerza* y como tal, necesita y posee, una sustancia especializada para su transmisión. Esta sustancia es llamada “astral” o “emocional”, en las enseñanzas teosóficas, y aparece en la [Fig22](#), ocupando el lugar que se le asigna entre los siete estados fundamentales de la materia que postula dicha enseñanza superior a la de la emoción, y es el poder del pensamiento, al que se aplican igualmente los conceptos anteriores: un individuo que piensa clara y fuertemente nos estimula mentalmente con su presencia, y cuando nos hallamos en estrecha proximidad con una persona así, nos damos cuenta que podemos pensar con mayor claridad.. Y sucede esto, porque existe una sustancia “mental” que transmite las ondas de pensamiento de una persona a otra: esta sensibilidad es muchísimo más fuerte de lo que ahora nos damos cuenta.

El Amor y la Voluntad son, asimismo, fuerzas; y fuerza de un poder extraordinario, que desempeñan continuamente parte importantísima en nuestra vida cotidiana. La [Fig22](#) indica todos estos diversos estados de materia. Pero aunque, en bien de la claridad, están representados -uno sobre otro en orden de densidad, debe tenerse continuamente presente que, en realidad, todos se interpenetran. Y también que cada uno tiene sus siete subestados, lo mismo que existen, según ya lo detallamos, en la materia física. Dado que toda materia, esa del tipo que sea, es en realidad un movimiento ondulatorio que afecta –o no- a nuestra conciencia, estos diversos estados de materia no se interfieren mutuamente en sus actividades, lo mismo que no lo hacen las incontables ondas de radio o de televisión que operan con diferentes longitudes de onda. Así pues, se nos presenta como muy clara y razonable la posibilidad de que estemos rodeados por muchos mundos, que serán para

nosotros visibles o invisibles, según cuál sea la naturaleza del vehículo de conciencia que estemos empleando.

DIVINO	MANIFESTACION DIVINA		TODOS SE INTERPENETRAN
MONADICO	MANIFESTACION MONADICA		
ATMICO	VOLUNTAD	ESPIRITUALIDAD	
BUDDHICO	AMOR	INTUICION	
MENTAL	CONOCIMIENTO PENSAMIENTO	SINTESIS ANALISIS	
ASTRAL	EMOCION	SENTIMIENTO	
FISICO	ACCION	SENSACION	
Los SIETE ESTADOS FUNDAMENTALES de la MATERIA			

FIG. 22

El proceso mismo por el cual el Inmanifestado entra en manifestación en estos siete órdenes o estados básicos de materia es algo que está mucho más allá de la capacidad de comprensión del intelecto humano en su estado actual de desarrollo. Pero también aquí, la observación de las leyes naturales, según actúan en las cosas sencillas que nos rodean, puede ofrecernos sugerencias que nos ayuden a avanzar hacia esa meta que por ahora nos es inaccesible. En los tiempos actuales, todo el mundo sabe del famoso experimento efectuado por Isaac Newton en 1672 cuando, mediante el empleo de un prisma de cristal, descompuso la luz blanca en los siete colores que la forman ([FIG23A](#)). Cuando se hace pasar un rayo de luz blanca a través de un cristal de forma triangular – como se muestra en el dibujo- aparece, por el lado opuesto, dividido en una banda de colores: rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, índigo y violeta. Somos capaces de percibir todo cuanto nos llega mediante el sentido de la vista, precisamente por el hecho de que los objetos absorben o reflejan de diversos modos, algunos de esos rayos de luz. Así es como se produce, para nosotros, el maravilloso mundo de color en que vivimos. Si no hubiese más que pura luz blanca, viviríamos en un mundo fantasma ¡o no veríamos mundo ninguno! Porque, en todos los niveles, para que haya manifestación tiene que haber limitación. Y así, por analogía, cabe suponer que en los más elevados niveles rijan los mismos principios: la Inmanifestada Realidad Única, actuando mediante la Trinidad Divina, produce los siete estados básicos de materia, y por una combinación de ellos se producen, a su vez, todas las cosas inanimadas y animadas, todos los seres humanos y divinos ([FIG23B](#)).

Aquí puede servir de mucho otra ilustración. La materia existe en muchos y diversos estados; pero, básicamente, todos ellos proceden de un tipo de átomo ultrínimo que luego forma diferentes combinaciones. Así también, la Vida se expresa de muchísimas maneras, pero, por muy variadas que sean sus expresiones, lo que en todas ellas se manifiesta no es sino la misma Vida Única. El lado izquierdo de la [Fig244](#) muestra los cinco estados de la materia que atañen especialmente a

nuestra vida. Y aquí debemos ya decir –aunque este asunto se tratará extensamente en otro capítulo– que el hombre tiene cuerpos formados por todas estas diferentes sustancias, cuerpos que se interpenetran con su vehículo físico, y por medio de los cuales expresa las fuerzas correspondientes a esos diversos tipos de materia. Así, en el plano átmico halla expresión la fuerza de la Voluntad, y en el plano búdico la fuerza del Amor; existe la sustancia mental donde halla su medio de transmisión el poder del pensamiento, así abstracto como concreto; las emociones se expresan en materia astral, y todas las fuerzas de la vitalidad se especializan y se usan por medio del cuerpo físico. Estos diferentes órdenes de materia están dispuestos de diferentes maneras, para que puedan vibrar a las frecuencias necesarias a cada fase de la Vida Única que hayan de expresar.

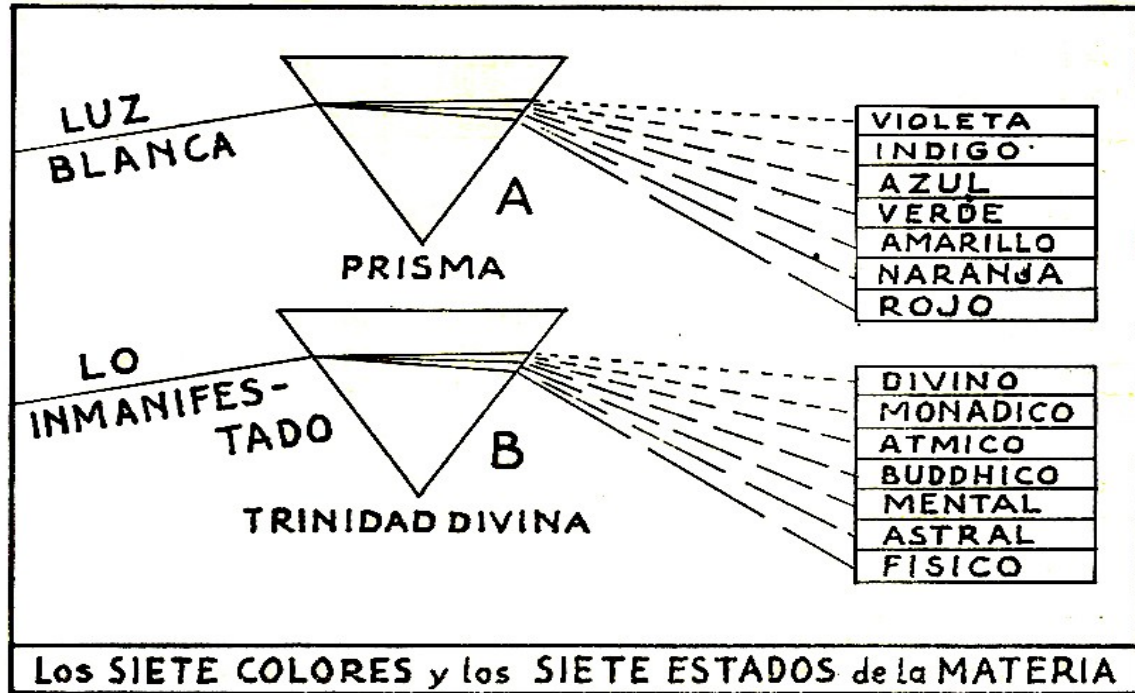


FIG. 23

Recurriremos, una vez más, a un ejemplo sencillo. La fuerza de la electricidad puede emplearse para producir muy distintos resultados. Si tomamos varios componentes materiales y los disponemos en la estructura interna y la forma externa que sean adecuadas, de modo que formen lo que llamamos “un motor eléctrico”, podemos conectarlo a la fuente de corriente eléctrica y producir poder eléctrico que, en este caso, servirá para simbolizar el mundo de la Voluntad, cuya nota dominante es el *poder*. Si tomamos material análogo, y lo disponemos de manera que se convierta en lo que llamamos “un electromagneto”, produciremos una intensa fuerza de *atracción*, que es la nota dominante del mundo búdico, el mundo del Amor. Si variamos la construcción, y fabricamos lo que se llama “un computador electrónico”, entonces la electricidad nos servirá para resolvernos problemas matemáticos, y esto puede muy bien simbolizar el mundo de *pensamiento abstracto*. Conectando la corriente a un torno fabricado para que la electricidad lo mueva, podremos utilizar aquella para *crear objetos materiales*, nota dominante del mundo mental inferior, el mundo del pensamiento concreto. Un calentador eléctrico nos proporcionará *calor*, provocando en nosotros bienestar y gratas sensaciones y emociones, lo que corresponde al mundo astral; en tanto que un bombillo eléctrico nos dará *luz*, tan necesaria para la importante percepción sensorial que significa la vista. Y, así como la corriente eléctrica, al actuar a través de aparatos de fabricación diversa,

puede producir resultados muy diferentes, así también la *Vida Única*, al expresarse a través de las diferentes estructuras materiales de los diversos estados de la materia, produce muy diferentes manifestaciones.

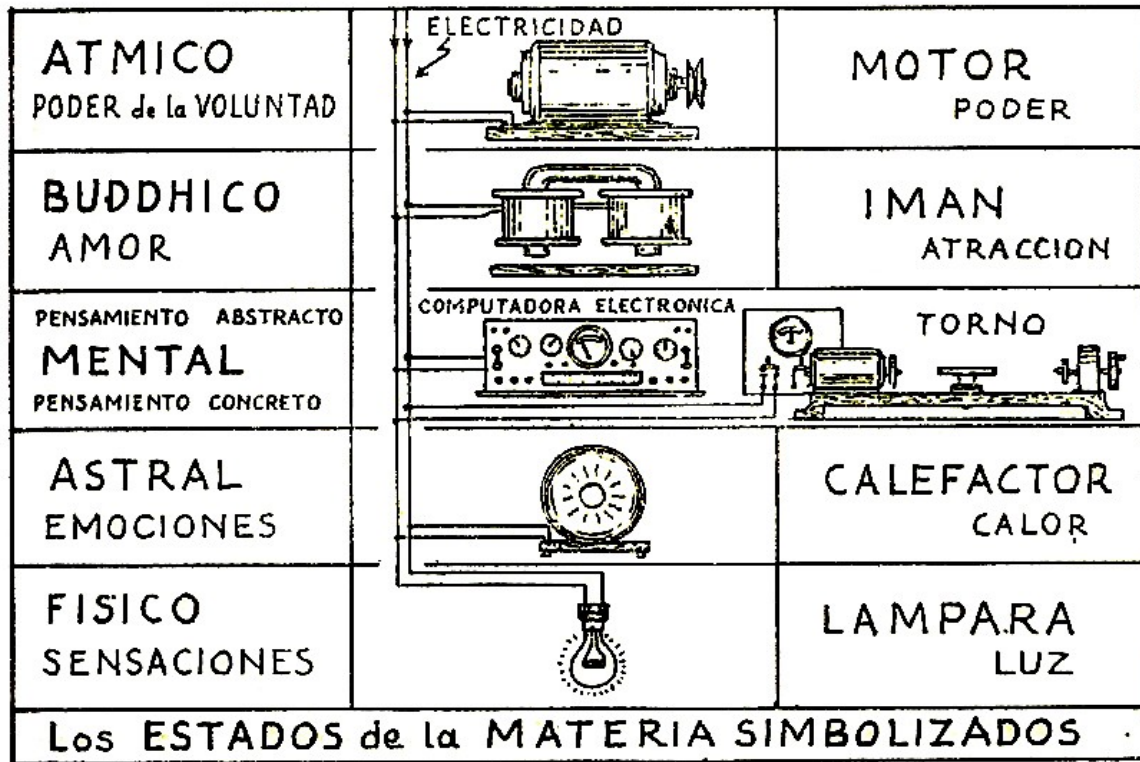


FIG. 24

Podemos pasar ahora a considerar la aplicación de estos principios a nuestra Tierra.

Todos tenemos cierto conocimiento, al menos en términos generales, de la apariencia física de la Tierra y del lugar que ocupa entre los otros planetas de nuestro Sistema Solar. Imaginemos ahora la Tierra a la luz del concepto de los otros estados de materia de que hemos venido tratando. En la [Fig25](#), el círculo oscuro que ocupa el centro representa el planeta físico en su parte sólida y líquida. Sabemos que en torno de él, extendiéndose algunos kilómetros más en el espacio, existen varias esferas formadas por sustancias rarificadas, de las cuales las más importantes son las envolturas gaseosas que llamamos "atmósfera", otra aún más rarificada, que es la "estratosfera", y una región especialmente condicionada, que recibe el nombre de "ionosfera". Según las enseñanzas teosóficas, aun más allá de estas partes físicas del planeta se extiende la región astral que, de hecho, llega casi hasta tocar la órbita de la Luna: es una esfera formada de materia astral cuyo centro ocupa la parte física de la Tierra, a la que interpenetra por completo. Más vasta aún es la esfera mental, que también tiene su centro en la parte física de la Tierra, y que interpenetra a ésta y a la región astral

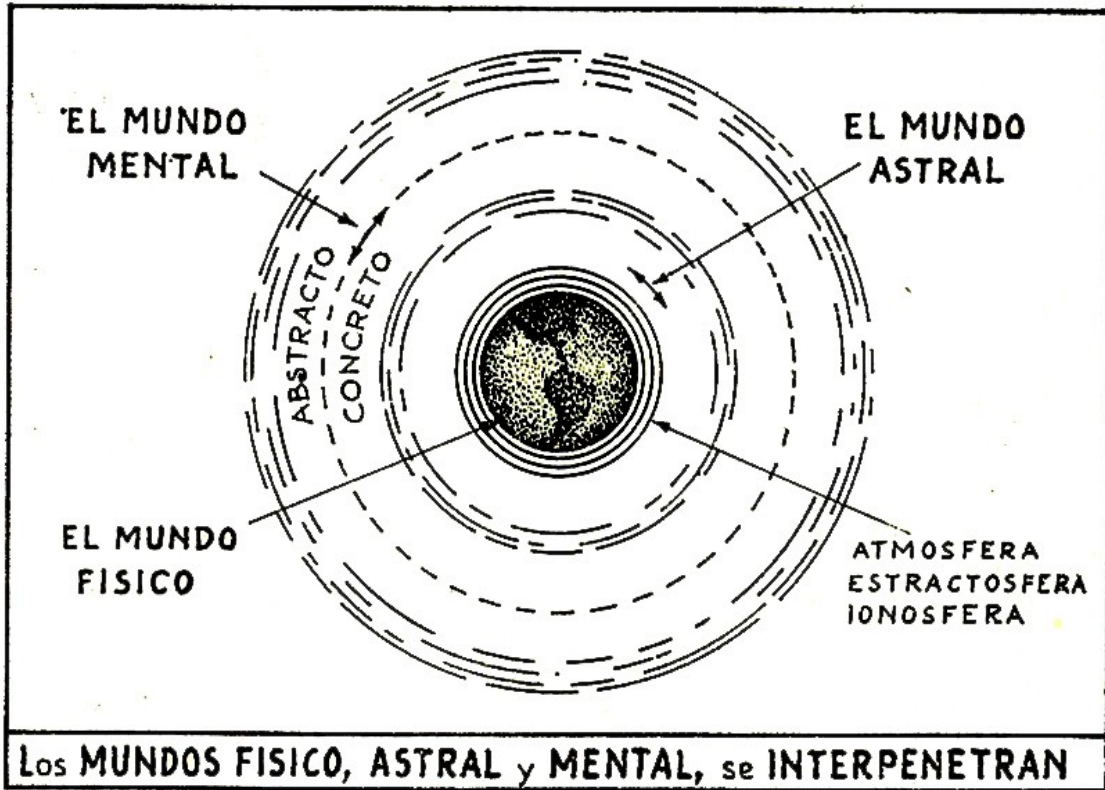


FIG. 25

Pero cuando pasamos a considerar las regiones aún más sutiles que se extienden más allá de las que hemos mencionados hasta ahora —es decir, el mundo búdico, el átmico, el monádico y el Divino— preséntase una situación nueva y sorprendente. *Porque en esas regiones no existen estructuras separadas para cada planeta, sino que el Sistema Solar aparece formando una sola masa completa e internamente organizada, desde su centro hasta su periferia, encontrándose ésta a una inmensa distancia más allá de la órbita de su más externo planeta físico.*

Daremos ahora una serie de pasos mentales que nos llevarán a formarnos un concepto cada vez más impresionante de nuestro Sistema Solar. Nos daremos cuenta de que no hay, en toda su vastísima extensión, ni un solo punto que pueda justamente llamarse “espacio vacío”, ni un solo lugar donde no palpite la vida, animada por un propósito y rebotante de vitalidad. Sí, la vida de Dios están en todas partes, lo satura todo; y en las regiones correspondientes a sustancias más y más sutiles, a cuyas elevadas vibraciones no pueden responder los órganos de los sentidos físicos, debido a las limitaciones que les son inherentes, allí la Vida Divina se muestra muchísimo más potente, muchísimo más gloriosa de cómo alcanzamos a vislumbrarla en este mundo que percibimos a nuestro alrededor.

En la [Fig26](#) vemos una representación de los planetas físicos del Sistema Solar, destacándose el nombre de cada uno de ellos sobre la porción negra que corresponde a la esfera de materia física. Además de los nueve planetas ya conocidos, aparecen otros dos: Vulcano, cuya órbita está dentro de la de Mercurio y que, por lo tanto, está más cerca del Sol que este cuerpo celeste; y otro aún innominado, el planeta “X”, cuya órbita se encuentra más allá de la de Plutón, es decir, en el límite del Sistema Solar en cuanto a sustancia física se refiere. Según las investigaciones de carácter oculto, estos dos planetas existen positivamente, y se espera que un día los descubra la investigación astronómica.

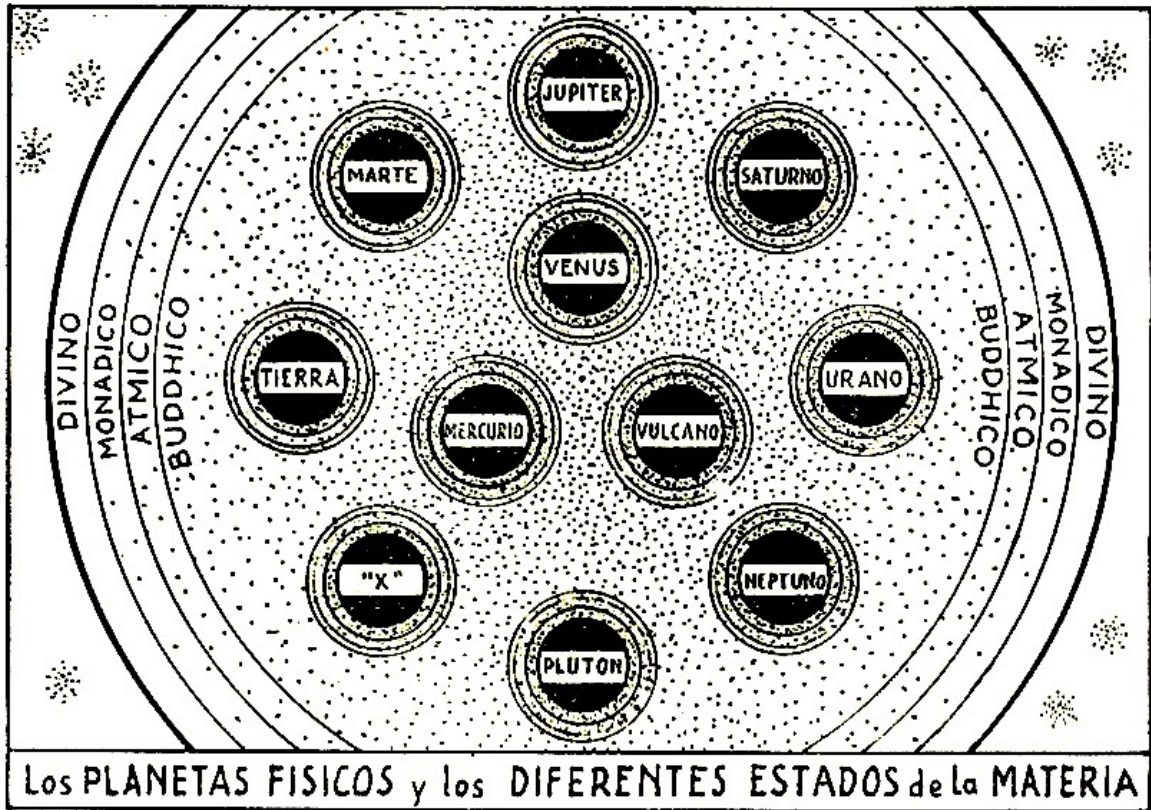


FIG. 26

Todos los planetas, como ya dijimos, tienen cada uno su propia contraparte astral y mental, las cuales rodean a la correspondiente parte física y la interpenetran. Pero todos están inmersos en la masa total de materia más y más sutil que forma los estados superiores de la materia, y que se extiende más allá de la órbita del más lejano planeta, el planeta "X", ampliándose más y más, hasta que los extremos del mundo divino, o sea, el más elevado en orden de sutilezas, marcan el extremo límite, "el Anillo-No-Se-Pasa" del Sistema Solar. Dentro de esta masa vastísima de la materia más sutil, los planetas físicos, con sus respectivas atmósferas astrales y mentales, aparecen como centros en los que se vierte sin cesar la fuerza que emana del Sol. Debemos recordar, además, que estos planetas están en continuo movimiento, girando sobre sus ejes y recorriendo sus órbitas alrededor del Sol, con lo que contribuyen a la intensísima actividad que satura el enorme conjunto.

La [Fig27](#) es puramente simbólica. Se ha representado al Sistema Solar en esta forma, no sólo para destacar una vez más el hecho de que, en cuanto a los estados superiores de materia se refiere, no existen globos separados, sino una suprema unidad que a todos los abarca, sino también para recalcar que el grado mayor de separación entre los globos o planetas ocurre en la parte física de éstos, representada por los triángulos negros que forman los extremos del diseño. Luego se observan las franjas correspondientes a las regiones mental y astral de cada planeta, más próximas unas a otras que las físicas, pero separadas todavía. Las cuatro regiones superiores, es decir los cuatro mundos más sutiles —que son el búdico, el átomico, el monádico y el divino— están representados por cuatro grandes círculos concéntricos, porque son comunes a todos el Sistema Solar. En este dibujo, además, como en los inmediatamente anteriores, la mayor o menor densidad de sombreado en las diferentes partes intenta representar, de manera gráfica, la relación que existe entre los diferentes tipos de materia que integran el Sistema, para poner así de manifiesto el hecho

de que, aunque esos otros estados de materia más sutiles que el físico les parezcan cosa muy vaga e insustancial a los que se atienen al testimonio de sus sentidos, incapaces totalmente de percibirlos, o se aferran al modo corriente de pensar sobre estos puntos, la realidad es precisamente todo lo contrario. En esas regiones superiores, la vida se manifiesta con muchísima mayor intensidad y poderío que en el mundo físico.

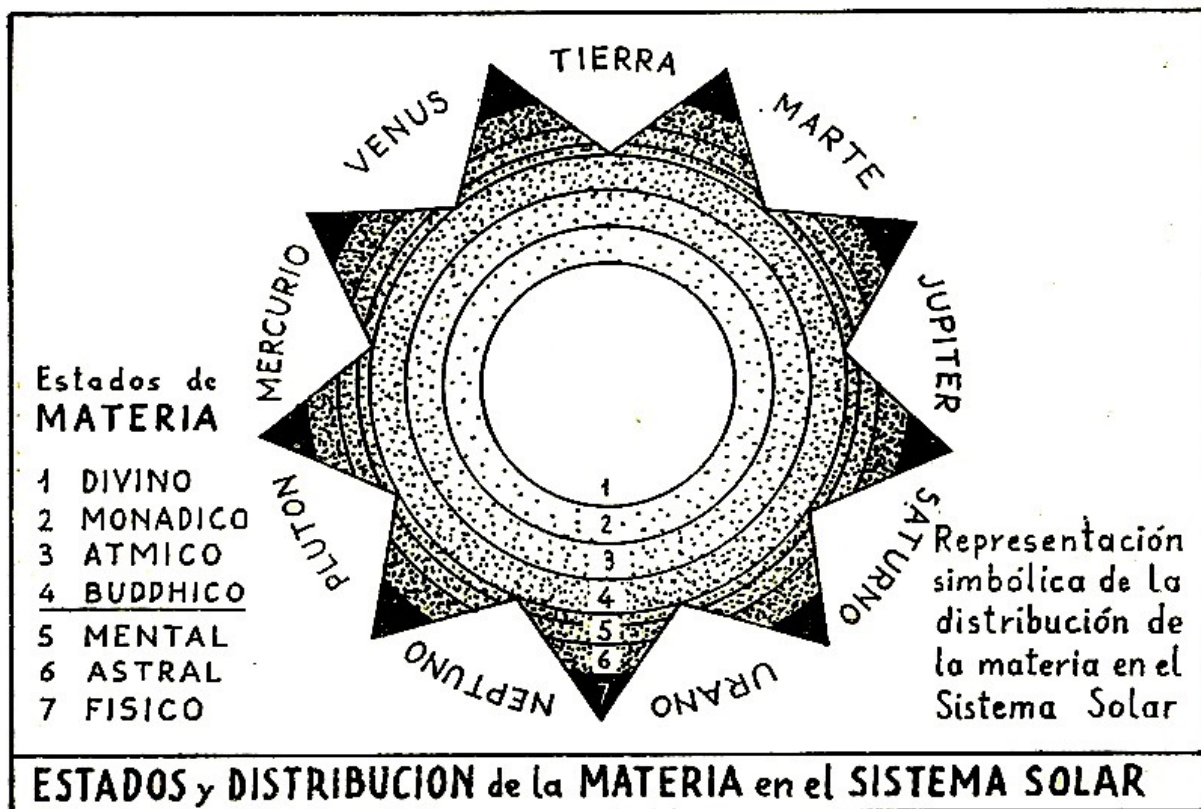


FIG. 27

Ya la ciencia ha podido comprobar que las fuerzas puestas en juego por las reacciones químicas y los efectos eléctricos producidos por los cambios electrónicos en la superficie del átomo son muchísimo menos poderosas que las que se ocultan en la casi incalculable pequeñez del núcleo atómico. Y, de igual modo, las fuerzas que se generan en la materia aún más sutil, perteneciente a los planos superiores, son muchísimo mayores que las que surgen en las regiones de materia física. Hay que advertir que en este diagrama, por razones prácticas, la materia de cada plano o región aparece como un todo homogéneo, diferenciándose sólo de la materia de las demás grandes regiones. Pero el lector ha de tener presente que la realidad es más compleja, y que dentro del tipo general de materia correspondiente a cada región del Sistema Solar existen siete subtipos o subplanos que, también por orden de densidad, van de lo que llamaríamos lo inferior a lo superior; y que, en la medida en que son más sutiles aumenta su extensión, hasta el punto de que los subplanos superiores, o "atómicos" de cada tipo son cósmicos en su extensión.

También hemos de advertir que en las [Fig26](#) y [Fig27](#) no aparece representado el Sol, porque sería imposible dar, en esos diagramas, ni siquiera una idea de la relación real que existe entre el Sol y el resto del Sistema Sola. La magnitud del Sol es tal –recordemos que solamente vemos y sabemos de su parte física, que ya sabemos es la menor de todas- que esa grandeza va más allá de toda descripción. Quizás podríamos dar una idea de ella diciendo que es el Corazón de la Deidad Solar, ya que de Él emanan las fuerzas que fluyen constantemente para animar a todos los mundos que forman Su Sistema.

Hasta aquí, solamente hemos considerado a los planetas que poseen cuerpo *físico*. Pero también existen planetas *no físicos*, es decir, que solamente se componen de materia y forma superfísicas, en diversos grados; estos mundos forman, y con mucho, la mayor parte de lo que podríamos llamar la población planetaria del Sistema Solar. Para tratar de esta parte del asunto que estamos estudiando, convendría mirarlo, como si dijéramos, “desde arriba”, es decir empezando por la Deidad Solar cuando ésta inicia sus actividades creadoras mediante la acción de lo que se llama Su “Tercer Aspecto”. En la [FIG23B](#) hemos visto una representación simbólica de la emanación de los siete órdenes básicos de materia mediante la acción de la Trinidad Divina, de una manera semejante a la dispersión de la luz blanca en los siete colores del espectro, al pasar a través de un prisma. Esta misma representación simbólica puede aplicarse a otra de las actividades magnas Inteligencias que han de ser Sus representantes en las subsiguientes actividades creadoras. A esos seres se les menciona en muchas de las escrituras sagradas de las religiones del mundo y otros escritos de ese género; los Hindúes los llaman los “Siete Prajapatas” (Señores de la Creación); para los zoroastrianos son los “Siete Amesha Spentas” (Siete Santos Inmortales); en Egipto se les llamaba “los Siete Dioses de los Misterios”, para los judíos, son los “Siete Sephiroth”, y para los cristianos “los Siete Espíritus ante el Trono de Dios” ([Fig28](#)). En las enseñanzas teosóficas se les designa generalmente como “los Siete Logoi de Cadenas Planetarias”, dado que frecuentemente se emplea la palabra “Logos” para indicar al Jefe Supremo del Sistema Solar, Su Creador y Gobernante. Sin embargo, en la presente obra se emplea extensamente la palabra “Dios” para designarlo, teniendo en cuenta la inspiración espiritual que para tantos millones de seres y a lo largo de tantos siglos este vocablo denota. No olvidamos que, desdichadamente, esta palabra ha sido asociada, en muchas mentes y con excesiva frecuencia, con ideas absolutamente incompatibles con los atributos de un Ser Divino: odio, celos, ira e injusticia; pero es de esperar que, por lo menos entre los lectores de este libro, no hallen cabida tales incongruencias. Confiamos, más bien, en que encuentren en estas páginas pensamientos que contribuyan a hacer aún más amplios y profundos todos los hermosos conceptos que los humanos deben formarse acerca de Dios, siempre dentro de las limitaciones inevitables, ya que ninguno de nosotros puede ni siquiera acercarse a apreciar en realidad la gloria y la grandeza de la Deidad Solar.

Tenemos que darnos cuenta que un plan tan grandioso como el que se está llevando a cabo en nuestro Sistema –por muy vaga e incompletamente que lo hayamos captado– exige una enorme y complejísima organización. Por eso, a distintos y sucesivos niveles, existen huestes de inteligencias de diferentes órdenes, entregadas a la ejecución de alguna parte o aspecto del magno plan. Tenemos que saber también, que el aparente silencio de “los espacios vacíos” no pasa de ser una ilusión más. El espacio no está, en ningún sitio, ni silencioso ni vacío; nos parece así, únicamente porque las limitaciones que cercan a nuestros ojos y oídos hacen para nosotros invisibles e inaudibles las grandiosas maravillas que nos circundan. Pero que esas limitaciones no nos induzcan a error. Toda esa grandeza existe, está aquí, lo mismo que está en todas partes: colores nunca vistos, seductores, etéreos y radiantes; sonidos cual jamás hemos oído, capaces de arrobarnos hasta el éxtasis, y en los que vibran celestes melodías. Y, también por todas partes, huestes de trabajadores, empeñados en la Obra Divina. En Occidente, las sagradas escrituras cristianas citan nueve órdenes de ellos: ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, principados, virtudes, potestades, querubines y serafines. Los libros religiosos del Oriente nombran a los Adityas, Vasus, Dhyani Buddhas, Dyan Chohans, y otros muchos más. Y estos no son seguramente, sino unos cuantos de los incontables que, en órdenes graduados, laboran en los mundos invisibles para cooperar a la realización del Plan Divino. Porque jamás entró un ejército en batalla sin que toda una hueste situada tras de la línea de operaciones no contribuyese, de modo imprescindible, al empeño, encargándose de mil tareas necesarias, desde la alta dirección de la campaña hasta la provisión de equipo militar y de provisiones. Lo mismo que jamás podría lograr éxito un gran establecimiento comercial si tras de su ejército de vendedores en contacto con el público no hubiese otro ejército que el público no ve: el de los empleados en las oficinas y de los obreros en fábricas y almacenes. De modo análogo, en el gran plan de evolución de un universo, de un sistema solar, tiene que haber trabajadores invisibles,

vitalmente necesarios para el éxito. Esto *no* es fantástico, *no* es imaginario: es cosa de mero sentido común. Los antiguos que en un remoto pasado escribieron de estas cosas vivían más cerca de la Naturaleza de lo que nosotros vivimos y, por lo visto, les era así más fácil captar o adivinar lo que nosotros no percibimos, de modo que la voz interna que les hablaba, apenas se oye en nuestra época, porque los externos ruidos mundanales han cobrado tal volumen que apenas logra hacerse oír jamás aquella “voz leve y quieta” de que habla el Profeta.

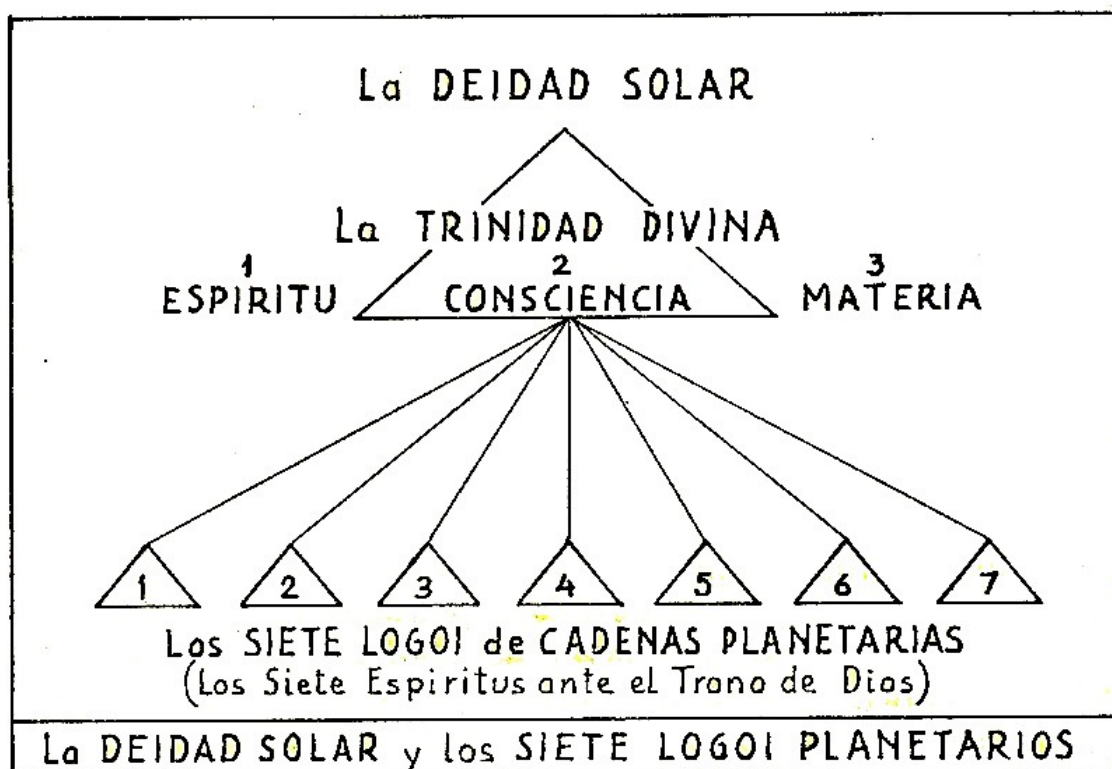


FIG. 28

Los siete Logoi de Cadenas Planetarias –que, como hemos visto, tantos seres humanos reconocen bajo tan diversos nombres –son los grandes representantes de Dios; son como siete canales que de Él emanan y que son Él mismo, a través de quienes Su vida y Sus fuerzas se vierten sobre todo Su Sistema. Son, asimismo, Sus agentes para la realización de Sus numerosas actividades, y cada uno de ellos aporta su contribución especial al cumplimiento del Plan Divino. No es fácil para nosotros hacernos una idea muy clara de las relaciones reales con la Deidad Suprema, porque todos los esfuerzos humanos que pretenden encerrar tan elevados conceptos en los marcos tan evidentemente insuficientes como los que componen nuestro lenguaje, casi necesariamente nos llevarían a creer que tan elevadísimos seres están separados de Aquél que es el Señor de todos. Y esto no es así. El mayor de los misterios es el hecho supremo de que “El Uno, los Tres y los Siete”, aunque aparentemente separados, forman una tan perfecta armonía, que todos son verdaderamente Uno, y los Siete no son, esencialmente, sino siete fases, diríamos, de la perfecta Deidad que todo lo abarca.

Cada uno de estos siete Logoi es el Regente de una “cadena” de mundos. En la [Fig29](#) está representado el esquema a que corresponde nuestra Tierra; figuran en él siete planetas, pero sólo tres tienen globo físico, visible a nuestros ojos. El planeta A está formado por globos de los más elevados de materia –divino, monádico, átomico, búdico y mental (abstracto y concreto), todos los cuales, según hemos dicho ya en otros casos, se interpenetran; pero no hay allí nada de materia de

tipo más denso. El planeta B tiene todos los mismos globos que el planeta A, pero con la adición de un globo de materia astral. El planeta C es el que conocemos por Marte, el planeta D es nuestra Tierra, y el E, Mercurio; los tres poseen, además de globos de los demás tipos de materia, cada uno un globo de materia física. La estructura de los planetas F y G es análoga, respectivamente, a la de los planetas B y A. He aquí, pues, una cadena completa de siete planetas. Más adelante, diremos algo del tema fascinante de las oleadas de vida que circulan alrededor de esos globos; y cuando lleguemos a estudiar la Ley de Reencarnación, veremos que esta ley, lejos de limitarse al hombre, rige dondequiera que exista vida.

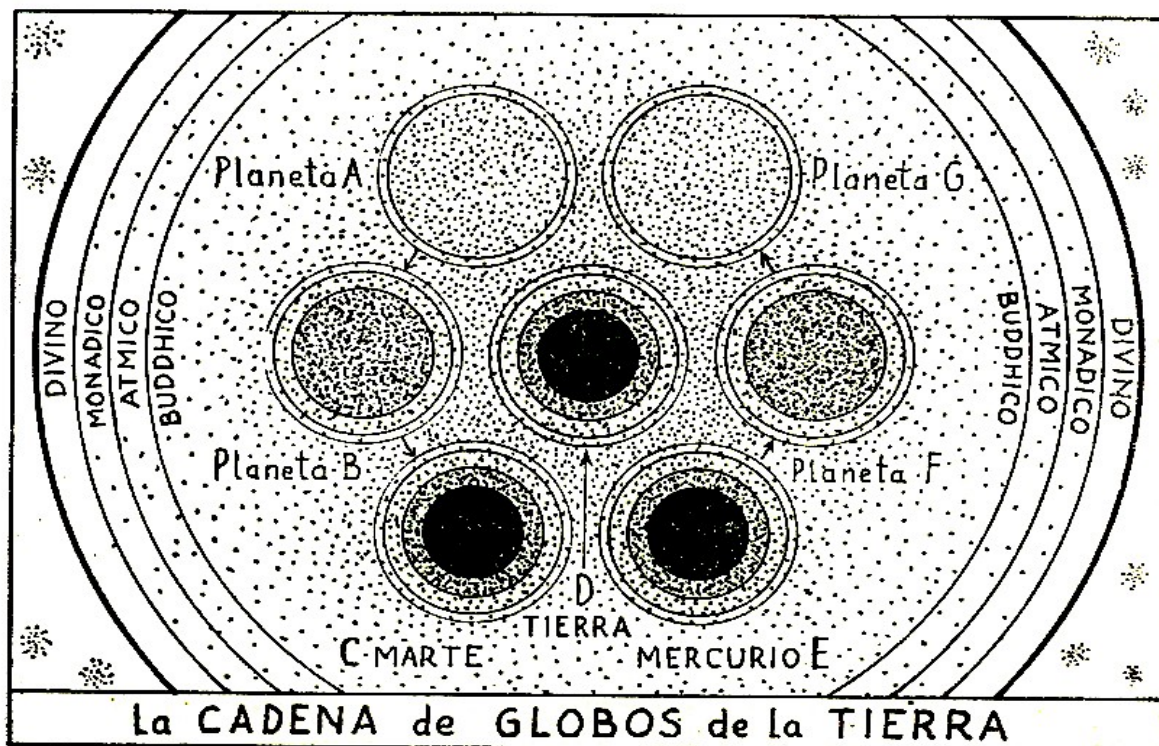


FIG. 29

El siguiente paso, en este campo, es el que nos muestra la Fig. 30, que representa las siete cadenas planetarias del Sistema Solar, cada una a cargo de un Logos de Cadena Planetaria. Cada Logos tiene su propia "nota-clave", y hasta podemos pensar que a cada uno de ellos corresponde un color del espectro solar (FIG23A) con sus variados matices; mezclan con toda libertad sus actividades dentro de las diversas cadenas, estableciendo aquellas diferencias que son tan necesarias para el progreso de la evolución. En la misma Fig30 se observará que todas las cadenas de globos no tienen igual composición: las cadenas de la Tierra y de Neptuno tienen cada una tres globos físicos, y las restantes sólo tiene uno. También hay entre las cadenas otras diferencias de las que es innecesario tratar aquí. Hay quienes afirman que en el Sistema Solar existen tres cadenas más, lo que daría un total de diez cadenas. Pero, dado que en este punto las opiniones se hallan divididas, que de ninguna de esas cadenas se dice, que posean un globo físico que sirva para identificarla y, sobre todo, porque de ser cierto el hecho, no afectaría a los principios generales que hemos enunciado, no se han incluido aquí esas cadenas. Nuestro propósito al desarrollar este tema, con todos los detalles que hemos especificado, no es otro que el intento de despertar en la mente del

lector la noción de la grandiosidad de la imagen de nuestro Sistema Solar que la Teosofía nos presenta, tomando esa información de los registros de la Sabiduría Antigua, transmitidos a través de las edades desde un remoto pasado, comparándola con la estructura, necesariamente incompleta, que revelan las investigaciones limitadas a los objetos y procesos físicos; aun cuando esta información sea resultado de una labor investigativa tan extraordinaria, dentro de los límites a que se ha ceñido, que no puede menos de suscitar la más profunda admiración. Aquel círculo de media milla (684,38 metros), de tamaño que imaginariamente trazamos al comienzo de nuestra explicación, dentro del cual los únicos objetos materiales –y los únicos, por lo tanto, en que, según el concepto más extendido actualmente, puede manifestarse la vida- eran una bola de tamaño pequeño y otros nueve objetos mucho más reducidos todavía, cede el puesto, según el concepto teosófico, a la visión de una enorme esfera, cuyas proporciones no podemos ni siquiera imaginar, y que es una sola, inmensa masa de materia vibrante, donde también desde el centro hasta la circunferencia, palpita la vida, con intensidad inimaginable.

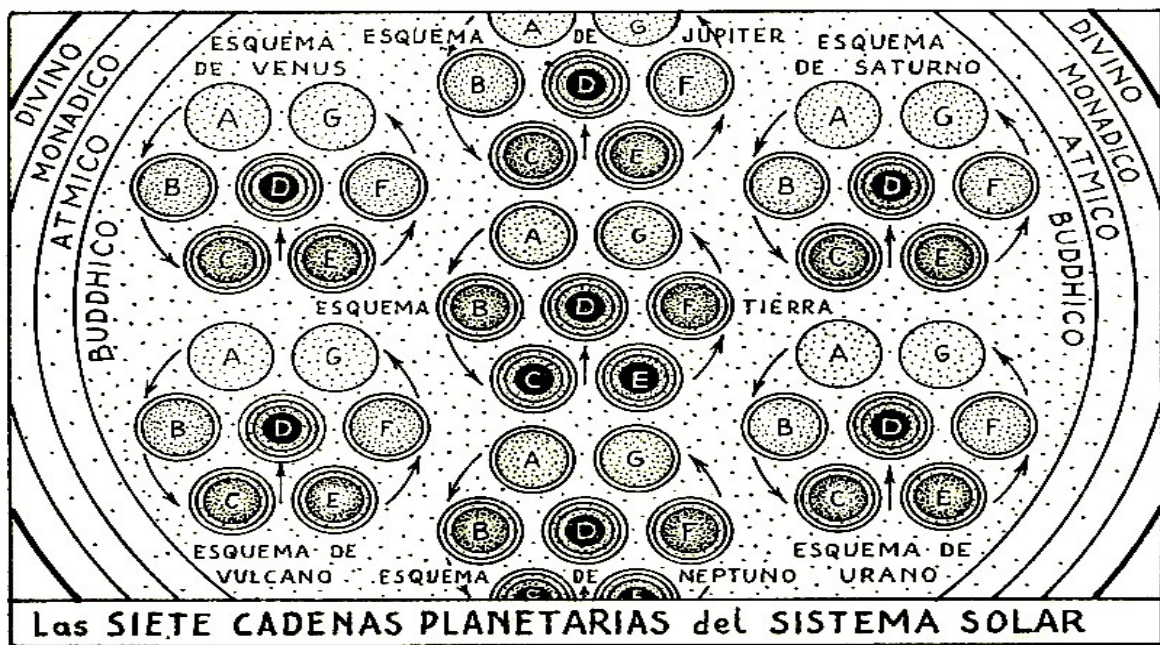


FIG. 30

CAPITULO V

COSMOGÉNESIS

El hombre, a semejanza de Jano, aquel dios romano de las puertas y los pórticos, mira siempre en dos direcciones: hacia atrás, al pasado, y hacia delante, al futuro, esforzándose por atravesar el velo que a ambos oculta a su vista. Instintivamente, se pregunta cuándo y cómo empezó este magno drama de la existencia, y cuando y cómo terminará, si es que alguna vez termina. Porque, si bien la vida está hecha de una multitud de minúsculos o grandes comienzos y finales, a todos ellos invariablemente ha precedido y seguirán otros comienzos y otros finales, y buscar algo definitivo en unos u otros es perseguir una quimera que siempre nos defraudará. Porque lo definitivo –sea en lo que fuere- está más allá de nuestra comprensión. No obstante, aunque todavía el principio de todas las cosas nos resulta inaccesible, podemos llegar imaginativamente hasta el comienzo de nuestro Sistema Solar, y lograr alguna idea acerca de cómo llegó a existir. Respecto a la primitiva historia de la Tierra, la ciencia nos ha dado ya gran cantidad de información, mediante el estudio de las rocas, de las capas geológicas, de los cambios en las sustancias radioactivas, y de los fósiles depositados en los distintos estratos de las rocas sedimentarias. Por otra parte, la observación de los fenómenos astronómicos nos ha proporcionado extensa información acerca de las condiciones que deben haber reinado durante los primeros períodos de las etapas formativas de la gran familia solar. La Sabiduría Antigua, aportándonos las revelaciones procedentes del pasado, nos cuenta el lado interno de la historia de la Creación, ya que nos afirma que una intensa y prolongada actividad en los mundos más sutiles precedió a la época en que aparecieron los primeros y más sencillos elementos químicos, los que muchísimo más tarde fueron objeto de observación y análisis por los instrumentos científicos.

Ya hemos presentado aquí el tema de los estados superfísicos de la materia, y señalado cómo nos ofrece un concepto mucho más amplio del Sistema Solar. Hemos mencionado, asimismo, la existencia de planetas superfísicos y de los Siete Logoi de Cadenas Planetarias. Por consiguiente, podemos ya pasar a considerar los comienzos de lo que llamamos “la Creación”, si bien explicando que con este término no queremos significar el súbito surgimiento de algo allí donde anteriormente nada había, sino el cambio de un estado de inmanifestación y latencia a un estado de manifestación y actividad. Aclaremos este punto con un ejemplo: un átomo físico en su estado normal, es eléctricamente neutral, porque la carga positiva que lleva en el núcleo queda equilibrada por la carga negativa existente en los electrones; cuando ese estado cambia, por la adición o la sustracción de un electrón, se establece en el átomo un estado eléctrico positivo o negativo y se producen fenómenos de carácter eléctrico. También aquí lo que estaba Inmanifestado se ha hecho manifiesto.

Examinemos de nuevo la [Fig15](#). En ella se representa gráficamente que, cuando la Deidad Solar sale del estado de inmanifestación dentro de la conciencia de la que llamamos la Deidad de la Galaxia, encuentra a Su disposición espíritu diferenciado y materia diferenciada, pero el uno y la otra en un estado tal que serían irrecognoscibles para nuestra conciencia. En cuanto a nosotros se refiere, son respectivamente la raíz del espíritu y la raíz de la materia, sobre las cuales actuará la Deidad Solar para dar nacimiento a Su Sistema Solar. En otras palabras: es la sustancia-raíz, en la

cual el Logos Solar iniciará Sus procesos “creadores”, perturbando así el equilibrio de dicha sustancia, para producir lo que llamamos “manifestación”. Infundirá en ella el “aliento” de Sus energías creadoras.

En los anales ocultos se dice que esta sustancia básica existía en el estado de “burbujas en el Koilon”, y esas “burbujas” son los átomos del mundo divino, el más elevado o más sutil de todos. Las subdivisiones de estos átomos, en diversas concentraciones, producen las subdivisiones del mundo divino, y también los átomos de los mundos inferiores y más densos que aquél. Nos referimos ahora a la Fig. 31 (etapa 1). Actuando sobre aquellas “burbujas”, la Deidad Solar satura a cada una de ellas con Su energía divina, vitalizándolas con un poder indescriptible. En la [Fig24](#), las fuerzas correspondientes a los cinco mundos en que el hombre está evolucionando fueron simbolizadas por diversos aparatos bien conocidos de equipo eléctrico, que el ser humano puede usar para lograr los resultados correspondientes a cada uno, pero a todos los cuales pone en acción la misma corriente eléctrica, procedente de la misma fuente de energía. Siguiendo esta analogía pondríamos, situado en el mundo divino, un enorme generador eléctrico, análogo al que se emplea para dotar de energía eléctrica a toda una ciudad, proporcionándole alumbrado y fuerza suficiente para que funcionen las máquinas de todas sus fábricas y toda clase de aparatos de uso doméstico. En realidad, en el mundo divino se encuentra la fuente central de todas las fuerzas de todas clases que se distribuyen y actúan en todas las regiones de la totalidad de mundos del Sistema Solar. Pero, lo mismo que sucede con la provisión de energía eléctrica de una ciudad, donde el voltaje original se transforma, rebajándolo a varios niveles que respondan a las diversas necesidades, así también los átomos de cada uno de los mundos “transforman”, rebajan la fuerza del voltaje del mundo inmediatamente superior, que es más sutil y que, por lo tanto, resiste una mayor carga de energía.

En el mundo divino, los átomos están “libres”. En la segunda etapa de la [Fig31](#) se ha querido representar que 49 de esos átomos ultrísimos se han combinado para formar un átomo del mundo monádico. Se observará que éstos se hallan enroscados en formaciones espirales, en las que cada espirilla contiene siete de los átomos del plano divino. Describir así un átomo de ese mundo monádico es como copiar una fórmula o escribir una ecuación matemática.


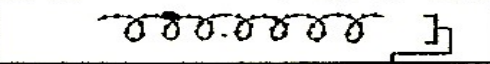
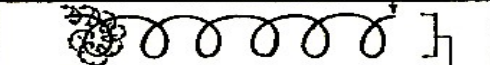



ETAPA 1		ATOMOS MUNDO DIVINO
" 2		" " MONADICO
" 3		" " ATMICO
" 4		" " BUDDHICO
" 5		" " MENTAL
" 6		" " ASTRAL
" 7		" " FISICO
Los ATOMOS y las ESPIRILLAS		

FIG. 31

Si para los hombres de ciencia resulta imposible describir el estado real o la configuración del átomo físico, ¿cómo podríamos aspirar nosotros a algo más que un vislumbre muy fragmentario, través de la imaginación de las realidades de esas regiones tan alejadas de nuestra experiencia cotidiana! Pero, al menos, ese vislumbre nos es asequible, y habrá de servirnos de ayuda, siempre y cuando no pretendamos reducirlo al nivel materialista del mundo físico. En la etapa 3 de la misma [Fig31](#), se representa al átomo del mundo átomico formado mediante un proceso análogo, pero aquí cada espirilla está formada por roscas de átomos monádicos, mediante el mismo proceso indicado en la etapa 2; aquí se ha indicado, en una espirilla, la característica de esta etapa 3. Y debe tenerse presente que lo mismo sucede en todas las etapas subsiguientes aunque, por dificultades de carácter gráfico, no sea posible representarlo así en la [Fig31](#): cada espirilla del átomo de un mundo determinado está formada por siete espirillas del átomo del mundo inmediatamente superior. Así pues, el número de burbujas de energía del mundo divino va aumentando a la 49ª potencia en cada uno de los mundos más densos que aquél, a saber: 49, 2,401; 117,64; 5.764,801; etc.

Todo esto puede considerarse como un preliminar al estudio del átomo físico, el cual quizás nos demuestre, con mayor claridad que toda otra cosa, lo ilusorio del concepto de tamaño y, por tanto, la ilusión que constituye el concepto de espacio considerado como dimensiones. Porque, si llegamos a apreciar lo maravilloso de la estructura de ese átomo físico, tal como se le presenta al estudiante de Teosofía, y como ha sido directamente observado por algunas personas que han logrado desarrollar las facultades extrasensoriales de que ya hemos hecho mención, habremos captado un vislumbre verdaderamente revelador de cómo la totalidad del Ser de Dios en Sus múltiples expresiones se halla *efectivamente dentro* –no meramente simbolizado o reflejado– en todo átomo del gran Sistema Solar. Según el concepto teosófico y las investigaciones ocultas, antiguas y modernas, no sólo está cada espirilla formada por siete espirillas del mundo astral, sino que diez espirales están devanadas juntas, lado a lado, para formar una figura que, en términos generales, se parece a un corazón, según puede verse en la [Fig32](#). De las diez espirales, hay tres mayores, señaladas como líneas más gruesas en ese diagrama; éstas giran vertiginosamente en torno del átomo y regresan a su punto de partida en el interior del centro de la estructura atómica. Las mueven las fuerzas en ellas contenidas, que proceden directamente de la Deidad a través de Sus tres Aspectos, es decir, de la Trinidad Divina. Las otras siete espirales son menores en relación con las primeras; aparecen representadas en el diagrama por líneas más finas que giran por la parte externa del átomo y regresan a través del centro. Cada una de ellas está animada por la fuerza procedente de uno de los Siete Logoi de Cadena Planetaria. *El número de burbujas así cargadas de la energía divina que forman el átomo físico es superior a 138.000 millones!* No es de extrañar, pues, que cuando los hombres de ciencia comenzaron a querer profundizar en la estructura del átomo descubrieran que era una cosa maravillosa. Y, ¿no concuerda perfectamente este concepto con lo que ahora afirman los físicos, es decir, que el átomo que ellos estudian no es en absoluto materia, según considerábamos antes a ésta, como sólida e indestructible, sino que más bien ha de considerarse como un centro de potencialidad, tremendamente poderoso y capaz de manifestar esa potencialidad como masa o como energía, de acuerdo con las circunstancias?

Pero hemos de tener siempre presente que el átomo físico representado en la [Fig32](#) no es el mismo átomo que ahora estudian los hombres de ciencia. En la [Fig21](#) se muestran los diversos subestados de la materia física. El más elevado o más sutil de ellos, el atómico, es la región del átomo que hemos estado considerando desde el punto de vista de las enseñanzas teosóficas. El átomo que estudian los físicos, siempre desde el punto de vista teosófico, no es el verdadero átomo, sino una unidad de materia ya menos sencilla, puesto que se la considera formada por diversas combinaciones del verdadero átomo ultrímero –al que a veces se le da el nombre de Anu–; de dichas combinaciones se forman los ciento o más “elementos”.

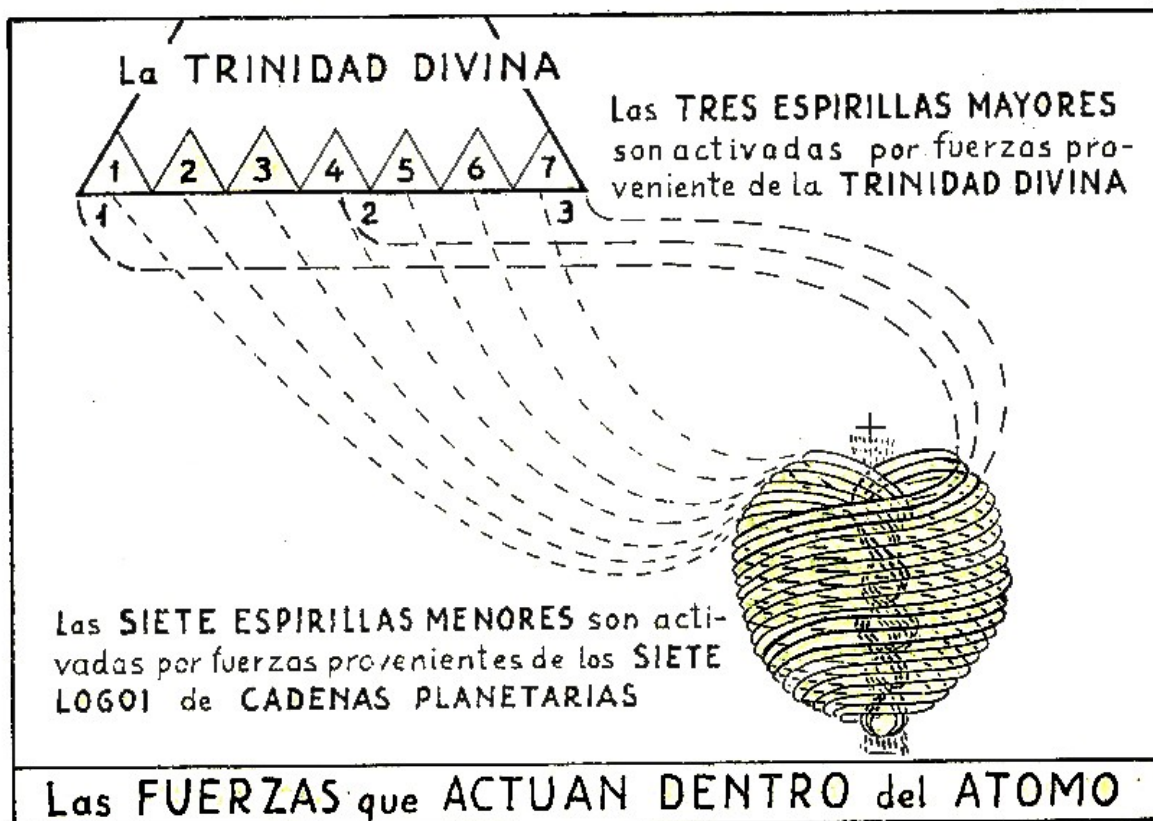


FIG. 32

La relación exacta que existe entre el átomo según lo describen los investigadores ocultistas y el átomo que estudia la ciencia actual no se ha esclarecido todavía. Sin duda alguna, las futuras investigaciones que se realicen por ambas partes revelarán por completo el nexo que los une. Pero, hay hechos que empiezan a aproximar uno y otro conceptos: los hombres de ciencia ya han sugerido que el átomo que ellos estudian libera cargas minúsculas de energía, o sea, lo que ellos han llamado "quanta"; y también postulan que la luz está formada por "fotones", que son, asimismo unidades de luz separadas entre sí en cantidades mensurables. Teniendo en cuenta todo esto, el concepto teosófico de que el átomo está compuesto de "burbujas" o unidades individuales de energía divina, de la energía de Dios, puede ser la clave maestra que explique éstos y otros fenómenos que ahora precisamente la ciencia está empeñada en esclarecer. Pero esto no sucederá hasta que el físico se de cuenta de lo vano de las limitaciones que él mismo se ha impuesto, y se decida a admitir la existencia de una Inteligencia y un Poder que crean y gobiernan toda manifestación. Es verdad que esto no bastará para darle la respuesta completa, ya que ésta se encuentra mucho más allá, en espera de que la humanidad alcance un estado de conciencia que eche abajo las barreras que ahora parecen tan inexpugnables. Pero, dado que nuestra conciencia está limitada a lo relativo y no puede abarcar Lo Absoluto, lo único que lógicamente debemos hacer es dar por supuesto, al ahondar más y más en las maravillas de la Naturaleza, que son obra de una Inteligencia de magnitud correspondiente a los hechos que ya nos ha sido dado observar. La negativa a admitir deducción tan evidente priva a la ciencia de una base firme que permitiría a los investigadores adentrarse en campos muchos más ricos y fructíferos que se extienden mucho más allá de todas las conquistas que ya el hombre ha logrado.

Después de la formación de las estructuras atómicas de cada uno de los mundos concéntricos e interpenetrantes que constituyen —o mejor, van a constituir el Sistema Solar, tal como en la

actualidad existe, van apareciendo las combinaciones moleculares en su debido orden (Véase la [Fig17](#)), y sabemos que en el mundo físico esta actividad se extendió durante millones de años, en la gradual evolución de los elementos químicos, tal como lo postuló Sir Williams Crookes hace ya muchos años y han sido sucesivamente descubiertos por muchos hombres de ciencia que lo siguieron. En realidad, la Creación comenzó cuando la Deidad Solar emergió del estado Inmanifestado en que se hallaba dentro de la conciencia de la Deidad de la Galaxia, circunscribió el área de Sus actividades e inició el proceso de “exhalar” –de infundir, como un enorme Aliento- Su energía divina en las burbujas del espacio. Comenzó en el mundo físico –como ya se ha indicado- cuando se formaron los átomos físicos –a base de las espirillas de los átomos del mundo inmediatamente más sutil- y empezó el proceso de combinarlos en moléculas para la creación de elementos químicos.

Desde este punto en adelante, la ciencia y la Teosofía cuentan análoga historia, si bien difieren en el hecho de que la primera, rehusando una vez más admitir la existencia de Dios, se empeña en buscar alguna fuerza externa que explique el origen y la sucesión de los acontecimientos que registran desde la astronomía hasta la química, en tanto que la Teosofía los atribuye todos a la acción del Creador que, en los comienzos de Su magna obra, produjo la existencia de los átomos mismos. Siguiendo la iniciativa del Dr. Fred L. Whipple, de la Universidad de Harvard, actualmente los astrónomos se adhieren, en general, a la “Hipótesis de la Nube de Polvo”, basada en gran cantidad de cuidadosa investigación: según ella, las enrarecidas nubes de polvo –al que se llama generalmente “polvo cósmico”- que flotan en el espacio ([FIG33A](#)), son los lugares donde nacen los soles y, con ellos, por medio de ellos, todos los mundos; a través de períodos de millones de años se juntan y se coagulan para formar agrupaciones más densas ([FIG33B](#)), en las cuales se establecen condiciones distintas de las primitivas. A medida que este proceso continúa, la gravedad produce la contracción de la masa, y se desarrollan luz y calor. Surge un movimiento rotatorio y enormes anillos de materia van quedando en el espacio, a medida que el cuerpo central se contrae aún más para convertirse en el futuro Sol ([FIG33C](#)). Entretanto, los futuros planetas han ido girando en espirales alrededor del centro y, a medida que disminuye su velocidad, cada uno va encontrando su órbita natural, es decir, la correspondiente a su masa y a su velocidad. De este modo, a su debido tiempo, el Sistema Solar queda establecido ([FIG33E](#)) esencialmente tal como lo conocemos hoy.

El estudio de la Teosofía corrobora, en sus líneas generales, las afirmaciones principales de la ciencia. Pero las enseñanzas teosóficas agregan algo muy importante: que la Deidad Solar es Quien impulsó el movimiento rotatorio en los mundos correspondientes a los estados más sutiles de la materia y que dicho movimiento, al transmitirse sucesivamente a estados materiales cada vez más densos, afectó, al fin, a la sustancia física de la masa nebulosa, transmitiéndole aquel impulso original que se originó en los mundos menos sutiles. Esto se efectuó de modo hasta cierto punto análogo a cómo las masas de aire invisible afecta la materia más densa que corresponde a un lago o al mar.

Ya hemos considerado algo de la magnitud de nuestro Sistema Solar, tal como la explica la Sabiduría Antigua, así como la manera como nació y como ha llegado a ser tal cual es. Y así se nos hace evidente que puede muy bien ser considerado, en su totalidad como el Cuerpo Glorioso de Dios, con el Sol en su centro, infundiendo Vida y Poder a todo cuanto existe en todos los mundos y en todas sus etapas de expresión. Pero cuando miremos al Sol –cuya gloria es tan esplendorosa que nos obliga a velar los ojos para mirarla- hemos de recordar siempre que contemplamos otro gran misterio- pues así efectivamente lo es- aunque en su expresión inferior y más restringida ya que, en los mundos superiores, esa gloria del Sol supera a cuanto podríamos imaginar aquí abajo. Pues ella difunde también las fuerzas que actúan en los mundos astrales y mentales y en el mundo espiritual en sus diversos grados, siempre impulsando hacia más y más arriba las formas superiores de vida hacia su meta espiritual, lo mismo que atrae hacia los cielos al rocío matutino.

No negamos jamás la existencia del Sol, porque su luz nos rodea por completo; no neguemos tampoco la existencia de Dios, ya que también por todas partes nos circundan las maravillas de Su creación.

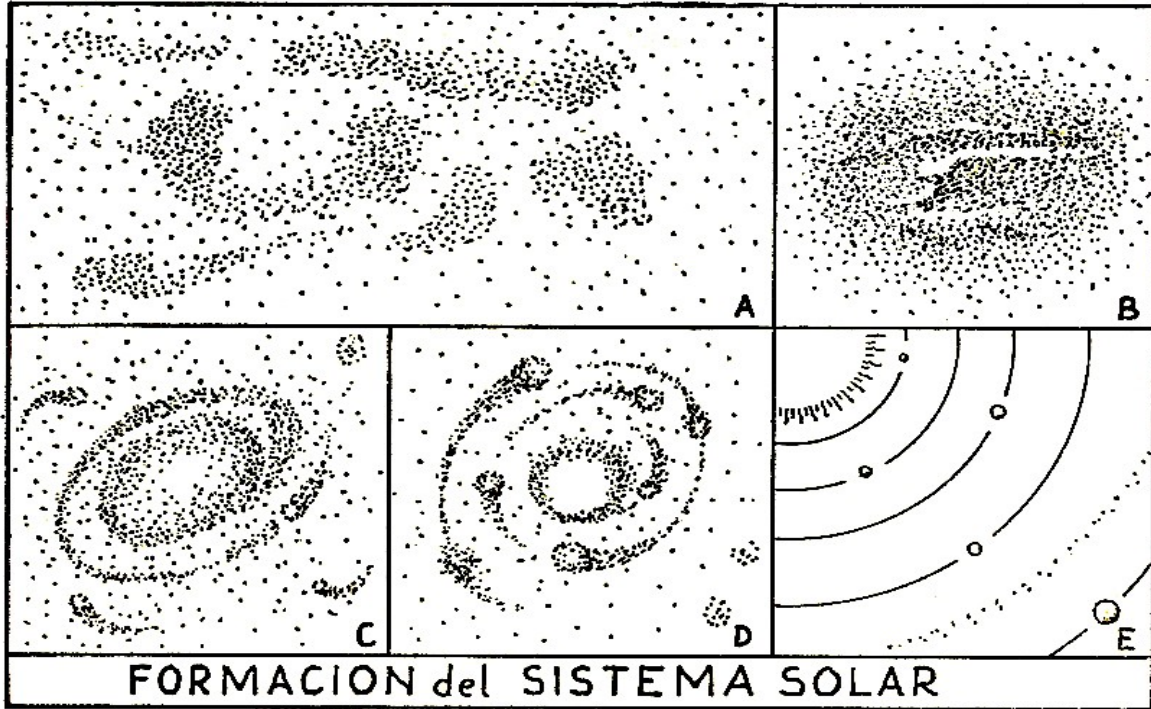


FIG. 33

Sección Cuatro

**LA ILUSIÓN DEL TIEMPO
(COMO SUCESIÓN)**

Ten perseverancia, como quien por siempre perdura.
Tus sombras viven y se desvanecen;
aquello que en ti vivirá, aquello que en ti *conoce*
–porque es conocimiento–
no es de la vida fugaz:
es el Hombre que fue, que es y que será,
y para quien nunca sonará la hora.

(La Voz del Silencio - H. P. Blavatsky)

CAPITULO I

LAS TRES EMANACIONES

Hemos levantado una pequeña punta del velo que la inescrutable Naturaleza ha tendido sobre sus vastos dominios internos, y hemos lanzado brevísima mirada sobre el inmenso más allá que nos circunda. Por leve que haya sido el vislumbre así logrado, basta para traer consigo una revelación capaz de inspirarnos a realizar nuevos esfuerzos, y suscitar en nosotros la profunda seguridad de que en el Universo existe un plan. Porque comenzamos a percibir con mayor claridad que el aparente silencio y la supuesta vaciedad del espacio no son sino ilusiones nacidos de nuestra incapacidad de ver y oír y que, en verdad, toda porción del Universo está colmada de la manifestación de Dios, en alguna forma y en alguna etapa de desarrollo.

Pero, hasta aquí solo hemos explorado -¡y cuán superficialmente!- el aspecto material de la Creación, que consiste en producir un número, indeterminado para nosotros, de sistemas solares, cada uno con su foco central y sus correspondientes planetas, a los que acompañan todos los órdenes concomitantes de sustancias superfísicas. Ahora hemos de pasar a considerar las multitudinarias huestes de seres vivientes que aparecerán y desaparecerán dentro de estos diversos campos de actuación. Al hacerlo así, descubriremos que la meta final de esta incesante y variadísima actividad no es nada menos que la creación de incontables Seres Divinos, reproducciones de la Deidad Misma, Dioses que, a través de los milenios por venir, pasarán de su condición inicial de potencialidad a una plenitud de actualización. Porque -digámoslo con la debida reverencia- un Dios no habría podido ser pura y simplemente creado, ya que así no habría pasado de ser mero autómatas, actuando mecánicamente según se le había impulsado a actuar, y sumamente bueno en todo, porque se le había creado rebosante de bondad. Hasta el punto en que la inteligencia humana alcanza a sondear tales abismos, parece como que cada ser tiene que comenzar llevando dentro de sí *potencialmente*, todas las facultades divinas, del mismo modo como la planta y la flor existen potencialmente dentro de la semilla. Ha de ser entonces sometida a prueba, de todas las maneras concebibles, vencer todas las dificultades, luchar triunfalmente contra toda oposición; desarrollar todo poder, todo conocimiento, todo amor, y hacerse verdaderamente y de hecho un Dios, en virtud de sus propios logros y triunfos divinos, venciendo en toda una serie de esfuerzos sin fin, hasta que la etapa humana haya quedado muy atrás, en incesante expansión tras expansión de conciencia, en continuo avance y ascensión, hasta lograr, por propia elección y propio esfuerzo, la plenitud de estatura de la Divinidad.

Consideraremos ahora las numerosas fases del plan de Vida por medio de las cuales se estimulan las facultades espirituales del hombre a fin de que crezca para recorrer ese Sendero de Perfección.

Anteriormente se ha mencionado el hecho de que casi todas las religiones consideran a Dios como una Trinidad. A medida que hemos progresado en el estudio, nos hemos encontrado con algunos de los modos que hacen realmente fundamental dicho concepto para la comprensión del desarrollo de los distintos aspectos de la evolución. Algunas de las religiones del mundo conservan todavía ciertas enseñanzas internas sobre la significación profunda de la Trinidad; otras han perdido estas claves secretas, y sólo queda en ellas la forma externa, para justificar la verdad que originalmente

poseyeron. En la [Fig34](#) se enumeran algunas de estas Trinidades y unas cuantas más podrían agregarse. Una mala interpretación de que adolecieron algunos jefes de la Iglesia Cristiana ha rebajado desdichadamente una profunda y maravillosa realidad, convirtiéndola en el concepto de Dios El Padre como una Deidad muy personal, en forma de una magna figura humana a la que, con excesiva frecuencia, se le atribuyen pensamientos, pasiones y actos que cualquiera de nosotros condenaría rotundamente en otro ser humano. ¡Cuán mezquino, cuán imposible de aceptar, resulta un ser semejante, si se le compara con la magnífica imagen del Creador que un conocimiento más profundo nos revela!

RELIGION	TRINIDAD		
HINDU	SHIVA	VISHNU	BRAHMA
CRISTIANA	PADRE	HIJO	ESP. SANTO
HEBREA	KETHER	BINAH	CHOCHMAH
EGIPCIA	AMOUN-RA	HORUS	OSIRIS-ISIS
ZOROASTRIANA	ASHAVAHISTA	VOHUMANO	AHURA-MAZDA
ESCANDINAVA	ODIN	THOR	FREYA
DRUIDA	TAULEC	FAN	MOLLEC
FENICIA	ANU	EA	BEL
TRINIDADES de las GRANDES RELIGIONES			

FIG. 34

La naturaleza triple de la obra creadora de Dios es realmente el mayor de los misterios que se enseñan en las escuelas esotéricas religiosas, bajo los nombres simbólicos que se dan a la Deidad. El magno Drama de la Vida se representa en tres actos y una vez que la representación se halla bien avanzada, los Tres Aspectos Divinos actúan sobre el escenario a la vez. Estas son las actividades a las que se llama “las Tres Emanaciones”: tres distintos modos de acción creadora que proceden de la Trinidad Divina, correspondiendo cada emanación a cada uno de Sus Tres Aspectos; y siendo cada emanación dual en sus efectos.

La primera de ellas crea la “Energía-Materia”, que ya estudiamos en la Sección anterior de este libro. Produce los siete órdenes básicos de materia, con sus subsiguientes divisiones y la evolución material. La nota-clave de la Segunda Emanación es la producción de “Vida-Forma”, seres vivientes que son vehículos de una conciencia e creciente aumento; esta emanación produce la evolución biológica, la evolución de los seres vivos. La Tercera Emanación trae a la manifestación el “alma-Espíritu”, y también “los Siete Rayos” de que más adelante trataremos; produce la evolución espiritual. Mantener bien claramente diferenciadas en nuestras mentes estas tres emanaciones nos evitará caer en muchos errores: no porque sean corrientes separadas de evolución —ya que el Plan es uno, y dentro de él las Tres Emanaciones se entremezclan libremente— sino porque tienen diferentes funciones que realizar, y aquí es donde puede surgir la confusión.

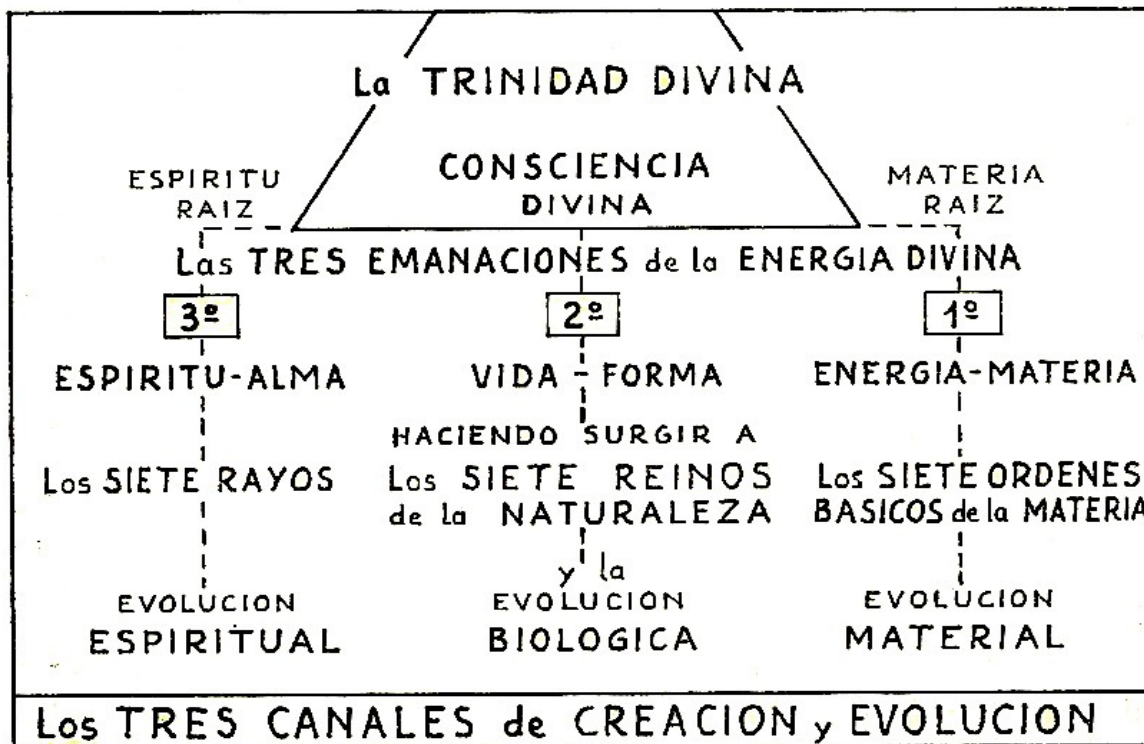


FIG. 35

La energía es un fenómeno especial que va siempre asociado a la materia. Pero así como toda materia está animada por la energía, no hay forma biológica que pueda existir sin "vida". Cuando la vida se retira de la forma, ésta se desintegra, resolviéndose en sus partes constituyentes. Químicamente sigue conteniendo los mismos elementos; pero, de hecho, sobreviene un cambio fundamental, dado que ya carece de las facultades de conciencia que antes poseía. La Teosofía afirma que la vida no ha hecho sino retirarse de aquella forma para ocupar otra de materia más sutil; mas para el hombre de ciencia la vida resulta un enigma, porque aún no sabe de esas regiones de materia más sutil, por lo cual le es imposible explicar lo que sucede cuando la vida abandona esas formas de materia densa que él sí conoce. Para la ciencia, la vida la muerte son misterios igualmente impenetrables, porque desgraciadamente no posee todavía la llave que le abriría la puerta hacia la comprensión. Pero el rápido desarrollo de los instrumentos, inventados por el hombre, que ya están penetrando más y más en lo que hasta hace poco era invisible, hace esperar que no demore ya mucho ese descubrimiento importantísimo. También el Espíritu tiene que tener vestidura de carne y tal vestidura, como ya dijimos, es el alma, vehículo sutil de materia de los mundos superiores especialmente sensible a las fuerzas espirituales.

Energía-Materia, Vida-Forma, Espíritu-Alma: tales son las tres diferenciaciones primarias de donde surge toda existencia sensiente.

CAPITULO II

LA INVOLUCIÓN DE LA VIDA Y DE LA FORMA

Al pronunciar un discurso en una reunión de la *British Association* (Asociación Británica para el Progreso de la Ciencia), el profesor Tyndall, que presidía dicha organización, dijo: “Vemos en la materia, hasta ahora cubierta de oprobio, la promesa y la potencialidad de toda forma y toda calidad de vida.” Luego del intervalo de unas pocas décadas, su sucesor en aquel cargo, Sir William Crookes, revocaba aquel fallo, invirtiéndolo, al decir: “Vemos en la vida la promesa y la potencialidad de todas clases de forma.” Estas dos afirmaciones representan dos puntos de vista opuestos en torno a los cuales se ha librado con encarnizamiento una larga batalla. Una escuela de pensamiento hace resaltar las fuerzas que ahora se sabe que existen en el átomo, la capacidad que éste posee de asociarse a otros átomos y de mantenerse unido a ellos en formas, en diseños geométricos, las estructuras de las moléculas y los cristales y la manera como dichas moléculas se combinan para que de ella se forme la célula viva y luego, a base de las células, los complejos agregados que constituye los cuerpos de los seres conscientes. La materia –proclama esta escuela– lleva dentro de sí la facultad de efectuar todas estas cosas, y aún mayores hará en los tiempos por venir. Pero la escuela opuesta insiste en que la vida es la Realidad, y la materia sólo el vehículo en que se encierra el poder de la vida; que es tan sólo el objeto al que aquélla anima. ¡Y una y otra escuelas presentan exactamente los mismos argumentos en defensa de sus respectivos y opuestos conceptos!

Debiera ser ya evidente para el lector que hasta aquí ha llegado que, a la luz de nuestros estudios, podemos decir que cada una de estas escuelas tiene razón y, a la vez, no la tiene. Cada una de ellas contiene mucha parte de razón, pero no la razón completa. La energía y la materia no pueden ya considerarse como cosas separadas; su inseparabilidad es un hecho ya más que demostrado. Ellas son como las dos caras de una hoja de papel, o como los dos polos opuestos de la electricidad. Y esta misma afirmación se aplica a la vida y la forma. Además, aquellos dos puntos de vista opuestos no establecen diferencia entre Vida-Forma y Energía-Materia; siendo así que el primero de estos pares construye cuerpos vivos, vehículos de conciencia, y el segundo produce la moción, el movimiento. Y la moción es uno de los requisitos básicos para que funcione la conciencia.

Pasaremos ahora a considerar otro par de opuestos cuya comprensión resolverá las dificultades existentes entre los dos puntos de vista que hace poco hacíamos resaltar. Oímos hablar mucho de evolución, pero muy poco de su opuesto, es decir, de la involución. Y sin embargo, para todo el mundo debería ser evidente que, puesto que dentro de la propia materia pueden observarse fuerzas de expansión cuantitativa y cualitativa al parecer ilimitadas, estas fuerzas tienen que haberse originado en algún momento, en algún sitio. Es decir, que cuando la materia comenzó su ascenso evolutivo, esas fuerzas tienen que haber estado ahí, latentes dentro de ella, sin que hiciera falta sino que el tiempo y las condiciones adecuadas posibilitaran su manifestación.

En la [Fig31](#) están representadas las sucesivas etapas de densificación ocurridas a medida que se desarrollaron los materiales de los diversos mundos que se interpenetran en el Universo. Como señalamos, las fuerzas de la Deidad se imprimieron, etapa tras etapa, en la estructura atómica de

cada mundo hasta llegar al más denso de todos, al mundo físico. Este proceso constituye, precisamente, la involución de las potencias o facultades divinas en la materia. Poco puede sorprender, pues, el hecho de que los hombres de ciencia, al profundizar en el corazón del átomo físico, hallen en él maravillosos poderes. Pero la materia no es la que ha creado esos poderes; el poder y su material vestidura llegaron al mismo tiempo a la existencia, porque ninguno de los dos podía existir sin el otro.

Igual sucede con la vida y la forma: no son dos, sino una. Juntas vinieron a la existencia y la involución precedió aquí, como en todo, a la evolución.

En la [Fig36](#) aparecen representados los mundos de materia física, astral y mental, que se interpenetran. Poco puede decirse acerca de las actividades constructoras en los mundos espirituales, ya que se hallan demasiado lejos de nuestras experiencias actuales: sólo podemos comenzar el estudio cuando surge la vida en el mundo mental superior o región del pensamiento abstracto. El propósito de las primeras etapas de la Segunda Emanación –la Vida-Forma- consiste en impartir “cualidades” a la materia de cada uno de los mundos. Es decir, inundarlos de esa fase de la creatividad divina que permitirá a dicha materia, más adelante, ser modelada en formas vivas y sensibles, capaces de percibir los estímulos y de responder a ellos. A la materia de los mundos mental y astral que ya ha recibido ese influjo se la llama “esencia elemental”; es aquel mismo material creado por el influjo de la primera emanación, pero ahora agrupado en combinaciones moleculares de índole tal que pueden ser saturadas del aspecto divino que llamamos “vida” y convertirse así en la materia prima de la que podrán crearse formas. En estas formas no habrá solamente Energía-Materia, sino también Vida-Forma, es decir, que actuarán en ellas y sobre ellas dos de las Emanaciones divinas.

A continuación de este desarrollo inicial de la esencia elemental en cada uno de los tres mundos –según lo muestra la [Fig36](#)- surge una segunda fase de actividad en la que nuevas combinaciones de esa esencia en cada uno de los mundos se agrupan en formas organizadas mayores, que componen lo que se llama Reinos Elementales. En el mundo mental superior forma el primer reino elemental; en el mental inferior, el segundo reino elemental, y en el mundo astral, el tercer reino elemental. Las formas que componen estos reinos tienen sólo existencia transitoria. Son meros vehículos de conciencia sin ninguna continuidad individual. Se forman se deshacen y vuelven a formarse, en sucesión constante; es algo así como si las incontables olas que rompen ante la costa oceánica, o las miríadas de nubes que continuamente se agrupan y se deshacen al deslizarse por el cielo a impulsos del viento se convirtiesen en seres vivos. Para su manifestación en las regiones más sutiles, especialmente las del mundo mental superior, hallaríamos un símil aun más exacto si las comparásemos con las múltiples manifestaciones del fuego en el plano físico, con su enorme variedad en color y en temperatura, desde las que dan tibieza y brillo gratos al hogar doméstico en las noches invernales hasta las que arden, queman y consumen cuanto hallan a su paso, y aquéllas que con dominadora majestad, lanzan al cielo mil formas fantásticas de luz viva.

Acaso el tema de que estamos tratando parezca a algunos muy complicado y técnico, de escasísimo valor o interés práctico. Así pensarán los que opinan que los seres humanos cada vez más de acuerdo con su naturaleza divina. Y en esto último, por supuesto, tiene toda la razón. Pero sucede que precisamente estos hechos que acabamos de mencionar tienen gran importancia práctica, porque nos afectan íntima y continuamente, dado que de esa materia cuyas características estábamos describiendo es de la que se forman nuestros propios cuerpos de materia más sutil que la física, y gracias al conocimiento de su naturaleza y de las leyes que la rigen, podemos concientemente hacer de ellos instrumentos que sirvan cada vez mejor los fines que nos proponemos. Comprender las funciones de la esencia elemental nos ayuda de modo práctico a adquirir dominio de nuestros vehículos astral y mental, e incluso, según veremos, ello se refleja en la salud de nuestro cuerpo físico.

Observando la misma [Fig36](#), veremos que la Oleada de Vida, continuando su curso, pasa del mundo astral al mundo físico, donde se ve envuelta en un medio todavía más denso. Aquí se

observa una doble corriente de actividad: una de ellas culmina en las células, esos “ladrillos” básicos de que se construyen todas las cosas vivientes; y la otra en los cristales.

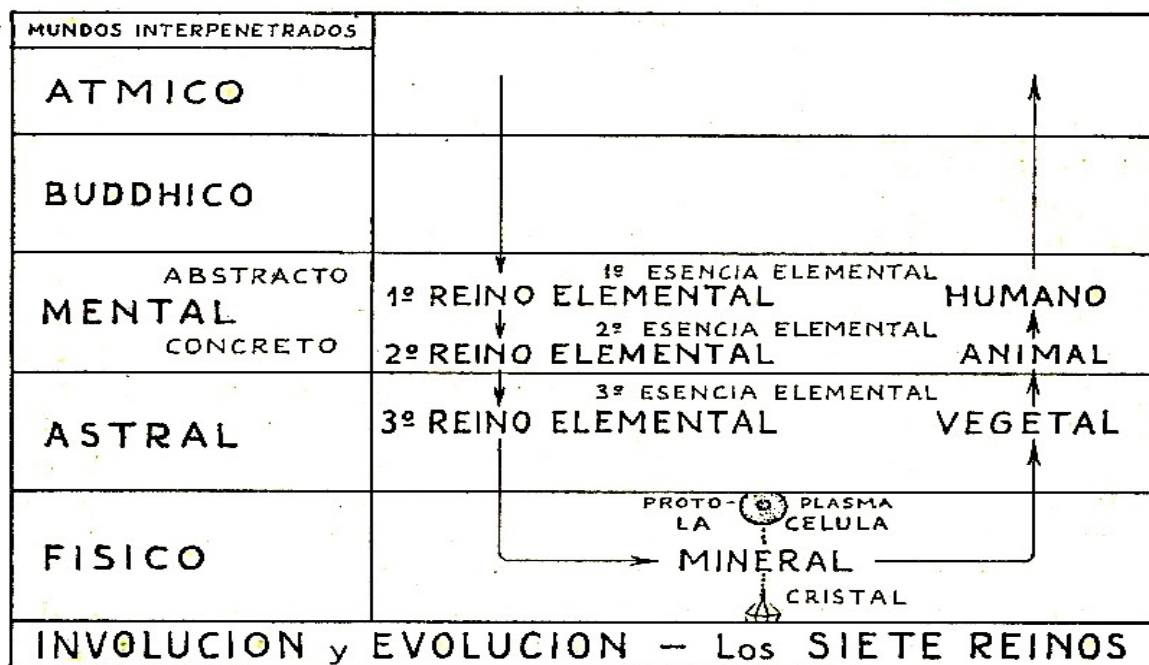


FIG. 36

Se hace evidente que no hay un punto preciso en el que surja de pronto la Segunda Emanación sino que, más bien gradualmente se va sobreponiendo a la Primera, hasta convertirse en el factor predominante.

Anteriormente aludimos al hecho de que todas las sustancias se componen de átomos. En la [Fig32](#) presentamos una imagen de los átomos de cuerdo con la investigación oculta. Pero, desde este mismo punto de vista oculto, el átomo del químico pertenece a una de las subdivisiones moleculares de la materia física. En la [Fig17](#) mostramos un diagrama simplificado de los átomos de hidrógeno y oxígeno, ilustrando también la forma cómo estos átomos se combinan para formar una infinitesimal partícula de agua ¡de las que se necesitarían varios millones para formar una gota de lluvia o de rocío! El átomo del hidrógeno es el más sencillo de todos, ya que sólo posee un electrón.

En la [Fig37](#) tenemos un dibujo que muestra cómo surgen las diferencias entre los átomos químicos. A la izquierda y en el centro, se observará un pequeño círculo negro, que representa el núcleo del átomo. Debajo de este círculo negro, se ve en primer término un pequeño círculo blanco que lleva en su interior el número 1 y afuera la letra “H”; representa al átomo de hidrógeno. En la lista situada al lado derecho del dibujo, se le identifica por su nombre completo. Por encima del núcleo blanco que lleva dentro el núm. 2 y afuera una letra “He”; la tabla nos indica que el N° 2 es el helio, cuyo átomo posee dos electrones. Comenzando entonces el “noreste” del círculo y avanzando en el mismo sentido de las manecillas del reloj, los números en serie indican el número de electrones que contiene el átomo del elemento cuyo nombre completo aparece en la tabla adjunta. Para cada átomo, la hilera contendrá un electrón correspondiente al círculo del número que lo identifica y también por cada espacio numerado que lo preceda. De modo que agregando electrones uno por uno (con un aumento análogo en los protones del núcleo para su equilibrio eléctrico), se producen todos los diferentes átomos. El carbono, sustancia sólida en su estado normal, tiene seis electrones, pero al agregársele sólo uno más, se produce el gas nitrógeno. En la actualidad se conoce un centenar de estos elementos.

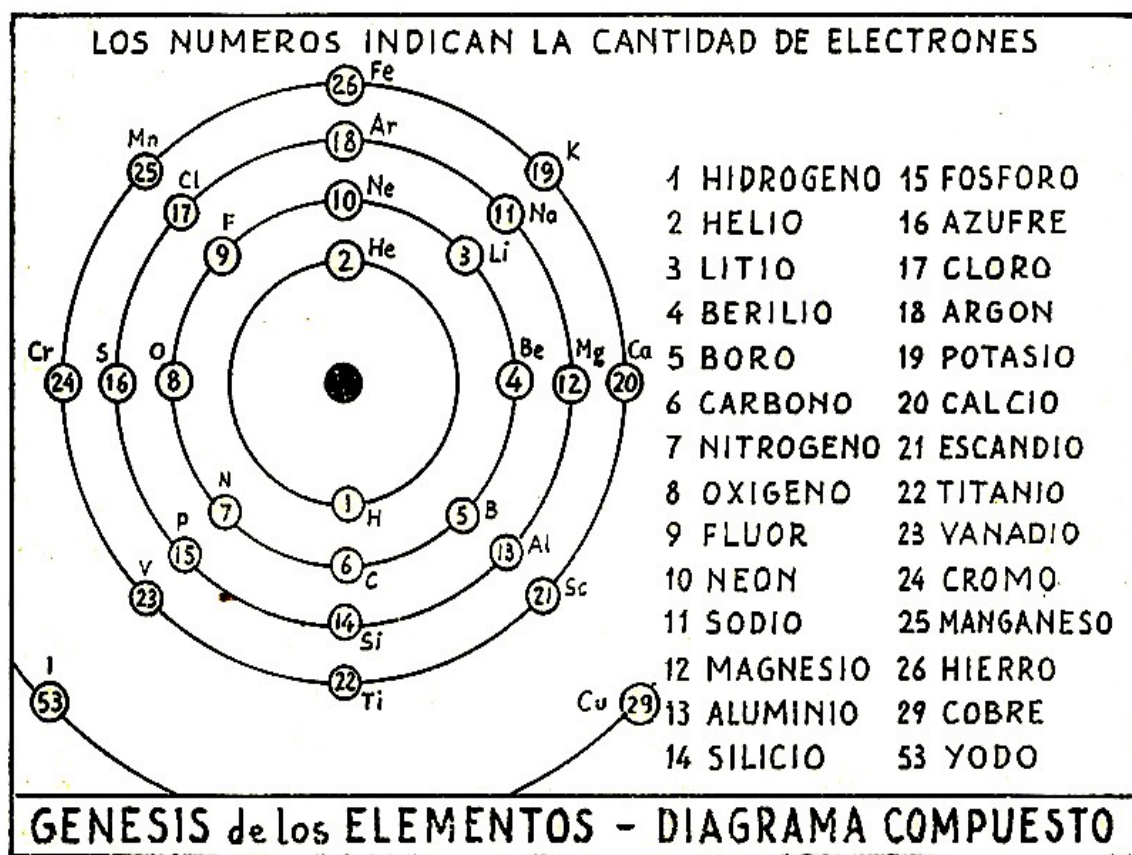


FIG. 37

Llegamos ahora a la etapa siguiente en la que puede observarse a estas dos grandes Emanaciones en acción: se trata del proceso de combinar átomos para formar moléculas y, con ellas los diversos elementos y compuestos que hallamos en torno nuestro a cada paso. Teóricamente podríamos decir que en ese momento entra en el escenario físico la Segunda Emanación, aunque en este proceso gradualmente las actividades de un tipo van entremezclándose con las del anterior, y sin duda ello ha ido aconteciendo en las regiones atómicas a medida que los cambios de temperatura iban produciendo las condiciones necesarias a la formación de los diversos elementos. Además, también en este caso los cambios ligeros en las sustancias físicas constituyentes producen grandes diferencias en las características visibles y externas de las sustancias que se producen. El problema que en este caso se le presentaba a la Deidad Solar —y hemos de recordar que aun tan elevado Ser, en las inconmensurables alturas que ha alcanzado, tiene problemas que resolver— consistía en combinar estas creaciones atómicas en agregados mayores, capaces de responder más al medio ambiente y de expresar más plenamente la “vida”. Hay en los Evangelios unas frases atribuidas a Jesús y henchidas de significado místico: “Allí donde dos o tres se reúnan en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos”. Esta afirmación es cierta en todas las fases de la existencia. Sabemos que es cierta en lo moral y lo espiritual, ya que a Jesús se le identifica con la Segunda Persona de la Trinidad Cristiana, representada en las [Fig34](#) y [Fig35](#). Es el aspecto que significa amor, conciencia, vida. Y cuando dos o tres buenos amigos se juntan, en espíritu de buena camaradería y armonía, para intercambiar ideas sobre temas de real importancia, algo muy especial ocurre: un fuerte lazo de comprensión y de armonía se establece entre ellos, haciendo de aquella ocasión una experiencia grata y valiosa para todos. Pocas cosas en el mundo pueden dar júbilo mayor que ese tipo de

camaradería humana. Y cuando, aunque sean unos pocos, se juntan en aspiración espiritual “en Su Nombre”, bien puede esa minúscula reunión convertirse en muy inspiradora experiencia, porque Él está allí en medio de ellos. Y, de modo análogo, aun allá en las diminutas regiones del átomo o de la molécula, cuando dos o tres elementos se combinan mediante un lazo que los lleva, en adelante, a actuar como una unidad, algo sucede también, ¡algo especialísimo! Aparece la vida, comienza a actuar la conciencia, hácese manifiesta la Segunda Emanación.

La [Fig38](#) nos cuenta esta historia a grandes rasgos, Ya hemos visto que la unión del oxígeno con el hidrógeno produce el agua; si a esta mezcla se le agrega un átomo de azufre y tres de oxígeno, tenemos un mortífero veneno: el ácido sulfúrico. Dos átomos de carbono, seis de hidrógeno y uno de oxígeno, actuando como una unidad, producen el alcohol. En diferentes proporciones, una combinación de estos mismos tipos de átomos nos da el azúcar. El modo cómo actúa la vida en estas regiones inferiores –y que nosotros creemos haber explicado con sólo llamarlas “reacciones químicas”- ha sido muy acertadamente descrita por Annie Besant en su libro *Estudio sobre la conciencia*, cuando dice:

Los elementos químicos muestran distintas atracciones mutuas, y las relaciones conyugales químicas son continuamente perturbadas por la intrusión de otras parejas, de las cuales un cónyuge u otro tienen, con uno de los miembros de la primera pareja, una afinidad más fuerte que el cónyuge primitivo. Así, en una pareja hasta entonces mutuamente fiel que formaban una sal de plata surgirá la infidelidad en ambos cónyuges si otra pareja, unida para formar el ácido clorhídrico penetra en aquel pacífico hogar: la plata se abalanzará sobre el cloro (en inglés “plata” es silver y “cloro” chlorine, y la autora figuradamente atribuye características masculinas al primero de estos componentes y femeninas al segundo –Nota de la traducción al español), la tomará por esposa, prefiriéndola a su anterior compañera, para formar un nuevo hogar –el cloruro de plata- dejando al abandonado hidrógeno para que se una a la repudiada cónyuge.

¿Fantástica visión de las cosas? Sí; pero en esas vidas minúsculas suceden cosas así, en repetición casi infinita; en ellas existe la conciencia, y unas se dan cuenta de la existencia de las otras, parece ir siempre en busca de armonía y de estabilidad.

Los ejemplos que aparecen en la [Fig38](#) podrían multiplicarse muchas veces; pero el diagrama en sí indica claramente al gradual crecimiento en complejidad hasta que llegamos a la hemoglobina, la sustancia colorante de la sangre, en que se han combinado, para actuar como una unidad, 712 átomos de carbono, 1.129 de hidrógeno, 214 de nitrógeno, 1 de hierro, 2 de azufre y 425 de oxígeno. En el último lugar, hallamos la sustancia más compleja de todas, el protoplasma, la sustancia primaria de que se forman todas las cosas vivas. La aparición del protoplasma y el comienzo de la vida celular señalaron el comienzo de una era completamente nueva en la historia de nuestro planeta. Entonces comenzó definitivamente el lento ascenso de la vida hacia una meta que aún se esconde entre las nieblas de un lejano futuro. El protoplasma, según lo muestra el diagrama, es una combinación de dieciséis elementos que, al combinarse, actúan como una unidad.

Los números correspondientes a sus proporciones atómicas no pueden darse todavía, porque no hay medios verdaderamente exactos para tomar dichas medidas. Además, hay varias clases de protoplasma, especializadas para diversos objetos. Cuando nos damos cuenta de que, tanto en la hemoglobina como en el protoplasma, miles de minúsculas partículas, manteniendo siempre proporciones exactas, tienen que actuar conjuntamente como una unidad, podremos hacernos alguna idea del problema que entraña el hecho de producir tales creaciones.

Antes de proseguir con el tema de las sustancias “orgánicas”, debemos lanzar una mirada sobre la formación de los cristales. Ya es sabido que prácticamente todos los sólidos tienen una estructura en forma de líneas de cristal, aunque en muchas sólo pueda percibirse mediante el uso de los rayos X. Ya hemos dicho que, de los reinos elementales, la vida pasa al reino mineral, donde la rigidez llega a su punto culminante. De todas las formas de materia, los metales son las más densas y pesadas. Y, no obstante, aún en los metales puede descubrirse la vida, y hay en ellos clara evidencia de las

primitivas etapas de la conciencia. La realidad de este hecho fue muy bien probada por un hombre de ciencia de la India, el profesor Jagadish Chandra Bose, de Calcuta, desde hace más de cincuenta años.


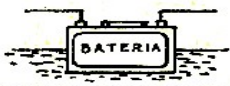





	AGUA	H_2O
	Acido SULFURICO	H_2SO_4
	ALCOHOL	C_2H_6O
	AZUCAR	$C_{12}H_{22}O_{11}$
	ALBUMINA	$C_{204}H_{322}N_{52}O_{66}S_2$
	HEMOGLOBINA	$C_{712}H_{1129}N_{214}FeS_2O_{425}$
	PROTOPLASMA	$C.H.O.N.S.P.Cl.Na.K.Ca.Mg.$ ~ $Fe.Mn.I.Si.Cu.$
Del AGUA al PROTOPLASMA		

FIG. 38

El profesor Bose llevó a cabo toda una serie de brillante experimentos, de los que fue informada la Real Institución del ramo, en 1901. Empleando aparatos especialmente contruidos al efecto, registró en un cilindro giratorio ciertas respuestas eléctricas a estímulos mecánicos aplicados a los metales. Repitió entonces los experimentos, empleando, en lugar de los metales, músculos humanos; y en todos los casos, la reacción del estaño fue casi idéntica a la del músculo. Con otros metales, la reacción era análoga, pero había alguna variación en el período necesario para la recuperación. En la [FIG39A](#) se reproduce la reacción registrada del estaño y del músculo, situadas una junto a otra para su comparación. En la [FIG39B](#), aparece el resultado de impactos repetidos que produjeron un estado análogo al del tétano completo e incompleto en el estaño, que puede compararse con los resultados de análogos impactos producidos sobre el músculo, que se aprecian en la [FIG39C](#). En la [FIG39D](#), se observa la prueba de que un metal puede ser envenenado y luego vuelto a la vida.

Los metales muestran, asimismo, signos de fatiga, hecho bien conocido de todos los fabricantes de productos metálicos cuyo empleo entraña reiteradas tensiones. El profesor Bose también obtuvo resultados análogos con los vegetales, demostrando que éstos mostraban los efectos de la fatiga, la depresión y la excitación.

Así pues, se hace evidente que, dado que la segunda emanación, la de la Vida-Forma, muestra sus efectos en el mundo físico, los hombres de ciencia, con ayuda de sus microscopios, tubos de ensayo y otros instrumentos, pueden materialmente verla en acción. Los detalles de esta comprobación —a la que solamente hemos podido aludir aquí de modo muy fragmentario— son de verdad fascinantes.

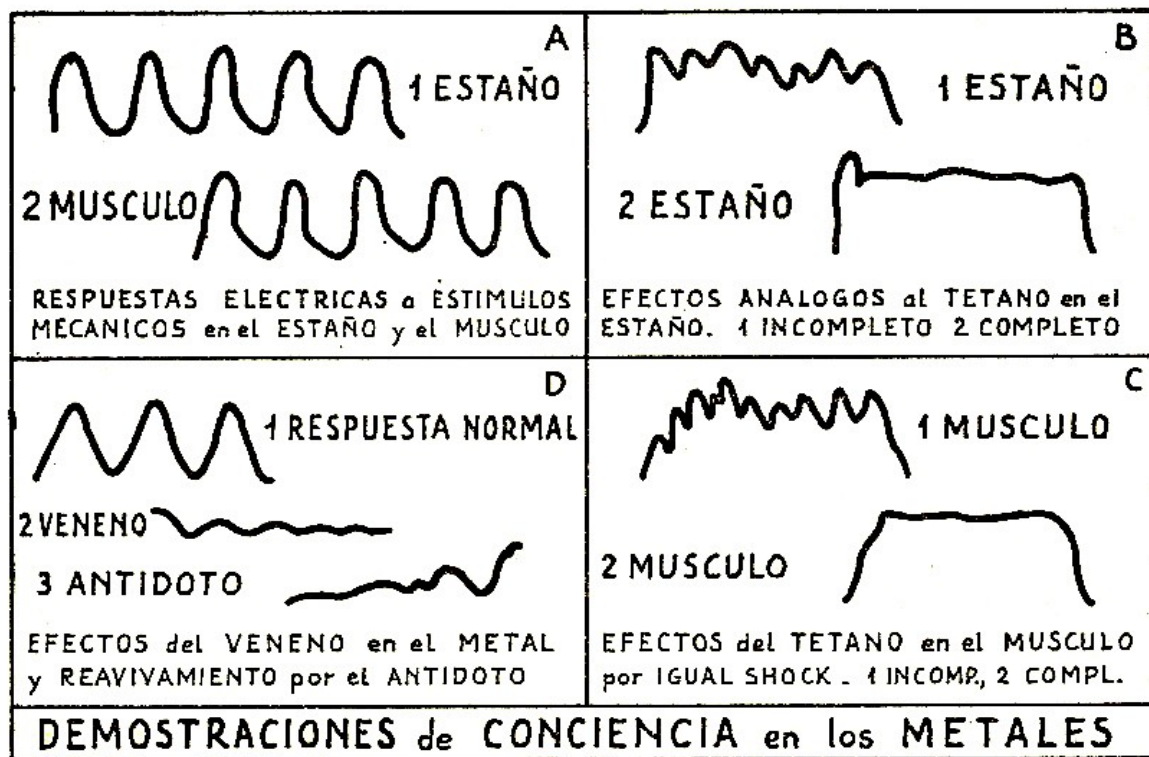


FIG. 39

En el reino mineral ([Fig36](#)) vemos que se alcanza el nadir de la progresión: allí se equilibran involución y evolución. Pero hasta en el denso material de los cristales pueden observarse pruebas de la actuación de la Mente Maestra del Creador, porque todo cristal presenta una estructura geométrica perfectamente definida. Ya hemos visto que, según las investigaciones de los ocultistas, el átomo físico lleva dentro de sus siete espirillas las fuerzas especializadas de todos los siete Logos de Cadenas Planetarias. Dado que en cada átomo predomina siempre una de dichas fuerzas existen, de hecho, siete tipos de básicos de átomos, cuyas combinaciones y grados de desarrollo producen innumerables subtipos. Por eso resulta de gran interés observar que en las combinaciones de los cristales, tan densamente aglomerados, también se observan siete tipos básicos, que a su vez producen innumerables subtipos.

Esta división septenaria surge de una clasificación de los cristales según su configuración geométrica, el número de sus ejes con sus relaciones angulares y lineales, según se muestran en la [Fig40](#). Son, respectivamente, el sistema cúbico, el tetragonal, el ortorrómbico, el monoclinico, el anórtico, el trigonal y el hexagonal. Los dibujos solamente dan un ejemplo de cada estructura básica, entre las muchas variantes que de cada una existen; pero, también en este caso, esos ejemplos bastan para darnos un pequeño pero fiel vislumbre de las profundas realidades internas de la Naturaleza, que actúan desde lo invisible hacia la manifestación visible. El cristal mantiene su forma por largos períodos de tiempo pero, como todas las demás cosas existentes, tiene sus épocas de crecimiento, de madurez y de decadencia.

Hemos seguido, aunque muy esquemáticamente, el proceso de la Segunda Oleada de Vida hasta llegar al punto en que ya está completo su arco involutivo. La vida ha ido ocupando cuerpos formados de materiales cada vez más densos, hasta llegar a la sustancia más compacta que, en condiciones normales habrá de ocupar; es decir, en el reino mineral. En este reino es donde comienza a desarrollarse la conciencia física; los átomos físicos que forman el mineral tienen que ser despertados a la sensibilidad, de modo que comiencen a crear lazos entre el espíritu y la materia,

que den origen a la conciencia. A ese objeto, la materia del reino mineral se ve sujeta a los choques más terríficos. En el estado nebuloso y prenebuloso, cuando el Sistema Solar se hallaba en proceso de formación, las diminutas partículas atómicas se vieron sometidas a elevadísimas temperaturas y a otras condiciones absolutamente más allá de la comprensión humana. Luego, en masas mucho mayores, la materia física experimentará, bien en el interior de la Tierra o en su superficie, tremendas presiones, extremos de frío y de calor, erupciones volcánicas, terremotos: todas las más violentas fuerzas de la Naturaleza, así como su ternura en forma de suave tibieza, de gratas brisas de aguas refrescantes.

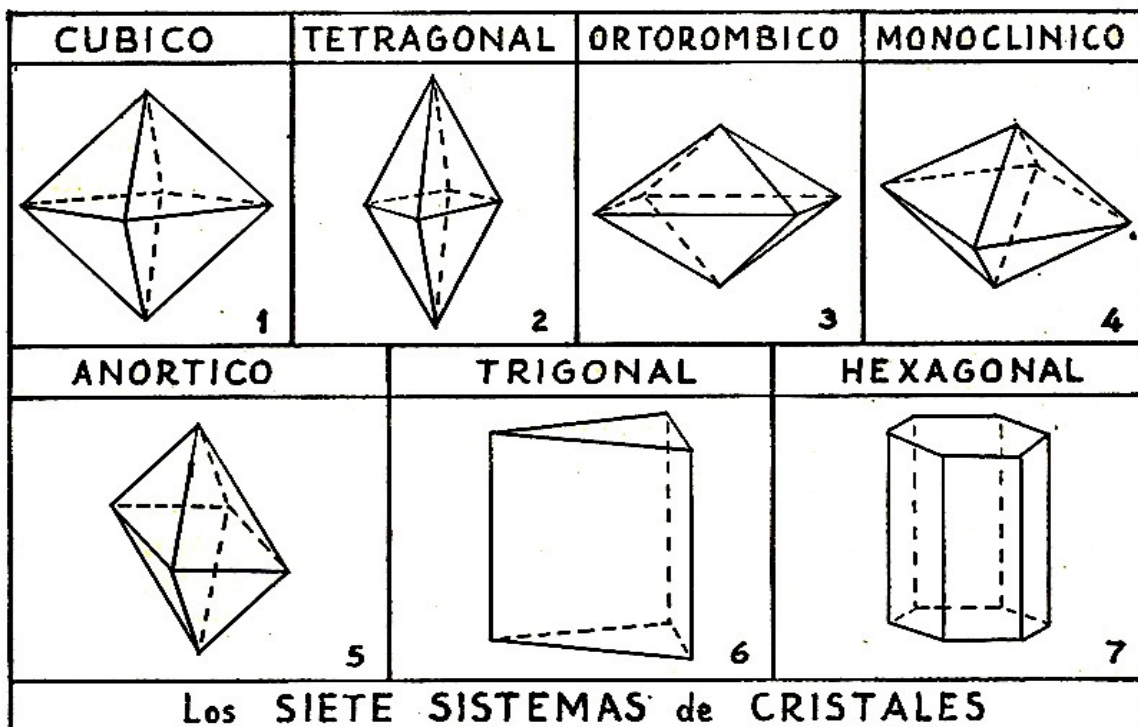


FIG. 40

Todas estas cosas despertarán en la materia física una percepción cada vez mayor del medio ambiente que la rodea, y la interna vida que la anima comenzará a responder vagamente a esos choques que del exterior le llegan. El hombre, inconscientemente sin duda, ayuda a este proceso: extrae minerales del suelo, los arroja en sus altos hornos, los calienta hasta el rojo blanco y los sumerge en agua helada; los corta, los taladra, los martillea y los remacha; los somete a pesos y tensiones tremendos, de manera que puedan servir de rígido soporte a sus edificios y mantenerlos en la forma diseñada; tienen que resistir, en sus máquinas, las presiones del vapor y la súbita expansión de los gases. De mil maneras el hombre, en busca de su propio beneficio, afecta con sus actividades al reino mineral; pero, a la vez, ayuda así a la Naturaleza a producir los fuertes impactos necesarios para que la vida, aprisionada en las formas más densas, reciba los estímulos necesarios para emprender su largo ascenso hacia una mayor expansión, al hacer de la materia física un instrumento más flexible y obediente para su uso.

CAPITULO III

LA EVOLUCIÓN DE LA VIDA Y DE LA FORMA

Al llegar a este punto, cambia profundamente la historia que vamos refiriendo: es como si hubiésemos estado navegando en alta mar y entonces halláramos tierra a la vista. Empezaremos a ver cosas nuevas, a contemplar otros paisajes y a viajar con otros medios de locomoción; cruzaremos las planicies hasta llegar a las laderas de las montañas lejanas; y al comenzar su ascenso, se abrirá otro nuevo capítulo de la historia. Porque nos acercaremos al segundo de los tres grandes acontecimientos que han ocurrido durante la larga historia de nuestro planeta físico. El primero fue su nacimiento de la negra nebulosa del espacio. El segundo, que ahora pasamos a considerar, fue la aparición de la *vida* sobre su superficie.

La primera manifestación de vida que se ha registrado sobre la Tierra fue la aparición de las algas, de color verde-azul, microscópicas vidas vegetales que surgieron sobre la superficie de charcos o estanques de agua fresca y a lo largo de las costas de mares y océanos. Estas algas, no solamente dejaron restos fosilizados, sino que su especie existe todavía, sin haber apenas sufrido variación alguna a través de estos millones de años. Pero, antes de pasar a considerar la casi interminable sucesión de criaturas vivas, a medida que aparecen en el enorme escenario terrestre como organismos de creciente complejidad, debemos preguntar al biólogo qué es lo que tiene que decirnos sobre el protoplasma –la sustancia de donde todas aquéllas proceden- y sobre ese inmensamente asombroso y minúsculo objeto que llamamos una “célula”. Porque es hombre de ciencia tiene muchas cosas interesantes que revelarnos, cosas que nos ayudarán a obtener una visión mucho más clara del desarrollo de la vida sobre la Tierra. Pero si, aparte de su microscopio, podemos usar también nuestra imaginación, nos será posible penetrar en otros mundos ocultos a la vista de todos, y lograr así otro vislumbre –que nos será de verdadera inspiración- sobre cómo actúa la Mente del Creador.

Ya hemos visto que el protoplasma es la sustancia primaria de la que se forman todas las criaturas vivientes. Ya observamos ([Fig36](#)) que, según la Sabiduría Antigua, la Segunda Emanación produjo dos sucesivas oleadas o impulsos de actividad, de las cuales la primera hizo aparecer la esencia elemental de cada uno de esos mundos y la segunda produjo las formas de los reinos elementales, creándolas de aquella esencia especialmente preparada a ese objeto. Y aquí llegamos a otro de esos fascinadores vislumbres –que con frecuencia logramos en estos estudios de la manera en que los acontecimientos internos llevan a efecto la expresión externa, aunque no haya sido generalmente reconocida su actuación. Porque en el protoplasma, y en lo que de éste sucesivamente se produce, observamos una extensión de las mismas actividades creadoras que se nos revelaron en los mundos de materia más sutil. Bien podríamos llamar al protoplasma “la cuarta esencia elemental”, puesto que también es él la viva sustancia básica de la cual se forman criaturas vivientes, pero esta vez en el mundo *físico*. Ya se ha dicho anteriormente que en la formación de combinaciones atómicas y moleculares para crear unidades más y más complejas hasta llegar al protoplasma ([Fig37](#) y [Fig38](#)), podemos ver cómo la Segunda Emanación u Oleada de Vida “gradualmente se va sobreponiendo a la Primera, hasta convertirse en el factor predominante”. Esto se refiere al primero de los dos impulsos de la Segunda Oleada de Vida.

Las células, como es sabido, son los “ladrillos vivos” de que se forman los cuerpos de todas las criaturas sencientes (FIG41A). La definición más sencilla de una célula es la siguiente: Una masa de protoplasma que contiene un núcleo. Tiene también una pared –diríamos- que la encierra, y dos interesantes pequeños objetos, que se llaman los “centrosomas”; presenta muchas características y cualidades, entre ellas:

- (1) Metabolismo: puede mantenerse a sí misma seleccionando del medio que la rodea el alimento que le conviene, y puede modificar químicamente ese alimento para que se adapte a sus necesidades.
- (2) Crecimiento: puede aumentar de tamaño, dentro de ciertos límites.
- (3) Reproducción: puede reproducirse a sí misma, habitualmente por división.
- (4) Ritmicidad: presenta varios ciclos, como los de reproducción, metabolismo, etc.
- (5) Susceptibilidad: puede responder a los estímulos internos y externos.
- (6) Adaptabilidad: tiende a adaptarse a las condiciones ambientales.

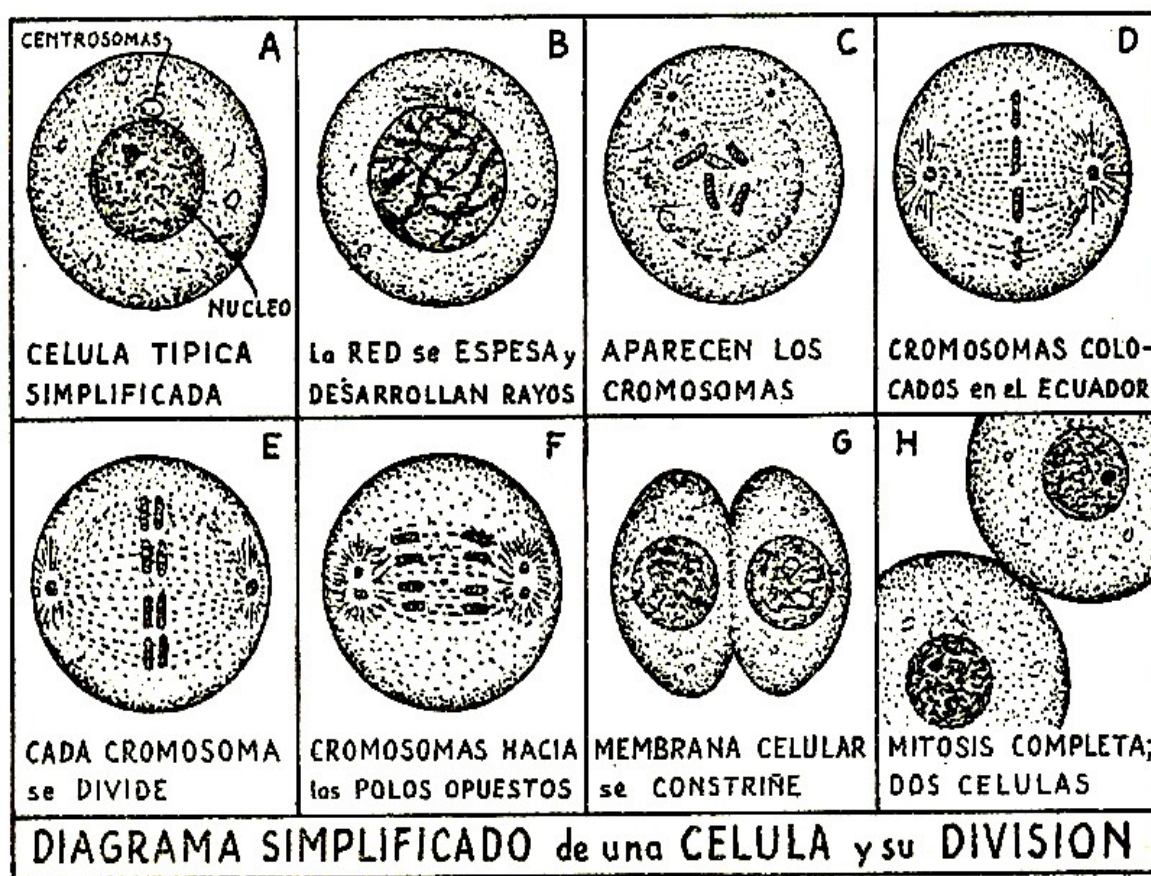


FIG. 41

La pared que confina a la célula protegerá a la porción interna de los agentes perjudiciales que pudieran amenazarla desde el exterior: también regula la absorción del alimento y la expulsión de los desechos.

La inmensa mayoría de las células se multiplican mediante un proceso de división llamado “mitosis”. Los biólogos convienen en que ésta es una de las más descollantes maravillas que el microscopio ha revelado. Porque en la mitosis se sucede una serie de acontecimientos complicados, en sucesión perfectamente ordenada, que en todos los momentos se ajusta con regularidad y

precisión. Cuando la célula abandona su estado de reposo, los centrosomas se apartan uno de otro y en torno de ellos aparecen rayos que indican una misteriosa activación de las fuerzas vitales que en aquellos se encierran, proceso que todavía no se ha llegado a comprender claramente. Aparece un grupo de fibrillas que forman lo que se llama “el huso mitótico”; es evidente que se trata de un área altamente magnetizada, porque dentro de ella se efectúa la actividad principal y entre los dos centrosomas, que parecen actuar como polos magnéticos opuestos. Dentro del núcleo, la finísima red comienza a espesarse (FIG41B); los centrosomas continúan apartándose (FIG41C) y los rayos y fibrillas se hacen más pronunciados. La retícula formada dentro del núcleo se fragmenta ahora en un número definido de partes llamadas “cromosomas”, y la pared de la célula empieza a desintegrarse. Las células de cada especie tienen su número definido de cromosomas y cada célula, al dividirse, produce siempre el número de ellos que corresponde a su especie. En el dibujo solamente aparecen cuatro cromosomas, a fin de que se vean los sucesivos cambios con mayor claridad; pero casi todas las células producen gran número de cromosomas. Así, por ejemplo, las células del cuero humano producen invariablemente cuarenta y seis cada una. En la etapa siguiente. Los centrosomas se mueven hacia los lados opuestos de la célula, y los cromosomas se sitúan a medio camino entre ellos (FIG41D). Entonces cada cromosoma se divide a lo largo, produciendo dos juegos completos y similares (FIG41E); luego emigran a lados opuestos de la célula y los centrosomas se duplican (FIG41F). Una vez completa esta fase del proceso, la pared de la célula empieza a cambiar de forma, apareciendo como dos curvas en cada lado superior e inferior, los cromosomas se hacen más difusos (FIG41G) y, al cabo, el proceso llega a su fin (FIG41H): donde antes había una célula, ahora hay dos, que sólo necesitarán de un breve período de crecimiento para convertirse en duplicados exactos de la célula que les dio origen. Además, debemos darnos cuenta que todo ese proceso no dura más que treinta minutos, y que se realiza en un área no mayor de veinticinco milésimas de cm de diámetro. Dentro de esta diminuta cosa viva, se realizan operaciones que todavía las mentes mejor dotadas de la Tierra no han alcanzado a penetrar. Al reflexionar sobre esto, nos damos cuenta de por qué las formas vivas superiores multicelulares son verdaderas maravillas de la Creación; y esto se nos hará más patente cuando llegemos a considerar el modo cómo las células especializan sus actividades a fin de que cada grupo desempeñe diferentes funciones, y todo ello en beneficio del conjunto de que forman parte.

Efectuamos, pues, ahora un breve examen preliminar del modo cómo la vida y la forma se han desarrollado, inseparablemente unidas, en el mundo físico, como manifestación visible de la Segunda Emanación. Para ayudarnos a penetrar en el registro de tales acontecimientos, la Naturaleza nos muestra un libro de casi incontables páginas: sus hojas están hechas de roca y sus palabras son las formas fósiles que el tiempo ha solidificado para siempre, a fin de que la inteligencia del hombre pueda descifrarlas. Y esa historia es ya bien conocida, porque los museos esparcidos casi sobre toda la faz de la Tierra exhiben multitud de restos prehistóricos de peces, aves y otros animales, árboles y otras formas de vida, reconstruidas a base de fósiles, incluso a veces colocados en medio de una simulación muy realista de su medio ambiente natural. Todas estas exhibiciones constituyen silencioso testimonio de la incansable dedicación y de los inteligentes esfuerzos interpretativos de investigadores, estudiosos y trabajadores de todas partes del mundo, que han hecho posible tales revelaciones, y que se han hecho dignos de admiración, porque en virtud de sus esfuerzos, muchos aspectos de la historia del mundo se desarrollan en forma visible a los ojos de todos cuantos quieran ver. Este conocimiento nos hace comprender mejor el gran Plan de Vida. Al llegar a darnos muy clara cuenta del largo y difícil camino que la Vida ha recorrido, de cómo ha luchado por ir adelante, de sus incesantes esfuerzos y de sus no pocos fracasos —si bien, en perspectiva llegamos a percibir que indudablemente estas derrotas contribuyeron al éxito final, es evidente que nos será posible apreciar mejor los grandes logros que representa el nivel de vida alcanzado ya en nuestro planeta.

Allá muy lejos, en las indistintas sombras, debemos hundir nuestra mirada, en busca de los orígenes de la vida: caudalosos ríos descendían hacia los mares y los océanos, llevando consigo grandes masas de sustancias sedimentadas que sus aguas, al pasar, habían desprendido de la tierra.

También arrastraban los restos de muchas criaturas vivas: hojas y ramas de cercanos árboles y arbustos que, al caer, habían sido llevadas por la corriente, huesos diversos, y a veces hasta formas animales completas que habían sido atrapadas en el fango de sus orillas cuando se habían adentrado en aquellas vías en busca de agua con que calmar su sed. Todo este variadísimo conjunto fue depositado en el lecho de mares y océanos y sepultados profundamente entre las masas sedimentadas que así iban acrecentándose era tras era. A medida que transcurría el tiempo, el sedimento se transformó en roca, y la acción química convirtió en fósiles a aquellas formas donde antes había palpitado la vida. Siguieron transcurriendo las edades, y en ellas sobrevinieron muchos cambios: muchas superficies terrestres se inundaron, en tanto que los lechos de los océanos se convertían en tierras secas; de hecho, tales cambios tuvieron que ocurrir repetidas veces, y un buen número de capas se han ido depositando sucesivamente sobre el mismo terreno ([Fig42](#)).

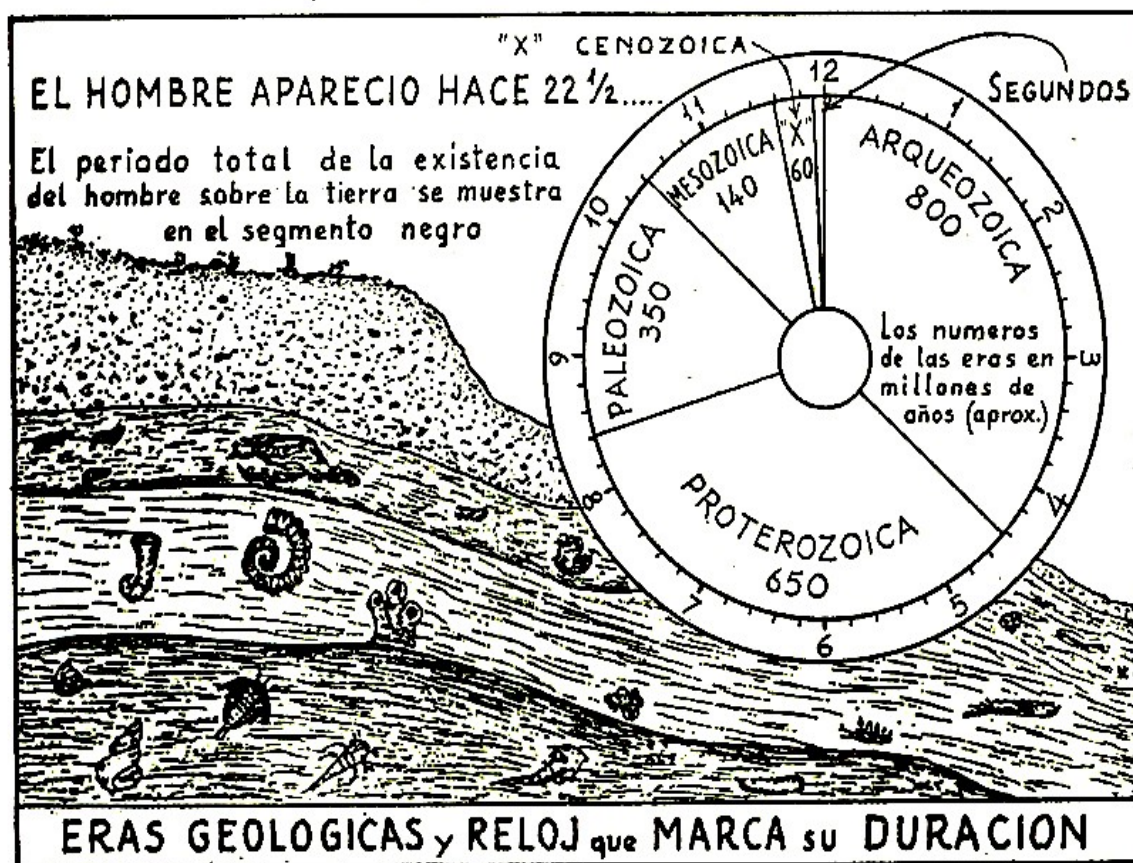


FIG. 42

Gracias a un cuidadoso estudio de las distintas capas de roca, y de los fósiles que cada una de ellas contiene, los geólogos han logrado forjar una representación bastante exacta de las sucesivas etapas del desarrollo de la vida y de los períodos en que ocurrieron los cambios relacionados con dichas etapas. A ese objeto, la historia de la Tierra se ha dividido en "eras geológicas", cada una de las cuales ha durado muchos millones de años. Puede observarse una representación gráfica esquemática de ellas en el lado derecho de la [Fig42](#). Pero, debido a los muchos millones de años que éstas representan y a la dificultad de expresar en la misma forma su duración respectiva, se ha colocado a la derecha un reloj simbólico, gracias al cual la duración de cada era puede apreciarse con una sola mirada, y las comparaciones entre ellas resultan de una facilidad elemental. También

en el dibujo se nos hace patente el brevísimo tiempo que lleva el hombre sobre la Tierra, en comparación con la edad total del planeta.

En la [Fig43](#) tenemos una imagen sintética de los acontecimientos ocurridos a lo largo de dos mil millones de años sobre la Tierra. Se ofrece aquí con el propósito de despertar en la mente de los lectores alguna comprensión apreciativa de los inmensos períodos de tiempo transcurridos y los cambios, verdaderamente importantes, que acaecieron durante dicho período. Así como seguimos la sucesión de criaturas vivas que se desarrolla en la [Fig42](#), hagamos ahora lo mismo con las de la [Fig43](#), a fin de tener presente la extensión de tiempo que corresponde a cada etapa.

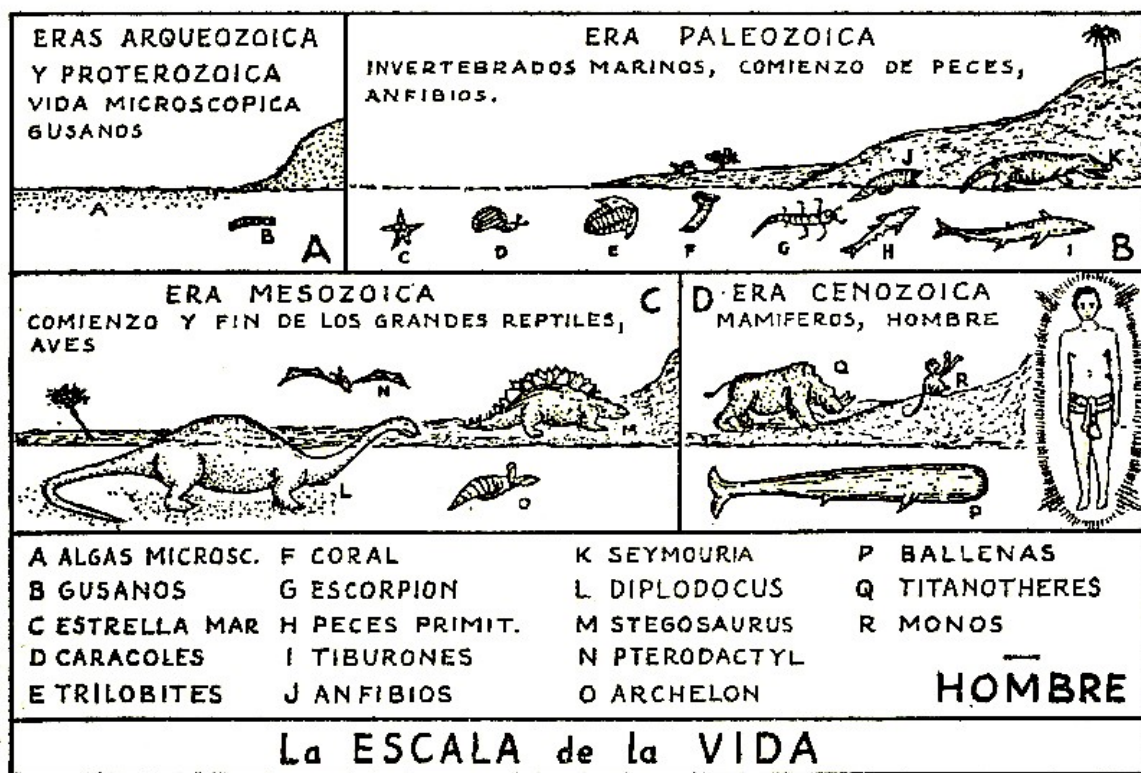


FIG. 43

Si hubiera sido posible que un observador vigilara la Tierra durante todo el largo período de la era arqueozoica -¡800 millones de años!-, es altamente improbable que hubiese visto el menor signo de existencia de una criatura viva, porque ninguna forma vegetal o animal existió en la Tierra durante dicha era. Pero esa no habría sido fiel representación de la realidad: porque en los mares había vida microscópica, y una actividad, invisible pero muy intensa, se efectuaba entre las infinitesimales bacterias.

Al llegar la era proterozoica, habría podido observarse una espuma verde-azul a lo largo de las líneas costeras de los mares, sobre las playas y en los estanques o simples charcos de agua fresca que se iban formando entre las rocas del interior de la región: eran las algas ([FIG43A](#)). Aunque cada una de estas formas vegetales era de tamaño microscópico, su enorme número las haría visibles sobre áreas extensas. En el fondo de los mares se estaba desarrollando la vida vegetal primitiva. También podrían haberse visto algunos gusanos. Estas dos eras, que duraron conjuntamente un total de 1.450 millones de años (cubriendo 8.24 de nuestro simbólico reloj) y cubrieron, por lo tanto, casi las tres cuartas partes de la totalidad del tiempo geológico, apenas produjeron signo visible de vida:

¡algunas plantas marinas primitivas y un poco de espuma verduzca! Al llegar la era paleozoica, la actividad se aceleró un tanto, lentamente la vida comenzó a subirse sobre la tierra (FIG43B). Durante esta era, que duró 350 millones de años (o sea, dos horas de nuestro reloj), se desarrollaron los animales invertebrados marinos; aparecieron peces primitivos, plantas terrestres y luego los anfibios. Ejemplos de criaturas vivas que aparecieron durante esta era son: estrellas de mar, caracoles de tierra, corales, trilobitos, escorpiones, tiburones, y hacia el final del período apareció el seymouria, progenitor de los reptiles que le siguieron.

La era mesozoica (FIG43C), que duró 140 millones de años (una hora y doce minutos del reloj que aparece en la Fig43), marcó el advenimiento de los grandes reptiles, criaturas que comenzaron siendo pequeñas, pero que alcanzaron asombrosas proporciones. En la ilustración aparece el diplodocus chapoteando en las aguas superficiales donde se cree que aquellos animales pasaban la mayor parte del tiempo, a causa de su enorme peso; porque alcanzaban un largo total de 30 metros o más, y pesaban probablemente otras tantas toneladas. El stegasauro debió parecer algo así como un acorazado ambulante, con la enorme coraza que lo protegía. Lo que lo hace especialmente notable es que se dice que poseía dos cerebros: uno en la cabeza ¡y otro en la cola! En esta era también se produjeron palmeras y plantas fanerógamas. Fue aquella una época extraña, porque entonces la Naturaleza parecía empeñada en poblar la Tierra de criaturas de tamaño y peso cada vez mayores; y durante bastante más de cien millones de años aquellos animales proliferaron con abundancia sobre toda la superficie terrestre. Pero no era ésa, para la Naturaleza, la meta definitiva: aquellas imponentes criaturas que por tan largo tiempo se habían enseñoreado de la Tierra, súbitamente dejaron de existir. Y al entrar la Tierra en el período cenozoico (sólo dos minutos antes de dar las doce en nuestro simbólico reloj), apareció una nueva clase de animales: los mamíferos se convirtieron rápidamente en el tipo animal que prevalecía en la Tierra. Muy pronto se extendieron por todas partes del globo y progresaron mucho más allá de toda proporción con respecto al adelanto logrado por las criaturas que habían florecido en eras anteriores. El tamaño y el peso dejaron de ser características prominentes, siendo sustituidas por la astucia y la agilidad, por mayor capacidad cerebral y mayor adaptabilidad. Durante millones de años continuó el progreso en ese sentido, y luego ocurrió otro cambio, éste de importancia enorme: antes de lo que representa una distancia de medio minuto antes de nuestra época actual (siempre en el simbólico reloj), apareció *el hombre* en el escenario inmenso de la Vida. Y con ello el magno drama tomó un nuevo e importantísimo giro. Apenas dos minutos antes (simbólicamente) había comenzado a existir la forma de vida que representan los mamíferos, y ya había llegado a alcanzar lo que significa el mayor triunfo en toda la larga vida de la Tierra ¡el cuerpo humano!

El protoplasma produjo la primera célula; pero no se detuvo ahí. A lo largo de períodos de tiempo cuya extensión abrumba a la imaginación, el protoplasma ha ido produciendo una asombrosa sucesión de criaturas vivas. Nuestra Tierra ha seguido girando, sin cesar y sin término, alrededor del Sol; pero, con cada uno de sus ciclos, la vida ha ascendido un peldaño en la vastísima escala evolutiva. Lenta y laboriosamente, avanzando paso a paso, con fase tras fase de intento, de fracaso, de nuevos esfuerzos hasta lograr cada éxito, a través de miríadas de miríadas de cambiantes formas, hemos llegado al estado de progreso actual. Y aquel que no se maravilla antes los milagros de vida que nos rodean, que por todas partes se imponen a nuestros ojos y a nuestra mente, no está realmente vivo, aunque more en una forma humana, que es el logro supremo entre todos los demás.

CAPITULO IV

LA MÓNADA Y LOS ÁTOMOS PERMANENTES

En el capítulo anterior pasamos revista, muy brevemente, a la historia de la Vida sobre la Tierra, como proceso de evolución gradual desde que animó a una simple célula hasta que se infundió en una forma humana. Pero esta descripción no está completa, ya que, también en este caso, existe una historia interna sin la cual la externa nos resultaría incomprendible: según la ciencia, la evolución de las criaturas vivas se efectúa por mutaciones de los genes de los progenitores, debidas al azar, por las reacciones automáticas al medio ambiente, o por supervivencia, dentro de cada especie, de aquellos individuos que se adaptan mejor que los demás a las circunstancias que los rodean. Pero la Naturaleza no es ciega ni autómeta. Y no existe eso que el hombre llama el azar. Una Inteligencia capaz de concebir un proyecto tan enorme como la evolución de un Sistema Solar -¡y tras ella, la que ideó miles y miles de sistemas solares!- y capaz también de establecer leyes que rigen cada fase de su existencia, no habría podido dejar que ese maravilloso mecanismo actuase como un barco sin timón en medio de un mar embravecido ¿Acaso podría esa Deidad ser menos inteligente que el hombre -que es una de Sus creaciones- el que seguramente procuraría que hubiese a bordo adecuados instrumentos de navegación, un capitán, un piloto y una tripulación duchos en sus labores y todos los demás requisitos necesarios a una segura y bien encaminada travesía? Seguramente que el Creador podría *utilizar* el medio ambiente para suscitar facultades latentes en una forma viva, o *utilizar* las mutaciones de los genes para elevar el nivel de expresión de la Vida. Pero tales cosas no serían obra del azar: podemos estar seguros de que seguirían una dirección determinada desde el principio hasta el fin; las circunstancias externas podrían oprimir el botón, pero la corriente provendría del interior de la forma misma en respuesta al reto que significa una necesidad: y esa corriente, esa fuerza, habría sido infundida en la forma desde el comienzo de su existencia como tal.

Ahora pasaremos a considerar las enseñanzas que la Teosofía ofrece sobre este punto, y ver si ellas pueden proporcionarnos una base que permita comprender más a fondo los hechos externos a que acabamos de pasar rápida revista. Las ideas que vamos a exponer aquí podrán parecer nuevas a muchos ¡e incluso hasta muy extrañas! Pero, ¿acaso podríamos hallar una historia tan extraña y maravillosa como la autobiografía que la Vida misma ha escrito en las rocas? ¿Por qué ha ido ascendiendo la Vida, a través de tantas luchas, y a lo largo de tantísimos años y años? ¿Para qué existen los reinos subhumanos? ¿Qué lugar ocupan en la economía de la Naturaleza? ¿De dónde procede esa fuerza poderosa que llamamos “instinto”, que capacita a los ejemplares jóvenes de cada especie a conocer, sin que nadie se los enseñe, los hábitos naturales de esa especie a que pertenecen? Estas preguntas, y muchas otras más, hallarán clara respuesta a medida que avancemos en este capítulo. No tenemos que aceptar -es más, *no debemos* aceptar- a ciegas a nada de lo que aquí se expone, puede que intuitivamente reconozcamos la verdad de esta exposición; pero también podemos situar cada uno de sus puntos frente a los hechos externos, visibles y tangibles, y reconocer que tales enseñanzas muestran plan y propósito en lo que, sin ellas, sólo nos presentaría desorden incapaz de proporcionarnos certidumbre ni satisfacción. Empleando unas cuantas llaves

sencillas para abrir las puertas que nos cerraban al paso, nos será posible pasar de lo insatisfactorio a lo satisfactorio para nuestra mente, y quedará libre el camino para llegar a grados superiores de iluminación.

Ya hemos indicado que el íntimo y verdadero Yo de todo ser humano es la Mónada. Muchas cosas dentro de nuestra conciencia se esforzarán por que las tomemos por el Yo; pero un análisis cuidadoso las eliminará una a una. Nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, nuestras fantasías, nuestros deseos, y hasta el mismo cuerpo físico, tratarán de establecer su identidad con nuestra interna Realidad. Una vez que hayamos acallado todas esas voces que no lo olvidemos –son, en el más profundo sentido, ajenas a nosotros, y que la búsqueda se haya proseguido, en silencio y sinceridad, hasta lo más profundo, se encontrará al Yo. Y, al hallarlo, desaparecerán todas las dudas.

La Mónada, según ya se ha dicho, es un fragmento de Dios, una simiente de Divinidad. *La Naturaleza, en su totalidad está actuando a través de sus multitudinarias expresiones, para lograr este objetivo supremo: que cada Mónada, que es Dios en latencia, llegue a convertirse en Dios de hecho con la plena manifestación de todas sus facultades.*

Las múltiples y diferentes actividades que ahora pasamos a describir comenzaron mucho antes de que la Segunda Oleada de Vida apareciera en el mundo mental superior, y se desarrollaron concurrentemente con los procesos involutivo y evolutivo que a grandes rasgos hemos estudiado.

Para realizar sus propósitos, la Mónada necesita estar provista de vehículos de conciencia mediante los cuales pueda ponerse en contacto con los mundos de materia más densa que la del suyo propio. A ese objeto, como paso preliminar, *se adhiere a ella un átomo perteneciente a la materia de cada uno de dichos planos, que quedará así ligado a ella permanentemente.* Dicho átomo, por sí solo, no constituye un vehículo de conciencia, pero sí es un centro de gran potencia, en torno al cual se formarán dichos vehículos. También el átomo habrá de pasar por todo un condicionamiento preparatorio antes de que sus facultades latentes se hayan desarrollado lo suficiente como para que puedan desempeñar es función. No hace aún muchos años habría resultado difícil hacer aceptar la idea de que un átomo pudiera ser un centro de fuerzas tan poderosas como las que se necesitarían para realizar la obra de esos átomos permanentes, sobre todo, según habremos de describirlas más adelante. Pero hoy se trata de un hecho de conocimiento universal: ya sabemos que jamás debemos pensar en un átomo en términos de tamaño, sino en términos de las enormes fuerzas que en él se encierran. Además, hemos de tener en cuenta que se trata de mundos de densidad cada vez menor, donde aumenta la potencia atómica, ya que la energía divina, sometida a una restricción material cada vez menor, puede expresarse más y más plenamente.

En la [Fig44](#) observamos que el triángulo que simboliza a la mónada muestra sus tres aspectos primarios, según se manifiestan como expresión externa; para ellos se emplean respectivamente las palabras “Voluntad”, “Amor” e “Inteligencia”, aunque no es posible hallar una palabra que encierre y exprese adecuadamente todo lo que significa cada uno de esos aspectos. Esto podrá apreciarse con mayor claridad a medida que avancemos en la exposición del tema.

Utilizando como núcleo al átomo de materia átmica, la Mónada se construirá un cuerpo de dicha materia, que se convertirá en un vehículo de conciencia y de expresión en ese mundo que, como ya hemos dicho, está formado por masas de materia especialmente dispuesta para transmitir las fuerzas de la Voluntad. Un proceso análogo, efectuado con materia búdica y con materia mental superior, proporcionará a la Mónada vehículos para sus actividades especiales en esos dos mundos. El conjunto de estos tres vehículos o simples puntos de partida para futuros vehículos es lo que se llama, en la moderna literatura teosófica, la Tríada Superior o *Atma-Buddhi-Manas*. Las unidades de la tríada inferior, que también aparecen en la [Fig44](#), reciben habitualmente el nombre de “átomos permanentes”. Son núcleos atómicos pertenecientes a los tres mundos “inferiores”, o sea, formados de materia más densa: el mundo mental inferior, el astral y el físico. En realidad el núcleo de materia mental inferior no es un átomo: es una molécula, ya que pertenece a la cuarta subdivisión del mundo mental. Pero, por comodidad, se le llama generalmente “átomo mental permanente”. En castellano se está usando ahora la expresión “unidad mental permanente” para designar a esta molécula –Nota de la traductora.

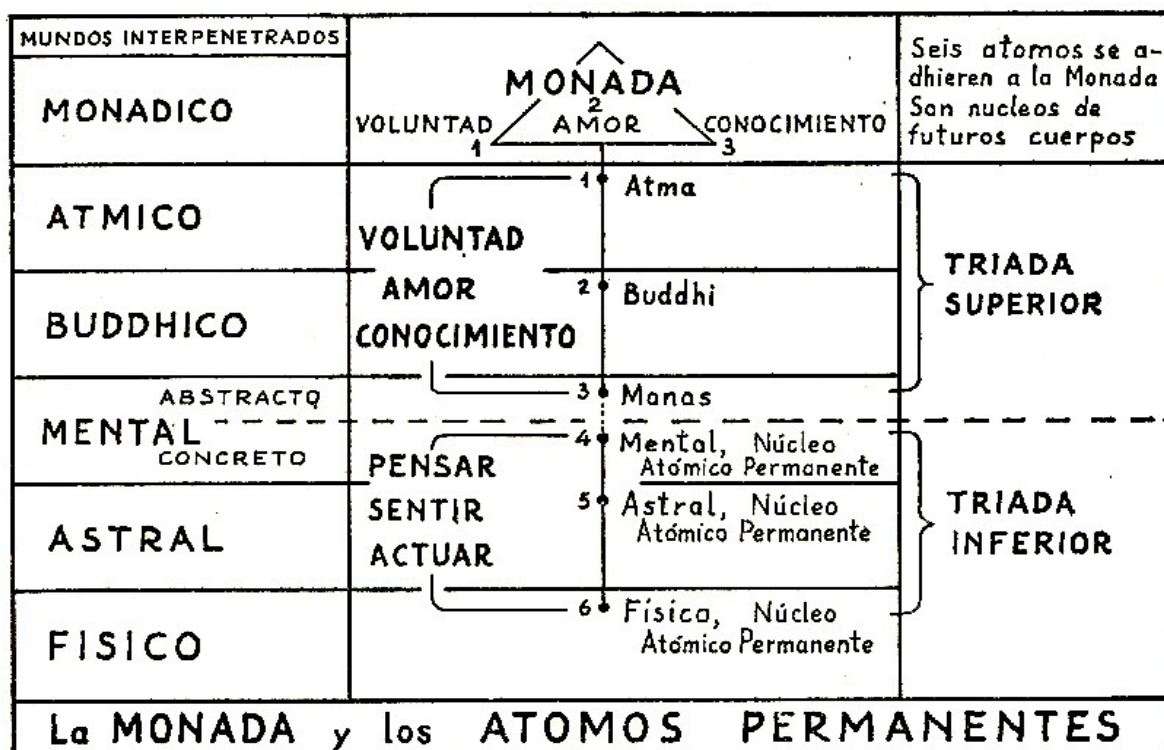


FIG. 44

También en estos tres mundos de mayor densidad se formarán en torno de esos núcleos permanentes otros tantos vehículos de conciencia, los cuerpos mental inferior, astral y físico, mediante cuyo empleo la Mónada podrá expresar sus facultades de pensar, sentir y actuar. Deberá observarse que estas facultades no son sino reflejos de las facultades superiores: en tanto que la Voluntad, el Amor y la inteligencia Creadora son facultades propias del verdadero Hombre, que es la Mónada. Es evidente que el pensar, el sentir y el actuar son hechos cambiantes, pasajeros, provocados generalmente por las necesidades o los acontecimientos del momento o del medio circundante. Pero, como más adelante veremos en mayor detalle, el pensamiento (4 en la Fig44) desarrolla el Conocimiento, o mejor, la Inteligencia (3), la facultad de sentir (5), despierta el Amor (2), y el actuar (6) suscita la Voluntad. Podemos muy bien pensar y pensar en algo que deseamos hacer; pero al actuar, al llevar ese pensamiento a la práctica, será cuando se ponga en juego la Voluntad que aportará la fuerza dinámica necesaria para el acto. Así es cómo, mediante los hechos transitorios de la vida cotidiana, iremos desarrollando las cualidades divinas de la Mónada que, una vez así desarrolladas, no perderemos jamás, porque son facultades inherentes al Hombre verdadero, que es eterno, y en él se hallaban desde un principio, en estado latente. Pero, por supuesto, en la época a que nos estamos refiriendo ahora, aún los acontecimientos actuales pertenecían todavía a un lejanísimo futuro.

Como decíamos, la Mónada adquirió gradualmente poderosos núcleos atómicos en cada uno de los mundos más y más densos que se interpenetran mutuamente; alrededor de esos núcleos se irán formando cuerpos que le sirven, o le servirán en el futuro, de vehículos de conciencia cada vez más adecuados. Cuando se reconozca, en el mundo en general, la existencia de dichos núcleos y se comprendan sus diversas funciones, ello habrá de revolucionar las ideas que hoy prevalecen sobre muchos asuntos. Porque estos conceptos afectan poderosamente la cuestión de la herencia, y también arrojarán mucha luz sobre los misterios de la mente subconsciente, además de su influencia directa sobre el amplio tema de la evolución.

CAPITULO V

ALMAS GRUPALES

Las expresiones del instinto, en toda su amplísima diversificación, que se manifiestan en los reinos subhumanos de la Naturaleza han despertado fascinante interés en los seres humanos, especialmente en aquellos que se sienten unidos por un lazo de parentesco con las formas de vida inferiores a la suya propia. Los psicólogos modernos prefieren descartar la idea del instinto como facultad, sustituyéndola por explicaciones mecanicistas que, según ellos, se basan en experimentos de laboratorios. Así, dicen que estas notables facultades que habitualmente se designan con el hombre general de “instinto” tienen por causa “la maduración de pautas nerviosas heredadas”. Salvo el hecho de haber sustituido una palabra sola por una frase bastante ambigua, el profano no alcanza a ver que se haya logrado cambio alguno en cuanto a una clara explicación del fenómeno. Se le dice, pues, que el instinto es una pauta nerviosa, es decir, una pauta a seguir por las neuronas en su funcionamiento. Y se agrega que es, evidentemente, producto de la herencia, y que tienen que esperar la maduración del mecanismo corporal antes de alcanzar plena expresión. Pero sucede que, en muchos casos, no tienen que esperar mucho ya que, a este respecto, se alcanza la madurez desde un período muy temprano de la vida. Y, aun cuando se comprendiera muchísimo mejor el mecanismo por medio del cual halla expresión la facultad del instinto, todavía quedaría por ver *como* se desarrolló ese instinto o “pauta nerviosa” o, en todo caso, “pauta neuronal”. Decir que semejante facultad se produjo por obra del azar no sería otra cosa que confesar paladinamente la derrota, el fracaso en hallar solución a un difícil problema.

Y hay muchos tipos de instinto que hasta ahora han resistido victoriosamente a todo intento de explicación. Por ejemplo ¡el de las golondrinas! A pesar de numerosas tentativas de restar importancia a su hazaña, sigue en pie el hecho de que estas aves sí regresan cada año al lugar donde nacieron, después de haber efectuado vuelos migratorios que las llevan a miles de kilómetros al sur del lugar de donde salieron. Nunca se ha hallado explicación valedera de esta hazaña extraordinaria, salvo la de atribuirle a un conocimiento instintivo que nace al mismo tiempo que esas aves. El hecho de colocar anillos de identificación en las patas de las aves ha mostrado concluyentemente que pájaros residentes en tierras tan norteñas como son las montañas de Escocia emigran al África del Sur; y, al efectuar el viaje de regreso, después de volar sobre todo el continente africano, cruzan por encima del Mediterráneo, España, Francia e Inglaterra, y vuelven al lugar exacto de donde salieron el año anterior. Bien conocidos son también los actos instintivos del salmón: estos peces se lanzan, nadando contra la corriente, en muchos ríos, llegando hasta trasponer cataratas, para llegar a los lugares que escogen para desovar. Otro caso notable en estos actos instintivos, que sólo ocurre ocasionalmente es el del lemming, pequeño roedor que habita en las montañas escandinavas. A intervalos regulares y bien espaciados, su población llega a ser excesiva; cuando así ocurre, descienden, en grandes manadas, a las tierras bajas, donde recorren muchos kilómetros a través del campo y en línea recta, hasta que llegan al mar, luego de un recorrido que puede durar hasta años,

Entonces, bajo aquel mismo impulso invariable y unánime que los ha movido, se arrojan todos juntos al agua, donde se ahogan.

También llama la atención el comportamiento de la araña. Dícese que, una vez, una araña salvó un reino, al dar a Bruce, el rey escocés, una eficazísima lección objetiva de perseverancia. Esto puede o no ser cierto; pero lo que no puede ni ponerse en duda es que la araña es uno de los mejores ingenieros que existen. El hilo de la tela de araña tiene una resistencia de tensión superior a la de acero; cada fino cordón visible está formado por varios hilos de finura bastante mayor; para tejer su tela, muestra la araña muy gran capacidad para el diseño y la erección de una estructura; y al construir el andamiaje preliminar a la estructura en sí, casi tiene, literalmente, que “prenderse del cielo”, para darle comienzo. A veces parece elegir un punto lejano y, con vistas a él, tejerá un cordoncillo que ondeará a impulsos de la brisa hasta que haga contacto con una rama de árbol o con cualquier otro objeto. Apenas ocurre esto, el hilo se tensa, y comienza el verdadero trabajo de construcción, a lo largo del cual se destacarán muchos detalles ingeniosos. Se dice que esa tela incluye lo que podría llamarse “un sistema telefónico”, de modo que la “arquitecto” se da cuenta de la presencia de los intrusos que hacen contacto con la tela, y que si esta “telecomunicación” le revela que la presunta víctima es demasiado grande para disponer de ella en condiciones de seguridad para la araña, ésta tejerá enseguida una red que envuelva las patas del intruso; si, a pesar de esto, la víctima sigue haciendo resistencia, la araña le inyectará un veneno que resolverá definitivamente el resultado del conflicto; solucionando éste a su favor, la araña empleará nuevas e ingeniosas tácticas de ingeniería para trasladar la víctima a su despensa. Algunas arañas son también maestras en el arte del camuflaje, pudiendo cambiar de color de acuerdo con el medio que las circunde.

Aun agregaremos otro notable ejemplo: es el que nos ofrece un tipo muy inferior de gusano plano, que no tiene más de tres milímetros de largo, y que se encuentra en grandes cantidades en algunas playas francesas. Cuando la marea está baja, forman grandes manchas verde oscuro, y aunque se cuenta por muchos millones, actúan como un solo individuo; mientras brilla el Sol, reposan inmóviles sobre la playa, pero antes la menor perturbación desaparecen como por arte de magia, habiéndose precipitado todos simultáneamente entre la arena. Y de otras muchas maneras actúan como una unidad, aun fuera de su medio ambiente habitual; se ha llevado a estas extrañas criaturas al laboratorio, descubriéndose que su constitución física es de carácter tan notable que muchos de sus movimientos, y reacciones pueden atribuirse a reacciones nerviosas automáticas a los estímulos externos. Pero esto no da respuesta satisfactoria al problema, porque no nos revela *cómo* y *por qué* se desarrollaron estas capacidades peculiares y ¿fue especialmente creada así esta diminuta forma de vida, que no mide más que tres milímetros? ¿O por sí sola inventó todas estas complejas reacciones, y las efectuó con tanta frecuencia que se volvieron automáticas? ¿O bien existe, tras el incalculable número de esas y de otras muchísimas formas de vida, una magna Mente que está realizando un Plan que todavía la mente del hombre ni ha alcanzado a abarcar?

Hablando de esta “conciencia de masa” que puede observarse en tantísimas formas en los reinos subhumanos, sugirió en septiembre de 1949, el profesor Hardy, ante la asociación Británica para el Adelanto de la Ciencia, que una explicación de los vuelos en masa de las aves, que actuaban como si fueran una sola, podría ser la de que tengan “una mente colectiva”; pensaba que, siendo así, la comunicación telepática podría modelar el destino de una gran bandada, de una manada, y regir sus actividades de masa. Estas ideas armonizan muy bien con las enseñanzas que ofrece la Sabiduría Antigua. Y, una vez más, la explicación se basa en una organización en los mundos invisibles, cuya existencia puede comprobarse mediante la observación en el mundo visible.

Los procesos biológicos mediante los cuales llega a nacer un individuo en el reino humano son bien conocidos. Durante un largo período el embrión en vías de desarrollo recibe cuidado, alimentación y protección dentro del cuerpo de la madre; una vez que se ha completado este período preparatorio, nace el niño y comienza su existencia independiente. De igual modo, la “tríada inferior” —compuesta de un átomo físico, otro astral y una molécula mental— tienen que pasar por un largo período de preparación prenatal, como parte de un “alma grupal”, antes de que se lance a la

existencia independiente y comience su asociación directa con la Mónada a que corresponde. Entonces, el “alma grupal” la sustituye el alma humana. Damos a continuación una cita del libro *Estudio sobre la conciencia*, de Annie Bessant:

He comparado la evolución a través de los reinos mineral, vegetal y animal con el período prenatal; y el parecido es exacto. Así como el niño se nutre de las corrientes vitales de la madre, así la cubierta protectora que constituye el alma grupal alimenta a las vidas que lleva dentro de sí, recibiendo y distribuyendo las experiencias que ha reunido; la vida circulante es la vida de esa madre que es el alma grupal. Las plantas, los animales... no están todavía listos para la vida independiente, sino que tienen que recibir de su madre el alimento.

Un alma grupal es una envoltura de “esencia monádica” a través de la cual fluyen fuerzas especializadas de la Vida Divina. Como envoltura guiadora y protectora, incluyen innumerables tríadas inferiores que tienen que ser sometidas a diversos contactos externos, a fin de despertar las facultades latentes dentro de ellas y de prepararlas para ser un núcleo en torno del cual pueden formarse los futuros vehículos de conciencia.

El término “esencia monádica” se aplica a la materia *atómica* de cada uno de los mundos que se interpenetran entre sí, y materia que ha sido sometida a la acción de la Segunda Oleada de Vida. También se aplica a la subdivisión superior del mundo mental inferior, aunque ésta no es realmente atómica. En cambio, la esencia elemental está compuesta de las divisiones inferiores a la monádica de cada uno de los tipos básicos de materia más sutil que la física.

En el mundo mental inferior aparecen siete almas grupales, derivadas respectivamente de cada uno de los siete centros creadores existentes dentro de la Deidad, o sea, los Siete Logoi de Cadenas Planetarias ([Fig28](#)).

En estas almas grupales, formadas por una envoltura de esencia monádica del mundo correspondiente, se hallan inmersas incontables tríadas inferiores, y sus unidades mentales permanentes se bañan en un campo de Vida Divina especialmente magnetizado, del cual se alimenta; así es como se vitalizan y se sensibilizan. Después de un largo período de tiempo, el alma grupal recibe una segunda envoltura, hecha de esencia monádica astral, y se efectúa en el mundo astral un proceso análogo al que acabamos de describir. El siguiente campo de acción es el mundo físico, donde hay tres tipos fundamentales de almas grupales, que forman respectivamente los reinos mineral, vegetal y animal de la Naturaleza, según aparecen en la [Fig45](#); entendiéndose, por supuesto, que en cada uno de estos tres reinos está representado cada uno de los siete tipos primordiales. Al llegar a esta etapa, las almas grupales minerales adquieren una tercera envoltura, hecha de esencia monádica física ([FIG45A](#)); las almas grupales vegetales son duales, pues carecen de materia física ([FIG45B](#)); y las almas grupales animales sólo poseen una envoltura, de materia del mundo mental inferior ([FIG45C](#)), los átomos de materia astral y los de materia mental inferior permanecerán dentro de la envoltura protectora, en tanto que los átomos permanentes de materia física, separados uno de otro en el sentido espacial, pero todos magnéticamente ligados a su alma grupal, serán distribuidos en muchísimas formas minerales, dentro de las cuales sufrirán el efecto de los tremendos impactos a que hace poco nos referimos. En el alma grupal se junta, se comparten en común todas las experiencias sufridas por los átomos permanentes que se agrupan en ella; pero, gradualmente, esos impactos van haciendo surgir en su seno diferencias que llevan, al cabo, a que el alma grupal se divida una y otra vez

Por ejemplo: un grupo de átomos puede ser situado en las regiones árticas, donde sólo se pondrán en contacto con temperaturas muy bajas, nieves, hielos y fríos vientos; en tanto que otro, colocado en una capa mineral de las regiones tropicales, experimentará allí tremendo e incesante calor ([FIG46A](#)). Esta acentuadísima diferencia en los impactos que llegan a los átomos permanentes llegará a producir en el alma grupal una división, tal como se observa en la [FIG46ByC](#); luego, otra segunda división, producto de causas análogas, provocará otras divisiones, según puede verse en la misma [FIG46apartadosDEFyG](#). Otras diferencias, simbolizadas en la [Fig46](#), 1 a 12 harán que se

produzcan ulteriores divisiones. De este modo, va creciendo el número de almas grupales, en tanto que disminuye el número de tríadas que aquéllas contienen.

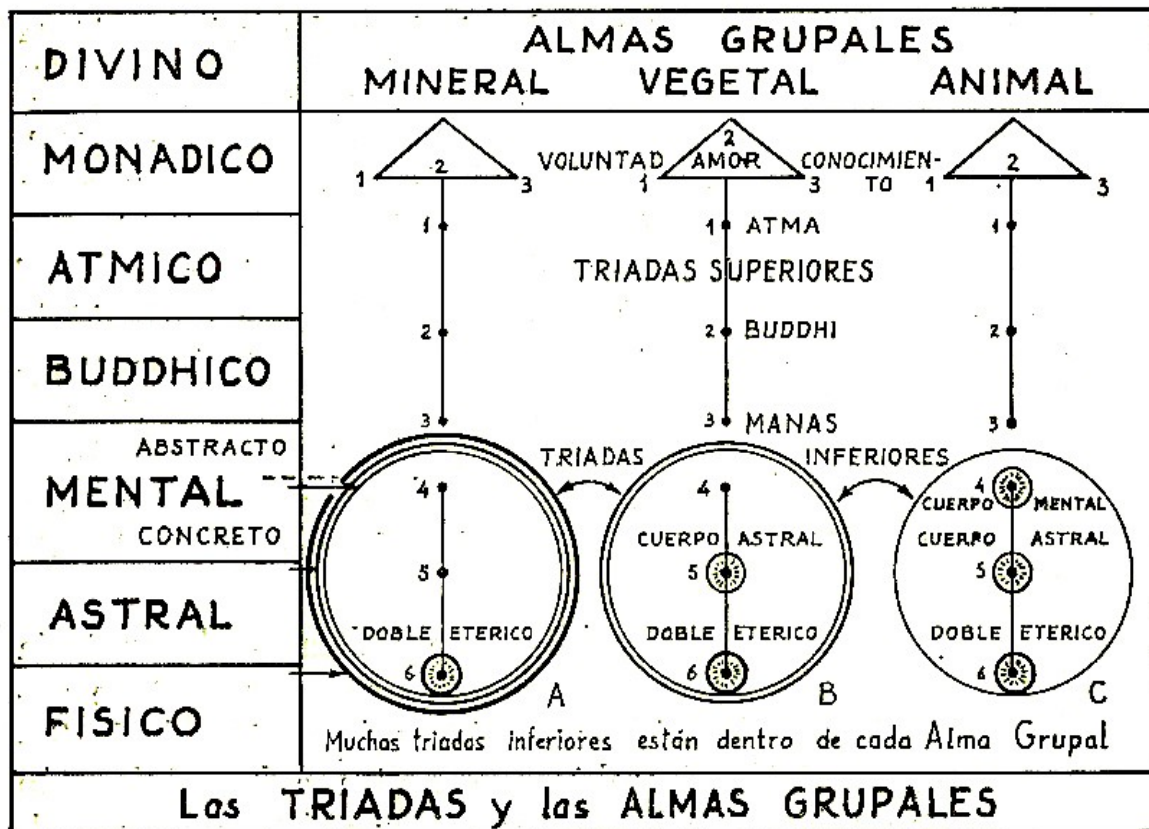


FIG. 45

Cuando los átomos físicos permanentes de cualquier grupo de tríadas han llegado a un punto de desarrollo en el que sus facultades vibratorias ya no podrían progresar permaneciendo dentro de las limitaciones a que está sujeta la forma mineral, retorna al seno del alma grupal, donde su envoltura física desaparece, quedando solamente un poco de esa materia que será utilizada para formar un cuerpo físico etéreo para cada tríada, como se ven en la [FIG45A](#). Entonces pasarán esas tríadas a formas pertenecientes al reino vegetal, donde las esperan experiencias mucho más amplias y variadas. Como respuesta a ellas, no solamente habrá en las tríadas una reacción física, sino que despuntarán del deseo y la sensibilidad, dejando impresiones en el átomo permanente astral, hasta que éste despierte a la reacción conciente ([FIG45B](#)). Es posible que desde su estancia en formas del reino mineral haya podido ser estimulado el átomo astral permanente hasta el punto de producir en él una reacción muy vaga; pero en el nuevo ciclo de vida que ahora se le presenta dentro del reino vegetal, los deseos y la sensibilidad ocuparán un lugar muy señalado dentro del desarrollo del plan evolutivo. Así, ahora cada una de las almas grupales que envuelva a tal o cual número de tríadas transferirá su foco central, del mundo físico al mundo astral.

Ahora, como anteriormente, el alma grupal se dividirá y subdividirá constantemente. Como regla general, las tríadas obtendrán su experiencia primeramente en los tipos más primitivos de la vida vegetal, a lo que seguirá un continuo ascenso, hasta llegar a su cúspide cuanto la experiencia culmine en animar, por ejemplo a un roble, con toda su dignidad y fortaleza, o a la soberbia y dominadora majestad de una gigantesca sequoia californiana, o a la elegancia de un pino que exhala su purificadora fragancia, o a la belleza de un arbusto o una planta cubierta de flores exquisitas.

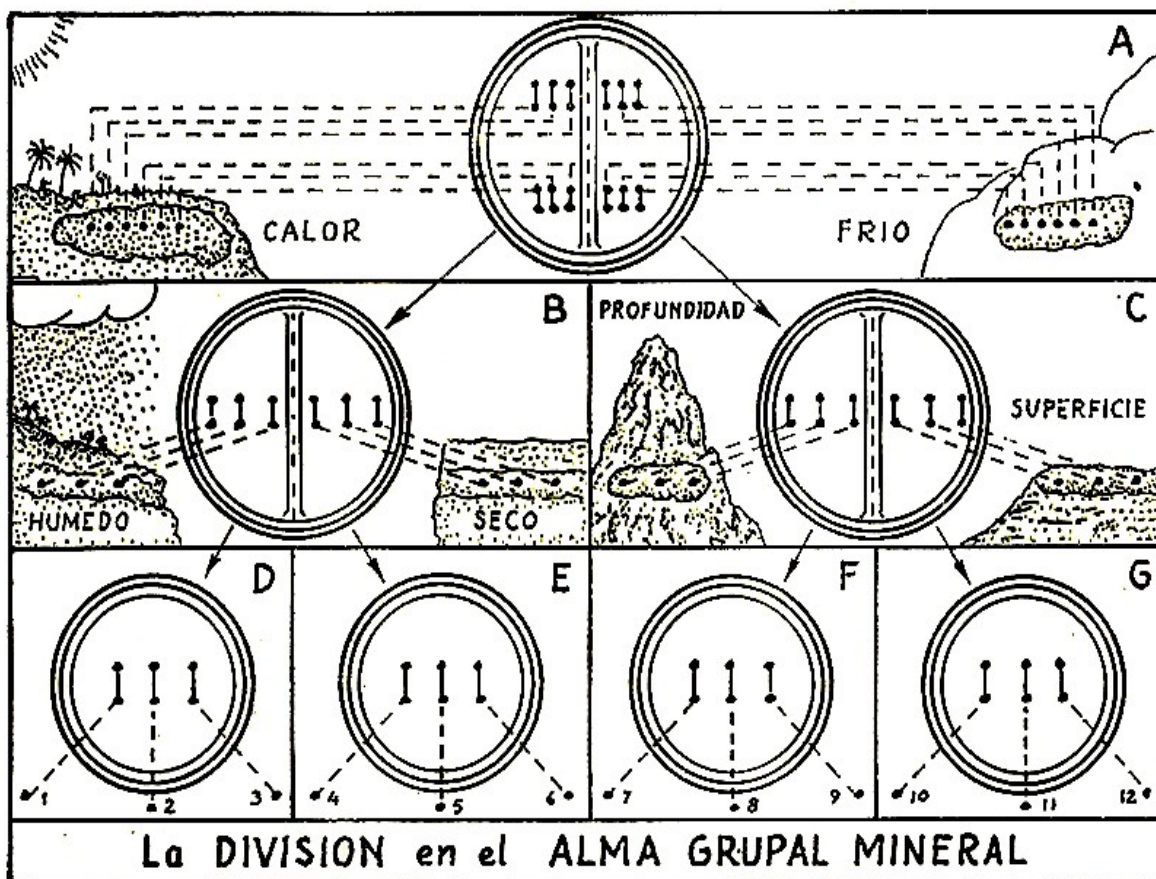


FIG. 46

Ello dependerá de aquél de los siete tipos primordiales de almas grupales a que perteneció, y sigue perteneciendo, ya que todas las divisiones subsiguientes no son sino subtipos dentro de aquella primordial división septenaria.

Cuando ya los átomos permanentes han obtenido todas las experiencias posibles dentro del reino vegetal, se repite el proceso descrito en la etapa anterior: la envoltura exterior, que es la astral, se desintegra y mucho de su materia pasa a formar los comienzos de un vehículo para cada uno de los átomos astrales permanentes que ella hasta entonces había encerrado. Las tríadas, que ahora ya sólo llevan, como alma grupal, una envoltura de esencia monádica mental inferior, son colocadas en cuerpos pertenecientes al reino animal, y comienzan una etapa completamente nueva de su existencia, en que se les ofrecerán experiencias mucho más amplias, ricas y variadas que cuanto habían experimentado antes (FIG45C). Pero, en este caso, la transferencia no se efectúa hacia las más primitivas formas animales, sino a peldaños un poquito más altos en la escala; hasta se dice que, en realidad, hay aquí considerable cantidad de superposición, ya que un grande y hermoso árbol puede estar mucho más adelantado que un animalculo primitivo, de modo que el paso de las tríadas de un reino a otro puede efectuarse en un peldaño más alto de una vastísima escala de desarrollo.

El centro del foco se encuentra ahora a nivel del mundo mental inferior, a fin de que despierten las facultades latentes dentro de la unidad o molécula mental permanente (ya sabemos que corrientemente se le llama "átomo mental permanente", por mera conveniencia). Se presentan muchísimas situaciones nuevas que, si fuéramos a explicarlas, o siquiera a enumerarlas, harían de este tema un asunto de gran complejidad. Sólo diremos, en líneas generales, que en el reino mineral

las experiencias se obtenían en forma masiva: no había formas individuales para las tríadas, salvo, posiblemente, en algunas piedras preciosas, hacia la culminación de esta etapa. En la vida vegetal, cada forma física es semi-independiente, porque ha obtenido la facultad de crecimiento y, hasta cierto punto, la de locomoción, si bien esta última de modo muy limitado, puesto que sus raíces la atan al suelo. En el mundo animal, cada forma tiene existencia completamente separada y, además, la tríada que mora en ella tendrá una breve existencia separada de la forma física después de la muerte de ésta, porque ya el cuerpo astral habrá alcanzado un punto de desarrollo que le permitirá funcionar independientemente en el mundo astral luego de separarse del vehículo físico. También existe entonces un ciclo rápido de reencarnación porque, después de una breve estancia en el mundo astral, la tríada se retirará por completo al interior del alma grupal, para pasar así un breve período de ajuste, después del cual nacerá nuevamente en un cuerpo animal un poco más elevado en la escala evolutiva. Gradualmente aparecerán en ella los comienzos de un cuerpo mental en torno al átomo permanente correspondiente y, en los animales superiores se desarrollará hasta el punto de demostrar visiblemente su existencia en la actuación del animal. Así progresa la evolución de las tríadas en el reino animal hasta que llega el clímax, que se alcanza cuando, continuando el proceso de división y subdivisión de las almas grupales, que va parejo con el desarrollo de las facultades latentes en los átomos permanentes, en un momento dado un alma grupal no sirve de envoltura nada más que a una tríada. Ya se ha dicho que estas almas grupales no se componen, en esta etapa, más que de una envoltura de esencia monádica del mundo mental inferior. Las tríadas, a su vez, ya se han vitalizado y sensibilizado lo suficiente como para llegar a servir de instrumentos a la tríada superior de átomos permanentes, formados de materia de los mundos más sutiles y, por consiguiente, puede ya enlazarse directamente con el Hombre Divino, con la Mónada, que es realmente el hombre mismo. También los átomos permanentes que forman la tríada superior servirán de núcleos magnéticos en torno de los cuales se irán formando los cuerpos correspondientes.

Ahora pasaremos revista, en forma muy breve, a los diversos procesos que hemos ido describiendo, y veremos cómo las manifestaciones internas y externas forman un diseño común. En la [Fig43](#) recordamos la larga sucesión de formas evolutivas que comenzaron con las simples acumulaciones, aparentemente de espuma, que aparecerían en la superficie de depósitos de agua salada o dulce y que, ascendiendo a través de una serie, al parecer interminable, de adaptaciones y expansiones llegó hasta culminar en la maravillosa complejidad del cuerpo humano. Todo este progreso se produjo mediante una serie de cambios definidos de función y de estructura.

Por supuesto que es imposible describir en detalle estos cambios; pero será útil presentar unos cuantos ejemplos de modificaciones que ocurren en las primeras etapas. Así, en la [FIG47A](#) vemos una sencillísima planta monocelular y microscópica *Gloethece*, cuyo cuerpo está constituido por una sola célula de protoplasma homogéneo, sin ninguna organización aparente. En la [FIG47B](#) aparece otra planta monocelular *Pleurococcus*, que representa un paso adelante, ya que ofrece signos de organización interna, con especialización de sus diversas partes. La [FIG47C](#) ilustra una *Ulothrix*, planta multicelular formada por cierto número de células que dependen unas de otras; en tiempos normales se reproducirá mediante la producción de esporos, pero en circunstancias especiales que harían improbable la supervivencia de los esporos, producirá células sexuales – masculinas y femeninas- dentro de su propio seno y las descargará en el agua, donde ellas se unirán de modo de producir nuevos individuos. Las [FIG47DEF](#) ilustran, a su vez, tres pasos sucesivos en la vida animal primitiva: primero, la bien conocida *Amoeba* –llamadas “amebas” en el lenguaje corriente- constituidas cada una por una sola célula. La segunda es la *Volvex*, formada por una colonia de muchas células, juntas exclusivamente para formar como un racimo, pero no una estructura organizada, es decir, una unidad de carácter superior. La tercera ilustración muestra la medusa o aguamar, que representa el comienzo de un paso importantísimo en la evolución del reino animal: el empleo de nervios; posee un anillo nervioso, uno solo, que conecta los músculos que hacen funcionar sus tentáculos. Y así podríamos continuar paso a paso, observando mejora tras mejora, progreso tras progreso, contemplando cómo, al ascender por la larga escala de la vida, la

Naturaleza actúa sobre la incalculable multitud de criaturas vivientes, impulsándolas constantemente hacia una expresión más y más plena de la Vida que las anima.

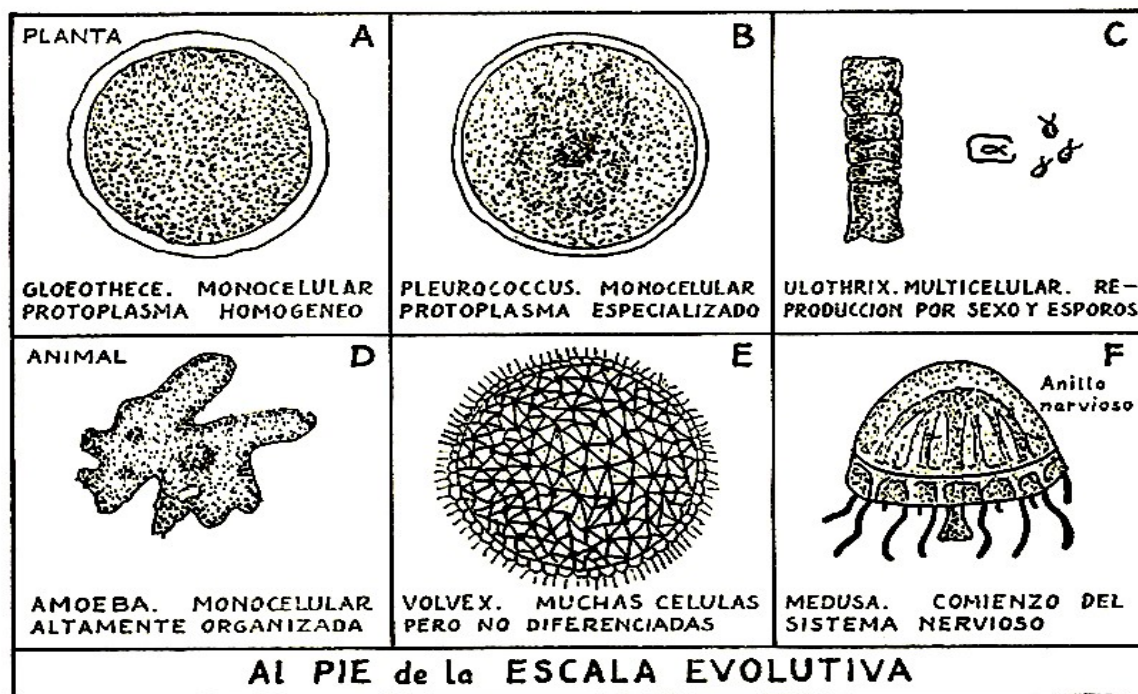


FIG. 47

Pero, a lo largo de este prolongadísimo camino, el hecho de suprema importancia que está aconteciendo es la *evolución de la conciencia*.

En la [Fig48](#) vemos dos triángulos, uno con el vértice hacia arriba, y el otro con el vértice hacia abajo. La línea vertical gruesa, que corta en dos la figura, representa el Tiempo que, en su más profundo sentido, es ilusorio. La gruesa línea horizontal representa el desarrollo de la conciencia: en el reino mineral, la conciencia aparece representada por un solo punto; en el reino vegetal, una línea muy corta simboliza un grado pequeño de desarrollo de la conciencia, y otra más larga simboliza la conciencia, ya más avanzada, del reino animal. Luego, la gruesa y larga y continua línea horizontal representa la conciencia del hombre; aquí debe observarse que esta línea se encuentra a la altura de la mitad de la distancia entre la materia más densa y el espíritu más sutil. Además, el hecho de que esa línea sea toda ella continua, es decir, de un ininterrumpido color negro, es representación gráfica de un hecho importantísimo: por debajo de ella no ha habido más que conciencia en masa, es decir, una conciencia compartida por todas las entidades que integraban un alma grupal, si bien el número de dichas unidades fuese gradualmente disminuyendo por sucesivas subdivisiones, como ya explicamos. Pero esa gruesa línea continua significa el advenimiento de la autoconciencia que, a la vez, es conciencia individual.

Aquí es donde se establece el lazo directo entre el hombre Divino, que es la Mónada, y su correspondiente triada inferior –antes encerrada en el alma grupal- mediante la cual la Mónada construirá muchos cuerpos sucesivos, para expresarse en los mundos menos sutiles, y mediante los cuales desarrollará, gracias a las experiencias que por ellos obtenga, las facultades divinas que en sí lleva latentes. Por debajo de esa línea divisoria, la separación restringe más y más la conciencia hasta reducirla a un punto; por encima de esa línea, la conciencia va expandiéndose más y más hasta llegar a la plenitud de su expansión en la Unidad integral.

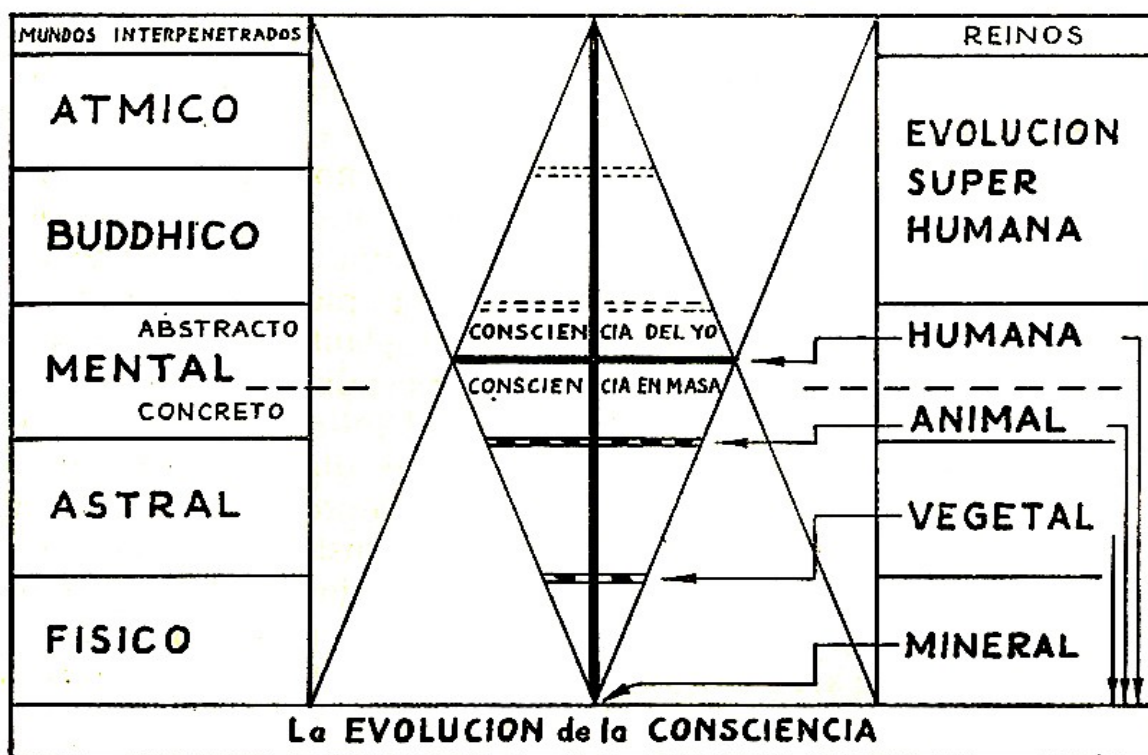


FIG. 48

A la luz de este conocimiento tienen necesariamente que desaparecer muchos de los problemas que el espectáculo de la vida nos plantea. Por ejemplo, se esclarece para nosotros el propósito que preside a la existencia y desarrollo de los reinos subhumanos de la Naturaleza, el concepto del alma grupal, con sus envolturas de esencia monádica, por las que fluyen sin cesar las fuerzas especializadas de la Deidad, dirigiendo, alimentando y guiando las luchas de las primitivas criaturas vivientes hacia su plena existencia independiente aclara el hecho de la actuación de esa fuerza que habitualmente se llama “instinto”, que con tanta frecuencia puede compararse, y muy favorablemente, con un alto grado de inteligencia. Esto explica satisfactoriamente las migraciones en masa de muchas aves, y los vuelos de los patos silvestres en formaciones de aspecto “militar”, la coordinada exactitud de las actividades de la abejas en la colmena, la maravillosa organización de la vida en los hormigueros, y por qué los patitos, aunque los haya incubado una gallina, se lanzan al agua apenas la ven, en tanto que los pollitos se alejan de la orilla. Y también por qué al llegar el verano, vuelve la golondrina al lejano hogar que abandonara cuando se anunciaban los cierzos del invierno.

También quedará esclarecido que el instinto, tal como se muestra en los reinos inferiores, procede de dos fuentes diferentes: la primera es la Vida Divina que late dentro de las envolturas protectoras, y que se expresará en la conciencia del alma grupal como *la idea* de la Deidad acerca de la línea a lo largo de la cual dicha alma grupal habrá de evolucionar implantando, pues, en sus miembros los impulsos instintivos que habrán de contribuir a que se logre ese fin; la segunda fuente procede de las variadas experiencias a que son sometidas las tríadas que encierra el alma grupal, repetidas a través de incontables generaciones y compartidas por todas las entidades que cobija cada alma grupal. La primera de estas fuentes implantará por ejemplo, dentro del antiguo *Eohippus* el impulso instintivo de escoger aquellos hábitos y circunstancias que llevaran a sus genes, en sucesivas mutaciones, a aproximarse cada vez más a la ideación del Pensamiento Divino, hasta hacer realidad

la belleza, la elegancia, la nobleza de los ejemplares actuales de la raza hípica. La segunda corriente a que cada alma grupal está sometida iría estableciendo paulatinamente aquellos hábitos mentales que se expresan como hábitos instintivos desde el comienzo de la existencia de cada una de las formas cobijadas por el alma grupal que abraza tantos cuantos ejemplares de, digamos, la especie caballar. Es interesante señalar aquí que las características de esta segunda categoría pueden modificarse, hasta cierto punto por un adiestramiento cuidadoso y continuado.

A medida que estudiamos la Sabiduría Antigua, su luz ilumina más y más los rincones oscuros de la vida que poco a poco nos hacen mucho más comprensibles. Vemos, así, que las incontables legiones de criaturas de la Naturaleza, desde las que pululan invisibles en el mundo microscópico hasta el macizo e imponente dinosaurio de la era mesozoica, las inteligentes y las estúpidas, las inofensivas y las crueles, todas esas criaturas que andan sobre el suelo, o nadan en los mares y ríos o vuelan por los aires, y aun palpitan dentro de otras criaturas; todas ellas, hoy lo mismo que ayer y en los tiempos por venir, forman parte integrante de un vastísimo plan que, a través de una infinidad de detalles que abruman a la imaginación, se desarrolla a través de edades sin cuento, para llegar a un magno fin. Las formas inferiores de vida, cuando las consideramos como minúsculos dientes indispensables para el funcionamiento de una vasta maquinaria, asumen el lugar que merecen dentro de la perspectiva total, pues nos damos cuenta de que sin lo pequeño no podría existir lo grande. Si la vida no hubiese dado sus primeros pasos, en no sabemos que remotísimo pasado, los signos que ahora nos llenan de esperanza en un futuro glorioso no habrían llegado a producirse. Ya nos anima, con toda seguridad, la convicción de que avanza toda la Creación en un magnífico despliegue de conciencia en desarrollo. Si pudiéramos comprenderlo en su totalidad, lograríamos la visión sublime de la Unidad de todas las cosas; veríamos cómo en los reinos inferiores de hoy se nos ofrece el espectáculo del mismo proceso preparatorio que hizo posible que el Yo que dentro de cada uno de nosotros alienta llegara a asumir existencia física, para acopiar todos los beneficios de la experiencia, y gozar de las satisfacciones del logro y del progreso, a la vez que, en lo que ahora somos, reconoceremos las semillas de alguna humanidad del futuro, que ocupará nuestro lugar cuando nosotros hayamos pasado a recorrer los caminos de la evolución superhumana. ¡Qué amplísimas y soberbias perspectivas!

CAPITULO VI

INDIVIDUALIZACIÓN

Al llegar a este punto, nos enfrentamos con otro de esos profundos misterios de la vida que intelectualmente podemos llegar a captar hasta cierto punto, pero que sólo nos será posible entender plenamente por medio de la mente intuitiva, en horas de profunda contemplación. Se trata del magno acontecimiento hacia el cual –como acabamos de ver- ha encaminado la Naturaleza sus esfuerzos a través de edades sin cuento: *el nacimiento del alma humana*. Es la tercera hazaña sobresaliente en el desarrollo de la historia de la Tierra y representa la creación de un vehículo adecuado para que el Hombre Divino pueda llevar a cabo su “jornada” por los mundos inferiores de manifestación. Ha de entenderse, por supuesto, que tales expresiones son puramente simbólicas, puesto que la “jornada” sólo se efectúa en la Conciencia humana. Ya se ha realizado, bajo las protectoras corrientes vitales de la Deidad, el desarrollo inicial; llega ahora el momento crucial del gran cambio por el cual saldrá la tríada inferior del dominio directo de la Deidad Cósmica, y será la Mónada, el Hombre Divino, el verdadero Yo –que, a su vez, es otra forma de manifestación divina- quien asuma en lo adelante el poder de guiar, gobernar y dirigir el enorme aumento de actividades de todas clases que en adelante realizará, a través de todos sus vehículos, el que así ha comenzado a ser un individuo del reino humano.

La [Fig49](#) representa un intento por esclarecer los cambios, relativamente muy complicados que implica este proceso. En la división A de dicha figura se ha procurado expresar, en forma de diagrama, el estado en que se encuentra el alma grupal inmediatamente antes de que se efectúe la individualización. Las fuerzas divinas, según se manifiestan en el reino animal, están fluyendo a través de la envoltura de esencia monádica mental inferior, todavía protegiendo y nutriendo a la única tríada inferior que la envoltura contiene. Ya hemos explicado que este es el resultado final de un largo proceso de división y subdivisión del alma grupal, proceso indispensable como preliminar para que pueda producirse la individualización. Cuando esa tríada ha llegado al más alto grado posible de desarrollo en esas condiciones, la envoltura comienza a desintegrarse, y algunas de sus moléculas se resuelven en materia de la subdivisión siguiente, que es la del mundo mental superior. Dicha materia es atraída entonces hacia el núcleo formado en torno al átomo permanente de la Mónada a que corresponde aquella tríada inferior. Este átomo es llamado “manásico” (de *Manas*, “mente” en sánscrito) y se dice que en ese mismo momento el núcleo se vitaliza hasta el punto de responder con rápida reacción, lo cual se ha tratado de representar en la división B de la figura. Como resultado de esto, se forma un lazo bien definido entre las tríadas superior e inferior y, por consiguiente, entre la Mónada y sus seis núcleos atómicos, que así quedan convertidos en un conjunto unido. Todo está listo entonces para el próximo paso en el plan de desarrollo de la Mónada, que aparece descrito en la división C.

Pero, para la mejor comprensión de esta última etapa, debemos regresar a la observación de la [Fig48](#). Al extremo derecho de dicha figura, veremos tres líneas que se extienden hacia abajo desde los reinos vegetal, animal y humano y que sirve para indicar el hecho de que, en el arco evolutivo, cada reino de la Naturaleza, al elevar su punto focal de actividad, conserva siempre sus lazos con los mundos inferiores o más densos. Estos lazos que ligan la conciencia en los diversos mundos, para formar una expresión unificada de dicha conciencia son, como se verá, notablemente más

fuerzas, más extensos, a medida que adelanta el proceso de desarrollo. La división C de la [Fig49](#) no muestra, diagramáticamente, el mecanismo físico y psíquico del hombre, y la íntima unión de esos mecanismos con su verdadero Yo, que es la Mónada: bajo estas circunstancias, ya ese Yo están en condiciones de emprender y de aprovechar, la enorme experiencia que le representa la vida humana.

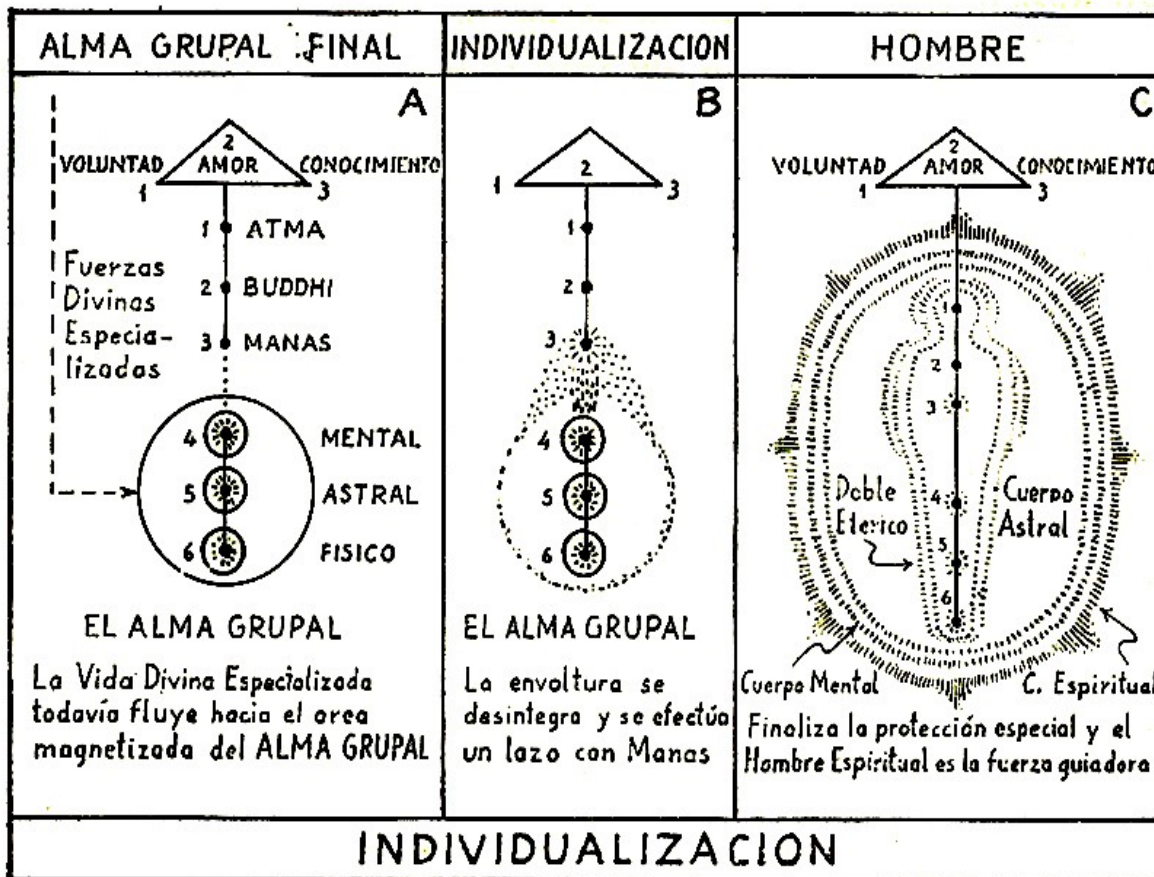


FIG. 49

Hay algo que apenas parece necesario repetir, aunque acaso nunca sea excesivo reiterar la advertencia: en la [Fig49](#), lo mismo que en todos los otros diagramas que aparecen en esta obra, *no hay que tomar en cuenta para nada, desde el punto de vista conceptual, las relaciones espaciales, ya que ellas no corresponden, en absoluto a la realidad.* Una ayuda visual para la creación o interpretación de conceptos –y esto es lo que son todos los diagramas– tiene por objeto ayudar al lector en cuanto al nivel conceptual se refiere, no a su nivel de la mente concreta. Los diagramas, lo mismo que los mapas, muestran *simbólicamente* lo que en realidad existe; y su misión, lo mismo que la de los mapas, consiste en ayudar al viajero, o al lector, a no extraviarse; pero la realidad, sea tangible o conceptual, no es nunca semejante al mapa ni al diagrama. Así, por ejemplo la Mónada aparece figurada como un triángulo, no porque tenga efectivamente esa figura, sino porque así como el triángulo tiene tres líneas, la Mónada tiene –como la Divinidad de que forma parte– tres aspectos, tres modos de actuación. Y se la muestra encima de los seis átomos permanentes, porque no podrían representarse conjuntamente todos estos elementos del hombre sin completa confusión. Así también, los diversos órdenes de materia se representan uno encima de otro, pro sólo por conveniencia visual, ya que sería imposible mostrarlos en interpenetración, que es como realmente están. Y así, en la [Fig49](#), división C –y en muchas otras–, los cuerpos se muestran separadamente y

por orden de sutileza, en torno del cuerpo físico, que así mismo aparece en sus subdivisiones, la densa y la etérea. Pero la realidad es muchísimo más compleja ya que, aunque es cierto que cada cuerpo del hombre se extiende más allá de los que le son inferiores en orden de densidad, interpenetra por completo a todos estos. Lo “superior” o más sutil no está encima de lo “inferior” o menos sutil: están, en términos espaciales, *dentro y más allá*.

CAPITULO VII

EL HOMBRE Y SUS CUERPOS

A primera vista, la idea de que el hombre posea más de un cuerpo parece a muchos extraña, y hasta fantástica. Dada la atmósfera mental intensamente materialista que aún se respira en el mundo –a pesar de los vastos horizontes de conocimiento que aún la propia ciencia, aparte de otras enseñanzas de diferentes índole, está abriendo a la humanidad-, todo aquello que no se ve o que no se percibe directamente de alguna manera, aunque su existencia, de otro modo se nos haga evidente, continúa relegado, para la gran mayoría de los seres humanos, a un nebuloso mundo de ensueño, de fantasía, muy alejado de toda consideración práctica. Sin embargo, como introducción al hecho de que el hombre posee toda una serie de cuerpos, el que esto dude no necesita ir más allá del mundo físico, de la sala de disección, ni consultar a nadie más que a los que, por sus estudios, han llegado a conocer bien el cuerpo físico del hombre y el funcionamiento de sus diversas partes. Porque aquí, precisamente aquí, en el mundo físico, el hombre posee varios cuerpos, aunque se encierran en una sola forma. Y lo que es más aún: hasta todos esos cuerpos resultan insuficientes para satisfacer sus necesidades físicas ya que, como bien sabemos, los grandes adelantos de la época actual se han logrado porque el hombre ha puesto al servicio de sus deseos, de sus aspiraciones, toda una hueste de aparatos suplementarios que han multiplicado la utilidad de sus manos, incrementando mil veces la rapidez de su locomoción y abierto a sus ojos las remotas perspectivas del espacio y el vastísimo mundo de lo microscópico, ampliando así miles de veces los límites de su visión normal. No puede el hombre cambiar el funcionamiento de su cuerpo físico –salvo en las muy limitadas proporciones que un sabio ejercicio y tenaz adiestramiento le permiten- pero el don de invención de que está dotada su mente, sí lo capacita para extender enormemente el alcance de sus facultades, rompiendo así muchas de las barreras en que la Naturaleza lo había encerrado. De unos cuantos hechos sencillos, pero altamente significativos, podemos extraer deducciones que nos serán de gran ayuda en esta parte de nuestro estudio.

Primero: ¿Qué es el cuerpo del hombre? Para el químico, es un agregado de sustancias químicas que se combinan de manera altamente especializada. Este agregado ha sido sometido a análisis en el laboratorio; dividido y subdividido, reducido a sus fragmentos primarios, resulta que está formado sólo por unos veinte elementos diferentes, de los cuales el principal es el oxígeno, al que siguen el carbono, hidrógeno, nitrógeno, calcio y fósforo, en las proporciones que aparecen en la [Fig50](#). También se encuentran en él muy pequeñas cantidades de azufre, cloruro de sodio, fluor, potasio, hierro, magnesio, silicio, zinc, arsénico, bromo, cobalto, cobre y yodo. Esta lista de ingredientes se ha formulado de modo un poco diferente, más pintoresco y menos científico, pero esencialmente cierto. Así el hombre contiene:

Azúcar suficiente para endulzar cien tazas de café.
 Cal suficiente para dar lechada a un gallinero pequeño.
 Hierro suficiente para hacer un clavo de 2,5 cm de largo.
 Magnesio suficiente para media docena de fotografías instantáneas.
 Potasio suficiente para hacer explotar un cañón de juguete.
 Azufre suficiente para librar de pulgas a un perro.

Fósforo suficiente para hacer una docena de barras de jabón.
 Cobre suficiente para igualar a una moneda de un centavo muy usada.
 Agua suficiente para bañar a un niño.

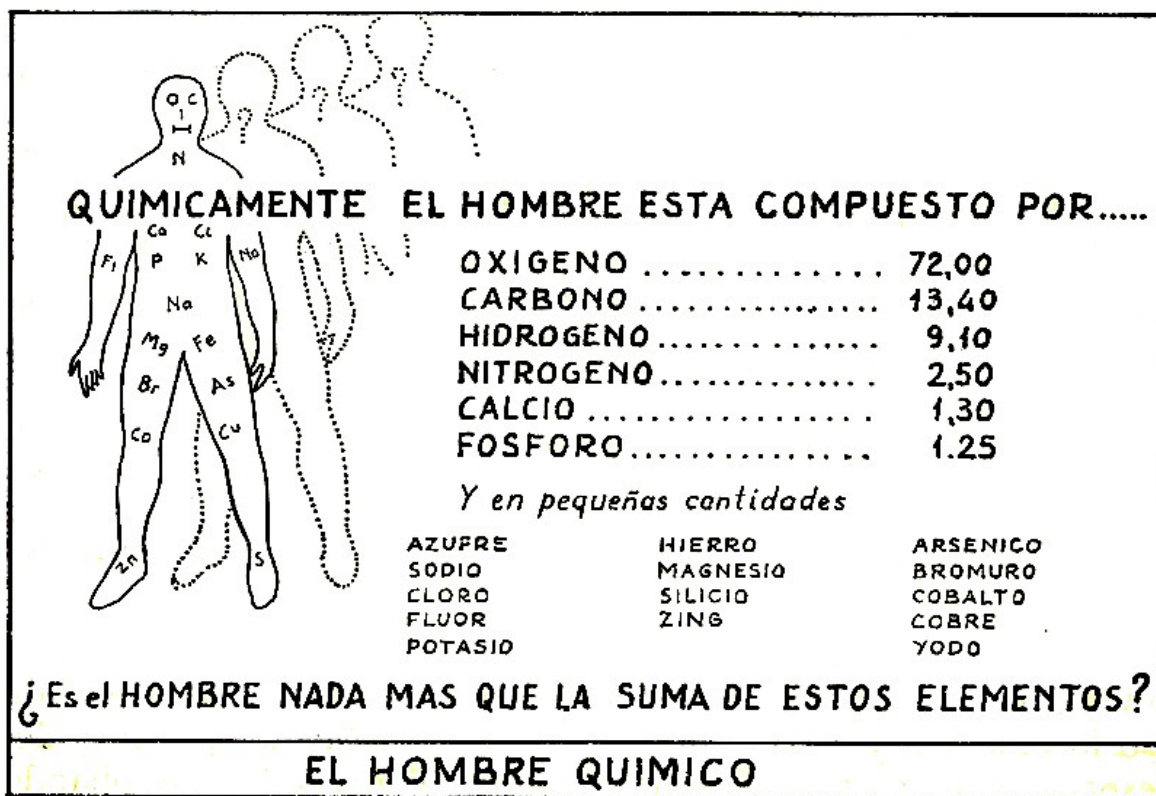


Fig. 50

Comercialmente hablando, este conjunto podría evaluarse, aproximadamente ¡en un dólar! Supongamos, por otra parte, que tomamos estas sustancias químicas y, aunque las mezcláramos de mil maneras distintas, ¿lograríamos que produjesen una sola idea? ¡Bien seguro que no! Modélese ese conjunto de elementos para darle figura humana –cabeza, tronco y extremidades: ¿lograríamos acaso que esa forma pensara, sintiera, actuara y aspirase a algo mejor? Demasiado sabemos que no. Porque podemos asimismo tomar vidrio, hierro y cobre y fabricar con ellos la compleja estructura de un aparato receptor de televisión; pero, ¿recibiremos a través de él imágenes y sonidos? No, a menos que lo conectemos de modo que le llegue la corriente eléctrica. Y, de modo análogo, aunque en escala mucho más elevada, la Deidad ha unido la forma humana luego de millones de años de esfuerzo; esa forma física, ese aparato físico, no puede hacer brotar de sí las cualidades de los mundos más sutiles, la materia especializada para expresiones más elevadas de la vida, pero sí, lo mismo que al aparato de televisión puede animarlo la corriente eléctrica, al cuerpo físico la presencia de los cuerpos superiores que a él están unidos y la influencia creciente que ejerzan sobre él lo hará más y más responsivo a los impulsos procedentes del Hombre Espiritual invisible, que es el verdadero Yo del ser humano, llegando a ser así el cuerpo físico una expresión cada vez mejor de aquel en el mundo físico. ¿Cómo podría una mera agrupación de elementos físicos que, en realidad no son ni contiene nada más que energía física, desarrollar en sí, cual por arte de magia, el poder, la facultad de pensar, de sentir, a menos que así unidos puedan, por contacto con vehículos más sutiles y por asociación con éstos, llegar a transmitir, en la medida en que la densidad de la materia física lo permita, aquellas energías superiores que nacen en vehículos de conciencia más sutiles?

Cuando, luego de haber interrogado al químico, nos dirigimos al anatomista y al fisiólogo, éstos nos cuentan otra nueva y fascinante historia aunque, a la postre, también nos deje insatisfechos. Aunque se hayan publicado muchísimos tomos imponentes, colmados de erudición, sobre el tema del cuerpo humano, y día a día aumente nuestro conocimiento de ese tema, hay un hecho destacado cuya importancia no es suficientemente apreciada, a pesar de que su evidencia salta a la vista de todos: consiste en que *el cuerpo físico no es uno solo, sino que cada ser humano tiene varios cuerpos físicos*.

Este hecho queda figurado simbólicamente en la [Fig51](#). Del laberinto en que muchas diversas partes se entremezclan, destacan, por lo menos, siete cuerpos bien distintos. Estos son (1) el cuerpo óseo, (2) el cuerpo muscular, (3) el cuerpo nervioso, (4) el cuerpo circulatorio, (5) el cuerpo linfático, (6) el cuerpo tubular, y (7) el cuerpo cutáneo. Un estudio más a fondo nos revelaría probablemente algunos otros más, pero los que hemos especificado bastan para sustanciar el principio que hemos formulado, indicando claramente que lo que llamamos nuestro cuerpo físico es en realidad un conjunto de cuerpos que se compenetran mutuamente, y cada uno de los cuales aporta su contribución específica al funcionamiento de ese conjunto.

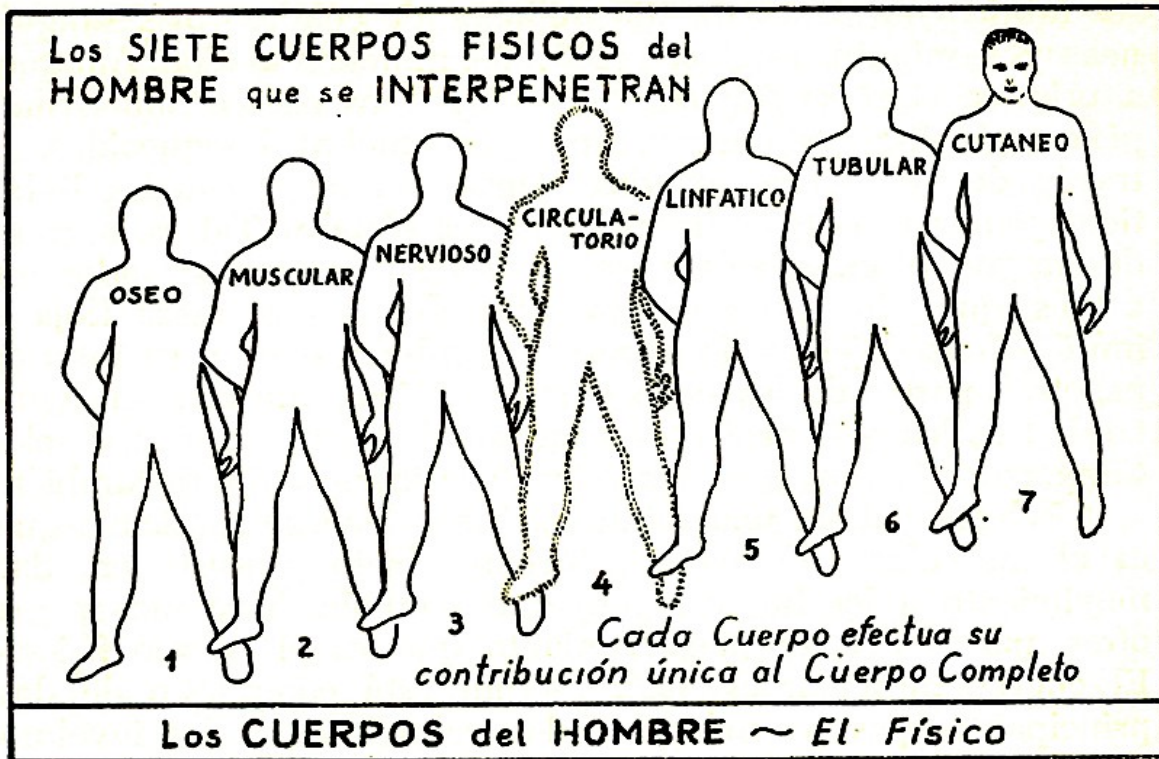


FIG. 51

El primero que llama nuestra atención es el cuerpo óseo (1), que está construido por 206 partes distintas, y que representa una verdadera hazaña de diseño estructural, ya que proporciona la necesaria rigidez, combinándola con las articulaciones y juntas que permiten la libertad de movimientos. A igualdad de peso, los huesos son más fuertes que el mejor acero; el cráneo encierra la delicadísima estructura del cerebro en una magnífica caja protectora; la espina dorsal está formada por veintiséis segmentos vertebrales, separados unos de otros por cojinetes absorbentes de choques, y en su interior contiene el canal nervioso, de vital importancia, que llamamos la médula espinal; la estructura de las costillas, tan ingeniosamente diseñada, protege dentro de su cavidad al corazón, los pulmones y otros órganos de suma importancia, siendo a la vez lo bastante fuerte para

darles protección y lo bastante flexible para permitir la expansión y contracción de los pulmones necesarios al proceso respiratorio. Es tan fuerte el cuerpo óseo que cada una de sus partes podría resistir varias veces el peso que normalmente ha de soportar: así, la tibia puede soportar un peso de 1.600 kilogramos, casi treinta veces la resistencia que se necesitaría para una persona de proporciones normales. La médula que ocupa el interior de los huesos fabrica no menos de 180 millones de células rojas sanguíneas por minuto, es decir ¡260.000 millones al día! Aunque, a primera vista, la superficie de los huesos parece ininterrumpidamente lisa, está atravesada por muchos huequecillos, a través de los cuales, arterias, venas, nervios y canales linfáticos penetran hasta el interior, que es blando. Tal es, a grandes rasgos, el cuerpo óseo, sobre el cual se apoyan todos los demás, que, sin él, quedarían reducidos a una masa floja e inútil. Y no dejemos de observar, también, que en su interior penetran partes de los otros cuerpos físicos que forman la totalidad de los pertenecientes a un individuo, y que, por sí solo, tampoco sería más que una estructura inerte e inútil también.

Echemos ahora una mirada sobre el cuerpo siguiente, que es el muscular (2), cuyo principal objeto consiste en dar movimiento a los huesos, pero que también hace moverse a otras partes del complejo conjunto que es el cuerpo físico. El cuerpo muscular es dual, porque está compuesto de dos principales tipos de músculos: los voluntarios y los involuntarios. Los primeros, como su nombre lo indica, producen movimientos bajo la dirección de la mente; los otros rigen la actividad interna de todo el cuerpo, como los latidos del corazón, la contracción y dilatación de los pulmones, la propulsión de las sustancias alimenticias a lo largo del canal digestivo, y otros numerosos actos. *Cómo*, exactamente, levantamos un dedo o alzamos un pie del suelo es un proceso asombroso que todavía no se comprende totalmente, aunque algo más podamos vislumbrar de él a medida que avancemos en este estudio. Pero supongamos ahora que hemos juntado estos dos cuerpos, el muscular y el óseo, ajustando cada coyuntura y asegurando cada músculo en el lugar que le corresponde: existirá entonces todo el mecanismo necesario al movimiento y, sin embargo, ningún movimiento podrá efectuarse. ¿Porqué? Porque necesitamos, como si dijéramos, alambres telefónicos que trasmitan los mensajes directores del movimiento a cada lugar del cuerpo, de la cabeza a los pies.

Pasemos, pues, a considerar ahora el cuerpo nervioso (3), donde también nos encontraremos con un doble sistema, en general, aunque hay también algunas subdivisiones secundarias. Los dos grandes sistemas en que se divide el cuerpo nervioso son el central o cerebro espinal y el simpático; el primero dirige todas las funciones concientes, y el segundo las actividades inconscientes o puramente corporales. Acaso pueda considerarse este cuerpo como el más importante de todos, si es que alguno pueda merecer esta distinción, siendo así que todos parecen ser indispensables. Pero se destaca por ser esencialmente el vehículo especializado de la conciencia: a través de él se reciben todas las impresiones sensoriales y se envían los estímulos para responder a ellas o para ejecutar cualquier acto espontáneo. Maravillados, casi sobrecogidos, quedaríamos al observar los centenares de alambres que forman una central telefónica, que ajustadamente se acoplan y dirigen toda una ordenada estructura de aparatos sensibles. Y, sin embargo, el sistema telefónico que encierra nuestro cuerpo es infinitamente más complejo que la más amplia y complicada de las centrales telefónicas existentes. Una computadora moderna o “cerebro” electrónico tiene algo así como 20.000 transistores; pero el cerebro humano contiene más de ¡12.000 millones de células nerviosas! Y la longitud total de los nervios del cuerpo, si se les extendiera continuamente, cubrirían miles de kilómetros.

Juntemos, pues, estos tres cuerpos, ligándolos con sus adecuados campos de acción; ya así estarán, al parecer, prontos para funcionar, cada uno en lo que le corresponde, puesto que los nervios estarán dispuestos a transmitir, con la velocidad del rayo, la orden de acción hasta el menor rincón del cuerpo. Pero aunque poseemos todos los elementos de acción y los alambres listos para transmitirles los mensajes que los pongan en movimiento, nada acontece. Porque ese hombre que imaginativamente estamos construyendo se halla todavía lejos de estar completo: tiene, sí, huesos, músculos y nervios; pero, ¿dónde está la corriente que pueda transmitirse a través de los alambres y,

dónde se origina el mensaje? Pero, antes de seguir adelante, debe advertirse que, para que puedan cumplir bien sus funciones, los cuerpos que hemos mencionado y los que mencionaremos, deben ser mantenidos en las mejores condiciones posibles.

Pasaremos ahora a tratar del cuerpo circulatorio (4), que lleva la corriente sanguínea hasta los más pequeños rincones corporales, alimentando a las células y librándolas de desechos. Está formado por las arterias, que llevan la sangre renovada, desde el corazón hasta la última célula, y las venas, que arrastran las impurezas a los pulmones; entre unas y otras y ligando unas con otras, se hallan los vasos capilares, tubos tan extraordinariamente minúsculos que la mayoría de ellos no son ni siquiera visibles a simple vista; se afirma que el largo total del sistema capilar no baja de 96.000 Km., o sea, ¡suficiente para darle dos veces y media la vuelta al mundo! Pero es porque este sistema tiene que satisfacer las necesidades de millones y millones de células, dando a cada una de ellas lo que exactamente requiere. La estación central de bombeo –que es el corazón- hace circular un total de 15.000 litros de sangre a través del cuerpo cada día. ¡Y hay que contar con que, en el transcurso normal de una vida humana, el corazón habrá de latir dos mil y medio millones de veces sin detenerse hasta que el último latido marque el fin de las actividades físicas.

Pero hay un punto de excepcional interés aquí, y es el que destaca el Dr. E. H. Pratt en su libro titulado: *The composite Man (El hombre complejo)*. Dice este autor que, si pudiera aislarse al sistema circulatorio del resto del hombre, dado que una parte de él es visible, y la otra va haciéndose cada vez más difícil de percibir, hasta perderse en la invisibilidad, *¡el hombre aparecería como rodeado de un halo!*

Otro cuerpo, no tan conocido en general, pero de importancia igual a la de los demás que componen al hombre físico, es el cuerpo linfático (5). Está íntimamente asociado con el cuerpo circulatorio, ya que sus vasos mayores siguen la dirección de las arterias y las venas, y los pequeños la de los capilares. Lo mismo que el cuerpo circulatorio, penetra hasta los más insignificantes del cuerpo, pero así como el uno transporta sangre, éste transporta linfa. Podría llamársele “el sistema de drenaje” del cuerpo, porque recoge la linfa exudada de los capilares a los tejidos de todas partes del cuerpo, desempeñando así una función de limpieza y llevando esta materia de regreso a la corriente de sangre venosa que va al corazón.

Al siguiente cuerpo se le llama, por conveniencia, el cuerpo tubular (6), porque está formado, en primer lugar, por el largo tubo que, comenzando en la boca, sigue hasta llegar al estómago y luego al intestino delgado y al grueso; es sumamente necesario, a fin de impedir que las sustancias extrañas al cuerpo, pero indispensables a su alimentación, invadan a los otros cuerpos que integran el conjunto, perturbando, además, sus muchas y muy diversas funciones. También debe incluirse aquí el tubo respiratorio, formado por la laringe, la tráquea y el árbol de los bronquios. Si bien estos tubos –aunque puede decirse que el respiratorio comienza en la nariz- no forman un conjunto tan extenso como los otros cuerpos, sus ramificaciones o sus efectos afectan al conjunto de éstos. Por el primero de esos tubos se absorbe el alimento, y en él pasa por todas las fases necesarias a su asimilación; y el segundo, en su incesante proceso de respiración, sirve para renovar la sangre, oxigenándola, y expele al aire externo los desechos que la sangre ha arrastrado.

El último de los cuerpos físicos que hemos de considerar es el cuerpo cutáneo (7). Porque ya estamos prontos a incluir la colección de los anteriormente citados en uno que a todos los incluya, trazándoles un límite exterior. Además, el cuerpo cutáneo mantiene en el conjunto de cuerpos la humedad necesaria, impidiendo la evaporación excesiva, y contribuye a regular su temperatura corporal. Aquí debemos destacar la inestabilidad del cuerpo cutáneo, porque aunque sus componentes se distribuyen en cierto número de capas, estas se renuevan sin secar, en virtud de que la materia más vieja es impelida hacia fuera a fin de que forme parte de las capas más externas, donde aparece como una escamilla microscópica que se desprende y se disuelve en el espacio. Se calcula que la totalidad del cuerpo cutáneo, con sus diversas capas, se renueva totalmente en un plazo de dos años.

Ahora ya tenemos huesos, músculos y nervios; tenemos arterias, venas y capilares, vasos linfáticos, y órganos digestivos y respiratorios, encerrados todos en una envoltura de piel. Al

parecer, eh aquí un hombre completo. Eso es lo que parece, pero no lo que es: lo que tenemos es la apariencia de un hombre, y nada más. Porque es una cosa inerte, inútil, ¡muerta!

Lo único que hay ahí es una colección de elementos químicos agrupados de manera sumamente ingeniosa; pero carece de poder de animación. No puede ni moverse, ni sentir, ni pensar; carece de vitalidad, de inteligencia, y no digamos de las cualidades espirituales verdaderamente hermosas que con tanta frecuencia se aprecian en los seres humanos. Aunque hay un cerebro, éste no puede pensar; aunque hay músculos, éstos no pueden moverse; aunque hay un sistema nervioso, ningún mensaje se trasmite por esos finos alambres que son sus nervios; aunque hay un corazón, este corazón no late; aunque hay labios y lengua, no hay lenguaje, ni siquiera sonido. Evidentemente, esos elementos forman un cuerpo pero ¿Es ese cuerpo un ser humano? No: es sólo una máquina a la que le falta el que la haga funcionar.

La ciencia pretende atribuir a la materia cualidades y facultades superfísicas; pero lo que hasta ahora hemos descripto no es, hasta en su último átomo, más que materia física; desde el punto de vista de la química, es un conjunto completo, pero le faltan todos los atributos superiores. Y, ¿cómo podrían éstos proceder de la sustancia física? Tal estrecha concepción materialista plantea problemas sin solución. La Teosofía, en cambio, habla de órdenes superfísicos de materia, especializados precisamente para transmitir esas fuerzas superiores, y nos da una respuesta lógicamente comprensible que nos libera del callejón sin salida en que la ciencia se ha encerrado.

Tiene que haber algo, mucho más que lo puramente físico. *Y lo hay*. Pero como todavía la ciencia no ha penetrado lo bastante en lo invisible, hemos de volvernos hacia la Teosofía para que nos diga algo acerca de los otros cuerpos, superiores al cuerpo físico, que el hombre posee y que funcionan en colaboración con aquél. Ya hemos visto que el hombre posee varios distintos cuerpos de materia física, cada uno de los cuales aporta su contribución específica al conjunto. Sabemos también que estos cuerpos se interpenetran, que en realidad no están separados según aparecen en la [Fig51](#), ya que esto es una mera representación simbólica para expresar gráficamente una idea. También hemos mencionado el hecho de que hay partes del cuerpo físico que son visibles y otras que son invisibles, salvo mediante aquellos aparatos que el hombre, en virtud de su desarrollo mental, ha inventado para ampliar el alcance de sus sentidos físicos como, por ejemplo, el microscopio electrónico. Esta interpenetración de los diferentes cuerpos físicos existe igualmente entre el cuerpo físico en conjunto y los otros cuerpos más sutiles que el hombre posee, y aunque ahora pasaremos a considerar. Por conveniencia práctica será preciso mostrarlos separadamente, pero en realidad todos se interpenetran, y aquí también veremos que cada uno de ellos tienen un aporte específico con que contribuir a la expresión del hombre total. Uno de estos otros cuerpos, por lo menos, ha sido observado por métodos puramente científicos y existe evidencia experimental de la existencia de los demás. Salvo el primero de que nos ocuparemos –y que también está constituido de materia física-, son todos invisibles a la vista normal. Y así como vimos que el cuerpo circulatorio, si se le pudiese separar de los demás cuerpos físicos –el óseo, muscular, etc.- parecería estar rodeado de un halo, así también se observa una parte de los cuerpos de materia más sutil extendiéndose como una aureola en torno a la parte externa del conjunto del cuerpo físico. Y, así como las partes invisibles del cuerpo físico denso pueden estudiarse con ayuda de un microscopio, así los cuerpos superfísicos pueden ser, y han sido efectivamente vistos por aquellos que, en virtud de un aceleramiento de los procesos evolutivos, han desarrollado las facultades necesarias para observar los mundos de materia superfísica. Los hechos referentes a los cuerpos superfísicos son extensión lógica de los que ocurren en relación con el cuerpo físico. Pero ello no quiere decir que solamente se apoyen en conclusiones lógicas, ya que muchos seres humanos han comprobado su existencia; la verdad que nos muestran, o parecen mostrarnos los hechos, debe ser sujeta siempre a la prueba de la razón, y a ella debemos invariablemente someterla para su comprobación.

El primero de los cuerpos del hombre que ahora pasaremos a considerar está constituido por materia física, si bien ésta corresponde a las cuatro subdivisiones más sutiles del mundo físico – más allá de los sólidos, líquidos y gases que forman las tres subdivisiones “inferiores” o menos sutiles-. Se le llama cuerpo etéreo o cuerpo vital; interpenetra a todo el conjunto de cuerpos de

materia física densa que estudiamos hace un momento, y se extiende como un halo, o aura, un poco más allá de la periferia de dicho conjunto ([Fig52](#)), hasta 2 cm aproximadamente de dicha periferia, aunque este tamaño varía ligeramente en algunos lugares. Este cuerpo es el proveedor de energía del sistema: absorbe energía del Sol y la esparce por todo el cuerpo mediante los nervios; llena el organismo de fuerzas y energías semejantes a las de la electricidad, que fluyen a través del sistema nervioso y llena de vitalidad a todo el organismo, incluso dicho sistema. El metabolismo químico del cuerpo es el que proporciona, en primer lugar, mantenimiento a los tejidos, calor y contracción muscular; pero esa reacción y vitalidad más completas que distinguen al animal del vegetal, requieren algo más, que es lo que proporciona el cuerpo –o doble- etéreo. Puede que esté ligado a los procesos químicos mediante la generación y el movimiento de la electricidad en nervios y tejidos, Pero nuestra principal provisión de vitalidad proviene del Sol y es absorbida por el cuerpo etéreo, mediante un órgano etéreo especializado que existe en él. En su libro *El hombre visible e invisible*, C. W. Leadbeater describe la apariencia de este cuerpo, que sirve para absorber la vitalidad o *Prana*, la cual, luego de haber completado sus actividades vitalizadoras, se proyecta hacia el exterior en forma de líneas rectas, a través de los poros de la piel. Leadbeater dice que este cuerpo es de color “blanco azulado” y que muestra una apariencia “estriada”. Esta última frase resulta especialmente interesante, debido a que, unos diez años después que Leadbeater escribiera eso, el Dr. Walter B. Kilner, del Hospital de Santa María, de Londres, publicó a su vez un libro titulado *The Human Aura* (El Aura Humana), en que refería las observaciones que había efectuado sobre el aura -evidentemente se refería al cuerpo etéreo- con fines de diagnóstico. La capacidad de ver este cuerpo se lograba mediante el uso de platinas teñidas con dicianina disuelta en alcohol. Claro que este resultado es perfectamente posible porque, como se recordará, la sustancia etérea pertenece a nuestro mismo mundo físico, y obedece a las leyes físicas. Es interesante añadir que el Dr. Kilner, al referirse a lo que él llama “el aura interna”, y que Leadbeater había denominado “aura de salud”, dice expresamente que es “estriada”. Sólo queda por agregar que el autor del presente libro ha tenido oportunidad de emplear platinas hechas por el Dr. Kilner, y que puede garantizar el hecho de que a través de ellas es claramente visible el cuerpo etéreo.

Dentro del cuerpo etéreo mismo, hay varios centros de fuerza u órganos etéreos, llamados *chakras*. Siglos y siglos hace que se conoce la existencia de estos *chakras*, cuya descripción aparece en muchos libros de ocultismo en todo el Oriente, y especialmente en libros sagrados hindúes. Seis de ellos pueden verse en la [Fig52](#).



Fig. 52

Nace de la porción etérea de los grandes centros nerviosos situados a lo largo de la espina dorsal, pero termina cada uno de ellos en una especie de depresión circular un tanto semejante a la corola de la flor; y cada uno de ellos es un centro de intensa actividad. Dos atañen especialmente al cuerpo físico denso; los otros son, principalmente, lazos con los cuerpos de materia más sutil –que no hemos estudiado todavía- mediante los cuales las fuerzas de dichos cuerpos llegan a manifestarse a través del cuerpo físico denso.

Uno de estos centros de fuerza, que no aparece en el dibujo, está situado hacia la parte posterior del cuerpo, sobre el extremo inferior de la espina dorsal; se especializa en absorber una fuerza llama *kundalini*, que emana de la Tierra y da vida a los órganos del cuerpo; dicha fuerza es actualmente desconocida a la ciencia. El segundo centro, situado sobre el bazo, se especializa en recibir *Prana*, o sea, la vitalidad procedente del Sol; aquí *Prana* se divide y se distribuye a las diferentes partes del cuerpo, vitalizando los diversos centros nerviosos y haciendo que fluyan energías etéreas por los nervios físicos densos. Ya explicaremos más adelante cómo los otros centros etéreos son canales de comunicación gracias a los cuales las fuerzas procedentes de los cuerpos más sutiles se expresan a través del cuerpo físico.

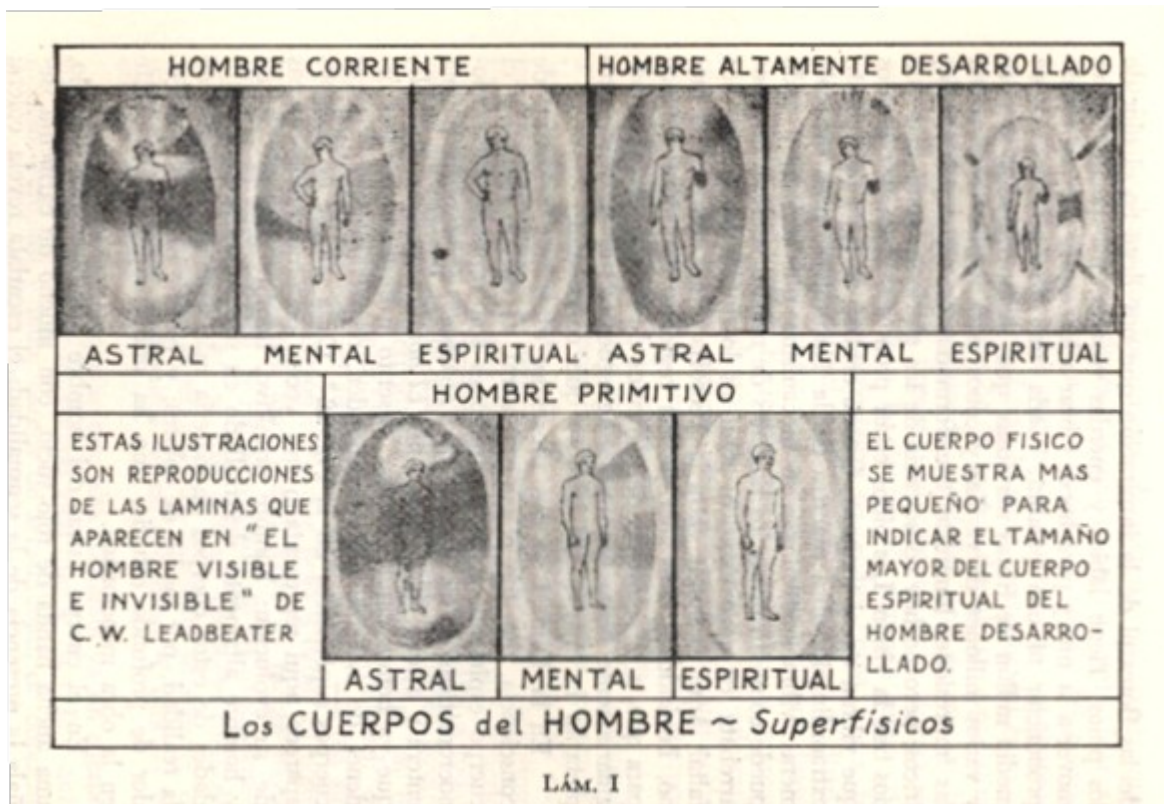
Tal es, pues, el doble etéreo o cuerpo vital. Si lo unimos a todos los anteriores cuerpos físicos del hombre, enseguida los nervios se vitalizarán, y el sistema telefónico corporal entrará en funciones; ya tenemos, no solamente el mecanismo físico para la moción, sino también la vitalidad para ponerlo en movimiento; ya el cerebro puede enviar mensajes a todas partes del cuerpo; puede ordenarse la acción, y pueden llevarse a cabo todas las actividades subconscientes. Pero en el hombre hay mucho, muchísimo más que mera vitalidad: es infinitamente más que un autómatas que se mueve y actúa sin un vislumbre de comprensión de lo que lleva a cabo. El hombre siente, piensa, espera, ama y aún eleva su mente hasta ponerla en contacto con la región sagrada de las aspiraciones espirituales. La acción no es más que un producto final de todas estas actividades superiores. Un autómatas se mueve; el hombre se mueve a impulsos de un propósito. Y esta es la enorme diferencia.

Así pues, tenemos que ir más allá. Tenemos ya un cuerpo físico denso completo y un cuerpo vital que le da vida y animación. Pero, así y todo, carece de sensibilidad, de corazón. Posee órganos de los sentidos, pero no tiene en qué o para qué usarlos: no sabe de la delicia que hay en la fragancia de las flores ni de la inspiración que nos llega en el olor de los pinos. Tiene labios y cuerdas vocales, y capacidad para mover a la una y para hacer vibrar a las otras; pero no puede pronunciar ni una palabra. Cada uno de sus ojos posee medio millón de fibras nerviosas que llegan hasta el cerebro y varios millones de varillas y conos para recibir de la retina las impresiones lumínicas transformadas ya en impulsos eléctricos; pero no hay conciencia de las gloriosas maravillas que nos trae la visión. Los oídos están prontos a captar los sonidos que vibran en el tímpano, órgano central de todo un aparato extraordinario, obra maestra de la Naturaleza; pero tan sólo meras vibraciones llegan al mecanismo que espera, y nada puede convertirlos en los raudales de música sublime que nos arrebatan en gozo extático. ¿Qué es lo que falta, lo que nos falta? Aquí es donde entra la Teosofía y nos toma de la mano, llevándonos más allá de las regiones del mundo físico para que, a la colección de vehículos de conciencia que imaginariamente hemos agrupado, agreguemos tres más que completarán la imagen del hombre que conocemos.

En la [Lámina](#) se nos presentan estos tres vehículos de conciencia, que son el cuerpo astral, el cuerpo mental y el cuerpo espiritual. Estas ilustraciones son reproducciones monocromáticas de las láminas que aparecen, cada una a página entera y a todo color, en el libro *El hombre visible e invisible*, que ya hemos citado. Hemos descrito e ilustrado los tres órdenes de materia que corresponden, respectivamente, a estos cuerpos superfísicos en la [Fig22](#). Cada uno de los cuerpos aparece aquí representado tres veces, en otras tantas etapas de su evolución: hombre primitivo, hombre corriente actual y hombre altamente desarrollado en su evolución. Las cualidades de estos cuerpos de materia más sutil se expresan, en la realidad, por medio de colores; y es este un tema merecedor de profundo estudio, que ha sido tratado extensamente en la obra mencionada.

En el cuerpo astral del hombre primitivo, por ejemplo, una ancha banda de rojo sucio, con mucho de carmelita, señala la presencia de la sensualidad; el escarlata revela cólera; y otros colores, todos sin brillo y como fangosos, expresan varias cualidades poco deseables. Este vehículo de conciencia está, evidentemente, muy falto de organización, y su estructura es floja. La imagen del cuerpo astral del hombre corriente evidencia gran mejora en su organización, que se muestra en una mucho mejor disposición de los colores; esto último son más claros y brillantes. En el hombre altamente adelantado se hace visible un mejoramiento amplísimo, y una gran cantidad de amarillo en torno de la cabeza indica que las emociones y los deseos han sido sometidos al dominio de una mente pura.

El cuerpo mental del hombre primitivo muestra bien claro el gran atraso, de su mente, aunque un poco de amarillo en el extremo superior indica un tantito de capacidad mental. El hombre corriente actual muestra bastante progreso sobre el anterior; y en el caso del hombre muy adelantado, relucen avanzadas facultades mentales. En este último, todos los colores son más delicados, más refinados, y el amarillo de su intelecto brilla con gran esplendor; todo su aspecto es verdaderamente bello.



En los cuerpos espirituales se observa también un progreso correspondiente. Pero, en este caso, en las primeras etapas evolutivas, no hay colores feos, repulsivos sino, simplemente, ausencia de color. *Porque en el vehículo espiritual no puede haber jamás malas cualidades: sólo existe allí la ausencia de cualidades buenas.* Y esta carencia queda más que magníficamente compensada, y con exceso de generosidad a medida que la evolución avanza: lástima que las ilustraciones no puedan dar ni siquiera una idea de esta espléndida belleza. Del cuerpo espiritual (o causal) del hombre muy adelantado ha dicho Leadbeater en la obra citada.

Ese cuerpo de materia inconcebiblemente tenue e imponderable, de intensa y palpitante vida, como fuego viviente, a medida que perfecciona su evolución se transforma en un globo de radiantes colores, cuyas vibraciones ondulan en cambiantes matices desconocidos en la Tierra, de brillo, suavidad y transparencia indescriptibles... ¡Qué impotencia siente uno al tratar de describir esta

gloria! Sin embargo, el artista ha logrado sugerir con habilidad aquello que ningún pincel podría pintar, y aunque la imagen física mejor ejecutada está muy lejos de la trascendente realidad, ofrece al menos a la imaginación un punto de apoyo que nos permite formarnos una idea de la inexpresable realidad.

Como bien lo explica la cita anterior, es evidentemente imposible –aún con todos los adelantos de la industria gráfica- dar más que una leve idea de los cuerpos más sutiles del hombre, ya que aún el “más bajo”, el más denso, el menos atrayente, que es el cuerpo astral, tiene colores mucho más vivos, vitalidad más rebosante, y un resplandor de vida más espléndido que todo cuanto podemos percibir en estas regiones físicas. No es sólo que estos vehículos sean bellos, bellísimos a veces, sino que, sobre todo en las etapas más adelantadas de la evolución, son también focos de radiante poder, objetos palpitantes de vida y de luz, espléndidos, iridiscentes, que jamás podrán representarse en forma estática. Casi nunca en reposo, cambian de apariencia de momento en momento, mostrando nuevas facetas de sus realidades latentes, que muchísimas veces nos asombran y hasta en ocasiones nos sobrecogen por su rapidez y dramatismo, cuando emociones o pensamientos pasajeros pero intensos, y voluntarios o involuntarios, los estremecen sin cesar en vibrantes oleadas de color. La impresión que produce el cuerpo espiritual o cuerpo causal es diferente, dado que sus poderosas y bellísimas radiaciones tienen carácter mucho más estable: no se trata ya de un kaleidoscopio de colores y movimiento, sino de una hermosura más serena, más estable, aunque es lo cierto que en algunos momentos refulge con intensidad más espléndida y, a medida que avanza su evolución, llega a deslumbrar en su trascendental magnificencia.

Es preciso tener siempre en cuenta, cuando al hablar de estos cuerpos sutiles se mencionan colores, que éstos no son los que conocemos aquí en el mundo físico, y que se indican como puntos de referencia. En el mundo más sutiles, los colores son, básicamente, los mismos, pero con una diferencia semejante a la que existe cuando una nota musical se hace resonar en diferentes octavas.

La comprensión de todas estas características, junto con la ayuda que prestan las ilustraciones – aunque desdichadamente tienen que aparecer en blanco y negro- dará al lector alguna idea de cómo son, en realidad, estos otros cuerpos del hombre, cada uno más radiante de energía y más hermoso en color que el que corresponde a un mundo de materia menos sutil.

Al decir “cuerpo espiritual” nos estamos refiriendo al hombre en lo que también se llama su cuerpo causal, donde muestra las facultades superiores que ha ido desarrollando. Es lo que los cristianos llaman “el alma” y lo que en la literatura teosófica moderna se nombra frecuentemente “el ego”. Este cuerpo causal, en el actual estado de evolución, es el que expresa, por medios adecuados, las fuerzas de Voluntad, de Amor y de Mente Superior que ha logrado poner en ejercicio. Es, también, el depósito de todo el conocimiento que el hombre va adquiriendo a lo largo de su período evolutivo. Durante su encarnación en el mundo físico, el hombre posee un cuerpo mental, con el que piensa, recoge información, la analiza, y expresa sus actividades creadoras; un cuerpo astral, con el que siente y desea, y un cuerpo físico, que es, especialmente, un vehículo para la acción. A través de ellos se hace consciente del mundo a que corresponden y acopia las experiencias que asimilará y guardará en su cuerpo causal, del que nunca estará separado.

Cada uno de los cuerpos del hombre crece gracias al uso que éste hace de él. La experiencia corriente nos muestra que el cuerpo físico se desarrolla y capacita mediante el ejercicio de sus diversas facultades. Y lo mismo sucede con los cuerpos más sutiles: el uso o el abuso, el buen empleo o el descuido elevarán o rebajarán la calidad, las facultades de los distintos cuerpos, su capacidad de responder adecuadamente a los estímulos del medio circundante. Bien conocemos estos resultados en lo que atañe al cuerpo físico; en la [Lámina I](#) se ilustran los efectos que produce sobre el cuerpo astral el hecho de entregarse a ciertas emociones. Lo mismo sucede en cuanto al cuerpo mental. Las ilustraciones que forman la Lámina II han sido tomadas de la misma fuente de donde extrajimos la [Lámina I](#). En la II, la letra A muestra los efectos de un agudo ataque de depresión sobre el cuerpo astral: en éste aparecen bandas circulares horizontales de un color gris mortecino, que gradualmente lo encierran en lo que llamaríamos una jaula de profundo desaliento,

que se convertirá en verdadera cárcel si ese estado de ánimo persiste por algún tiempo. En el caso extremo que aquí se muestra, todos los demás colores del cuerpo astral han quedado casi totalmente oscurecidos por la invasión de ese gris enfermizo, al punto que el hombre se ha convertido en un verdadero prisionero dentro de la mazmorra que él mismo se ha creado, que es su propio cuerpo astral. Esto mejorará con el tiempo, a medida que el hombre vaya superando esa situación emotiva, hasta volver a un estado relativamente normal. Y decimos “relativamente”, porque ese cuerpo astral nunca volverá a ser exactamente como era antes; algo de esa materia gris que atrajo a sí pasará a formar parte permanente de él, y al hombre le será mucho más hacedero entregarse de nuevo a la depresión que antes de haber cedido una vez a ella. Y esto se aplica a todos los estados de ánimo, y también a todos los pensamientos como, por ejemplo, a los que aparecen en esa misma [Lámina II](#) con las letras B y C. Los efectos del miedo se parecen a los de la depresión pero, en este caso, en vez de extenderse el efecto amortecedor por todo el cuerpo astral de manera uniforme, el miedo producirá la aparición de líneas grises horizontales que vibrarán en suma agitación, lo que oscurecerá los colores normales del cuerpo astral; pero esto poco a poco pasará, restaurándose el estado casi normal cuando el miedo vaya comenzando a ceder. Cada una de estas perturbaciones, sean las que fueren, dejarán al cuerpo astral más predispuesto a sucumbir al miedo, o a cualquier otra emoción, porque habrá de quedar, como parte integrante del cuerpo astral un poco de la materia que el ataque de emoción introdujo en él.



La cólera es otra emoción violenta que puede producir efectos desastrosos en el cuerpo astral; en la lámina que estamos estudiando, junto a la letra C pueden verse los resultados de un furioso acceso de ira: vórtices y espirales de negrura, entremezclados con vívidos relámpagos de una luz roja cárdena llegan hasta hacer desaparecer el colorido habitual del cuerpo, y los efectos dañinos de esta explosión no se limitarán al cuerpo astral, sino que alcanzarán hasta el cuerpo físico, a través del cual se expresará en último término. Aquél que dé rienda suelta a emoción tan maligna tiene que

haber cedido a la cólera muchas veces antes porque, de no ser así, su cuerpo astral no sería capaz de producir tan violentas erupciones de odio y de maldad. El conocimiento de estos hechos deberá llevarnos a atender a las señales de peligro y dominar los malos impulsos antes de que hayan cobrado fuerza suficiente para que no nos sea posible dominarlos y la Naturaleza, con sus métodos drásticos, tenga que intervenir.

Obsérvese especialmente que, según gráficamente lo demuestra la lámina, *no es el hombre verdadero, el Yo que se expresa por medio del cuerpo espiritual, el que siente ira, o miedo, o se entrega a la depresión*: no nacen de él tales impulsos, ni siquiera lo afectan. Lo único que sucede en tales casos es que él no logra dominar su cuerpo astral e impedir que éste se entregue a las reacciones violentas que le provocan los estímulos externos. Un cuidadoso análisis del estado de nuestra conciencia en esos momentos nos revelarán con frecuencia, o mejor, invariablemente, que una voz interna, la voz del Yo, está tratando en vano de hacerse oír por encima de las reacciones violentas del cuerpo astral, y procurando desesperadamente dominarlo o retrotraerlo a un estado de equilibrio.

Volviéndonos ahora hacia más luminosas perspectivas, vemos en esa misma lámina, junto a la letra D, el efecto producido en el cuerpo astral cuando el Yo se expresa como puro afecto y, junto a la letra E, como intensa devoción. En el primer caso domina el más bello color rosa, del cual se revisten, en diferentes matices, todas las variantes del afecto; y en el segundo predomina notablemente un purísimo azul, color de la devoción; en cada uno de estos casos, las líneas paralelas, azul o rosa, en intensa vibración, indican fuerte concentración emocional, pero las espirales y remolinos indican cómo el Yo se vierte hacia el objeto con el cual la emoción se identifica. En contraste con las tres situaciones indeseables que representan los dibujos señalados con las letras A, B y C, deberá observarse que las correspondientes a las D y E constituyen ejemplos de acción directa del Yo por medio del vehículo astral; tal actuación del Yo eleva el nivel y la calidad del cuerpo astral, de modo que en futuras ocasiones será capaz de expresar mejor las bellezas del Yo. Así, las emociones a que se entrega elevan o rebajan al cuerpo astral, aumentando su belleza o su fealdad, lo hacen más y más capaz de expresar buenas o malas cualidades, y el grado actual de su desarrollo en cualquier persona es el resultado, exacto e imparcial, de sus esfuerzos en el pasado, para bien o para mal. Pero, afortunadamente, un esfuerzo ejercido en los estados más sutiles de materia, dentro de cada uno de los distintos mundos, correspondientes a pensamientos o sentimientos elevados, produce mayor efecto que un esfuerzo análogo realizado sobre sustancias de clase más densa, lo mismo que un individuo caminará, en el mismo tiempo, una distancia mayor si avanza por la superficie seca de la tierra, es decir, venciendo sólo la resistencia del aire, que si anda por un lugar sumergido, en que tenga que afrontar la resistencia del agua. Esto garantiza el avance de la evolución: a través de muy variadas actividades, gradualmente y a distintas velocidades, pero de modo seguro, inevitable, el Yo y sus cuerpos o vehículos de conciencia irán adelante en el camino de la vida, y mejorando siempre, más o menos, a medida que transcurre el tiempo.

Ahora que ya se ha presentado el tema de los cuerpos más sutiles del hombre, puede ofrecerse más información acerca de los *chakrams*, ya que estos desempeñan funciones de gran importancia, así en cuanto a la salud física como en cuanto a la evolución de la conciencia humana. Cada *chakram* ejerce una doble función; absorbe vida y energía y también actúa como transformador gracias al cual las fuerzas vitales cambian de intensidad a fin de que puedan expresarse mediante un vehículo más denso: es un proceso análogo al que hace cambiar de potencial a una corriente de energía eléctrica.

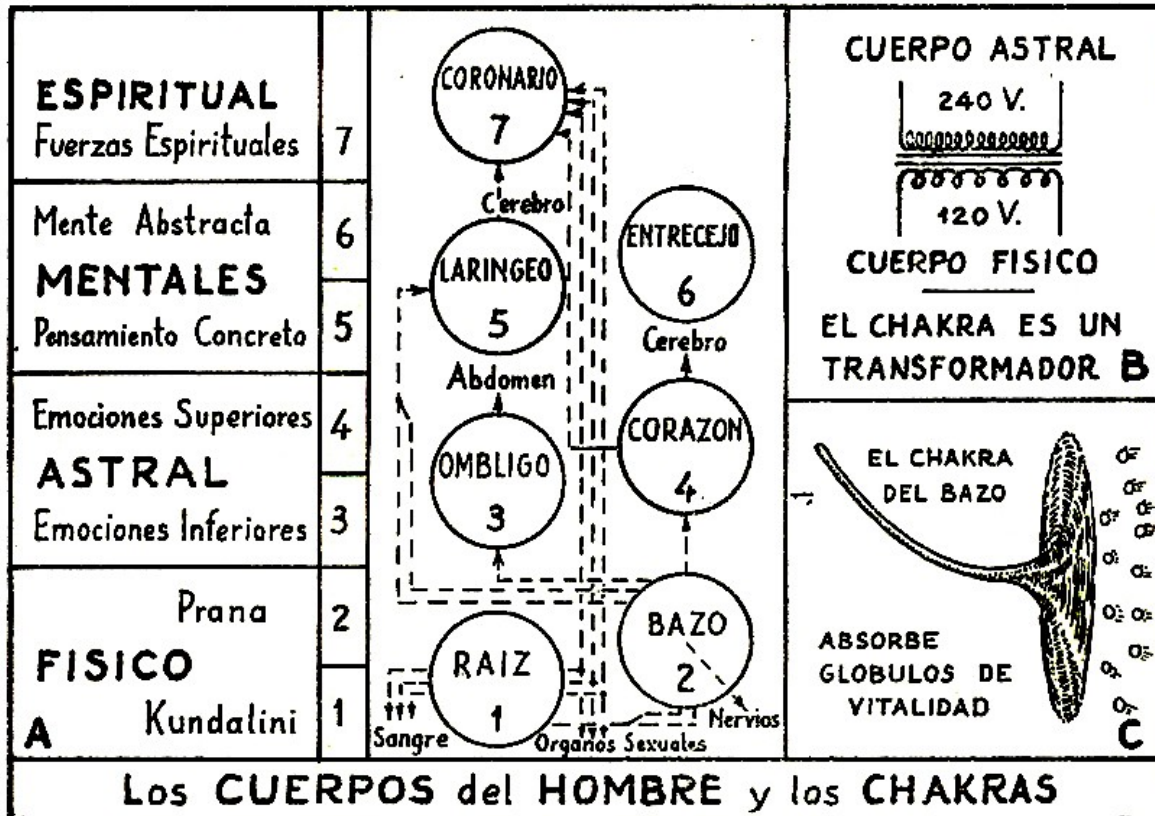


FIG. 55

En el apartado B de la [Fig55](#) se muestra un símbolo convencional de ese transformador. Por ejemplo: la maquinaria pesada, como la que se usa en una fábrica, emplea una corriente eléctrica de 240 voltios, o más; pero para las necesidades de un hogar, que son mucho menores, se reducirá a 120 voltios. Emplear directamente el voltaje superior en el equipo diseñado para el inferior ocasionaría primero, daños, y más o menos pronto, destrucción. Un nuevo vistazo a la [Fig31](#) mostrará por qué es posible reproducir las creaciones emocionales del cuerpo astral en el físico, porque enseguida se verá que el átomo físico lleva en sí materia de todos los otros mundos y, por consiguiente, puede expresar la vida de todos esos otros mundos que le son superiores, aunque en forma más limitada. Y son precisamente los *chakras* los que reducen –“transforman”- la intensidad de las fuerzas de los mundos superiores a las posibilidades más limitadas de la materia física. Y en virtud de esta característica todos los cuerpos superiores o más sutiles pueden así relacionarse con los inferiores o más densos. Una vez más, el plano físico nos da la clave que se aplica a los mundos superfísicos, ya que en todos los niveles rigen las mismas leyes.

En el apartado A de la [Fig55](#) (columna central del grabado), aparecen representados esos *chakras*, o centros de fuerzas, tal como aparecen en acción a lo largo del cuerpo etéreo. Los dos primeros –comenzando por abajo- atañen principalmente al cuerpo físico, impartándole salud y fortaleza. El tercero y el cuarto transforman en expresión física las fuerzas emotivas generadas en el cuerpo astral. El quinto y el sexto transforman pensamientos y razonamientos en expresiones del cerebro físico, en tanto que el séptimo trae a la conciencia física las fuerzas espirituales del Hombre verdadero. Como anteriormente se explicó, su apariencia, viéndola en la superficie del cuerpo etéreo, se parece a la de las flores del dondiego de día, aunque con rayos como los de una rueda, que se extienden más allá de la corola de la flor, según se ve en la [FIG55C](#). Pero cada uno de ellos se diferencia de los demás en el número de “rayos” que se observan en las extensiones de la “corola” y

en el mismo “eje” de la “rueda”. En cada uno de los *chakra* se generan corrientes que giran vertiginosamente, tejiéndose y entretejiéndose en torno de cada uno de los “rayos”, uno después del otro, lo cual da al *chakra* la apariencia del fondo de una cestilla tejida, pero con una depresión en el centro.

Aparte del alimento que ingerimos, del aire que respiramos y del agua que bebemos directamente del mundo físico, nuestro cuerpo denso absorbe fuerzas de la atmósfera etérea que nos rodea. Una de estas fuerzas procede de la Tierra y se la llama *Kundalini*; la otra proviene del Sol, y se la denomina *Prana*, o vitalidad. Ninguna de ellas ha sido aún reconocida por la ciencia, aunque parece ser que algunos hombres de ciencia contemporáneos sospechan la existencia de la segunda. *Kundalini* tiene diferentes niveles de expresión, pero el que estamos considerando ahora es el más bajo y denso de todos; afecta la constitución física del cuerpo denso, dotándolo de salud y de vigor corporal. Aquellos que cavan la tierra, los agricultores y horticultores, conocen ese sentimiento de bienestar que produce el íntimo contacto con la que llamamos Madre Tierra; esa fuerza es la que absorbe el *chakra* raíz, que está situado cerca del extremo inferior de la espina dorsal y abre su “corola” en la superficie del cuerpo o doble etéreo ([FIG55A1](#)). Después de esta absorción y acción interna vigorizante sobre el cuerpo en general, *kundalini* asciende por la espina dorsal y se distribuye por todos los nervios del cuerpo; también actúa sobre la corriente sanguínea y sobre los órganos sexuales. Este *chakra* recibe también del centro correspondiente al bazo un tipo especializado de *Prana* que redistribuye junto con la corriente de *Kundalini* y que desempeña un papel importantísimo cuando el hombre alcanza niveles superiores de desarrollo.

Prana nos llega directamente del Sol; es la fuerza activa necesaria para producir todos los fenómenos vitales. Para su manifestación en el mundo físico se presenta en forma de unas partículas especialmente luminosas formadas por siete átomos físicos ultrerrimos (llamados *anu* en sánscrito); nosotros llamamos a estas partículas “glóbulos de vitalidad”. Los ven muchos que no saben de qué se trata, porque esas partículas muy brillantes se observan en la atmósfera en cualquier día soleado, precipitándose como flechas de aquí para allá, a grandísima velocidad, y son visibles con mayor facilidad cuando uno vuelve la espalda al Sol y mira hacia un cielo intensamente azul. *Prana*, en forma de glóbulos de vitalidad, es absorbido por el centro del bazo, o *chakra* situado muy junto al órgano físico que lleva ese nombre. En ese centro, *Prana* se especializa, dividiéndose en siete diferentes corrientes, procedentes, respectivamente, de los siete átomos ultrerrimos que componen cada glóbulo de vitalidad. Dichas corrientes se muestran dentro del cuerpo como líneas de siete colores diferentes, que corresponden aproximadamente a los siete colores del espectro. Como se observa en la [FIG55A](#), el *chakra* del bazo envía dos corrientes de *Prana* especializado al centro de la garganta, una de color azul y la otra violeta; pero antes de llegar a su destino, se juntan y así unidas, formando una sola corriente, es como entran en el *chakra* de la garganta. Otras dos corrientes, también procedentes del *chakra* del bazo, y de color rojo oscuro la una y anaranjada la otra, van al *chakra* raíz, en la base de la columna vertebral; pero éstas se unen igualmente y entran confundidas en una en dicho *chakra*. La quinta corriente, amarilla, va al *chakra* del corazón; y la sexta, verde, al del ombligo. La séptima, de color rosa, se distribuye a través de todo el sistema nervioso.

El *chakra* raíz o básico tiene cuatro radios o rayos, así como el del bazo tiene seis. Como gráficamente se observará en la [FIG55A1](#) y [FIG55A2](#) su principal función consiste en dar vida y vitalidad al cuerpo físico denso: estas fuerzas procedentes de la atmósfera son absorbidos por el cuerpo. El *chakra* del bazo aparece en la [FIG55C](#).

Los dos siguientes, como se verá, son transformadores por medio de los cuales las fuerzas emotivas adquieren expresión física, correspondiendo al centro o *chakra* del ombligo ([FIG55A3](#)) los sentimientos astrales más primitivos, tales como la cólera, el miedo, la avaricia o la irritabilidad: bien sabemos todos como, de hecho, todas esas emociones se sienten “en la boca del estómago”, sobre el ombligo y cerca de ese *chakra*. Las emociones superiores, tales como el amor, la devoción, la compasión, la profunda simpatía, hallan expresión física mediante las fuerzas transformadoras del *chakra* del corazón ([FIG55A4](#)); y también en este caso no es difícil sentir ese *chakra* en acción

cuando esas emociones llegan al cuerpo para hallar en él expresión física. El centro del ombligo tiene diez rayos o radios, y el del corazón, doce.

El centro de la garganta (según podemos ver en la [FIG55A5](#)), trae a expresión física las actividades del cuerpo mental, uniendo al pensamiento concreto con el cerebro; ese centro vitaliza especialmente los órganos vocales y los centros mentales correspondientes a la palabra como expresión física del pensamiento concreto. Tiene dieciséis rayos.

Se habrá observado que el número de radios de los *chakras* ha ido en aumento, desde los cuatro del centro raíz o básico hasta dieciséis en el de la garganta, pero cuando llegamos a considerar el centro de la frente ([FIG55A6](#)), hallamos algo evidentemente distinto de todos los que hasta aquí habíamos considerado. Porque éste tiene nada menos que noventa y seis radios, lo cual se hace comprensible al darnos cuenta de que hemos pasado de las relaciones entre los cuerpos mortales, transitorios, del hombre, a algo mucho más trascendental: a establecer la comunicación entre ese hombre limitado, personal, con su cuerpo causal o espiritual, que es relativamente inmortal y que permanece con el Hombre, verdadero a lo largo de las numerosísimas encarnaciones de éste. Y por eso también, cuando dirigimos la atención al *chakra* de la coronilla, en la parte superior de la cabeza ([FIG55A7](#)), vemos que el salto es todavía mayor: éste tiene 960 radios, con un eje o cubo central de 12 radios, lo que hace un total de 972. Este *chakra* superior es un centro transformador de las más altas inspiraciones espirituales hasta la conciencia física y es, por lo tanto, una guía para la acción espiritual. Estos dos últimos *chakras* están en relación directa con las porciones etéreas de la glándula pituitaria y de la glándula pineal respectivamente, que se encuentran ambas dentro del cerebro físico.

En tanto que *Kundalini* y *Prana* son necesarias para el bienestar y la vitalidad físicos del cuerpo físico denso, éste no podría funcionar sin las fuerzas que le llegan a través de los *chakras* relacionados con los cuerpos astral y mental: cuando estas fuerzas se retiran, el cuerpo físico, privado de esas influencias en que se apoyaba, “muere”. Pero, para que el hombre sea verdaderamente Hombre, hasta su cuerpo físico tienen que llegar las fuerzas espirituales, ya que éstas constituyen la diferencia esencial entre la especie humana y las subhumanas. En el mundo mental superior y en los mundos espirituales es donde hará el ser humano los mayores progresos a medida que avance su evolución. Y, por lo tanto, estos dos centros que últimamente hemos considerado habrán de asumir importancia cada vez mayor a medida que el tiempo pase. Llegará un día en que *Kundalini* desarrolle sus potencias superiores y, ascendiendo por la espina dorsal, estimule todos los centros a efectuar una mucho mayor actividad, pasando a producir efectos de vastísimo alcance en los *chakras* de la frente y de la coronilla, dotando al hombre de la facultad de expresar, en su conciencia física, manifestaciones espirituales incomparablemente superiores a cuanto hasta entonces había logrado.

Hay *chakras*, o centros de poder, en cada uno de los distintos cuerpos que el hombre posee, y cada uno de ellos coincide en su situación con el que le corresponde en cada cuerpo, pero los más “externos” –diríamos- son los más extensos también, debido a que el tamaño del cuerpo va en aumento de acuerdo con la materia más y más sutil de que está compuesto. Estos centros, sea cual fuere el cuerpo a que pertenezcan, desempeñan funciones correlativamente análogas, aunque modificadas por la naturaleza de cada cuerpo en particular. Pero todos y cada uno de ellos actúan como transformadores de fuerza y la contigüidad de sus superficies los hace actuar por inducción para efectuar la “transformación”, exactamente lo mismo que los rollos de un transformador eléctrico inducen una corriente a través del espacio sin necesidad de contacto directo. Así, en el mundo físico los vehículos de conciencia del hombre quedan, como si dijéramos, soldados unos con otros y así el hombre en su cuerpo físico puede expresar –aunque modificadas y limitadas las facultades por la necesaria transición- toda la amplitud de conciencia a que pueden alcanzar sus varios vehículos de conciencia.

Aquí, pues, hallamos respuesta a muchos de los profundos problemas de la naturaleza humana. No obstante, a muchos, muchísimos seres humanos, sólo les parece que lo visible y tangible es lo

único que puede ser cierto. Por consiguiente, limitémonos por un momento a la evidencia visible y tangible, para ver si puede o no mantenerse firme a la luz de un ligero análisis crítico.

Es preciso admitir que el cuerpo físico denso tienen una existencia objetiva que parece poseer alto grado de permanencia. Nuestros sentidos nos dicen que este cuerpo sigue siendo el mismo a lo largo de los días, y que sólo con el transcurrir de los años algunos cambios van apareciendo, apagando poco a poco el brillo de la juventud. Estas cosas son las que nos dicen los sentidos *¡pero no son ciertas!* El cuerpo no permanece igual día tras día, sino que, por el contrario, cambia a cada momento que pasa. Acaso muchísimos de nosotros, no solamente lo sabemos, sino que lo recordamos; pero no lo hemos llevado a todas sus consecuencias lógicas. Así, sabemos que nuestro cuerpo está formado de incontables millones de células, especializadas para las diversas funciones que han de cumplir y que se nutren del alimento que ingerimos, después que éste ha sido modificado por la acción química que lo hace apto para satisfacer las necesidades de la vida celular. Así es cómo se mantienen estas vidas minúsculas: crecen, se multiplican y mueren. Esto nos demuestra que, lejos de ser el cuerpo una entidad estable, está sujeto a un cambio constante, de momento en momento, ya que incesantemente hay en él células que nacen ([FIG56A](#)), otras tantas que mueren y que son eliminadas del sistema mediante los poros de la piel y en el aire que exhalamos de los pulmones. Dentro del cuerpo hay un continuo sucederse de generaciones, un incesante ir y venir, un constante nacer y morir, una asociación y una disociación. Y mientras estamos viviendo *nuestras* complejas vidas en el mundo, resolviendo *nuestros* problemas, superando *nuestras* dificultades y siendo sometidos continuamente a toda clase de pruebas en lo mental y en lo espiritual, nacen y mueren células en nosotros, hasta el punto de que –según nos dice la ciencia– dentro de un lapso de siete años han cambiado todas las células de ese cuerpo de que nos hemos estado sirviendo para nuestras actividades de toda índole. De hecho *¡no tenemos, en absoluto, el mismo cuerpo que teníamos hace siete años!* Y, ¿cómo es posible que el cuerpo sea todo nuestro ser, si el cuerpo se ha ido, y nosotros permanecemos? Así vemos, en la [Fig56](#), que el cuerpo está continuamente cambiando de grupos de células, en tanto que el hombre real mantiene incólume su identidad desde el nacimiento hasta la muerte.

Llevando este razonamiento hasta un punto que es verdaderamente una *reductio ad absurdum* y que, sin embargo, resulta lógico si creemos que nosotros mismos no somos nada más que nuestro cuerpo físico, quedaríamos naturalmente reducidos a una colección de paquetes que hallaría acomodo en cualquier anaquel, entre los que llevaran los rótulos de “Arroz”, “Frijoles” o “Harina”, o entre otras sustancias comestibles, que también podrían ser cestos de frutas o de hortalizas. Podríamos también acordarnos que muchos de los átomos que ahora forman nuestros cuerpos fueron en un tiempo, según toda probabilidad, parte integrante del vehículo físico de algún lejano antepasado desde hace tiempo difunto y que otros, en cantidad mucho mayor, pertenecieron a criaturas de linaje mucho más humilde que el nuestro que perecieron en los azares de la lucha por la existencia mucho antes que nosotros llegáramos a este mundo.

Pero, de seguro, el verdadero absurdo consiste en creer que el cuerpo, que no es cosa permanente, sino algo así como un territorio que alberga por un tiempo determinado miríadas de vidas minúsculas, huéspedes transitorios de un anfitrión involuntario, y que ha cambiado íntegramente de composición muchas veces dentro del lapso normal de una existencia terrenal– sea la verdadera Realidad. Y que, a la vez, esa estructura inestable y evanescente, pasajera e insegura, haya hecho nacer al ser espiritual que, en vívido contraste, mantendrá con continuidad su identidad y su conciencia, a través de todos esos cambios, desde el nacimiento hasta la muerte. Y, en cambio, cuando llega la muerte física, y ningún sentido actúa y el cuerpo cesa en todas sus funciones, sin embargo queda por algún tiempo en el cadáver hasta la menor partícula de materia que perteneciera al cuerpo vivo. Así pues, si lo que ha partido en el momento de la muerte no es cosa material, necesariamente ha sido algo inmaterial –si bien, con más exactitud, debiéramos llamarlo físico, pues la vida continuará animando cuerpos de materia más sutil–; y, puesto que ese material que ha quedado en el cadáver no tiene capacidad para producir ninguna manifestación de vida humana, de

vida adaptada a un organismo organizado, necesariamente aquello que ya no existe en ese cuerpo ha tenido que ser el factor que lo animaba antes que se efectuara ese cambio que llamamos muerte.

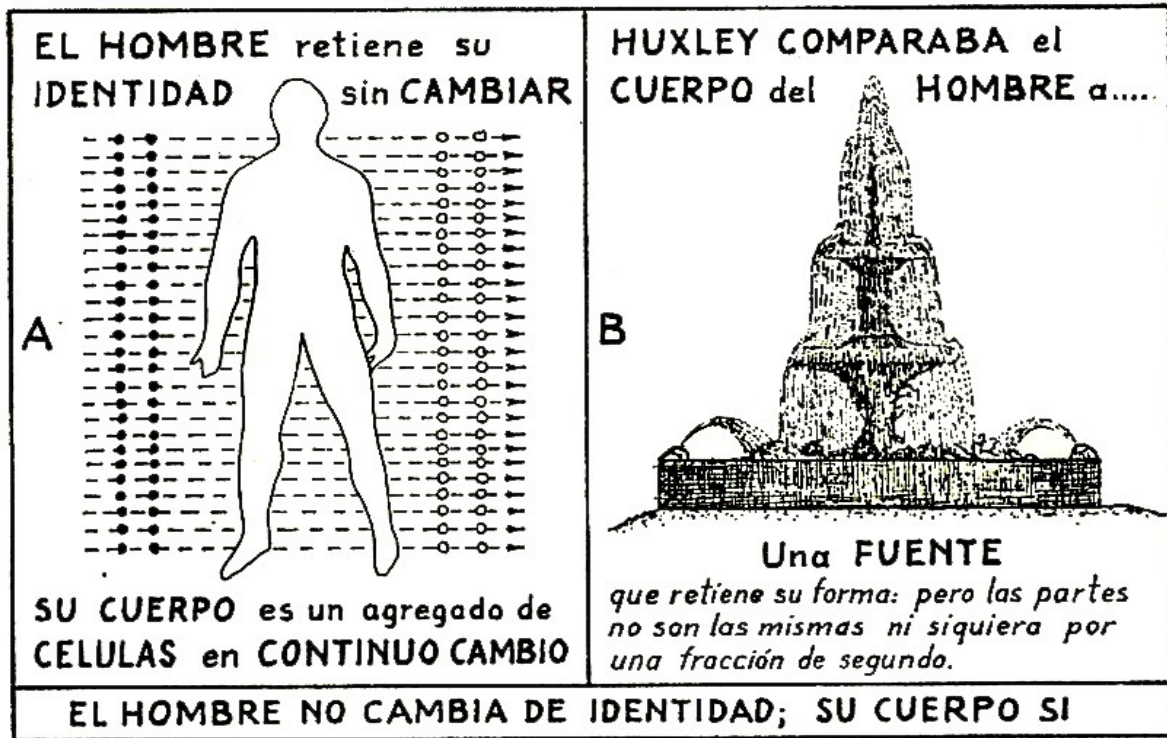


FIG. 56

Antiguamente no poseíamos el maravilloso conocimiento del cuerpo y de sus funciones de que en la actualidad gozamos y no podíamos, por lo tanto, emplear estos razonamientos; pero lo extraño es que los hombres de ciencia que efectuaron el magnífico trabajo que se ha traducido en ese conocimiento persistan en cerrar los ojos antes las consecuencias lógicas, inevitables de esos mismos descubrimientos.

Y, no solamente es el hombre espiritual, el hombre verdadero el que mantiene su identidad a través de todos los cambios físicos, sino que es el genio rector que imparte continuamente órdenes a su compañero mortal y lo dota de las facultades que hacen de él un hombre. Huxley dijo que el cuerpo del hombre era como una fuente, o mejor, un surtidor de agua, que mantiene su identidad de forma, pero cuyas partículas no son las mismas ni siquiera durante algunos segundos, lo que hemos querido representar en la [FIG56B](#).

Otro modo de encarar este asunto consiste en examinar la naturaleza esencial y, a la vez, la actuación de lo que es material y de lo que es espiritual, comparándolas entre sí. A fin de facilitar esta comparación, en la [Fig57](#) se han colocado lado a lado las propiedades de una célula y las de un ser humano. La célula ([FIG57A](#)) absorbe oxígeno, edifica protoplasma a base del alimento que recibe; elige, del medio que la circunda, los elementos necesarios para su funcionamiento y coopera con otras células para construir la maravillosa estructura que es el cuerpo físico.

El hombre ([FIG57B](#)), a la vez que se aprovecha de las facultades de las células de que está compuesto, persigue otros muy distintos fines ya que, en general, las actividades de las células se han hecho, para su conciencia, involuntarias y hasta inconscientes. Al ser humano, como tal, no le interesa absorber oxígeno, sino que está empeñado en adquirir conocimiento por medio de la experiencia; en vez de dedicar su atención a construir protoplasma especializado, a base del alimento que ha tomado, se dedica a obtener sabiduría, a base del conocimiento que ha adquirido y de las numerosas experiencias por las cuales pasa o que provoca voluntariamente.



 <p>UNA CELULA ES CAPAZ DE.....</p>	 <p>UN HOMBRE ES CAPAZ DE.....</p>
<ol style="list-style-type: none"> 1 Absorber Oxigeno 2 Crear Protoplasma del Alimento 3 Seleccionar del medio ambiente los Elementos Quimicos que necesita 4 Realizar las Adaptaciones fisicas que le sean beneficiosas 5 Construir Formas Orgánicas cada vez más complejas coordinando su acción con otras celulas <p style="text-align: right;">A</p>	<ol style="list-style-type: none"> 1 Obtener Experiencia 2 Desarrollar Sabiduria del Conocimiento 3 Escojer su medio ambiente y Controlar sus reacciones a aquel 4 Adaptarse Mentalmente a su medio ambiente en forma beneficiosa 5 Construir Organismos Sociales cada vez mas inclusivos por el desarrollo de la armonía Mental y Espiritual <p style="text-align: right;">B</p>
<p>COMPARACION ENTRE la CELULA y el HOMBRE</p>	

FIG. 57

Su interés por el medio ambiente no se canaliza hacia los procesos de selecciones y rechazos de carácter químico, sino a escoger su medio circundante general y a regir sus propias reacciones emotivas y mentales frente a dicho medio. En vez de empeñarse en efectuar dentro de su propio cuerpo adaptaciones físicas a las circunstancias externas, se dedica a condicionar su mente y sus sentimientos a fin de armonizarse con dichas circunstancias, modificándolas en lo que cabe, a fin de vivir con el mayor grado posible de comodidad y de felicidad. Más que preocuparse en mejorar detalles de su estructura corporal, el hombre va desarrollando gradualmente instituciones de tipo social, religioso o cultural, en las que pueda juntarse con sus semejantes en armonía mental o espiritual, animado de la esperanza, que cada vez alienta con mayor fuerza en las mentes de muchos seres humanos, de juntar finalmente a toda la humanidad en una Unidad Espiritual.

Hay muchos investigadores que aseguran conocer como hechos susceptibles de su observación directa todas estas ideas sobre el hombre y sus cuerpos que aquí hemos presentado, tomándolas de obras teosóficas modernas. Pero, aun cuando no seamos capaces de ampliar nuestra conciencia hasta ese punto, sí podemos todos estudiar estas ideas, analizándolas a la luz de la razón —el mayor de los dones que Dios ha otorgado a la humanidad— y, especialmente, compararlas con el concepto mantenido por los materialistas, a saber: que todas las expresiones humanas de amor y de odio, de valor y cobardía, de inspiración y depresión, que todas las múltiples manifestaciones del genio que gradualmente está conquistando el Universo mismo, y que a lo largo de millones y millones de años viene realizando, una tras otras, interminable serie de hazañas portentosas, surgieron absolutamente sin origen y sin guía, en virtud de una repetición infinita de simples casualidades, y partiendo de unos veinte simples elementos químicos, de los cuales esos mismos seres humanos que defienden tan inaceptable punto de vista no han logrado jamás extraer más que pura y simple *energía* física de un tipo y otro.

CAPITULO VIII

LA ESENCIA ELEMENTAL Y LOS REINOS ELEMENTALES

La que llamamos esencia elemental es materia viviente de los mundos mental superior, mental inferior y astral, es decir, de los tres mundos inmediatamente superiores al mundo físico en cuanto a la calidad más sutil de sus respectivas materias. Es aquella parte de la sustancia original de dichos cuerpos creados por la Primera Emanación de la divina energía creadora, sobre la cual ha actuado ya también la energía de la Segunda Emanación y que, por lo tanto, es susceptible de ser modelada en formas vivas. Y, efectivamente, de ella se han producido todas las cosas vivas que pueblan dichos mundos. De ella dice C. W. Leadbeater, en su obra *La vida Interna*, (capítulo *El pensamiento y la esencia Elemental*):

La evolución de la esencia elemental consiste en acostumbrarse a responder a toda posible modalidad de vibración... hasta llegar a una etapa evolutiva en que todas las partículas de esencia elemental puedan fácilmente responder en cualquier momento a toda posible modalidad vibratoria, lo cual será la consumación de su evolución.

En cada uno de los mundos que hemos citado, la esencia elemental está siendo sometida a ese proceso, y está produciendo una inmensa variedad de cosas vivas, ya que existe en cada una de las subdivisiones moleculares de la materia de cada uno de dichos mundos; y, además, muestra la modificación correspondiente a los siete tipos básicos de materia atómica y a las subsiguientes innumerables subdivisiones de estos tipos. En cada uno de estos tres mundos –astral, mental inferior y mental superior- se destacan dos tipos o grupos de formas vivientes, que anteriormente mencionamos, pero que, como ahora se verá, reaccionan una sobre otra de un modo que reviste gran importancia para cada uno de nosotros. Sin este conocimiento, no podría, en verdad, ponerse freno a los impulsos básicos que surgen en nuestros cuerpos; pero dotados de este conocimiento, podemos comprender qué es lo que sucede en nosotros, y gracias a esta comprensión, actuar según creamos que más nos convenga.

El primero de estos grupos está compuesto por las numerosas formas que constituyen el reino elemental, o sea, por los que se llaman “elementales” y de los cuales ya se ha hecho mención. Se hallan en el sendero involutivo, penetran en estados de materia cada vez más densa, buscando siempre sustancias “inferiores” por ser más densas, más groseras y más duraderas para utilizarlas construyendo en ellas sus formas. Este proceso se realiza en los mundos mental superior, mental inferior y astral, es decir, en regiones de materia cada vez más densa; en ellos involucionan los que llamamos primero, segundo y tercer reino elemental. Del tercer reino elemental, pasa la vida –como hemos visto en la [Fig36](#)- al reino mineral, donde se halla encerrada en las formas más densas y resistentes y donde se encuentra, por lo tanto, en el nadir de su expresión. Desde ese punto extremo, la vida empieza a dirigirse, como si dijéramos, hacia arriba, empieza a *evolucionar* y, como lo muestra esa misma [Fig36](#), va “ascendiendo” a través de mundos más y más sutiles. Y esto nos lleva al segundo grupo o tipo, formado por los cuerpos astrales, mentales y causales de la humanidad y también, en menor grado, por los cuerpos sutiles de las criaturas vegetales y animales.

Estos diversos cuerpos están formados de distintas clases de esencia elemental, lo mismo que los miembros de los reinos elementales; pero, al revés de éstos, los cuerpos del hombre están *evolucionando* y la vida que lo anima –aún aparte de su esencia superior, que es el hombre verdadero- ha ascendido ya a través de los reinos mineral, vegetal y animal ([LáminaI](#)), en tanto que la vida que anima a las formas elementales está *involucionando*. Debe el lector darse plena cuenta de que los diversos colores que se señalan en los cuerpos del hombre corresponden a los diferentes tipos de materia elemental que han sido atraídos a formar parte de aquellos cuerpos ([LáminaII](#) Apartado A). En respuesta a los pensamientos y las emociones que han surgido en la conciencia del morador de esos cuerpos y que pueden ser buenos o malos. Ya se explicó que cada emoción o pensamiento deja al cuerpo correspondiente un poquito mejor o peor, según sea el caso; pero, en general, los cuerpos van mejorando a medida que pasa el tiempo, por el hecho de que la vida que en ellos mora se encuentra en el arco *evolutivo*.

La relación existente entre los dos tipos de entidades que forman estos dos grandes grupos que pueblan los mundos mental inferior y astral nos lleva a tratar el problema del autodomínio o dominio de sí. Pero estas expresiones podrían inducir a error: porque el “sí” es el Yo, el hombre verdadero e inmortal y ¿cómo podría el Yo dominar al yo, ni para qué sería preciso dominar al Yo, que es el Hombre Divino, la Mónada, la chispa de la Divinidad? La expresión exacta sería: “Dominio de los cuerpos por el Yo”. Uno de los deberes más importantes que nos incumben, como seres humanos en evolución hacia la plena manifestación de nuestras potencialidades divinas, consiste en establecer dominio cada vez más pleno sobre nuestros cuerpos –recordemos siempre que no tenemos uno sino varios- porque éstos son cosas vivas que, por lo tanto, pueden reaccionar siguiendo sus propios impulsos. Deberíamos adiestrar a nuestros cuerpos para que en todos los momentos obedezcan a nuestros mandatos. Ya vimos ilustrado en la [LáminaII](#) el hecho de que la depresión, el miedo y la ira con todas sus malas consecuencias, son producto del fracaso del Yo en cuanto a dominar al cuerpo astral ante los estímulos de las circunstancias externas. Y quedó señalado también que cada uno de estos indeseables, aunque de carácter temporal, deja en dicho cuerpo un ligero cambio, de índole permanente, dado que la violencia de la emoción atrae a aquél un tanto de esencia elemental de la cualidad adecuada para expresar dicha emoción, y cuando el cuerpo astral vuelve a su estado normal, queda incorporado permanentemente a él algo de dicha esencia.

Pero aquí se nos plantea un problema: ¿Por qué habríamos de ser víctimas de tan perjudiciales estallidos emotivos –y lo mismo cabría decir de los malos pensamientos- a pesar de que tantas veces luchamos con resuelta determinación contra ellos? La respuesta a esta intrigadora pregunta reside en la comprensión de las actividades de la materia elemental. Si no dominamos bien nuestros cuerpos pueden muy bien ser –y a menudo serán- presa de alguna fuerza elemental que se halle próxima ([Fig58](#)). Y aquí se nos presenta el factor más importante: *las formas elementales, movidas por el universal instinto de conservación, están siempre tratando de prolongar su existencia como cosas vivientes y separadas, lo que logran albergándose en una forma humana, la cual puede vitalizarlas con una fuerza, con una violencia y una profundidad que no puede igualar ninguna otra forma viva.* Un estallido de cólera o un ataque de depresión en el cuerpo astral de un ser humano, como reacción ante alguna circunstancia externa, el deseo de venganza que impulsa a devolver golpe por golpe, el odio como respuesta al daño recibido, son otras tantas reacciones que se producen porque el Yo ha perdido, por el momento, su dominio sobre el vehículo astral, lo cual deja a éste a merced de algún elemental, que será impulsado por acción magnética puesto que es de la misma índole del original estallido emotivo- y lo magnificará, lo multiplicará ampliamente, con intensísimo deleite ya que, dado que se encuentra en el arco involutivo, es decir, como su impulso es siempre hacia lo más y más denso, se goza, y muy intensamente, en la violencia emotiva. No cabe duda que esto ha sido experiencia propia para todos y cada uno de nosotros. Nos consta que luchamos contra aquella fuerza, con lo que se hacía patente que no realmente nuestra, procedente de nuestro YO, y sin embargo nos entregamos, como a un elemento extraño que nos invadía, a aquella satisfacción

instintiva de la vida elemental que se gozaba precisamente en aquello contra lo que habíamos tratado de resistir.

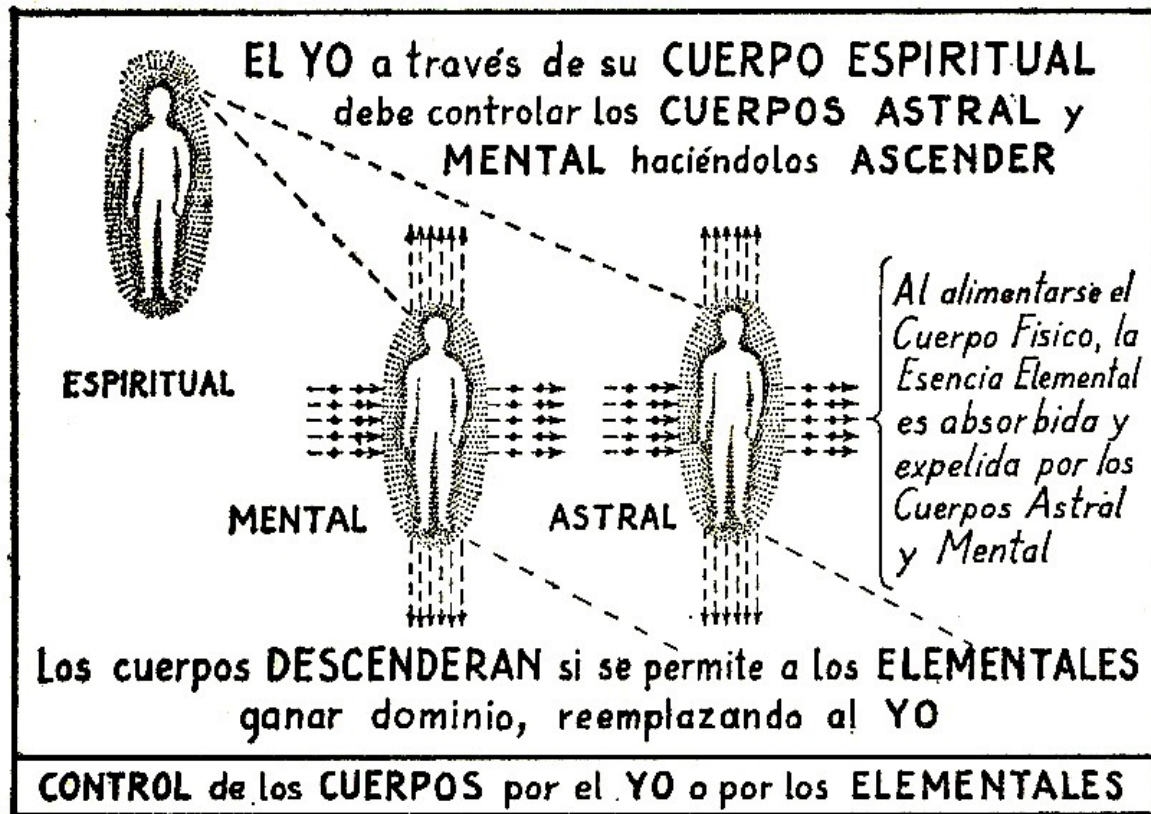


FIG. 58

Otro hecho que conviene tener presente es que todos nuestros cuerpos inferiores –físico, astral y mental inferior- son inestables en cuanto a sus componentes materiales se refiere. En lo concerniente al cuerpo físico, ya se demostró gráficamente en la [Fig56](#); pero la [Fig58](#) indica que lo mismo sucede con los cuerpos astral y mental. Y en este hecho reside la posibilidad de mejoramiento de todos ellos ya que, mediante la selección y la purificación, podemos hacerlos sanos, fuertes y eficientes, es decir, convertirlos en elementos cada vez más valiosos de conciencia y de actividad. Lo mismo que el cuerpo físico se renueva y puede mejorarse mediante el alimento, el agua y el aire, así también los cuerpos astral y mental están continuamente absorbiendo esencia elemental –a la que podemos considerar la sustancia orgánica de sus mundos respectivos- con ese mismo propósito de renovación. Así, nuestro propósito de lograr nobleza de carácter, pureza de emociones, capacidad mental, se traducirá en un mejoramiento correspondiente de nuestros cuerpos astral y mental, ya que la persistencia de aquellos intentos atraerá a nosotros los tipos más elevados de materia elemental astral y mental, únicos capaces de darle expresión, y, a la vez, irá siendo expulsada la materia de tipo inferior. Recordemos, pues, que nuestros cuerpos están cambiando continuamente, para bien o para mal.

Tema es éste sumamente vasto, del que nos falta mucho por esclarecer; pero el conocimiento de estos principios básicos nos capacitará para formular y practicar los métodos de aplicación de dichos principios que nos sean más convenientes. Muchos de los estados anormales de la naturaleza mental y emotiva del ser humano, de las psicosis y neurosis que padece, pueden muy bien explicarse a la luz de esta relación entre el reino humano y los reinos elementales. Otro elemento

que arroja muchísima luz sobre estos problemas será estudiado más adelante, cuando hablemos de “reencarnación”.

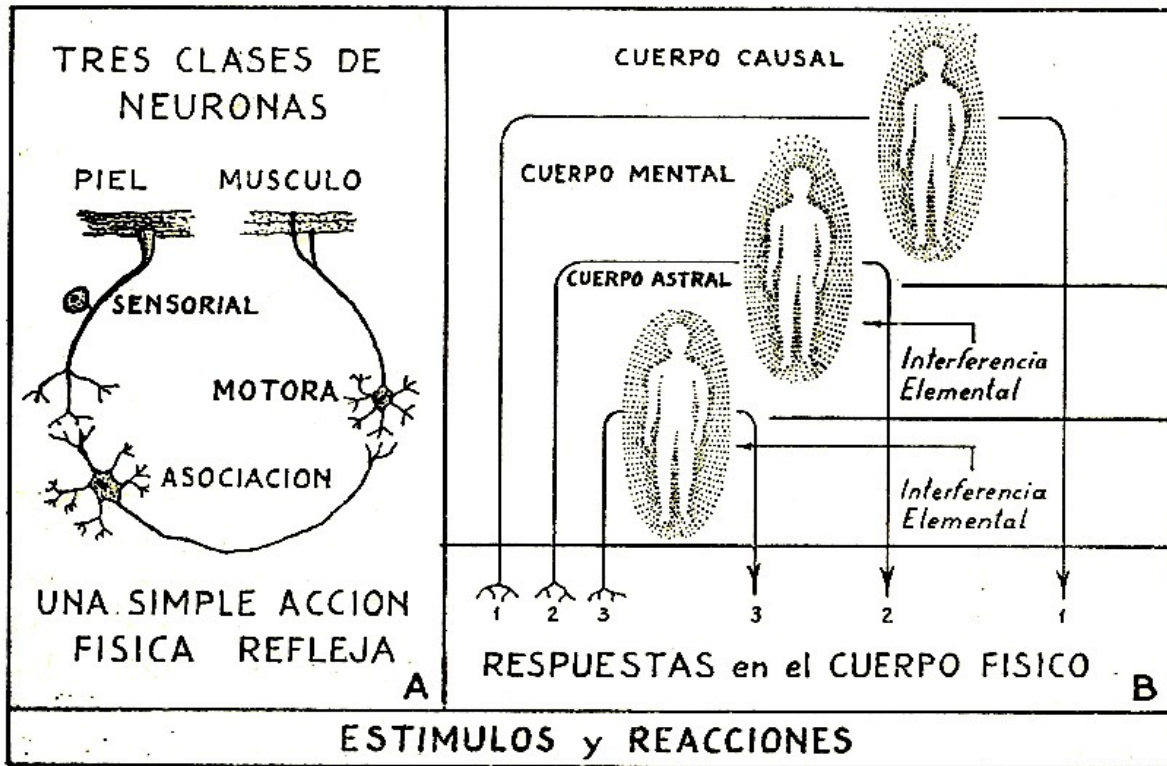


FIG. 59

La [Fig59](#) muestra otro canal de expresión de estas ideas. Muchos de nuestros actos corporales son automáticos. Una neurona sensitiva recibe un estímulo y en ella se produce una reacción inmediata, en que no interviene la voluntad; por ejemplo, si la mano toca inadvertidamente el fuego, se retira en virtud de contracciones musculares que no fueron ordenadas por la mente consciente. La [FIG59A](#) muestra el camino que sigue una serie de actos de ese tipo por los canales nerviosos del cuerpo. Comprende tres clases de neuronas o células nerviosas: una neurona sensitiva lleva los impulsos nerviosos desde la piel hasta la neurona asociativa y de ésta, directamente, a la neurona motriz, que impulsa los movimientos musculares necesarios, sin que intervenga ninguna orden consciente. Aunque las neuronas no están en contacto directo unas con otras, los impulsos nerviosos salvan los huecos existentes entre ellas, y la reacción es casi instantánea. Otros estímulos de diferentes clases aparecen en la [FIG59B](#). Por medio de las neuronas sensitivas y de los centros nerviosos del cuerpo físico, penetran en el cuerpo astral y suscitan una reacción emotiva; el estado emotivo resultante de ello, continuando el proceso a la inversa, pondrá en actividad las neuronas motoras del cuerpo físico, y así la expresión final consistirá en un acto. Si la acción y la reacción se realizan en un terreno donde las emociones se utilizan como es debido, todo saldrá bien; pero si la reacción se produce con carencia de dominio emotivo, habrá interferencia elemental, con resultados poco deseables. En ese mismo apartado B se observará que otros estímulos pasan a través del cuerpo astral hasta el cuerpo mental, y la reacción se produce desde este otro nivel y también con resultados malos o buenos, según haya o no interferencia del elemental. Pero el único circuito de acción y reacción realmente completo y efectivo se realiza cuando el estímulo sensorial penetra a través del cuerpo astral y del cuerpo mental, hasta alcanzar al Yo dentro de su cuerpo causal en el

mundo mental superior, y es el propio Yo el que inicia la reacción mejor, llevándola a la práctica mediante el vehículo o vehículos adecuados ([FIG59_1](#)). Cuando el hombre aprende a actuar, en todos los mundos de expresión desde el centro de su círculo, donde reside su Yo verdadero, haciendo de éste la fuerza motivadora que inspire toda acción, pensamiento y sentimiento, y el dueño y señor de los cuerpos que actúan a su servicio, entonces avanzará rápidamente por el sendero de su evolución.

En la Sección Tercera de esta obra, echamos una ojeada sobre el campo de la evolución, desde lo pequeño hasta lo grande y revisamos la historia del devenir de la Tierra, como preparación para los magnos acontecimientos que habrían de venir. Vimos lo minúsculo y lo enorme, abarcando casi desde una infinitud hasta otra infinitud. Y así obtuvimos algún vislumbre de la ilusión del espacio, si se considera a éste como limitado por dimensiones o medio en términos de tamaño. Porque no puede haber nada grande ni pequeño, sino para la conciencia que así los percibe.

En esta Sección Cuarta hemos seguido paso a paso los senderos del origen del cuerpo humano, hundiéndonos a través de eones de tiempo hasta llegar a las células primitivas que flotaban como espuma en la superficie de los mares de una tierra estéril todavía, hace muchísimos millones de años. Y, al mismo tiempo, recordamos que hay fenómenos físicos que se repiten millones de veces por segundo. Volvimos aquí a pasar casi de un infinito a otro infinito; pero ahora en términos de tiempo. Y, también en este caso, hemos tenido que tomar en cuenta que limitar el tiempo a las medidas de instrumentos inventados por la inteligencia humana nos crea exclusivamente, de la conciencia que así las mide al percibir las.

Hemos seguido, pues, la impresionante historia de la Tierra hasta el advenimiento del Hombre: el Yo Divino ha establecido sus contactos con los diferentes cuerpos que lo sirven, y la evolución espiritual ocupará desde ahora el centro del vasto escenario en que se representa el Drama de la Vida. Hemos cruzado las llanuras, y ahora emprendemos el ascenso a las cimas.

Sección Cinco

**LA ILUSIÓN DEL YO
(COMO SEPARACIÓN)**

El alma incauta
que no logra trabar lucha con el burlón demonio de la ilusión
retornará a este mundo como esclavo de Mara...
Si a través de la Sala de la Sabiduría
quisieras alcanzar el Valle de la Beatitud,
discípulo, cierra bien tus sentidos a la tremenda gran herejía de la separatividad,
que te aparta de los demás.

(La Voz del Silencio - H. P. Blavatsky)

CAPÍTULO I

PISCOGÉNESIS

A la entrada de las Mónadas en sus vehículos inferiores se la conoce con el nombre de la “Tercera Emanación”. Procede del aspecto Espiritual de la Deidad, y es el tercer acontecimiento de capital importancia en la historia del mundo. La primera de las Emanaciones preparó la materia prima de que “todas las cosas fueron hechas”. La segunda construyó, con esa materia así dispuesta, miríadas y miríadas de formas, todas adecuadas a su fines, maravillas de adecuación y de belleza, todas animadas por la Vida Divina. La Tercera trajo Yoes Divinos e Inmortales a habitar en cuerpos mortales, después que se hubo producido la forma humana con sus debidos eslabones psíquicos internos. Llegados a este punto, todos los lectores deberían ser capaces de percibir, con toda claridad, que la conciencia fundamental de cada uno de nosotros es el Verdadero Hombre, sea cual fuere el nombre que le demos. Es, y será por siempre, el Yo. Para hallar camino seguro por entre las numerosas dificultades e ilusiones de la vida, debiéramos no perder nunca de vista este hecho fundamental, que en una antiquísima escritura sagrada se expresa en estas palabras: “YO SOY ESE SÉR, ESE SÉR SOY YO”.

La Fig. 60 ilustra gráficamente este hecho, porque en ella vemos al Ser, al Yo, representado como el elemento central, y en torno suyo todos los cuerpos que lo rodean, como círculos concéntricos. Él es el centro único de todos: cada uno de estos cuerpos es un instrumento que le permitirá ser consciente de los diferentes mundos “inferiores” al suyo propio y también un vehículo mediante el cual le será posible expresar en dichos mundos sus diversas facultades. Al Yo se le representa con las palabras “YO SOY”, porque esta expresión es la esencia misma de su existencia; lo rodea todos sus cuerpos, cada uno de los cuales –recordémoslo siempre- es una cosa viva, con su conciencia propia. La conciencia colectiva de todos estos cuerpos opera dentro de la conciencia del Yo, y para que el Yo se conozca a Sí Mismo, vívidamente, como tal Yo, debe haber llegado a ser capaz de examinar objetivamente la conciencia y las actividades de cada uno de ellos y de conocerlos a todos por lo que realmente son: El Yo posee –o poseerá durante el curso de su evolución superior- un cuerpo átomico, uno búdico, y otro casual, mediante los cuales expresará sus facultades propias, que son Voluntad, Amor y Conocimiento, aunque en el actual nivel de evolución de la humanidad todas estas facultades superiores solamente hallan expresión, en general, a través del cuerpo causal. Además, ya hemos visto que posee el hombre, formando lo que se llama su “personalidad”, un cuerpo mental, uno astral y otro físico, mediante los cuales puede pensar, sentir y actuar. Estos tres últimos cuerpos son mortales, es decir, que nacen y mueren cada vez que el hombre verdadero retorna una vez más a los mundos inferiores; en cambio, los cuerpos superiores son inmortales, en el sentido que siguen siendo los mismos, aunque creciendo y desarrollándose a través de todas las encarnaciones del hombre. Pero hay que tener en cuenta que a través de las experiencias y reacciones pasajeras de esos cuerpos temporales, mortales, es cómo despiertan y crecen las tres cualidades o facultades básicas del Yo. Si se observan las tres líneas de puntos que aparecen, a la derecha, en la parte inferior de la [Fig60](#), se verá que el hecho de pensar produce la adquisición del conocimiento, el hecho de sentir despierta gradualmente el amor y las experiencias y actividades del cuerpo físico, con las dificultades que presenta, evocan el poder de la voluntad, para superar los obstáculos y para expresar las facultades del Yo en la acción física. Así vemos que los fugaces pensamientos, las emociones pasajeras y las numerosas actividades físicas, todo eso que en nuestra vida, tarde o temprano desaparece, es lo que va despertando en el Yo las facultades divinas de Conocimiento, Amor y Voluntad, que en él se hallaban latentes y que, una vez desarrolladas no

perderemos jamás. Porque el Yo es divino, y estas facultades superiores no le llegan de afuera; ninguna actividad externa agrega ninguna facultad al Yo, sino que proceden de la Divinidad potencial que él lleva en sí. Digámoslo con las palabras de Sri Krishna: "Yo soy el Yo, asentado en el corazón de todos los Seres".

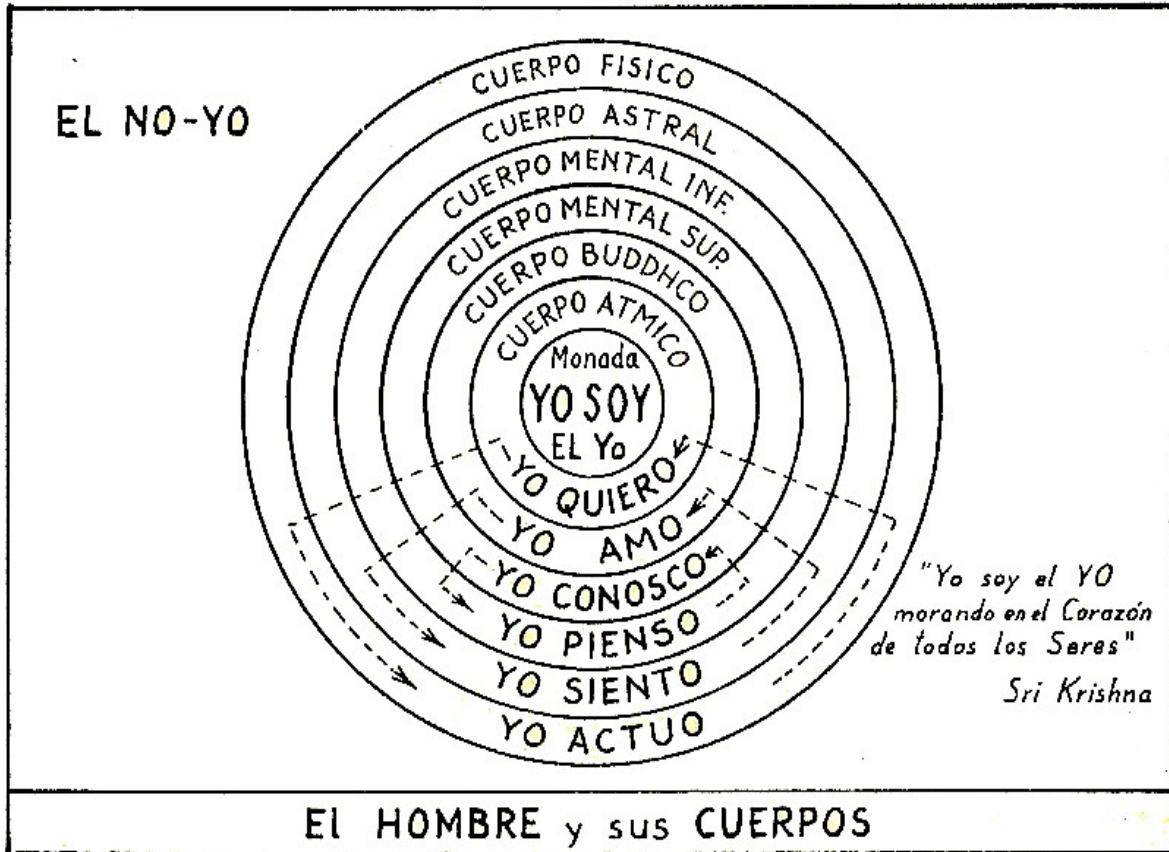


FIG. 60

Pero ¡cuidado! Todos los cuerpos, a su vez, querrán afirmar que cada uno de ellos es el Yo. Y en este hecho reside una de las mayores dificultades que se yerguen ante el hombre que trata de comprender cuál es su naturaleza verdadera. Confundirá sus impulsos corporales con los que le son realmente propios, y tiene que aprender a diferenciar entre unos y otros, que es uno de los primeros pasos para discernir entre lo verdadero y lo falso. Es de sobra sabido que para muchísimas gentes su cuerpo físico es su Yo: creen que su vida comenzó al nacer, y que todo terminará para ellos al morir su cuerpo físico. ¡Qué extraño que conociendo las maravillas del mundo como las conoce el hombre de hoy, haya tantos que piensen que el creador de tantas maravillas pueda estar, al mismo tiempo, tan desprovisto de razón como para dotar de existencia tan efímera a la maravilla que es el ser humano! Hay muchísimos otros para quienes los sentimientos son el Yo; sus deseos, sus emociones son el centro en torno del cual gira toda su vida. Y hay otros que viven en su mente: ésta es, para ellos, la realidad fundamental. Y el hombre se deja engañar por ilusiones aun más sutiles: la Razón, el Amor, la Voluntad pueden llegar a ser, para él, la aparente realidad suprema, más allá de la cual no hay nada. Es que éstas con las facultades que posee el Yo, pero no son el Yo. Cada una de estas facultades es, como si dijéramos, un yo que deriva su existencia de algún aspecto que es separatividad, aunque a veces se revista de asombrosas sutilezas y aún de aparente sabiduría y belleza. Pero cuando el Yo llega a percibirse vívidamente como Yo, la percepción de esa realidad le

trae consigo una comprensión plena de que es, en esencia y de hecho, parte del Yo Único, que es la Realidad que lleva dentro todo ser humano.

Observando de nuevo la Fig. 60 vemos que, además de las líneas fragmentadas que ascienden en la parte derecha del dibujo, hay otras líneas análogas a la izquierda, pero que éstas se dirigen hacia abajo. Ellas indican el hecho de que las facultades y cualidades que se van desarrollando en el Yo gracias a las experiencias, más o menos pasajeras, de sus personalidades están siempre disponibles para que el hombre las use en diversas actividades creadoras en los mundos en que piensa, siente y actúa, así como forman también el trasfondo que servirá para juzgar cada experiencia nueva. Pero, con excesiva frecuencia, provoca una reacción del cuerpo astral o mental, o de ambos conjuntamente (Véase la [FIG59B_2y3](#)), que impide, total o parcialmente, el contacto de dicha experiencia con el Yo, que podría aconsejar una respuesta más sabia, mejor adecuada a la experiencia, porque en él se acumula el recuerdo de innumerables experiencias anteriores, recibidas en otras encarnaciones, y no juzgará de acuerdo con aquella única a la que los cuerpos inferiores han reaccionado. Con frecuencia, la voz del Yo nos habla entre el estruendo mundanal, externo e interno: se le da el nombre de “conciencia”, la conciencia moral que nos dice lo que debemos hacer o no hacer. Mas, por desdicha, ese estruendo nos impide oírlo o, si la oímos, las pasiones nos arrastran o la mente nos engaña con falsos argumentos y no hacemos caso a la Voz del Yo. La práctica de la meditación regular y asidua es una de las mejores oportunidades que se le ofrecen a la humanidad para su progreso, porque su efecto principal consiste en ensanchar el canal entre el Yo y los vehículos inferiores del hombre, posibilitando que las facultades, mucho mayores, de la Tríada Superior se expresen a través de la inferior, transformando así completamente la vida del hombre en su actuación en estos mundos. Solamente aquellos que han logrado a plenitud esta identificación pueden decir con verdad: “Mi Padre y yo somos uno”.

Un antiguo comentario oculto dice que el hombre es, en cualquier lugar del Universo, el ser en quien lo más alto del espíritu y lo más bajo de la materia se hallan unidos por medio de la mente. En la [Fig48](#) puede verse lo exactamente que esta descripción concuerda con la constitución del hombre tal como nos la enseñan estos estudios. La gran cruz que ocupa el lugar central del dibujo nos cuenta gráficamente esa misma historia, y aquellos que aceptan la simbología cristiana verán también, ahí, el símbolo del Espíritu crucificado sobre la cruz de la Materia. En vez de la conciencia de masa del alma grupal, vemos ahora, en el hombre, la autoconciencia, la conciencia de sí, porque ahora ya el Yo Divino está ligado a los vehículos de conciencia pertenecientes a los planos más densos y actúa por ellos, a través de ellos.

Se dice mucho, en la época moderna, que el hombre, todo el hombre, ha evolucionado a través de los reinos subhumanos y que, como hombre ha surgido evolucionando de los mamíferos superiores. Este concepto se basa en un error, en una interpretación equivocada que ya los lectores de esta obra están en condiciones de discernir claramente: *el hombre es un ser espiritual que entró en la manifestación, según acabamos de ver en este mismo capítulo, procedente de los mundos espirituales* (Véase la [Fig61](#)). La tríada inferior que, como ya hemos visto, tiene por núcleo tres átomos permanentes –físico, astral y mental- para lograr y mantener contacto con los tres mundos inferiores o más densos, es la que ha pasado muchísimo tiempo de preparación para su importante existencia futura, en las almas grupales –mineral, vegetal y animal, con sus ramificaciones-. Y esto es lo único que hay de cierto en ese concepto de que el hombre procede de los animales. *Pero la Mónada –que es el hombre verdadero, el hombre en sí- no tuvo durante todo ese tiempo nexos conscientes con Su tríada inferior* mientras ésta atravesaba por todas esas experiencias. En esa [Fig61](#) vemos representado el despertar gradual de ciertas facultades en los tres núcleos atómicos que forman la tríada inferior a medida que habitan en las almas grupales de los distintos reinos subhumanos.

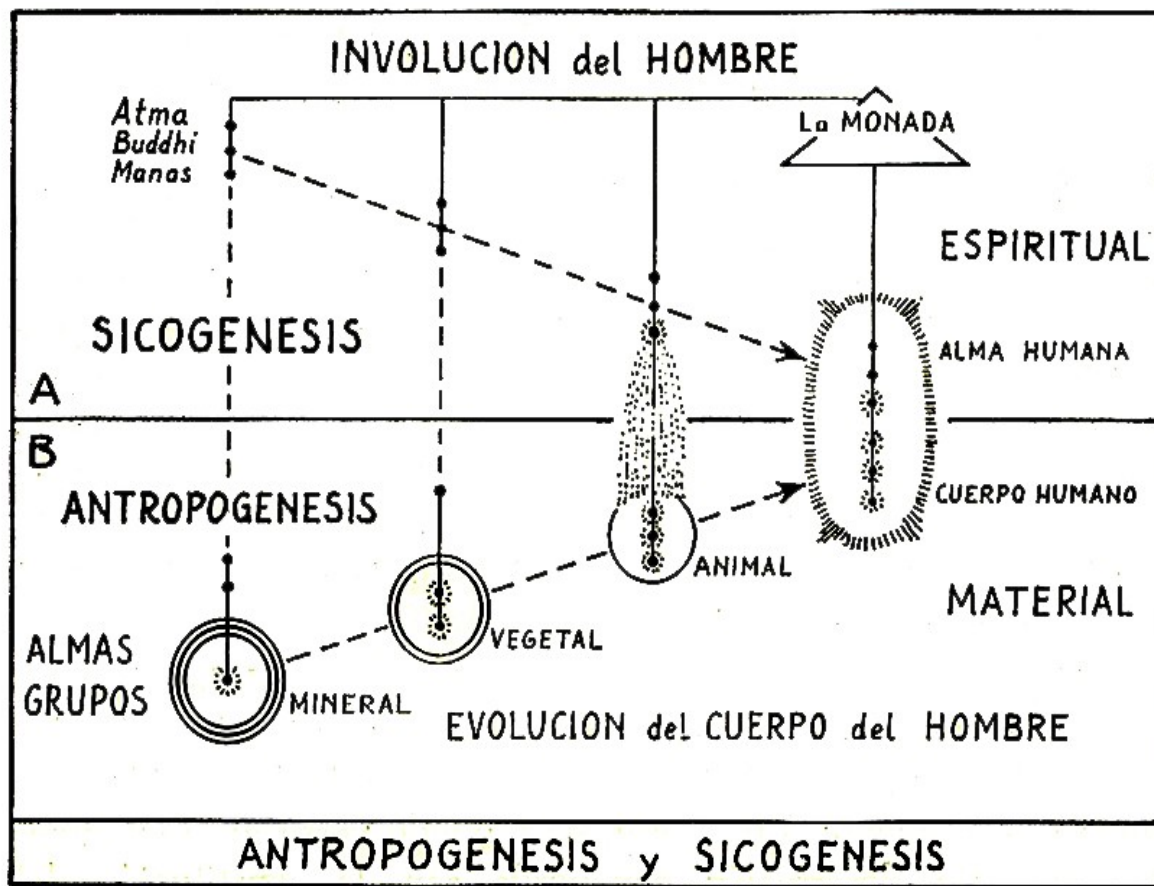


FIG. 61

Es evidente, pues, que es un error decir que nosotros, los seres humanos, hemos evolucionado a través de esos reinos: nuestros cuerpos inferiores, sí; pero nosotros, lo que somos realmente nosotros, no. Los reinos subhumanos tuvieron y tienen, gran importancia, en cuanto a que en ellos comenzaron a evolucionar los cuerpos que usa el hombre en los tres mundos inferiores. Pero aun cuando nosotros habitamos en ellos y los utilizamos, hasta el punto que sin ellos no podríamos continuar nuestra evolución, *nosotros no somos esos cuerpos*, ni ellos forman parte del verdadero ser humano; esos cuerpos son, sencillamente, instrumentos que estamos empleando durante algún tiempo. Al cuerpo físico, por ejemplo, el que absolutamente todos los seres humanos conocen y de cuya existencia no pueden dudar, lo utilizamos, como promedio, durante unos setenta años, en cada período de mil doscientos, también de promedio, que comprende el período que, en cada encarnación, pasamos en estos mundos. Y, aun dentro de esos setenta años lo abandonamos cada noche durante unas ocho horas, lo que reduce a poco más de cuarenta y cinco años el tiempo que pasamos efectivamente en él ¡por cada período vital de doce siglos!

En la parte derecha de la [Fig61](#) vemos a la Mónada "descendiendo" o involucionando dentro de la materia, por medio de la Tríada Superior, a la vez que sus futuros cuerpos inferiores van evolucionando según acabamos de mencionar. Al realizarse la individualización, estos dos distintos procesos se hacen uno, y el hombre posee al fin todos los vehículos necesarios para estar en contacto con los mundos inferiores y para despertar, mediante las experiencias que a través de ellos reciba, las facultades divinas que lleva latentes dentro de sí.

Dado que las Mónadas surgen a la manifestación a través de los siete Logoi de Cadenas Planetarias, pertenecen a siete tipos fundamentales que, en la vida física podemos clasificar, a

grandes rasgos, como el gobernante, el instructor, el filántropo, el artista, el hombre de ciencia, el devoto y el artífice: a estas divisiones se las llama generalmente “los Siete Rayos” (Fig35). También los siete tipos fundamentales de almas grupales, que se observan en el mundo mental proceden del mismo origen; aunque se subdividan en innumerables subtipos, conservan su identidad básica con esa división primaria y, así, al llegar a la cumbre de la evolución animal, aquélla se encuentra representada por los diferentes mamíferos superiores: el perro, el gato, el mono, el elefante, el caballo... La individualización juntará a las Mónadas de cada tipo –de cada Rayo- con sus respectivas tríadas inferiores que habrán sido condicionadas para el servicio futuro que habrán de rendir, dentro de las almas grupales que corresponden respectivamente, a cada tipo, a cada Rayo de la Mónada.

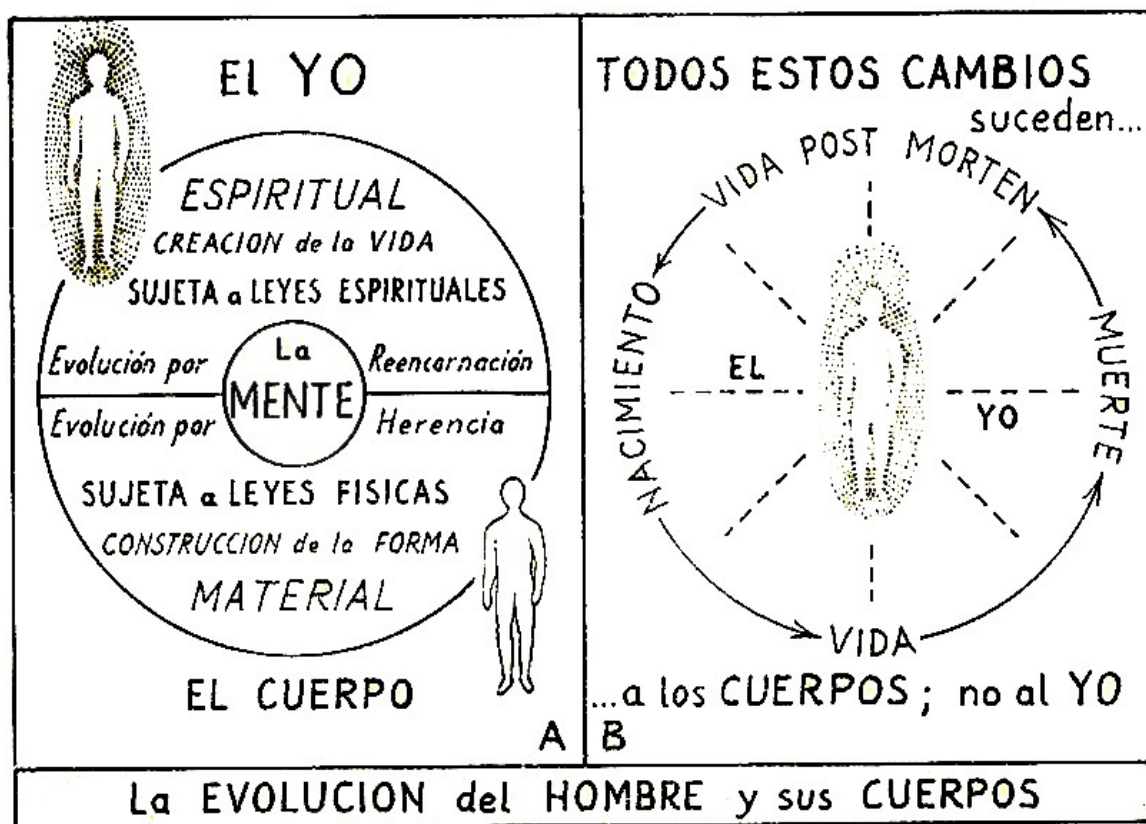


FIG. 62

La Fig62, en sus dos apartados, trata de demostrar gráficamente la diferencia que existe entre el hombre y sus cuerpos. El Yo es espiritual; los cuerpos son materiales. El Yo es creador de vida; los cuerpos son constructores de formas. El Yo está sujeto a la ley espiritual; los cuerpos a las leyes materiales. El Yo crece mediante las diferentes reencarnaciones en los mundos más densos; los cuerpos, mediante la actuación de las leyes de la herencia. Lo que uno a uno y otros es la mente. Aunque el Yo y sus cuerpos son fundamentalmente diferentes, uno y otros se ayudan mutuamente; porque el Yo evoluciona al vivir en formas físicas construidas por la vida celular, y la materia de que se compone todo el alimento que entra en el cuerpo evoluciona también gracias a este proceso; lo mismo sucede con el cuerpo astral y con el mental: sirven al Yo, pero la esencia elemental que absorben y que luego expelen también evolucionan mediante este proceso.

Una vez que se efectúa la individualización, la Mónada se verá hundida entre las ilusiones de los mundos materiales, de las que sólo podrá liberarse dominando dichas ilusiones, a medida que ese

mismo desafío constante despierte en ella sus facultades divinas; emprenderá, pues, una larga “jornada” a través de la materia, entrando por los portales del nacimiento para probar lo que es la vida terrenal, y al cruzar los opuestos portales, los portales de la muerte, sabrá que se vive después de morir (véase la parte derecha de la [Fig62](#)). Al principio, sólo le parecerá que nace, vive y muere; pero llegará a descubrir que estas cosas *no le sucede a ella*: no son sino cambios que ocurren en los cuerpos que ocupa, puesto que ella siempre existe, sin cambio alguno, lo mismo si sus cuerpos están dormidos o despiertos, vivos o muertos.

En un remotísimo pasado, tuvo la Mónada comienzo dentro de la conciencia de la Deidad Solar. Ahora su divinidad en latencia se hará divinidad en toda potencia y perfección.

CAPITULO II

REENCARNACIÓN

Probablemente no hay otro pensamiento que, por sí solo, pueda efectuar una revolución tan completa en el concepto que se forma el hombre de la vida como el de la reencarnación. Porque en vez de ver reducida su existencia al breve lapso de unos setenta años vividos sobre la Tierra, y luego... cuando más, una incógnita..., se abre ante la vista humana una amplísima perspectiva de existencia consciente que se extiende desde las brumosas regiones de un remotísimo pasado hasta un distante y siempre más grandioso futuro, para perderse en el esplendor sin límites de la gloria que habrá de coronar el esfuerzo final y magnífico de muchísimas vidas.

La investigación científica ha logrado penetrar en la primitiva historia de la humanidad, cuando ésta luchaba por obtener siquiera un firme punto de apoyo en el frío, abrupto y duro mundo que era esta Tierra hace millones de años. Ha puesto al desnudo, con abundancia de detalles, lo que era la existencia humana en esa época y ¿quién no se ha emocionado ante las hazañas de aquellos rudos y decididos precursores que se enfrentaron miles y miles de veces con los rigores de la Naturaleza, abriendo así el camino a otras generaciones más civilizadas, que somos la humanidad de hoy? Todos los frutos, los adelantos de que hoy gozamos nacen de los que supieron ganar aquellos desconocidos antepasados: los primitivos utensilios de piedra y de hierro que inventó aquel hombre apenas salido de las cavernas fueron los precursores de los finísimos instrumentos de acero cuya precisión utilizamos hoy; nuestros modernos medios de transporte, que rápidamente están haciendo de nuestro mundo una unidad, provienen de la simplísima carreta de bueyes en que el hombre de lejanísimos tiempos transportó las rudas cargas que sus brazos no alcanzaba a llevar; de las primitivas señales transmitidas mediante el fuego y el humo provienen nuestra radio, nuestra televisión, los medios modernísimos de comunicación que hoy hacen saber al mundo entero los acontecimientos casi en el mismo instante en que ocurre.

Pero si nos han conmovido profundamente los relatos de estas hazañas y todos los cuentos y leyendas que nos hablan de una humanidad sumida en las sombras del pasado, ¿cómo se multiplicaría mil veces nuestro interés si nos diéramos cuenta de que no se trata de hazañas de seres desaparecidos con el correr del tiempo, que sólo podemos considerar como antepasados remotos! ¡No! *¡Somos nosotros mismos los héroes de esas proezas, y esos relatos de antaño no son sino las aventuras de nuestro propio ser!* Sí: fuimos nosotros mismos quienes, al alborear la historia, luchamos con el mammoth, con el mastodonte y con el lanudo elefante primitivo; vivimos en cavernas y recorrimos amplios espacios abiertos; luchamos con los elementos, que no comprendíamos, y que hondamente nos impresionaban; cazamos y peleamos y creamos nuestras familias a la manera primitiva. Y, así, en un grupo tras otro, en una raza tras otra, vivimos y morimos; poco a poco, muy poco a poco, aumentaron nuestros conocimientos, y también muy lentamente, mejoraron nuestras condiciones de vida. Siglo tras siglo ha ido transcurriendo, y gradualmente hemos ascendido, dejando atrás los más bajos peldaños de la escala de la evolución humana, convirtiéndonos, poco a poco, de salvajes en seres más o menos civilizados, en mejores hombres y mujeres, y hemos dejado, estamos dejando, nuestra marca sobre el mundo. ¡Pero todo esto lo hemos hecho *nosotros mismos*, no una interminable sucesión de razas desaparecidas que nacieron sólo para perderse en el vacío!...

Debemos ahora dar un paso más. Si podemos darnos cuenta de que hemos estado íntimamente asociados con el pasado; que hemos, en gran parte, hecho el pasado, sólo nos queda, como consecuencia lógica, reconocer que igualmente tendremos una igual estrechísima relación con el futuro: nosotros haremos el futuro. El mundo que está por venir no será hecho por ni para una nueva humanidad aún no creada, sino por y para nosotros, los hombres de hoy, que vivimos en el pasado, que estamos viviendo ahora y que viviremos en el futuro. Ese mundo del futuro se está construyendo ahora; y nosotros, que tomamos parte en la construcción, viviremos en ese mundo que estamos contribuyendo a crear. Algunas religiones —especialmente la cristiana— enseña que el alma del hombre es creada en el momento del nacimiento y que al llegar la muerte, pasa ella a un lugar remoto, a recibir premio o castigo. La ciencia, a su vez, sostiene, en general, que las cualidades morales y espirituales del hombre proceden de sus padres, de sus antepasados, por medio de la herencia. Se considera que, de una manera no muy explicable, el carácter es producto de combinaciones químicas; se niega toda continuidad al individuo, sustituyéndola por la suposición de que todas las nuevas cualidades que haya desarrollado serán transmitidas a la raza. Estos puntos de vista no ofrecen incentivo alguno al esfuerzo individual, porque el futuro es cosa vaga, incierta, remota y, además, el individuo no tomará parte en él. En cambio, la comprensión de la reencarnación proporciona al hombre un punto de vista que liga al pasado con el presente y el futuro, haciendo de los tres una sola cosa; llena al hombre de esperanza y le ofrece un fuerte incentivo para la acción, y le inspira el más vivo deseo de beber con ansia las aguas del conocimiento, ya que todo cuanto de él logre acopiar será suyo para siempre.

La reencarnación es una doctrina que antaño era universalmente aceptada, pero que se perdió para el mundo occidental al ser condenada por la Iglesia Católica Romana a mediados del siglo sexto de nuestra era. Refiriéndose a su aceptación mundial y a la brillantez de su prosapia intelectual, E. D. Walker, psicólogo inglés, ha dicho en su obra *Reencarnación*, publicada hace algún tiempo en Londres por Rider & Co.:

Hubo un tiempo en que todo el mundo civilizado había abrazado la doctrina de la reencarnación, y había hallado en ella una respuesta completa al enigma del origen y el destino del hombre que la Vida plantea a todo viajero que ante ella cruza. Pero la rama occidental de la raza humana, al realizar la conquista material del mundo, ha logrado también, como compensación, el descontento que produce una filosofía materialista.

Aunque es rechazada, en general, en toda Europa y las Américas, la reencarnación, durante todos estos siglos hasta el presente, ha sido aceptada sin reservas por los pueblos que forman la gran mayoría de la humanidad. Desde los albores de la historia ha prevalecido entre la mayor parte del género humano, con incommovible intensidad de convicción, y ha conservado permanente dominio sobre todas las más poderosas naciones orientales. La antigua civilización egipcia, cuya grandiosidad no puede ser sobreestimada, había sido edificada sobre ésta que consideraba verdad fundamental, y que enseñó, como precioso secreto, a Pitágoras, Empedocles, Platón, Virgilio y Ovidio, quienes la esparcieron por Grecia e Italia.

Muchos filósofos, de gran hondura metafísica, tales como Scotus, Erigene, Kant, Schelling, Leibnitz, Schopenhauer y Fichte el joven, han sostenido la verdad de la reencarnación. Genios de noble simetría, tales como Giordano Bruno, Herder, Lassing y Goethe, la han propugnado. Hombres de ciencia como Flammarion, Figuier y Brewster la han defendido con empeño. Teólogos eminentes como Julius, Müller, Dorner, Ernesti, Ruckert y Edward Beecher la han sustentado. En las naturalezas exaltadamente intuitivas, como Boheme y Swedenborg. Su dominio es evidente: casi todos los místicos sufren su influencia. Por supuesto, la larga línea de los platónicos, desde Sócrates hasta Emerson, no tienen la menor duda de ella. Y casi todos los poetas la profesan.

En la época actual reina, sin ningún signo de decrepitud, sobre los birmanos, chinos, japoneses, tártaros, tibetanos y todas las naciones de las Indias Orientales, lo que incluye, por lo menos, a 750 millones de seres humanos... A través de todo el Oriente, es la gran doctrina fundamental, no mera superstición de las masas ignorantes. Es el principio fundamental de la metafísica hindú, la base de

todos los libros de altísima inspiración que esa filosofía ha dado al mundo. Una filosofía tan antigua, apoyada en la venerable autoridad de las edades, que ha dominado desde el comienzo de los tiempos la gran masa del pensamiento humano, atesorada, en alguna forma, por miembros de todas las grandes religiones es merecedora, ciertamente, del mayor respeto y estudio. Alguna gran realidad vital inspira una existencia tan estupenda como la suya.

Pero no ha de pensarse que la reencarnación sea un caso aislado, una peculiaridad de la raza humana. La gran ley de progresión cíclica actúa –y nosotros podemos verla actuar- en toda la Naturaleza. Examinemos algunas de sus manifestaciones en mayor escala antes de extendernos acerca de su aplicación específica al hombre.



En la [Lámina III](#) se reproducen dos fotografías: una representa la muerte y la otra los comienzos de la vida; ambas nos ofrecen escenas tomadas de los grandes espacios cósmicos. La nebulosa llamada del Cangrejo, que aparece a la izquierda, es resultado de la explosión de una estrella que repentinamente estalló el 4 de julio del año 1054, es decir hace más de novecientos años; desde entonces se ha ido expandiendo a razón de 1.000 Km. por segundo, hasta que ahora mide 9 millones de millones de kilómetros de extremo a extremo. Pero, a su debido tiempo se convertirá en algo semejante a la enorme masa negra que vemos en la fotografía de la derecha, que es lo que se llama “nebulosa negra” y, por su forma, ha recibido el nombre de “la Cabeza del Caballo”; las nubes negras que la forman son enormes agregados de polvo cósmico, y los astrónomos tienen pruebas que indican que este polvo es la “materia prima” de la que se forman nuevas estrellas. Desde las profundidades del espacio nos llega, pues, la prueba de que la vida nace de la muerte: allí, como cuenta el mito que sucediera en Heliópolis, renace el Fénix de las cenizas de su propio cuerpo muerto y consumido, para revestirse nuevamente de juventud y de belleza.

Ahora nos referiremos de nuevo a la [Fig30](#), donde aparecen ilustradas las siete cadenas planetarias. Ya se explicó que estas cadenas –de las cuales hay siete en nuestro Sistema Solar- están formadas por siete globos. Y ahora agregaremos que cada cadena pasa a través de siete encarnaciones revistiéndose gradualmente de materia más y más densa, y luego descartándola también gradualmente.

En la [Fig64](#) vemos ilustradas las siete encarnaciones a través de las cuales pasan los globos. El período completo de estas siete encarnaciones de una cadena se llama un “Esquema de Evolución”. Cada una de las cuatro primeras encarnaciones hace descender a toda la cadena a la etapa inmediatamente inferior, en que en la primera cadena, la sustancia más densa es el material mental inferior, en tanto que en la cuarta cadena hay tres globos de materia física. Las tres últimas cadenas repiten el proceso de las tres primeras, pero en orden inverso. En cada encarnación de una cadena, la oleada de vida pasa siete veces en torno de los globos; después de lo cual son destruidos, revitalizados por el Logos de Cadena Planetaria, y vueltos a formar para la próxima cadena, en la cual su materia más densa –y las otras clases de materia, en consecuencia- será de grado inmediatamente inferior o superior al que tuvo en la cadena anterior.

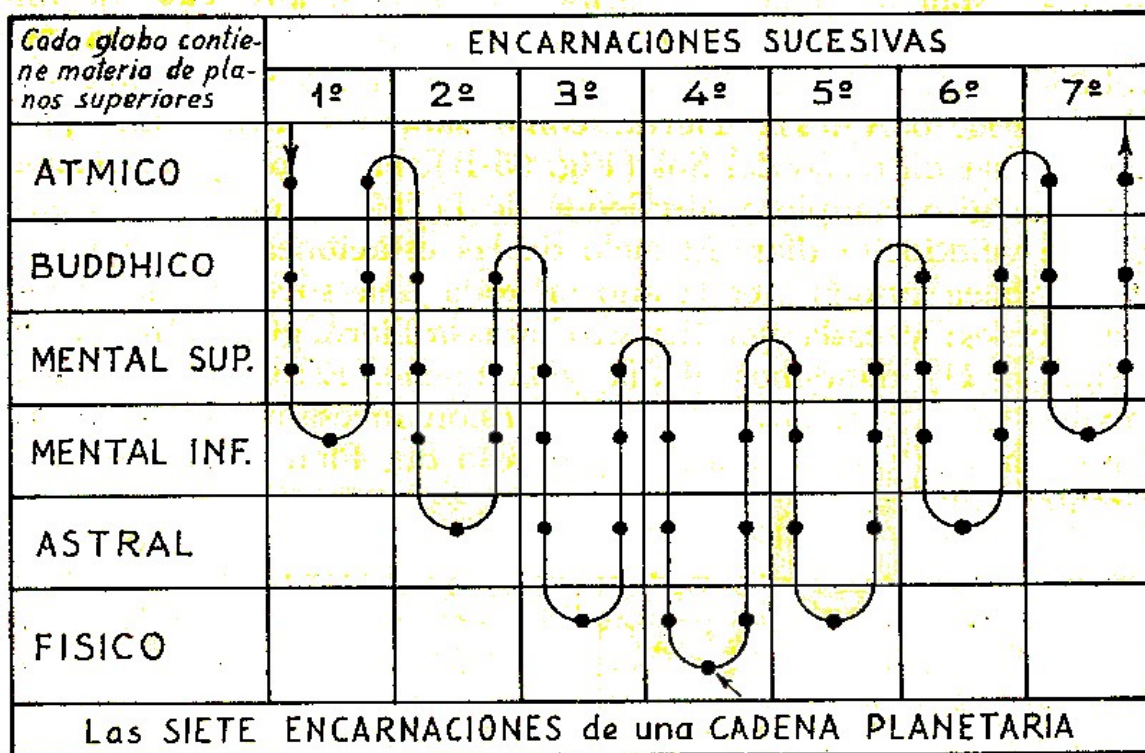


FIG. 64

Así vemos que también en los inmensos espacios del cosmos, entre las estrellas, se cumple la gran Ley de Reencarnación. Y dentro del Sistema Solar nuestro –y lo mismo sucederá en los demás- los Logos Planetarios siguen la misma ley de desarrollo cíclico.

Los ciclos naturales se observan por todas partes en todos los niveles de manifestación. Nuestro Sol –como ya dijimos- no es sino uno entre millones de soles que forman la galaxia que se ha llamado la Vía Láctea. Pero esa enorme galaxia no está quieta, porque todas las estrellas que la forman se están moviendo, en órbitas inmensas, alrededor de un centro común. Se calcula que nuestro Sol efectuará una revolución completa dentro de la galaxia en 200 millones de años ([FIG65A](#)). La Tierra, como sabemos, rinde una jornada anual en torno del Sol ([FIG65B](#)), en tanto que la Luna hace un giro completo alrededor de la Tierra en un mes lunar de veintiocho días. El

ciclo de las estaciones ([FIG65C](#)) se nos hace evidente cada año en toda una sucesión de acontecimientos: y cada veinticuatro horas la Tierra gira sobre su eje ([FIG65D](#)) dándonos el día y la noche. Estos ciclos, como muchos otros mantienen una sucesión incesante, como otros tantos latidos que marcan el progreso del Plan Divino en diferentes niveles.

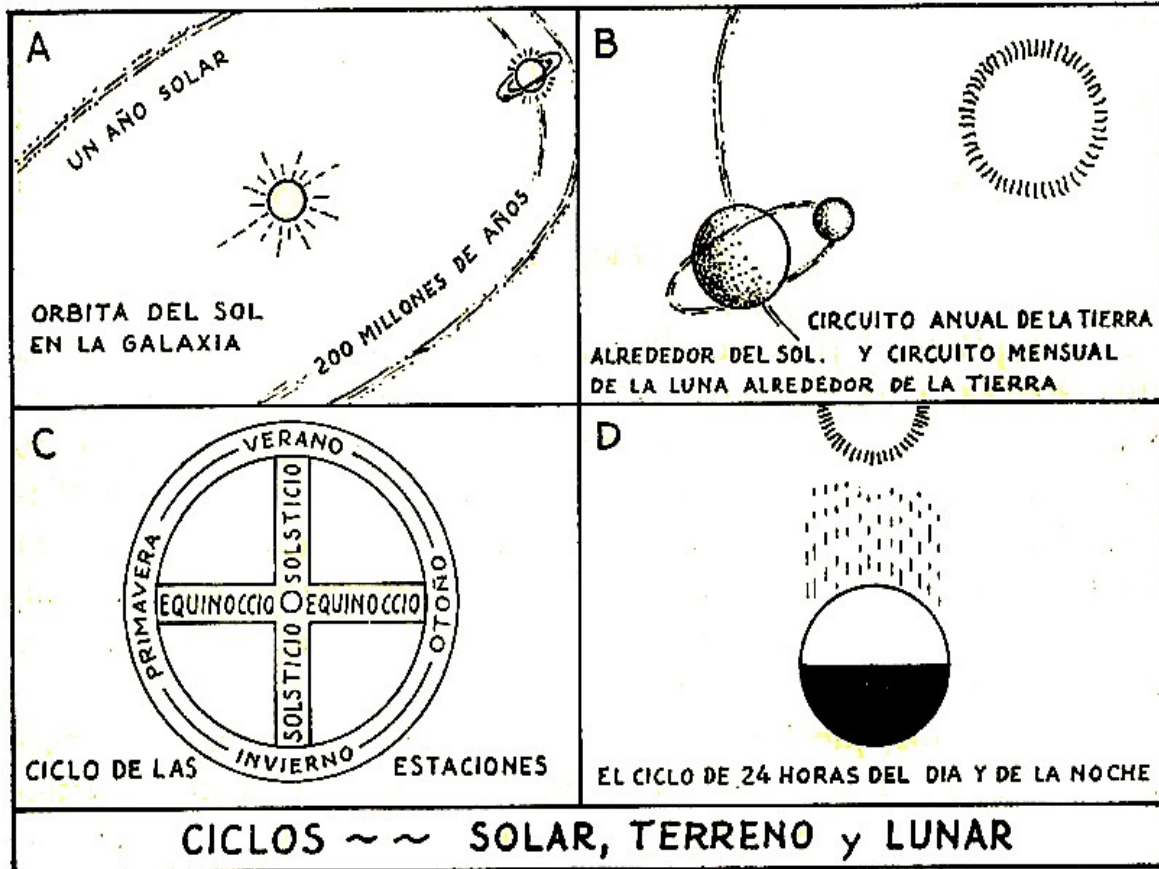


Fig. 65

Sobre nuestra Tierra, también pueden observarse muchos ciclos naturales. La [Fig66](#) ilustra el ciclo del agua: aquí vemos cómo el agua de un lago es atraída hacia el cielo por el Sol, mediante el proceso de evaporación, lo que da origen a la formación de las nubes; cuando la humedad de las nubes llega al punto de saturación, precipita su contenido sobre la tierra, en forma de lluvia, la cual empapa el suelo hasta que, al fin, el agua vuelve al lago, filtrándose por entre la tierra, y el ciclo recomienza. Pero a través de este proceso la vegetación ha recibido el precioso líquido que necesita para su crecimiento, y la vida que anima al reino vegetal tiene oportunidad para desarrollarse y progresar hacia otras manifestaciones cada vez más aptas, a las cuales también beneficia la humedad de la atmósfera.

La [Fig66](#) muestra lo que se llama “el ciclo del carbono”. Aquí vemos el modo como la Naturaleza ha hecho depender uno de otro al reino vegetal y al animal: la verde planta absorbe la luz del Sol, de la que extrae su alimento, pero en proporción mucho mayor que sus necesidades; el animal toma como alimento a la planta, con lo cual produce calor; así, la planta absorbe energía, que, finalmente, el animal emplea en forma de movimiento y de acción; la planta exhala oxígeno, que es de necesidad vital para el animal y, a su vez, el animal exhala bióxido de carbono, que es de necesidad vital para la planta. Así podemos observar el continuo intercambio cíclico entre planta, mineral y animal, a medida que cada uno sigue el camino evolutivo de su respectivo reino, ayudándose uno a otro a vivir y a evolucionar.

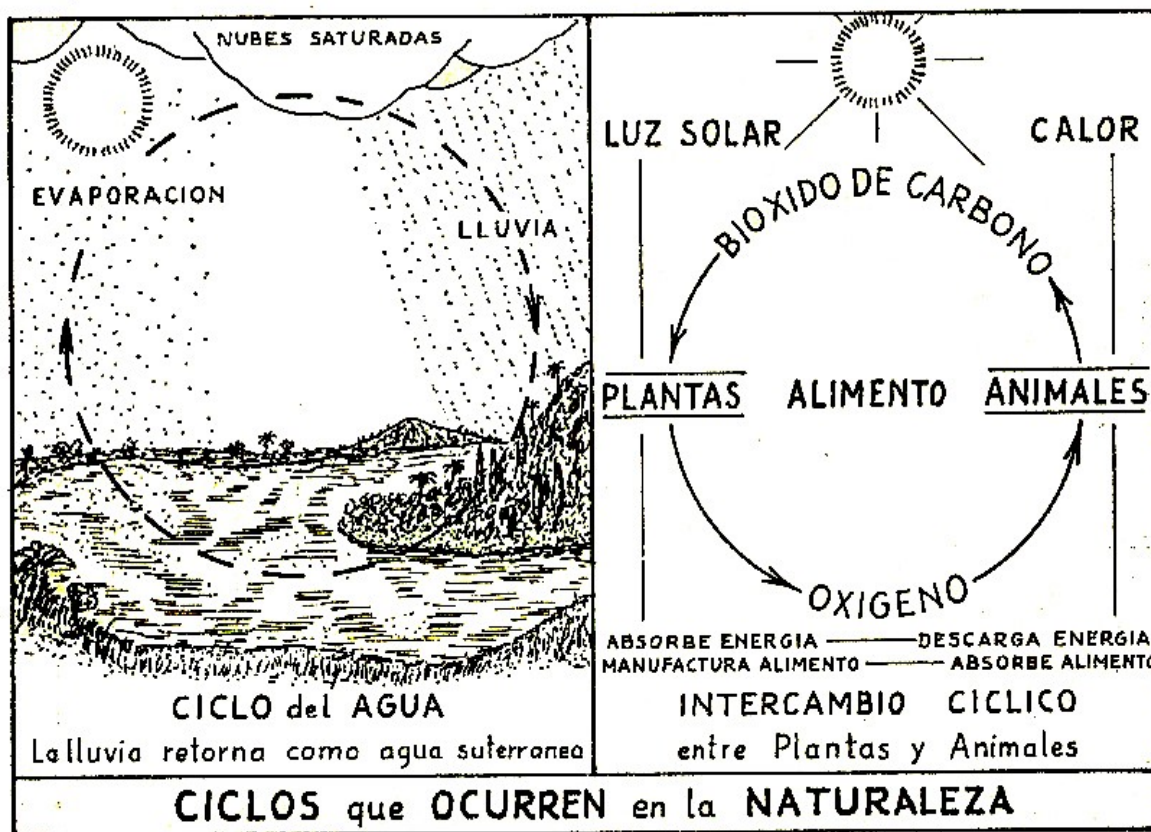


FIG. 66

Llevando a una etapa subsiguiente la idea de los ciclos, observamos en la [Fig67](#) los reinos de la Naturaleza clasificados desde un punto de vista un tanto diferente del habitual. En realidad, hay tres reinos de la Naturaleza que deben considerarse básicos, cada uno de los cuales procede de uno de los tres Aspectos de la Deidad. Son, respectivamente, el mineral, el animal y el espiritual, de los cuales el último está sólo comenzando a adquirir expresión física. Y hay otros dos reinos de la Naturaleza que deben considerarse como “duales” o “de transición”, que son el reino vegetal y el reino humano. Se les llama “de transición” porque efectivamente existen en un estado de transición entre otros dos reinos. Así, el vegetal tiene sus raíces en el mundo mineral o inorgánico; enterrado por la raíz en el suelo, mientras sus tallos y ramas brotan en el mundo orgánico. Absorbe del suelo sustancias minerales, y del cielo la luz del Sol, y por medio del proceso llamado de fotosíntesis, transforma el material de un reino en el de otro: lo inorgánico en orgánico. Además, progresa a través del ciclo de las estaciones: primavera, verano, otoño e invierno, a las que corresponden diversas fases de su desarrollo. En cuanto al reino humano, tiene sus raíces en el mundo animal, del que procede su cuerpo físico, pero sus principios superiores penetran en el mundo espiritual, y en el hombre las numerosas y variadas experiencias obtenidas en la forma animal se transforman en facultades mentales y espirituales. También esta transformación se efectúa mediante un proceso cíclico: de la reencarnación. Así como en invierno recogerse en sus raíces ocultas a la vista, para reaparecer cuando las circunstancias externas le sean más favorables, así también el hombre, el hombre real, parece morir cuando desecha su cuerpo físico, pero una nueva encarnación, una reencarnación, traerá al alma inmortal a un nuevo ciclo de actividades en el mundo visible a nuestros ojos físicos. Estos dos ciclos, el del vegetal y el del hombre, están en continua actividad, concurrentemente con los señalados en la [Fig66](#), que actúa entre ellos.

Así vemos que el crecimiento cíclico del hombre mediante la ley de la reencarnación no es un procedimiento raro, excepcional, sino que encaja lógicamente en el orden de los acontecimientos naturales.

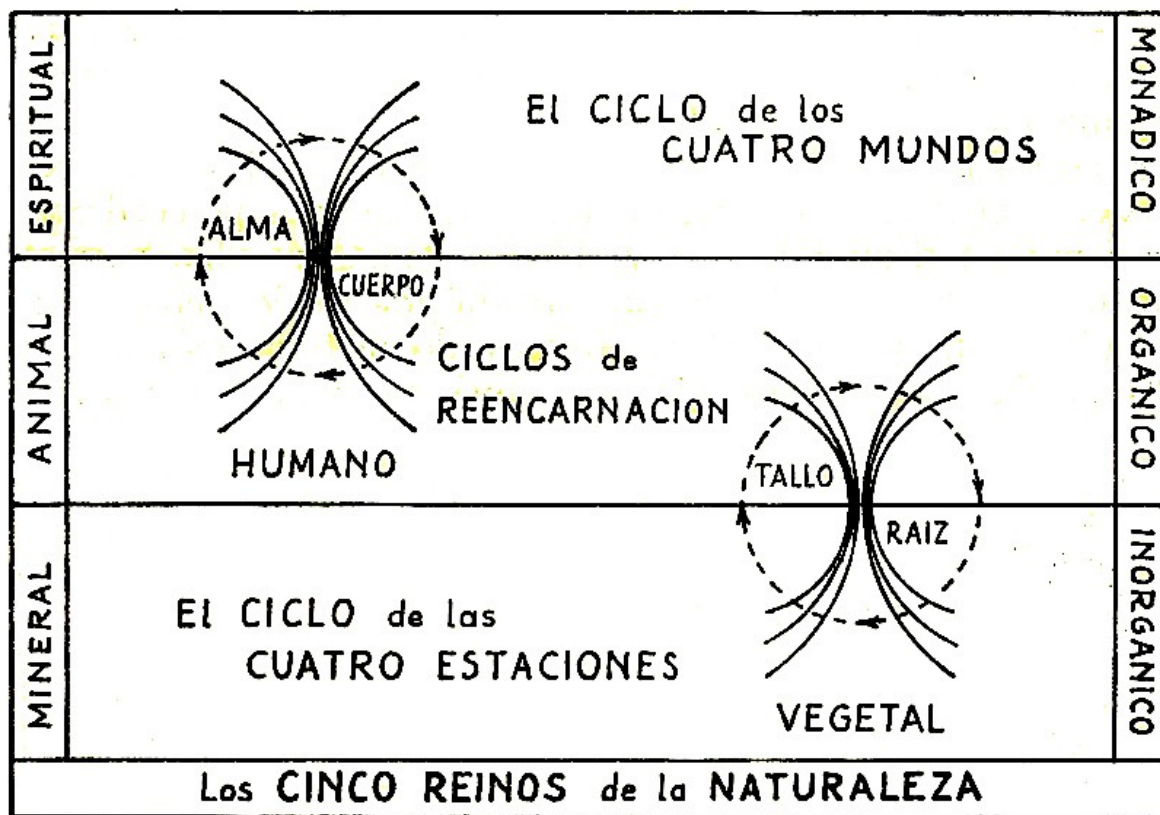


FIG. 67

En líneas generales, la reencarnación humana es un proceso sencillo y fácilmente comprensible. Ya hemos visto que el hombre tiene un cuerpo espiritual que lleva consigo, a través de “vidas” y “muertes”, desde que, con la individualización comienza su jornada evolutiva como hombre hasta que alcanza la perfección humana. El Yo Divino, funcionando por medio del cuerpo espiritual es lo que en terminología cristiana se llama “al alma” (FIG68_1). Durante el proceso de la reencarnación – que inmediatamente describiremos con más detalles- el alma adquiere un cuerpo mental (FIG68_2), un cuerpo astral (FIG68_3) y finalmente un cuerpo físico (FIG68_4). Al terminar la encarnación muere el cuerpo físico, y entonces tiene el hombre, como vehículo más denso, su cuerpo astral, al que pasan las fuerzas vitales que habían estado actuando mediante el cuerpo físico, para que el cuerpo astral despierte a una existencia autoconsciente, convirtiéndose en el vehículo en que se centra la existencia del hombre, quien vive en el mundo astral durante un período de tiempo y en condiciones que dependerán de sus anteriores actividades emotivas. Más adelante, sucede algo análogo: el hombre desecha su cuerpo astral, y pasa largo tiempo en el mundo mental, centrada su conciencia en su cuerpo mental, hasta que también llega a término este período, y el Alma, libre ya de todos sus cuerpos perecederos, vive por un tiempo lo que podíamos llamar su vida normal en los mundos espirituales, desembarazada de los efectos limitadores de aquellos otros cuerpos de materia más densa. Pero cada uno de estos ciclos a través de varios mundos le ha servido para desarrollar algo de sus facultades espirituales, haciéndole dar un paso más en el sendero de su evolución espiritual.

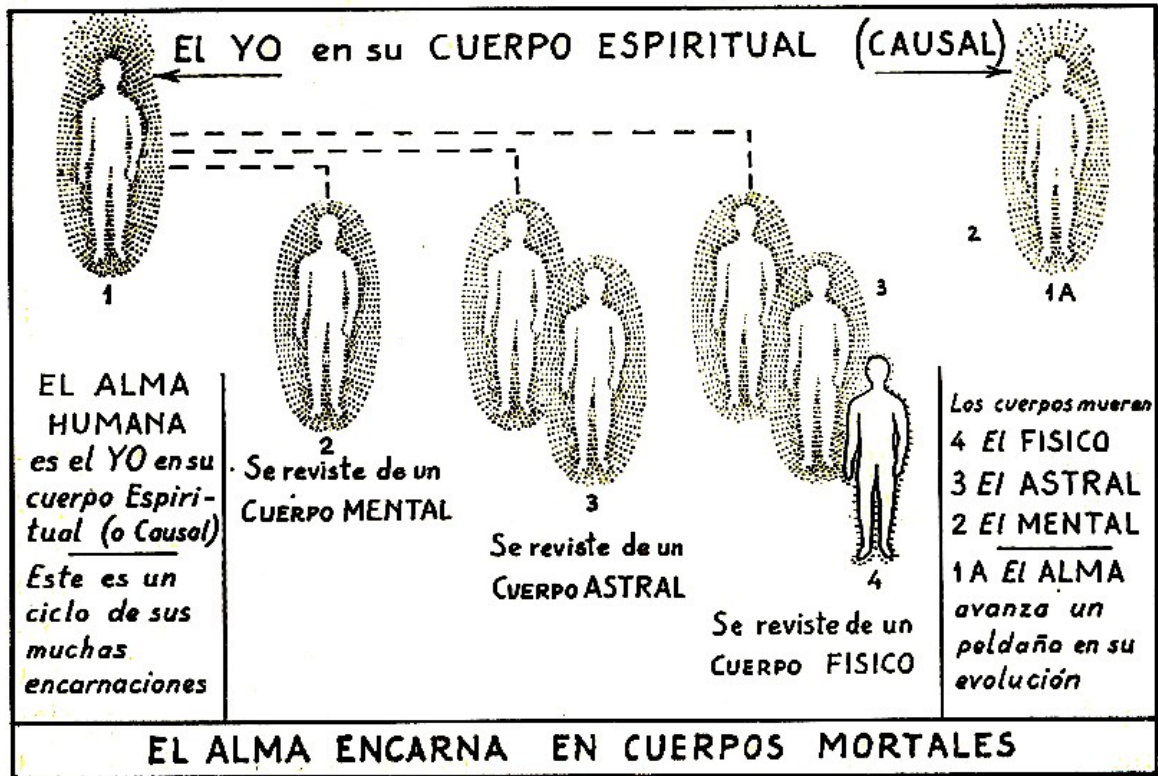


FIG. 68

Así a través de muchas encarnaciones, crece el hombre en estatura espiritual, siempre desarrollando desde dentro de sí facultades que en su interior llevaba latente desde un principio; desde que, como Mónada, emanó de la Eterna Llama. La Fig69 nos ofrece una nueva ilustración de cómo la reencarnación se armoniza con todas las actividades de la Naturaleza. Al ascender por la escala de la evolución, el hombre comienza en los más bajos peldaños, como salvaje primitivo, luego pasa a hombre corriente, ascendiendo luego a los estados de hombre civilizado, avanzado y espiritual: estas apariencias externas no son, por supuesto, más que reflejos, en las formas materiales, del interno crecimiento del Alma. Este crecimiento puede compararse con el proceso de una flor. La Fig69 nos muestra cada una de esas etapas humanas situada debajo de una etapa análoga en el crecimiento de una flor, desde el estado de pequeñísimo capullo hasta el pleno esplendor de la flor abierta en toda su belleza. La flor magnífica, en el despliegue de sus hermosos pétalos, como una explosión de color y de perfume, apenas se parece al modestísimo capullo cerrado, pero la ilustración muestra cómo, paso a paso, la una ha surgido del otro. Y sucede así, porque el pequeño capullo es mucho más de lo que parece: dentro de él se hallan ocultas todas las potencialidades de crecimiento que al cabo culminarán en la perfecta belleza de la flor plenamente abierta. Y lo mismo sucede con el hombre: en el salvaje primitivo, bien poco podemos ver, o adivinar, de la grandeza del santo o del genio; y, sin embargo, la grandeza se encierra tras esos muros de carne y, en etapas sucesivas, esa grandeza llegará a manifestarse en expresión activa, en su día, a culminar en la perfección del hombre espiritual.

Si pudiésemos examinar una planta cubierta de flores y capullos en todas las etapas de su crecimiento, seríamos capaces de leer de una ojeada, gracias a esta variedad, la historia y el futuro de cualquiera de esas flores, abiertas o en capullo, sin tener que esperar a que cualquiera de las futuras flores llegara abrirse. Y, de igual modo, si observamos a nuestros semejantes, podremos ver seres humanos en todas las etapas del crecimiento espiritual, y así leer la historia de cada individuo desde sus oscuros comienzos hasta el punto que ha alcanzado, aunque sea el más elevado que la

humanidad actual pueda lograr. Y solamente la doctrina de la reencarnación puede mostrar la actuación de la ley y la realidad de un orden en el desenvolvimiento histórico y en el panorama actual, aparentemente caótico, de la raza humana.

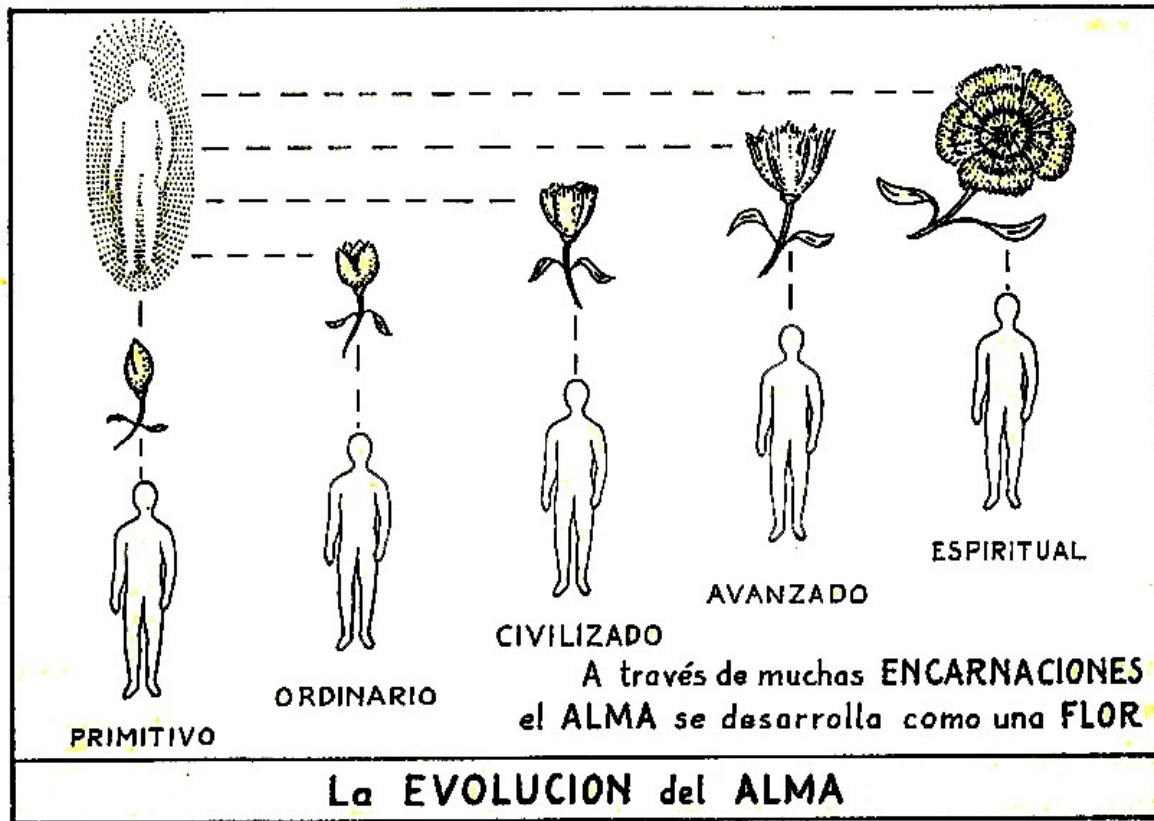


FIG. 69

Con mucha frecuencia se llama “vida” al período de tiempo que pasamos en el plano físico y, en cambio, a aquél durante el cual funcionamos en regiones más sutiles se le considera como un período de espera, y de muy nebuloso valor, que apenas sirve más que para llenar un vacío “entre dos vidas”. Si alguna vez hemos pensado así, o si aún abrigamos ese concepto, debemos desecharlo inmediatamente para siempre, porque no sirve más que para deformar, y de mala manera, toda la idea que nos hayamos formado sobre la reencarnación. Especialmente en el mundo occidental, y en gran parte debido a las enseñanzas de los teólogos cristianos corrientes, ha sido invertido el significado de las palabras “muerte” y “vida”. *Precisamente la experiencia que corrientemente llamamos “vida” es lo que más se acerca a lo que podríamos llamar “muerte”.* En realidad, el hombre nunca puede “morir”; pero cuando se reviste de un cuerpo físico es cuando se encuentra cercado por las mayores restricciones que tiene que sufrir en toda su existencia. Esto debe entenderse muy claramente, por mucho que se reconozca que tales limitaciones, como las que representa la encarnación física tienen un propósito definido y beneficioso para el individuo. Precisamente las dificultades y las frustraciones a que se ve sujeto durante su estancia en el mundo físico, hacen de ella un período sumamente valioso porque suscitan, para poder vencerlas el ejercicio de todas las facultades de pensamiento y de sabiduría que aún duermen en el fondo del ser humano. Pero lo que llamamos nacimiento es, en realidad, como una muerte, porque el alma se ve encerrada, diríamos sepultada, en un cuerpo de carne. Y la llamada “muerte” es la liberación en que

el Alma, una vez más, sale de su lugar de cautiverio y pasa a una región de mayor libertad y belleza, que es el mundo astral; en realidad, es un “nacimiento”.

La mayor parte de nuestra vida –y con mucho- es la que vivimos en los mundo superfísicos.

En el centro de la [Fig70](#) vemos la esfera de un reloj; cada una de sus doce horas representa cien años, y el total de mil doscientos años corresponde a un ciclo corriente de vida. De este total de tiempo, el hombre sólo pasa en el mundo físico un período de setenta años, por término medio: es decir, una decimoséptima del tiempo total. La porción punteada que aparece entre las dos manecillas ofrece la representación de la vida física, en comparación con el total de la esfera, que corresponde al período completo que transcurre desde que el hombre “nace”, es decir, aparece en el mundo físico hasta que, para iniciar un nuevo ciclo, vuelve a aparecer en un nuevo cuerpo físico. En la parte inferior de la figura, las líneas que atraviesan de un lado a otro representan la totalidad de diez ciclos de vida, donde la parte blanca corresponde a lo que se vive en los mundos más sutiles, y la estrecha faja negra a la vida en el cuerpo físico.

El pequeño rectángulo negro, a la extrema izquierda, representa la totalidad de la vida física durante los diez ciclos de vida que ocupan todo el ancho de la figura. Y hay que contar con que las partes negras, con lo pequeñas que son, debieran en realidad reducirse a los dos tercios de su tamaño dado que, en cada veinticuatro horas durante la vida física, pasamos ocho horas durmiendo, y durante el sueño nos retiramos del cuerpo físico, y nuestra conciencia pasa a funcionar en el mundo astral. Tan difícil, tan agotadora nos resulta la existencia física que solamente podemos resistirla durante unas cuantas horas seguidas, luego de las cuales tenemos que retirarnos de ella, para recuperarnos de los efectos de funcionar bajo tan graves limitaciones. Deberá, pues, ser evidente a todos que las breves visitas del hombre al mundo físico, donde actúa bajo tan graves restricciones, no pueden llamarse “Vidas”: no son más que *encarnaciones*; son períodos durante los cuales queda encerrado en un cuerpo de carne y hueso.

Otro aspecto del asunto podrá observarse volviendo a examinar la Fig. 64, porque en ella se verá que durante el período total cubierto por las siete “encarnaciones” de una cadena planetaria, se crean cuarenta y nueve globos, *de los cuales solamente cinco están formados de materia física*. Es interesante, también, tener en cuenta que la cadena a la que pertenece la Tierra acaba apenas de pasar el punto medio de su carrera, como lo señala la flecha; por lo tanto, estamos a la mitad del recorrido y, consiguientemente, en el punto de mayor materialidad de manifestación física.

La encarnación en un cuerpo físico es cosa difícil; pero nos ofrece una maravillosa oportunidad de progreso, en razón de sus dificultades mismas. Y, sin embargo, tan grande, tan intenso es el júbilo de vivir que, aún en medio de las restricciones, de las dificultades, ese camino de progreso puede también ser camino de felicidad. Únicamente los errores generan dolor; pero, en los mundos superiores, el gozo del triunfo logrado puede ser muy superior a cuanto haya llegado a sentirse en la Tierra.

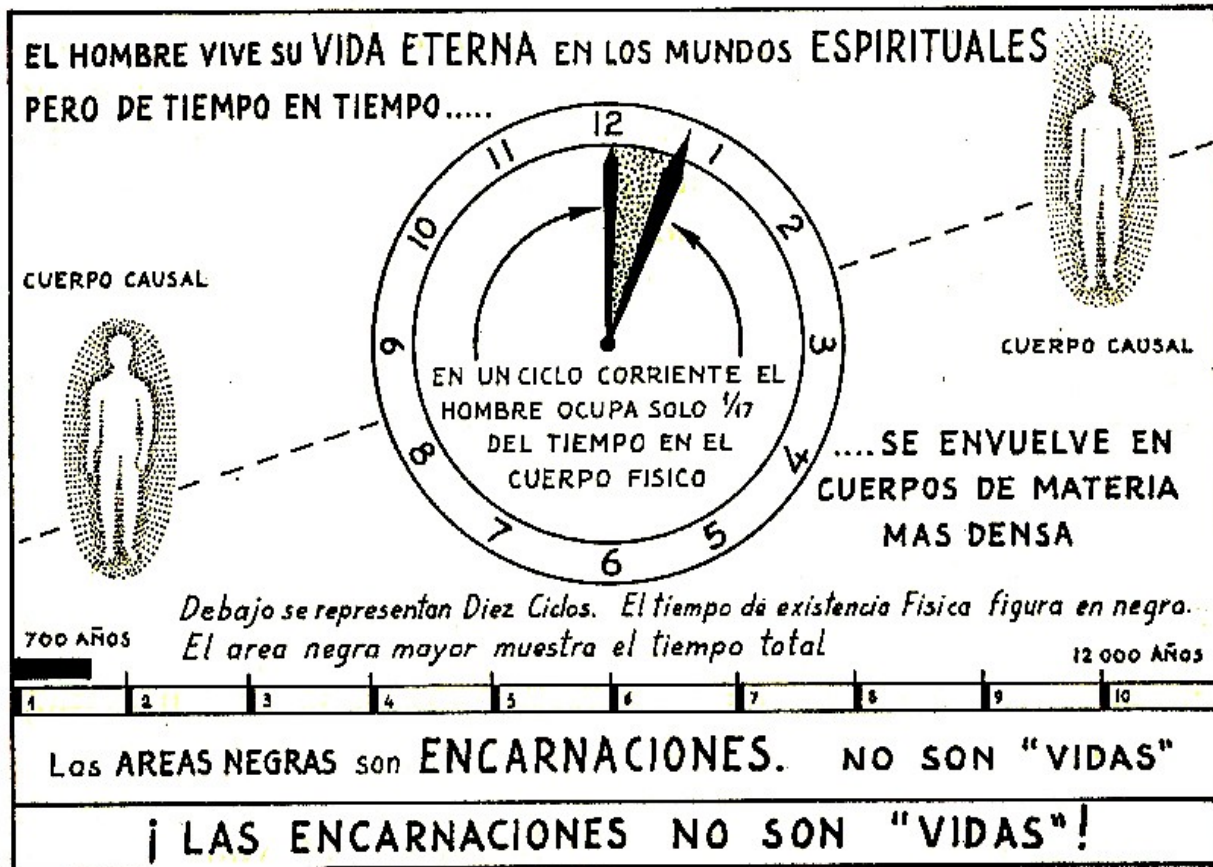


FIG. 70

CAPITULO III

EL MISTERIO DEL NACIMIENTO

De todos los hechos que la Naturaleza presenta a nuestra maravillada contemplación, pocos logran superar, en interés y en fascinación, al misterio casi milagroso del nacimiento. Más aún: el nacimiento no es sólo un milagro; es toda una serie de milagros que se nos revelan más profundos, más colmados de significación a medida que, pasando más allá de la naturaleza física del hombre, estudiamos sus lazos psíquicos con sus cuerpos más sutiles.

La ciencia ha obtenido gran cantidad de conocimiento acerca de los procesos del nacimiento: la unión de dos células pertenecientes a los organismos generadores, células de las cuales la una es apenas visible, y la otra de tamaño microscópico, inicia una ordenada sucesión de multiplicación de células, de acuerdo con un patrón fijo, y que pronto comienza a tomar forma organizada, que prefigura la nueva forma –en este caso, la humana- que a su tiempo se desarrollará. Los hombres de ciencia destacan el hecho de que el embrión humano atraviesa etapas semejantes a las de una serie de animales inferiores; a juicio de ellos, este hecho indica que el hombre no es más que un animal superior que, por accidente o por estímulos ambientales, logró llegar a la posición que actualmente ocupa. Pero esta evidencia circunstancial no resulta convincente, ya que deja muchas cosas sin explicar. Ningún hombre de ciencia ha podido esclarecer hasta ahora cómo puede suceder que un modelo en miniatura del adulto humano, minúsculo, desvalido, impotente, casi desprovisto de razón, llegue a convertirse, en el transcurso de pocos años, en un hombre o mujer dotado de cualidades intelectuales y espirituales. No hay absolutamente nada, en todos los reinos de la Naturaleza, que se aproxime siquiera a semejante fenómeno. Si bien en sus primeros años el proceso de aprendizaje de un niño es más lento que el de algunos animales jóvenes, muy pronto los deja a todos muy atrás y pasa, con increíble rapidez, a regiones en las que ninguno de ellos ha penetrado jamás: porque la moral y la espiritualidad son desconocidas de toda otra criatura.

Hay hechos que la ciencia no puede descubrir mediante el empleo de instrumentos de laboratorio y que tienen, por lo menos, tanta importancia como el conocimiento de la vida celular y las leyes de las reacciones químicas. Es cierto que el cuerpo humano, durante su período de crecimiento prenatal, pasa por etapas semejantes a las de los animales inferiores; pero ya hemos visto que *el cuerpo* del hombre tuvo sus antecedentes en los reinos inferiores y que, aunque el embrión humano comienza igual y por algún tiempo continúa igual, llega un momento, en ese proceso, en que algo le sucede al embrión humano que no le sucede al de ningún animal: *el Alma humana entra en contacto con el cuerpo que ha de ser su hogar en el mundo físico*. Esto no pueden detectarlo los instrumentos científicos pero sí puede observarse, y se ha observado, por medio de la investigación oculta. Además, puede darse cuenta de ello cualquiera que, apartándose de todo prejuicio, observe y analice los hechos que acontecen.

Cuando un animal nace, no es más que eso: un animal. Pero cuando nace un ser humano ¿no es un ser animal! Es un Alma que toma para su uso un cuerpo que puede clasificarse como mamífero bípedo. Únicamente la entrada del Alma humana dentro del cuerpo puede dar explicación satisfactoria a los asombrosos cambios que ocurren en el niño a medida que va avanzando hacia la madurez del adulto humano. Y, la primera vez que, en el futuro, el lector pose sus ojos en un tierno pequeñuelo, que trate de darse cuenta que *hay alguien más que lo está mirando*, alguien que puede

estar tratando de descifrar ese mismo hondo misterio que es objeto de las reflexiones del lector: ni más ni menos que la entidad espiritual que, durante muchos años por venir hará de esa forma, hoy minúscula, su morada en el mundo físico.

En el niño recién nacido vemos no solamente el milagro del nacimiento físico, sino la culminación de una serie de acontecimientos, psíquicos y físicos que, por mucho que se repitan, significan una de las mayores maravillas de todos los tiempos: la unión de lo más alto del Espíritu con lo más bajo de la materia, una forma viviente y consciente. Como ya hemos visto, dos corrientes distintas de evolución se han unido por un tiempo para ayudarse mutuamente: el hombre espiritual y el cuerpo físico humano.

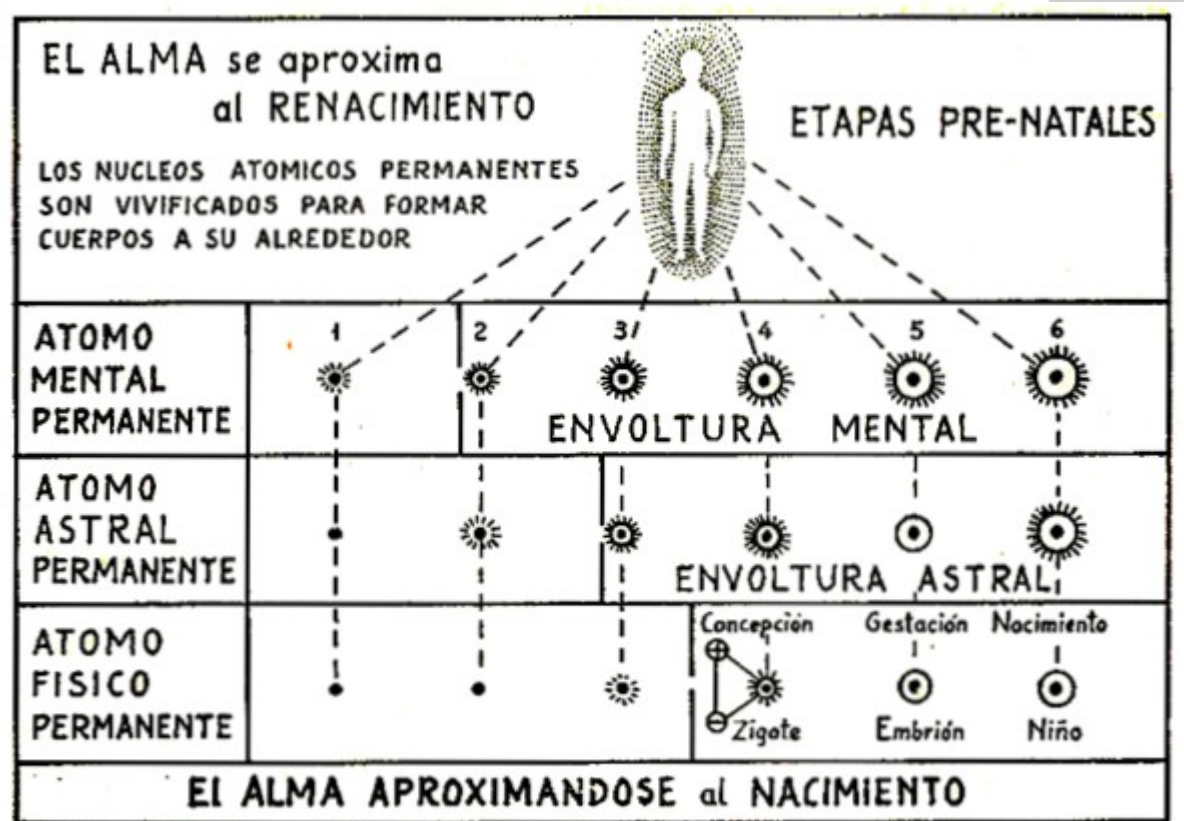


FIG. 71

Lancemos, una vez más, una ojeada sobre los mundos internos, para ver algunas de las preparaciones invisibles que se han ido realizando en anticipación del magno suceso. Si nos fuera posible examinar el cuerpo espiritual, veríamos que irradia una fuerza vital especial y que muestra un brillante resplandor dorado en la región correspondiente al corazón físico (Fig71), donde la tríada inferior, formada por los tres átomos permanentes –físico, astral y mental- se ha mantenido en estado de inactividad en espera de la llama a una nueva encarnación. La “tela de vida” en la que están encerrados y de la que se ha dicho que se asemeja a un capullo de gusano de seda, color de oro, comienza a desplegarse, y los átomos se estremecen con una vida nueva. Primero entra en acción el átomo mental –ya hemos explicado que es realmente una molécula-, formando alrededor de sí, por atracción magnética, una envoltura de materia mental inferior (FIG71_1), que en desarrollo y capacidad vibratoria corresponde a las facultades latentes dentro del átomo mismo. Al principio, esa envoltura será una masa floja, sin organización, pero después del nacimiento ser irá

organizando para formar un verdadero cuerpo mental, cuyas capacidades se ampliarán a medida que las necesidades de los vehículos inferiores estimulan sus facultades de pensar y lo ponen en acción.

Después de formada la envoltura mental, despierta el átomo astral y hace resonar su “nota” ([FIG71_2](#)), atrayendo a la materia astral concordante con su desarrollo, en la misma forma en que sucedió con la materia mental; de igual modo, la envoltura astral se convertirá en un cuerpo astral, a medida que responda a los estímulos provocados por la conciencia física.

A continuación, el átomo permanente físico es estimulado a la acción, y atrae materia física etérea que habrá de formar el nuevo cuerpo vital o doble etéreo. Pero, al llegar al cuerpo físico denso, nuevos factores se introducen en el proceso, ya que se emplea el método de la generación, y en la [FIG71_4](#) se representa el primer contacto del hombre espiritual con su nuevo cuerpo físico. Las dos células reproductoras procedentes, respectivamente, del padre y de la madre, y llamadas las gametas, se unen en el momento de la concepción para formar la célula doble, llamada cigote, de la cual procederán todas las células del nuevo cuerpo. Pero *en esa unión toma parte el átomo permanente físico*, el cual afectará a la constitución del nuevo vehículo físico de un modo que más adelante se indicará. Después se produce el período de gestación ([FIG71_5](#)) y finalmente el nacimiento ([FIG71_6](#)).

Los tres átomos permanentes constituyen tres poderosos centros de fuerza en los tres mundos inferiores, respectivamente, y ejercen acción decisiva en cuanto a juntar la materia de los nuevos cuerpos que habrán de formarse en torno de ellos. En la [Fig72](#) se lleva un paso más adelante esta idea, a fin de llamar la atención sobre un hecho muy importante, que nos afecta a todos nosotros los seres humanos muy íntimamente y en todos los momentos, o sea, *que toda experiencia por la que pasamos produce en nosotros dos efectos: espiritual el uno y material el otro*. El Yo, el Hombre verdadero, retiene, en forma de *carácter*, la esencia de todas las experiencias obtenidas mediante los diferentes cuerpos inferiores, en tanto que los átomos permanentes de dichos cuerpos retienen, como *facultades o capacidades vibratorias*, la esencia de esas mismas experiencias. Cuando regresamos a la encarnación, traemos con nosotros no solamente las cualidades y facultades del Alma que en el pasado desarrollamos, sino también un cuerpo mental, un cuerpo astral y un cuerpo físico de calidad correspondiente a los esfuerzos que realizamos en encarnaciones anteriores, de modo que nos será mucho más fácil reaccionar de manera análoga, y hasta un tanto mejor, cuando se nos presenten ocasiones de hacerlo en la nueva encarnación.

Ahora ya podemos examinar los medios por los cuales el átomo permanente físico afecta a la herencia. Ya en la [Fig41](#), se había mostrado la división de una célula en dos, apareciendo en el apartado C de dicha figura los llamados cromosomas, de apariencia ahilada, y luego se describía el modo cómo cada cromosoma se divide de arriba abajo, y las dos mitades se dirigen hacia los lados opuestos de la célula, la cual entonces a su vez se divide convirtiéndose en dos células nuevas, así actúan todas las células del cuerpo; pero en la célula reproductora ocurre una etapa adicional, llamada “reducción por división”, en la cual, cuando la célula se divide, cada una de las nuevas células –las que llamaríamos “células hijas”- recibe solamente la mitad del número original de cromosomas. Esto sucede lo mismo en las células masculinas y femeninas, salvo que en las masculinas, la mitad de las células nuevas contiene lo que se llama “un cromosoma X”, en tanto que la otra mitad lleva en sí “un cromosoma Y”; éstos determinan el sexo del nuevo organismo futuro: el cromosoma X produce un organismo femenino, y el cromosoma Y un organismo masculino. Para la fertilización, cada uno de los padres contribuye con una célula reproductora, y dado que cada una de éstas contiene solamente la mitad del número necesario de cromosomas, la unión de las dos células es lo que aporta el total indispensable para producir, en cada especie, un nuevo individuo.

La ciencia nos afirma que dentro de los cromosomas existen, como minúsculas cuentecillas ensartadas en un hilo, los llamados “genes”, que son los portadores de la herencia. En la [FIG73A](#) aparecen dos cromosomas con sus genes; las combinaciones de estas diminutas partículas de materia viva son las que producen todas las características que mostrará el futuro cuerpo: son como semillas de diversas clases, que harán surgir características especiales en la estructura del nuevo organismo. Tal es, resumiendo en simples líneas generales, sin entrar en detalles innecesarios, el

mecanismo de la herencia. Pero, luego de mostrárenos las maravillas de ese proceso y de la estructura que lo realiza, se nos agrega que el funcionamiento de esa maquinaria estupenda, es decir, el método que sirve para determinar el sexo de la futura criatura y el de selección de los genes que se utilizarán, tomándolos de la gran cantidad que los padres llevan en sí *¡son cosas que se dejan por completo al azar!* ¿Será posible que aceptemos que el carácter del hombre, es decir, de la suprema creación de Dios, lo haya dejado ese Creador en manos de la casualidad, sencillamente lo mismo que un jugador echa los dados?

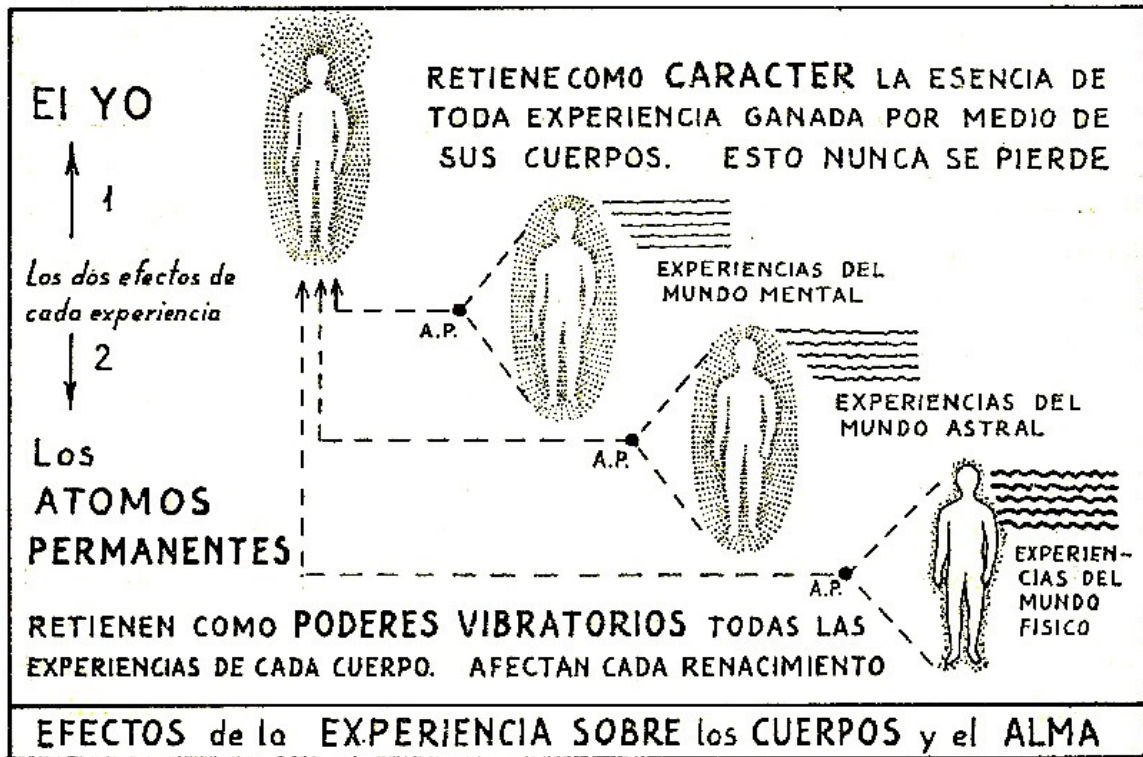


FIG. 72

Evidentemente, la Teosofía no acepta, no puede aceptar esa explicación. Ya hemos visto cuáles son las leyes, toda justicia y exactitud que, según la Teosofía, rigen el desarrollo de las facultades del hombre mediante su cuerpo astral, su cuerpo mental y su cuerpo espiritual. La manera como dichos cuerpos se forman en torno de los átomos permanentes respectivos, que provienen de los vehículos utilizados en anteriores encarnaciones y que, por lo tanto, responden a los esfuerzos que el hombre ha realizado en el pasado es cosa que acabamos de explicar y esto nos da la clave para comprender cómo el átomo permanente físico puede afectar, y afecta, la cuestión de la herencia. Porque precisamente dicho átomo constituye el agente selector que, si bien no afecta directamente al conjunto que va a convertirse en el nuevo cuerpo físico, sí puede afectar y afecta, a los genes eligiendo la debida célula reproductora masculina que produzca el sexo determinado. Así pues, en lugar del ciego azar que, según la ciencia, preside a la aparición de un nuevo ser humano, la Teosofía muestra todo un proceso bien planeado, lógico, consecuente con los hechos positivamente conocidos, que satisface al concepto de justicia ¡y qué, por todo ello, nos suena inconfundiblemente a cosa cierta!

Desde QUE se descubrió el enorme poder residente en el átomo, se ha trabajado intensamente en el intento de determinar el efecto de la radioactividad sobre los genes, especialmente sobre los de la familia humana, y ya se sabe positivamente que en esa forma se producen cambios. Y, si el átomo del físico puede producir fuerzas que afecten a los genes, y por lo tanto a la herencia, ¿no resulta

completamente lógico que el átomo del ocultista, que es un elemento aún más refinado –y por consiguiente, más poderoso–, que el átomo químico, pueda afectar también a los genes, pero en este caso no de modo simplemente mecánico, sino guiado por un propósito?

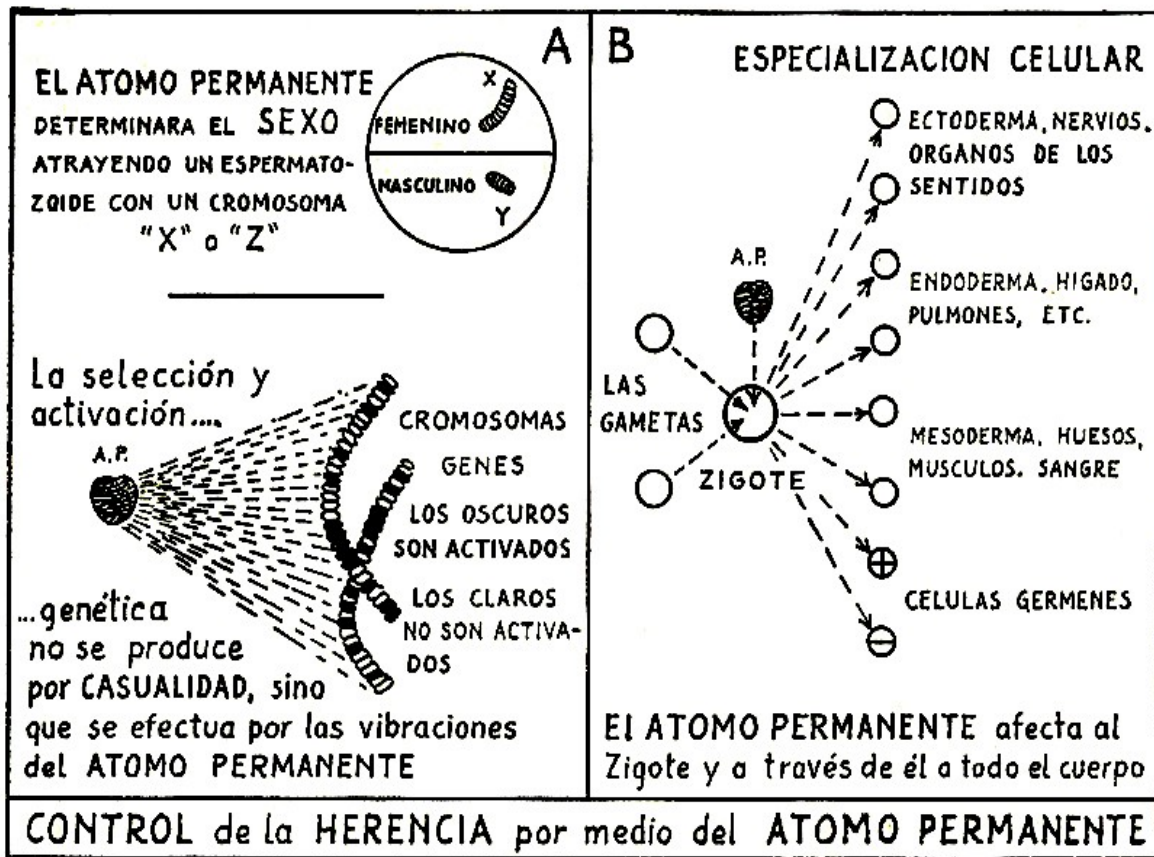


FIG. 73

Uno de los hechos más asombrosos que ha descubierto la ciencia sobre el átomo que en ese campo se estudia, es su capacidad de emitir ondas de frecuencia que no se habían ni siquiera imaginado, hasta llegar a miles de millones de ondas por segundo. Y este hecho es una confirmación de lo que asegura el ocultista acerca del enorme desarrollo vibratorio del átomo permanente: estos últimos vibran en una octava de ondas de potencia tan enorme que todavía no han podido ser registradas por los instrumentos científicos existentes.

En la [FIG73B](#) se observa la presencia de los tres factores necesarios para la concepción humana normal: las dos células procedentes de los padres y el átomo permanente: el resultado de la unión de estos tres elementos es, como ya dijimos, el cigote, en el cual los genes que han sido activados se hallan prontos a desempeñar su parte, que es la trasmisión de los caracteres hereditarios. Ese cigote único se dividirá luego en dos, los dos en cuatro, y así sucesivamente: al cabo de un mes comenzará a latir un corazón minúsculo; en dos meses y medio, ya podrá observarse la estructura general del cuerpo; a los cinco meses, tendrá un conjunto de 12.000 millones de células nerviosas, y en el momento del nacimiento, de aquella célula original se habrán producido 200.000 millones de células, todas especializadas en sus actividades propias, y presentando cada una la misma combinación genética. Pero, dado que todos los cuerpos –físico y superfísico– crecen juntos, los vehículos superiores irán ejerciendo su impacto sobre el cuerpo físico denso, produciendo en él modificaciones a lo largo de los años.

Si bien las enseñanzas básicas de la Teosofía han existido desde siglos y siglos atrás, los hallazgos de la ciencia moderna han ampliado y corroborado las ideas que la Teosofía presenta, haciéndolas más fácilmente aceptables para aquellos que han estudiado dentro del marco del pensamiento moderno. Los impresionantes acontecimientos del desarrollo prenatal y postnatal de las estructuras del cuerpo humano, según la ciencia los revela –acoplados con las maravillas de sus asociaciones psíquicas, que la Teosofía describe y explica- afectan profundamente a la conciencia humana, porque revelan al estudiante los misterios de su propio ser. Y ¿quién puede reflexionar sobre tales cosas sin que desde lo profundo de su alma responda un eco que satura su naturaleza entera de reverencia y humildad ante la contemplación de las magnas obras que Dios ha creado?

Ha habido numerosas controversias sobre los conceptos de reencarnación y herencia, que muchos han considerado opuestos y hasta incompatibles. Pero, todo lo que acabamos de explicar debe hacer esclarecido suficientemente a los lectores el hecho de que, si se entienden tales como son, cada uno de ellos tiene su valor, y que en modo alguno son incompatibles. La [FIG74A](#) trata de explicar que la herencia constituye el plan de la Naturaleza para la evolución del cuerpo físico del hombre, en tanto que la [FIG74B](#) muestra que la reencarnación es el plan de la Naturaleza para la evolución del verdadero Hombre. Las dificultades surgen cuando tratamos de explicar ambos procesos exclusivamente por medio de la herencia o de la reencarnación.

En la [FIG74A](#), observamos que aparecen dos generaciones, y se infiere la existencia de otras dos: B recibe de A las cualidades hereditarias y transmite una selección de dichas cualidades a C quien, a su vez continúa el proceso hasta la siguiente generación. Pero la transferencia de la herencia se efectúa en los años juveniles de la existencia antes de que se hayan obtenido las principales experiencias de la vida. Por lo tanto, es imposible concebir que las cualidades desarrolladas por los padres estén destinadas a que las conserve la conciencia de la raza. El individuo muere, y dado que se considera que con ello deja de existir por completo, el valor de casi todas las experiencias que obtuvo durante su vida desaparece con él, ya que solamente las que hubiera podido lograr antes que naciera su prole podrían haber pasado a ésta mediante la herencia.

Pero, cuando observamos el apartado B de esa misma figura, se nos revela un panorama completamente distinto. Vemos ahí que el Alma, al aparecer de nuevo en el mundo físico, trae consigo, al nacer, todas las facultades que desarrolló en el pasado y las cuales transfiere al futuro – junto con las que haya logrado en la presente encarnación-. Así aprovecha, y para siempre, el valor de todas las experiencias obtenidas hasta el último día de su vida terrenal. De este modo en ciclos materiales de herencia y en ciclos espirituales de reencarnación, el hombre avanza hacia su meta. No hay pérdida alguna, no hay desperdicio, no hay ciega actuación del azar, y el hombre adelanta cada paso de su camino bajo la actuación infalible de las leyes naturales.

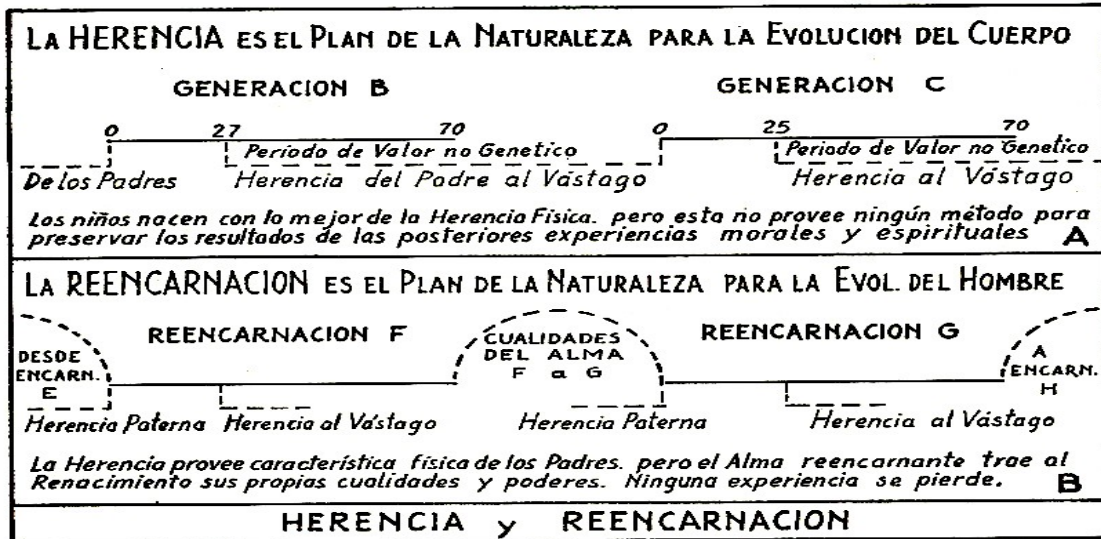


FIG. 74

CAPITULO IV

LOS DÍAS DE NUESTROS AÑOS

“Los días de nuestros años” –leemos en la Biblia- “son tres veintenenas de años y diez más: y si por razón de fortaleza llegaren a se cuatro veintenios, ello sólo será esfuerzo y pena; porque pronto es segada esa fortaleza y desaparecemos”. (*Salmos*, 90, vers. 10). Esta afirmación contiene algunas profundas verdades ocultas, que ahora ya podemos considerar. Los años que pasamos encarnados en este mundo físico son años arduos, difíciles; pero constituyen nuestra época de mayor oportunidad: aquellas mismas dificultades que invariablemente tratamos de eludir son los peldaños que nos llevarán a la cúspide de la escala del triunfo; los duros golpes de la vida y la mano, aparentemente cruel, del Destino son otros tantos retos que incitan al hombre a mayores y mayores esfuerzos: en verdad, son el disfraz que oculta a los ángeles de bendición.

Cada encarnación implica toda una sucesión de cambios: de la infancia pasamos a la adolescencia, de la adolescencia a la juventud y de la juventud a la madurez, hasta que, poco a poco, ésta va cediendo paso al avance de la vejez.

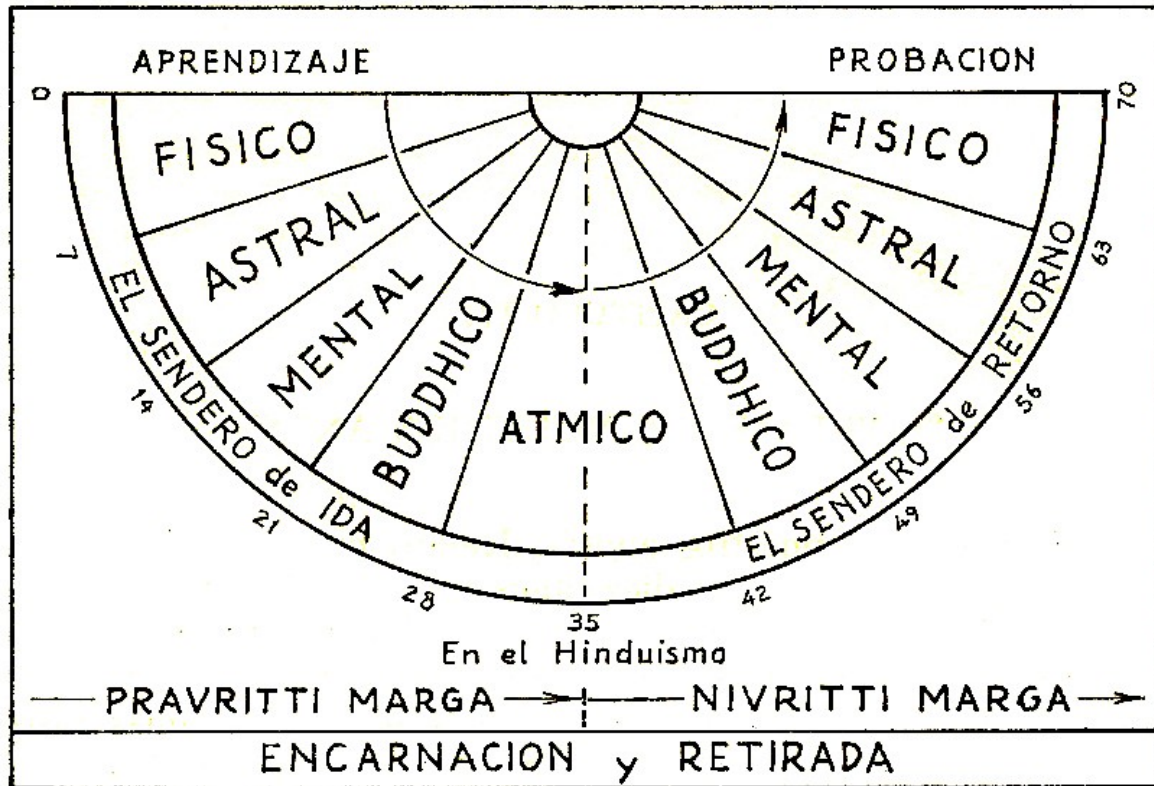


Fig. 75

Cada edad presenta al hombre sus propios problemas que resolver; pero, en general, no se reconoce que haya en la vida humana un número mayor de divisiones, aunque un análisis somero de los variados acontecimientos de la vida bastaría para hacernos evidente este hecho. Los años de nuestra existencia física pueden dividirse en diez secciones, cada una de las cuales dura aproximadamente siete años (Fig75). Durante los primeros cinco sectores, se van ligando gradualmente los principios más sutiles del hombre con su cuerpo físico denso, comenzando con el cuerpo vital o doble etéreo, hasta llegar al más elevado de todos, la Voluntad (*Atma*). Al alcanzar este punto, el Alma se halla en su estado normal completo de unión con su vestidura física, y el mundo de los asuntos terrenales reclama su mayor atención. Pero, desde ese punto en adelante, el Alma comienza a librarse del *dominio* del mundo físico, y su atención debería centrarse más y más en cosas superiores. La primera parte de la encarnación es un período de aprendizaje, que puede reconocerse como una clase de *Pravitti Marga* (Sendero de Salida) de la religión hinduista. La segunda mitad es un período de prueba o examen porque, como veremos, durante esa parte de la encarnación, se pone a prueba y se madura aquello que se había sembrado y recogido durante la primera parte: es el *Nivritti Marga* de los hindúes (el Sendero de Retorno). En la Fig75 aparecen los principios esenciales del plan, que deben ser comprendidos antes de pasar al siguiente diagrama. Pero debe destacarse bien el hecho de que, tanto los diagramas como el texto que los explica se refieren al caso medio, completamente normal o, más bien, prototipo, pero que la duración o la intensidad de los períodos pueden cambiar según el desarrollo físico, emocional, mental o espiritual del individuo. Además, no hay una línea demarcadora claramente definida entre un período y otro, sino más bien una transición gradual del uno al otro; pero podrán reconocerse claramente a medida que pasen los años.

Pasaremos ahora a un estudio más detallado de los principios que han sido enunciados. Volvamos a examinar la Fig60: en ella se ve al Yo rodeado de los vehículos de conciencia mediante los cuales expresa las facultades de voluntad, amor e inteligencia creadora, y conserva el conocimiento, la experiencia obtenida durante sus muchas encarnaciones; también se observan los vehículos a través de los cuales el Yo piensa, siente y actúa. La Fig76 reitera esta información, si bien, con fines de mayor facilidad en la confección de los diagramas, aquí no se emplean círculos, sino semicírculos. Lo que se quiere demostrar aquí de modo gráfico es que el Alma no llega a hacer contacto pleno con el cuerpo físico desde el momento del nacimiento, sino que lo que se produce es un proceso gradual. Y esta ordenada sucesión de comunicaciones cada vez más plena entre los diferentes cuerpos y el Yo es lo que produce las tónicas de esos periodos en que hemos dicho que se divide la vida en el mundo físico; distinguiremos cada uno de dichos periodos, observando el aporte que hace cada cuerpo a fin de enriquecer la vida física mediante esos contactos superiores.

Desde el nacimiento hasta la edad de siete años, el cuerpo físico denso está desarrollando sus vínculos vitales con el doble etéreo, a medida que el *chakra* básico y el esplénico crecen respondiendo a los impulsos procedentes de dicho doble; se absorben *kundalini* y *prana*, acumulando en el cuerpo físico fuerza y energía. En este período se echan los cimientos de la salud y la fortaleza físicas para toda la encarnación. Es importante que se den al niño todas las oportunidades posibles para el ejercicio físico saludable, al aire libre, y que reciba mucho sol. Si bien los mayores consideren necesario que el niño reciba ya los elementos de una sencilla educación intelectual, ésta no debe afectar en modo alguno su amplia participación en actividades físicas al aire libre, que son, durante este período, lo esencial.

Durante estos primeros años, el niño está haciendo, inconscientemente, algo así como un anticipo de su vida futura: en sus juegos, dramatiza previamente las situaciones, los sucesos del porvenir, según las disposiciones que haya traído consigo. La niñita cree ser una madre en miniatura; juega con sus muñecas cual si fueran sus hijos, alimentándolas de sustancias imaginarias y hablándoles de hechos también imaginarios.

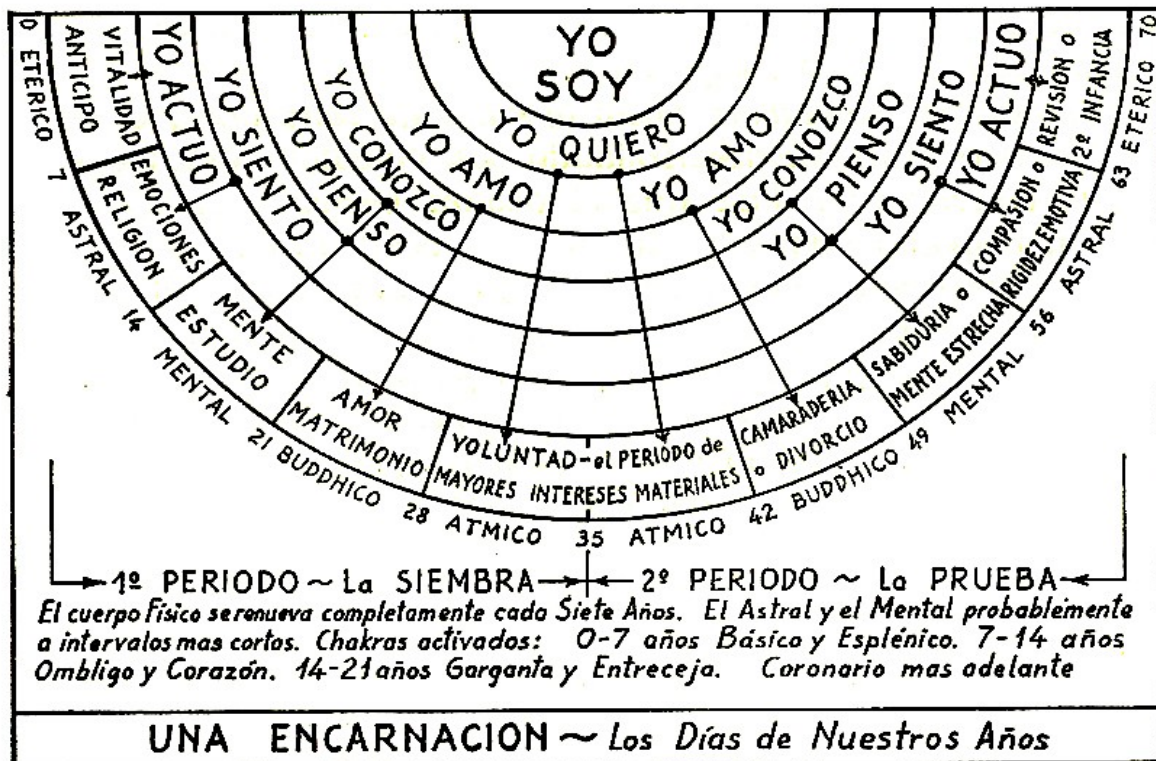


FIG. 76

El varoncito maneja un tren de juguete, transportando carga y pasajeros igualmente imaginarios; a todo correr lleva una pequeña bomba de incendios para apagar un incendio que tampoco arde más que en su imaginación; con un juego de piezas de construcción levanta puentes y edificios con fines y funciones que él igualmente imagina. Pero quizás algún día emprenderá algunas de esas funciones en realidad, porque la mente, que alborea, mira hacia el futuro, inconscientemente ansiosa de participar en las actividades del mundo a que ha llegado. No es posible sobreestimar la importancia, la necesidad de la guía de los padres durante este período; pero esa labor de advertencia y de consejo; no debe nunca degenerar hasta convertirse en imposición, en coacción. Cuando el niño nace, depende totalmente de sus padre, pero a medida que crece, esa dependencia tiene que disminuir progresivamente, hasta llegar a total desaparición y, con ella, todo asomo de imposición. Pero, en lo que a los padres se refiere, la responsabilidad de cuidar de los hijos y dirigirlos lo más sabiamente posible habrá de durar, aunque en disminución continua, hasta que el individuo entre en su madurez y el Alma asuma la carga total de sus vehículos, y sea plenamente responsable de todos sus actos, sentimientos y pensamientos.

De los siete a los catorce años, el cuerpo astral fortalece sus lazos con el vehículo físico, y comienza el desarrollo especial de los *chakras* del ombligo y del corazón: este período marca el crecimiento de la naturaleza emotiva. Durante esta época, deberá apelarse, principalmente, a los sentimientos del niño, para guiarlo y educarlo; aunque cuidando siempre de no atentar con la razón. La educación debería concentrarse en el crecimiento emotivo más que en el crecimiento mental del niño; la carencia casi total de esta atención a las emociones, de que adolecen casi todos los sistemas educativos actuales, ha producido lamentables resultados, traduciéndose en falta de control emotivo en la vida del adulto, y de muchísimos trastornos que se conocen como “neurosis”.

El cuerpo astral se halla todavía en sus primeras etapas de crecimiento, aunque va mejorando en respuesta a las influencias, siempre en actividad, del átomo astral permanente, y a los estímulos que recibe del cuerpo físico; a la vez, contribuye, con sus facultades siempre en aumento, a la vida física del individuo. La sabia guía de la naturaleza emotiva, encauzándola hacia canales convenientes, a medida que se intensifica su desarrollo, evitará muchos errores en el futuro. *Este es esencialmente el período en que la religión, en sus conceptos más idealistas de amor y devoción, será de grandísima valía*: las leyendas y mitos de la antigüedad, las historias de las hazañas de los dioses y de los grandes hombres, y también los relatos de viajes y aventuras conmoverán e inspirarán. Debería estimularse la admiración y la comprensión de las artes, y la participación activa en ellas, según la preferencia del individuo: la danza, la pintura, la música, el drama... Durante este período, y aún en mayor grado, el cariño de los padre y el ejemplo de una vida hogareña ideal contribuirán poderosamente a fortalecer y a la vez purificar la naturaleza emotiva del niño.

En algún momento hacia el final de este período, los contactos cada vez más amplios con el cuerpo astral provocarán los cambios fisiológicos que acompañan a la madurez sexual. Si el crecimiento de la naturaleza, emotiva ha sido bien encauzada hacia las vías más elevadas posible, no surgirán dificultades durante esta época, y el niño entrará con una naturaleza emotiva sana, fuerte y radiante, en el siguiente período, en el que la mente se convierte en el factor dominante, y podrá saturar de vivos sentimientos, de idealismo y de apreciación de lo bello lo que, sin estos factores, no sería más que frío y seco desarrollo intelectual. A medida que, aunque sea muy a la ligera, estudiemos estos diversos períodos de la vida humana, comprenderemos mejor cuán necesaria es la buena utilización de cada uno de ellos para el adecuado desarrollo de los que le siguen.

De los catorce a los veintiuno, la mente se apodera del puesto principal en el panorama, cada vez más completo, de la encarnación. Los centros de la garganta y de la frente reciben vitalización especial que los lleva a actuar intensamente. *La tónica de este período es, esencialmente, la del rápido crecimiento de las facultades mentales*. El estudio es lo que predomina. Evidentemente, el interés debe concentrarse en la adquisición de los llamados “hechos”, pero más todavía en el desarrollo de las facultades del razonamiento y del pensamiento analítico. También se observa aquí una acción recíproca: la mente actúa sobre el cuerpo, y el cuerpo sobre la mente; además, como ya

dijimos, la presencia de una naturaleza emotiva a la vez fuerte y bien equilibrada será de inestimable valor durante el período de especial desarrollo mental.

Una ojeada a la [Fig76](#) nos mostrará que el período a que ahora nos estamos refiriendo incluye el desarrollo de las dos partes de la mente, la concreta y la abstracta, de modo que antes de su terminación debieran observarse indicaciones del crecimiento de los procesos del cuerpo mental superior, en cuanto al razonamiento y la intuición. Un punto importante a observar es que, durante este período, ya queda establecida la conexión normal plena entre el Alma misma y todos los cuerpos que le sirven de vehículos en los diferentes mundos, de manera que si se han logrado condiciones ideales, ya puede el hombre mismo, el hombre verdadero, manifestarse completamente a través de aquellos o utilizarlos para sus fines propios. Pero bien puede comprenderse que tales condiciones ideales rara vez se realizan, si bien el hombre puede, sí, regir y emplear la totalidad de las facultades que ha logrado desarrollar. Y esto es generalmente aceptado en el mundo físico, donde al cumplir veintiún años, se le reconoce al joven la mayoría de edad, en lo social como en lo legal, y a la vez, o más bien, en consecuencia, se le hace plenamente responsable de sus actos. De paso podríamos mencionar que algunas autoridades en la materia consideran que el período de adultez comienza desde los dieciocho años, y a este respecto debe observarse que los dieciocho años representan el punto exacto en que se establece el primer contacto pleno con el Alma, el cual queda completo a los veintiuno. Estos pocos años implican una gran diferencia en el desarrollo de las facultades mentales, que están avanzando rápidamente hacia su culminación. Y, por lo mismo, durante este período, la religión debiera ser llevada por caminos de razón, de ampliación de horizontes, pero sin dejar por eso que se agoten las cualidades de la verdadera devoción.

Podemos dar por supuesto que ya se ha atendido a las necesidades primarias para gozar de una buena salud física; que las emociones se han elevado hasta su máximo nivel de expresión y que también la mente, así en su aspecto práctico como en el conceptual, se ha desarrollado plenamente. Y todo este progreso habrá de desempeñar papel muy importante a medida que la encarnación pase a sus fases subsiguientes.

De los veintiún años a los veintiocho, como lo indica la [Fig76](#), se extiende el período en que *Buddhi* (el Amor) llega a su plena manifestación material. Y, como era de esperarse, *este es el período natural para el matrimonio*, unión que en sus aspectos superiores, más esenciales y profundos debería realizarse en los mundos espirituales, entre un Yo y otro Yo. El matrimonio debería ser una gran experiencia esotérica en que tomara parte todo el ser del hombre, desde lo espiritual hasta lo material. Al trascender, por lo menos temporalmente, las limitaciones del yo separado, dentro del círculo familiar, puede captarse al menos un leve vislumbre de las verdaderas alegrías de vivir que serán compartidas por todos por igual cuando seamos capaces de echar abajo las barreras que ha erigido la separatividad, y así reconocer la Vida Única en todos los seres. Una unión ideal espiritualizará todos los aspectos del matrimonio, haciendo que simbolicen en forma material las bellezas de la unión superior. Para que un matrimonio sea completo y feliz se necesita que cada uno de los cónyuges posea un cuerpo físico sano y fuerte, una naturaleza emotiva bien equilibrada, un bueno desarrollo intelectual y, además, que haya entre los dos verdadera unión espiritual. Hasta los concomitantes puramente materiales del matrimonio llevan a cada uno de los esposos más allá de las actividades egocéntricas, porque el marido tiene que satisfacer las necesidades de la familia, en tanto que la esposa también tiene que desempeñar su parte, cuidando del hogar en beneficio de todos. Así pues, el amor tiene que manifestarse en expresión activa, aunque muchas y muchas veces la mente y los deseos desvíen a los esposo en direcciones menos ideales.

Después llega el período en que entra en juego otro aspecto del Alma, la Voluntad, lo cual sucede *entre los veintiocho y los treinta y cinco años*, cuando la Voluntad se manifiesta en forma de confianza en sí mismo, y la juventud cede el puesto a la madurez. Para enfrentarse a las responsabilidades suscitadas por el matrimonio, es preciso emprender actividades productoras de riqueza, o por lo menos comodidad, bienestar, y para lograr éxito, mayor o menor, en el empeño, será preciso poner en juego la fuerza motriz de la Voluntad. Al afrontar las necesidades de la vida

doméstica, el hombre tendrá que entregarse casi totalmente a actividades externas consagradas a aquel fin; y no serán menores los esfuerzos que la vida requiera de la esposa, si es que ha de cumplir plenamente las tareas, múltiples y casi interminables, que requiere el cumplimiento de sus deberes de esposa, madre y ama de casa. Este es el período de la encarnación en que el Alma llega a mayor grado de inmersión en la materia; y, por eso, no es de extrañar que los psicólogos declaren que, según las estadísticas, *la edad de los treinta y cinco, es para el hombre, la de sus mayores logros materiales.*

Y precisamente con los treinta y cinco años se llega al decisivo punto de cambio de dirección en cada encarnación: se efectúa el viraje en que termina “el Sendero de Salida” y comienza “el Sendero de Retorno”. Al observar la sucesión de los acontecimientos futuros, veremos que, en adelante, lo que el hombre logró o desarrolló en el pasado es lo que sucesivamente va a ser sometido a prueba, pero en orden inverso: ahora se irá recogiendo la cosecha de las semillas que antaño se sembraron; ahora aparecerán como productos bien acabados las materias primas que se obtuvieron y prepararon tiempo atrás. A medida que transcurra cada uno de estos períodos, se irá revelando la verdadera valía del individuo, porque su vida culminará en éxito o en fracaso: y tendrá éxito si las fuerzas que caracterizaron a cada uno de los períodos anteriores ahora se consolidan y fructifican de modo de enriquecer los años que quedan por vivir. Así, hasta el final de la encarnación, las cualidades del Alma resplandecerán en el mundo físico, ascendiendo a cimas cada vez mayores hasta que desaparezcan a la vista humana cuando cese la existencia en este mundo, simplemente porque el cuerpo físico ha dejado de funcionar y ya el hombre verdadero carece de medios de expresión en este mundo, el más denso de todos. El fracaso, en cambio, llena la vejez de cosas que a los demás entristecen y hasta repelen, en vez de aquéllas que harían de este último período del más hermoso y atrayente de toda la encarnación.

Aquí debe mencionarse un punto muy importante que, aunque es desconocido por la gran masa de la humanidad, produce dificultades sin fin y puede hasta nublar lamentablemente los últimos años de una encarnación. Una ojeada a la [Fig58](#) recordará al lector las observaciones que hicimos sobre la manera cómo los elementales producen perniciosos efectos sobre los cuerpos astral y mental del ser humano; como explicamos, solamente pueden infligirnos tal daño si perdemos el dominio de dichos cuerpos ([Láminas III](#)), lo que les permite entrar en estos. Como también dijimos, estos elementales andan siempre en busca de vibraciones más y más densas y más violentas. Y en esos cuerpos del hombre, que poseen mayores capacidades para el bien y para el mal, encuentran una morada ideal sobre la cual ejercer mayor y mayor dominio a medida que pasa el tiempo, por lo cual, al llegar la vejez, su imperio casi puede llamarse absoluto. Este conocimiento llevará a las personas sensatas a ejercer permanente e intensa vigilancia contra la entrada de estos intrusos tan perjudiciales, que en toda época harán daño, y mucho; pero que lamentablemente pueden echar a perder por completo los últimos años de la vida física: el dominio de sí mismo, en todas las épocas, en todos los momentos, es la clave del éxito en protegernos contra estos peligros.

De los treinta y cinco a los cuarenta y dos años continúa el predominio de la Voluntad; pero durante este segundo período, la confianza en sí mismo que se desarrolló a lo largo del primero deberá florecer en pleno dominio de sí mismo. Por eso, según lo muestra la [Fig76](#), el período de mayor inmersión del ser humano en asuntos materiales se extiende de los veintiocho a los cuarenta y dos años. Posiblemente, en años posteriores haya de enfrentarse a la elección entre dedicar sus actividades a acumular dinero con fines egoístas o bien, en un círculo más amplio, en hacer bien a sus semejantes.

De los cuarenta y dos a los cuarenta y nueve años, vuelve Buddhi a ocupar el lugar predominante, y con ello se ponen a prueba los lazos matrimoniales. Durante este período debería producirse una gran expansión de los sentimientos amorosos: en circunstancias ideales, a la vez que persisten y aún se intensifican la santidad y firmeza de los vínculos del matrimonio, debería alborear un amor más grande, más amplio, imparcial, impersonal, reflejo del verdadero *Buddhi* del mundo espiritual, que se vierte hacia todos los seres, sin egoísmos, sin deseo alguno de recibir algo en cambio. Podrá ser tan sólo un débil vislumbre de tales esplendores, o una más clara visión que inspire actos de

altruismo, de nobleza. Y semejante sentimiento debería ir unido al florecimiento de la unión matrimonial en un nuevo, más amplio y más firme sentimiento de verdadero compañerismo conyugal. En esa época, ya las atracciones físicas del matrimonio están pasando a muy segundo término, y si no llegan los cónyuges a estos superiores estados de conciencia –porque el lazo que los había unido no pasaba de lo físico–, el fracaso es seguro y el matrimonio puede acabar en divorcio. En muchos, este impulso se desviará hacia caminos inferiores, y romperán los lazos matrimoniales solamente para satisfacer bajos deseos, para entregarse a los goces de la carne; en estas formas erróneas y degradantes de dar salida a los sentimientos, los elementales de que hace poco hablábamos desempeñarán papel importantísimo, y muchas veces lo que comenzó como falta de dominio de sí arrastrará al hombre hasta abismos de deshonor que antes ni hubiera concebido.

De los cuarenta y nueve a los cincuenta y seis años se observa la plena madurez de la buena o mala dirección que ha tomado la mente. *Este es el período en que el conocimiento se trasunta en sabiduría.* Decrece el empeño a saber cosas nuevas, en acumular más y más hechos; pero, en cambio, se piensa más, se reflexiona más y de modo más profundo sobre los hechos que antes y ahora se conocen. En los años anteriores, el hombre joven devoraba todos los libros a su alcance; durante el período a que ahora nos referimos, sigue leyendo, pero probablemente menos libros, porque reflexiona sobre ellos más detenidamente y de modo más profundo. Este es el período en que culmina el estadista, en que el hombre que va evolucionando bien llega ser buen guía, sabio consejero de los demás. Al llegar a este punto, la mente debería ser más amplia y más profunda, y hacerse más tranquila, menos susceptible a que la turben los acontecimientos, más pronta a tomar en cuenta todos los diferentes puntos de vista y, en consecuencia, más capaz de tomar decisiones acertadas. Pero el fracaso en este aspecto del desarrollo mental dará por resultado, en este período, que *la mente se vaya cerrando gradualmente a toda idea nueva*, verdadera tragedia que ocurre con excesiva frecuencia. En vez de una mente que se acerca más y más a la verdad de las cosas, gracias a una sabiduría que va madurando con los años, nos encontramos con un individuo poseído de la inquebrantable convicción de que ya posee toda la verdad y que, para mantenerse de modo inatacable en semejante posición, no admitirá siquiera, dentro de su cerrado recinto mental, ninguna idea que pueda significar un desafío a las conclusiones a que ha llegado. Para tal ser humano, ya no habrá en esta vida, ningún progreso mental. ¡Ha entrado, por el tiempo que le queda en el mundo físico, en “en el período de pasividad”!

De los cincuenta y seis años a los sesenta y tres, el buen desarrollo emotivo es el que se pone a prueba: si el ser humano ha logrado éxito en este aspecto debería ahora mostrar fuerza y equilibrio en sus emociones. La maduración de la naturaleza emotiva debería dotar al individuo de un profundo sentido de compasión por todos los seres, de interés fraterno por sus semejantes. Es el período en que el hombre llega a ser el amigo profundamente comprensivo que no solamente sabe dar un buen consejo, sino sentir con el que siente y acompañar, con afecto y profunda comprensión, al que necesita compañía. La naturaleza emotiva del individuo, que al madurar se ha dulcificado se observará, se sentirá, en la atmósfera de amor, de deseo de ayudar y de hacer bien que rodea a un ser así, aunque no pronuncie una sola palabra. Y un ser así será por siempre joven.

En cambio, si no ha sido buena la preparación para este período, aparecerán los rasgos desagradables que son tan frecuentes en la vejez, que se revelan en expresiones emotivas nada deseables: mal humor, falta de consideración por los demás, exigencias exorbitantes y, con todo ello, una positiva rigidez emotiva que no puede ser más desagradable. La voz se torna chillona, la piel se arruga, las facciones se endurecen, y los ojos pierden todo su brillo, en casos extremos, el elemental expulsará casi por completo al legítimo dueño de los cuerpos, provocando cambios drásticos en la personalidad. Una persona antes atrayente puede llegar a hacerse repulsiva; no solamente ha desaparecido de ella toda belleza, sino también todos los encantos de su carácter. Este espectáculo irrita o deprime a los demás, y a muchos hasta les hace perder la fe en Dios, en la solidez de los altos valores humanos, creyendo que aquella persona ha perdido para siempre sus prendas de carácter. No, no las ha perdido, pero durante ese período final de su vida en el mundo físico apenas puede manifestarlas, o su eclipse, durante ese período, es casi total, ya que sus propios

vehículos de conciencia en los mundos inferiores han quedado sometidos al dominio de uno o varios elementales indeseables. El amigo a quien amábamos o admirábamos no ha perdido las bellezas de su carácter, sino que había en él una debilidad, más o menos oculta que, en las circunstancias de ese período, se han adueñado de sus vehículos para producir efectos tan lamentables.

El período final, de los sesenta y tres hasta los setenta años, es aquél en que se pone a prueba la vitalidad física, cuyos cimientos se echaron durante el primer período de la encarnación; a esta edad, el individuo debería retirarse de las actividades materiales, dedicándose a una vida de reflexión, de meditación. Así como durante los primeros siete años de la encarnación el cuerpo vital (o doble etéreo) estaba fortaleciendo sus lazos con el cuerpo físico denso, ahora el hombre marcha hacia el momento en que se rompan esos lazos. Y así como, durante aquél, el niño, en sus juegos llenos de imaginación, trataba de anticipar los futuros acontecimientos de su vida, así ahora, el hombre debería pasar revista a los años y los hechos de su vida física, ya que su final se aproxima. Como antes pretendió anticipar su futuro, ahora debe recapitular su pasado; pero no ha de ser un retorno al pasado, sino un traer el pasado al presente para examinarlo y para reflexionar sobre los sucesos de esta encarnación que se está acabando de vivir, a fin de extraer de ellos todos los valores y las lecciones que puedan ser útiles como preparación para el tránsito de la existencia física a la vida en el mundo astral. Así es como mejor se preparará el hombre para aprovecharse lo mejor posible de las nuevas oportunidades de progreso que ese cambio puede propiciarle. La valía que tiene para el individuo un cierto conocimiento de la Teosofía es inmenso cuando llega este período, puesto que hace rendir así espléndidos frutos al crepúsculo de la vida terrenal. Esta labor interna de recapitulación y, puede decirse, de recopilación definitiva de los frutos de una encarnación en el mundo físico, no depende en absoluto de ninguna circunstancia exterior, porque el hombre lleva acumulados en su mente subconsciente todos los recuerdos de esta vida, que puede evocar y hacer regresar a la mente consciente, para considerarlos a la luz del desarrollo obtenido a lo largo de las experiencias todas por las que ha pasado a través de los sucesivos períodos de su existencia. Los numerosísimos ancianos que continuamente relatan historias de su juventud responden a este mismo impulso interno, que sienten, pero que no entienden. La Naturaleza los llama a efectuar esa recapitulación, pero ellos, sin reconocer los altos motivos de la misma, se extravían por entre las telarañas que cubren los corredores del lejano pasado; y esta es la causa de que la debilidad de su cerebro físico los lleva a caer, con tanta frecuencia, en el estado que llamamos “segunda infancia”.

Si los requisitos esenciales de la buena salud se obtuvieron satisfactoriamente en los comienzos de la existencia y se han mantenido y cultivado durante los siguientes períodos de la encarnación, no hay motivo para que la transición de este mundo físico al astral no sea tan sencilla como el proceso de entregarse al sueño; al cabo, eso es lo que realmente es. *El hombre no debiera morir de enfermedad*; esto se produce como resultado del mal uso que se hace del cuerpo físico; exceso de actividad o carencia de ella, exceso de alimento o escasez de él, carencia de sol y de aire libre, introducción de venenos en el organismo, de origen físico, astral o mental, desde los prejuicios, los odios, los temores hasta la ingestión de sustancias animales o de otras totalmente inadecuadas al cuerpo humano... Todo esto contribuye a producir dolores, trastornos en el funcionamiento de los órganos, decrecimiento de la vitalidad, enfermedades, y lleva a una muerte antinatural por los sufrimientos que la acompañan. La transición normal sería ésta: aquellos fuegos vitales que se fueron encendiendo gradualmente durante la infancia, sufrirían un proceso de reversión: es decir que, también gradualmente, se irían amortiguando hasta que, al fin, en “una paz que sobrepasa al entendimiento”, el Alma se retiraría del cuerpo que por tantos años la sirviera; y, al cerrarse así la encarnación, en un momento de silencioso júbilo, vería el Alma desplegarse antes su vista, una vez más, las bellezas del mundo astral...

Aquí conviene agregar una palabra de advertencia. Durante el último período de la encarnación, el propósito evolutivo es que el Alma obtenga una cierta liberación de sus cuerpos, haciéndose dueña y señora de ellos. Pero también ocurre aquí, que un natural impulso interno se extravía en su realización, por falta de conocimiento de su propósito profundo: en vez de liberarse mediante el

dominio, más o menos perfecto, hay muchos seres humanos que buscan ese dominio, esa victoria, en la retirada. Así como esto sucede en el ciclo mayor de la completa evolución del Alma, también se produce dentro del ciclo menor que es una encarnación en particular: a consecuencia de esto, a medida que corren los años, la voluntad se debilita, los poderes del amor parecen disminuir en intensidad, falla la mente, los sentimientos parecen extinguirse, y el cuerpo físico va perdiendo sus reacciones sensorias y sus fuerzas vitales. Pero esto no representa el curso normal de la vida: el hombre debería marchar por ella acompañado por todas sus facultades superiores hasta el último día de su vida en la Tierra, usándolas, a medida que el tiempo pasa, con dominio cada vez mayor de todas ellas, y también menos para su propio provecho material y más y más para el bien de todos.

Este bosquejo del desenvolvimiento de nuestra vida terrena nos dará una mejor comprensión de los acontecimientos pasados y una mejor preparación para los futuros: podremos enfrentarnos con la vida a ojos abiertos. Así como el Alma, a través de su período total de crecimiento, se desarrolla, de botón casi imperceptible, a tierno capullo hasta llegar a la espléndida belleza de la flor plenamente abierta ([Fig69](#)), así también, en el ciclo menor –de sólo tres veintenas de años y diez años más- que es una encarnación se desarrolla un proceso muy semejante, a medida que el cuerpo físico se desenvuelve para poder dar expresión, a su debido tiempo, a las superiores facultades del Alma.

CAPITULO V

TRANSICIÓN Y VIDA EN EL MÁS ALLÁ

La muerte es un misterio ante el cual el hombre ha levantado muchos altares y erigido las estatuas de muchos dioses. En muchos países, en muchas épocas, la han circundado las supersticiones, y el temor ha hecho de ella un fantasma terrible. Ante ella, la ciencia se detiene, sin comprenderla ¡y admite su derrota! Y, no obstante, a pesar de todos estos hechos, dentro del corazón de todo ser humano vive, aunque enterrada muy profundamente, la esperanza de que la vida sea eterna, y que la muerte no sea sino uno más entre tantos otros hechos que parecen ser ciertos ¡y que no lo son! Para las mentes más excelsas que han vivido en la Tierra, la inmortalidad ha sido siempre una realidad, y quizás todos los humanos, en momentos en que alcanzan la grandeza, reciban esta revelación. Porque hay una cosa cierta: y es que el hombre, aunque sea capaz de crear un universo dentro de su mente es, en cambio, incapaz de concebir la aniquilación. No puede imaginar el no-ser; le resulta una imposibilidad mental. Pero, en cambio, no le es imposible imaginar la inmortalidad. Si en nuestra conciencia nos apartamos de las dudas y los temores de los cuerpos inferiores, de las complejidades de la mente y del agitado mar de los disturbios emotivos, podemos llegar a *darnos cuenta que somos uno con el Yo único* y que, por lo tanto, jamás podemos dejar de ser. Sin que nos afecten las circunstancias externas, por siempre continuaremos existiendo. Así podemos –y debemos- desterrar de nuestra mente, de una vez para siempre, la idea de la muerte. Nosotros no morimos, *no podemos morir*. Nos apartaremos del cuerpo físico, que caerá a un lado del camino; más, para el Alma, este acontecimiento será una liberación, que la hará entrar en una vida más amplia en mundos más sutiles. No es muerte, no es aniquilación: será una transición, de la prisión de la carne y de las tinieblas del mundo físico a las regiones más amplias del mundo astral.

El error de apreciación respecto a la muerte ha surgido de una falta de conocimiento respecto de la verdadera naturaleza del hombre. Si creemos que el cuerpo físico es el individuo mismo, es el hombre verdadero y total, la muerte se convierte en un misterio insoluble, y cada día de nuestra existencia física nos resulta un espejismo burlón, que cada mañana nos presenta nuevos engaños, en tanto que la vocecita que dentro de nosotros nos dice que tal cosa no es cierta nos parece solamente el eco atormentado de una esperanza muerta. Y, sin embargo, toda la argumentación –por no decir la prueba- desarrollada a lo largo de estas páginas, impregnada toda de un sentido contrario a una actitud tan pesimista, debiera haber alejado del lector toda posibilidad de caer en tan triste error.

Hace algunos años, el autor de este libro se hallaba de pie en la azotea de uno de los más altos edificios de la ciudad de New York, y desde una altura de setenta pisos, contemplaba las agitadas escenas que se sucedían allá abajo; trató entonces de imaginarse que era un visitante de un lejano planeta, desconocedor de las cosas de la Tierra, y pensó qué le parecería aquel espectáculo. Veía allá abajo, a gran distancia, muchísimos pequeños objetos movibles –los que llamamos automóviles- que parecían andar y dirigirse por sí mismos: cuando unas luces que había en la calle, lanzaban un resplandor rojo, todos los objetos se detenían; cuando la luz cambiaba, de rojo a verde, todos los que iban en la misma dirección echaban a andar; y no sólo obedecían a las luces, sino que mostraban todos los signos de darse cuenta de la presencia de todos los demás, llegando hasta lanzar roncós sonidos de aviso cuando otro parecía que iba a cortarles el paso; parecían poseer

inteligencia; parecían vivir y pensar. Pero, mientras el observador continuaba mirándolos, uno de ellos se acercó a la acera, se detuvo, y de él salió otra forma, otro objeto mucho más pequeño. Y ¡cómo cambió todo entonces! El objeto mayor quedó allí, inmóvil y “callado”; ni atendía a las luces ni parecía notar la presencia de los demás; demostraba, bien a las claras, no ser más que una máquina, un simple agregado de partes materiales, incapaz de dirigir sus propios movimientos, ni de tomar una sola decisión, ni aún de darse cuenta de lo que lo rodeaba: todas estas facultades pertenecían a aquella otra forma pequeña que llevaba dentro y que lo manejaba. Pensé que aquella escena podía utilizarse como símil aplicable a la vida del hombre en el mundo físico. Su cuerpo humano es una máquina, cuya inteligencia no le pertenece, sino que proviene de un Yo interno que lo dirige y domina sus actos, y sin el cual nada podría ejecutar.

En el famoso *Bhagavad Gita* –tan bellamente traducido al inglés por Sir Edwin Arnold- bajo el título de *The Song Celestial (El Canto Celestial)* Sri Krishna dice estas palabras:

*Jamás nació el Espíritu, y jamás morirá;
Ni tiempo hubo jamás en que el Espíritu no fuera.
Principio y fin son, para él, palabras sin sentido:
Nunca toca la muerte al que en el cuerpo mora,
Por mucho que destruya esa morada.
No; sino que, como quien gozosa aparta
De sí las muy gastadas vestiduras,
Y, tomando otras nuevas
“¡Estas luciré hoy!, alegre exclama, así el Espíritu,
sin cuitas deja su carnal ropaje,
para reaparecer con nuevo traje.*

La siguiente pregunta que surge en la mente del indagador es sumamente razonable. Interroga: “Si todo esto es cierto ¿dónde están aquellos que se han desembarazado de su cuerpo físico?. Pero esta pregunta ya ha sido contestada: están aquí, están aquí, en torno nuestro todo el tiempo, viviendo en regiones más sutiles que las de nuestro propio mundo, en las del mundo astral que nos circunda en todas direcciones, pero que para nosotros es invisible porque nuestros sentidos físicos no pueden percibirlo ([Fig23](#) y [Fig25](#)). Otra dificultad que a menudo se alza en el camino de la comprensión intelectual de la vida después de la muerte es la de entender cómo un mundo formado de materia aún más sutil que el aire invisible que respiramos puede proporcionar al hombre experiencias “reales” y “tangibles” como las que nos da el mundo físico. En el Capítulo II, “El mundo de la conciencia”, Sección 2, las [Figura4](#) y [Fig5](#) tratan de este punto; allí se nos ha presentado el hecho de que no vivimos, realmente, en un mundo físico, sino en un mundo creado por nuestra conciencia como reacción a las numerosas ondas vibratorias que nos llegan del exterior y a las cuales responden nuestros órganos sensoriales. Lo mismo sucede en el mundo astral. La [Fig77](#) se refiere específicamente al punto que estamos tratando; en esta ilustración se reproduce un aparato de televisión sintonizado con la estación “A”, que está transmitiendo por el canal “1”, lo cual proyecta una determinada imagen en la pantalla del aparato receptor. Dicha imagen es “un reflejo de la realidad”, cuya calidad depende principalmente del aparato mismo, de su capacidad para darnos una fiel reproducción de la escena original. Entre dicho original y la reproducción que vemos, no hay más que ondas etéreas, invisibles e inaudibles. Otras muchas ondas también están pasando a través del aparato receptor, pero no producen sobre él ningún efecto, porque no está “sintonizado” para recibirlas. Pero, si trasladamos el botón de sintonización del aparato al Canal 2, correspondiente a la Estación “B”, aparecerá en la pantalla una imagen completamente distinta. Para ello no es necesario mover ni aun ligerísimamente al aparato: basta un cambio de sintonización para captar una serie muy diferente de ondas.

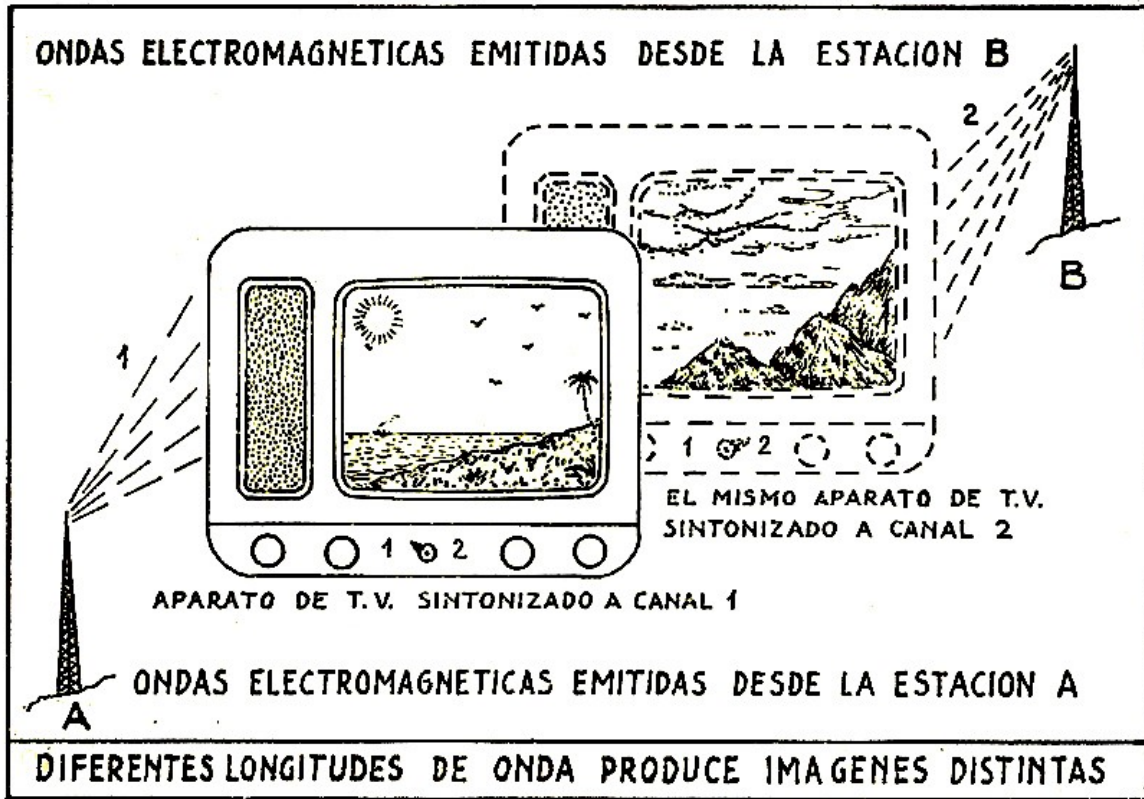


Fig. 77

Esto es lo mismo que aparece en la [Fig78](#), pero aquí aplicado a nosotros mismos. El cuerpo físico (1) es como un aparato receptor de televisión, aunque muchos más maravilloso, porque sus cinco aparatos sensoriales hacen de él un cinco-en-uno, sensible a una faja bastante amplia del espectro físico; y si el yo se sintoniza con el canal "1", tiene conciencia de ese mundo físico; el cuerpo astral (2) es igualmente sensible a las ondas del mundo astral, y lo mismo sucede, en su propio mundo, con el cuerpo mental (3). Teniendo siempre en cuenta que vivimos en un mundo creado por nuestra propia conciencia, fácil nos es comprender que cuando el Yo está empleando su cuerpo físico está sintonizado con el mundo físico en el que vive, y que son los objetos de ese mundo los que le parecen "reales". Cuando se aparta de una vez del cuerpo físico —y aún antes, cuando se halla en ciertas condiciones anormales o durante el sueño— el Yo cambia de "sintonía": dado que ha enfocado su conciencia en el mundo astral, captará las ondas de ese mundo, mediante su cuerpo astral. Pero como quiera que el mundo astral está formado de materia más sutil que la física y, por lo tanto, capaz de liberar mayor energía, no será más vaga, como tendemos a imaginarlo aquí sino, por el contrario, las impresiones que produzca en nosotros serán *más "reales", más vívidas, más tangibles que las del mundo físico*. Y lo mismo puede decirse respecto al cuerpo mental, pero magnificando las respectivas proporciones. Ya sabemos que después que el cuerpo astral ha consumido sus energías, en un período más o menos extenso de utilidad para el Alma, ésta se libera de él y pasa a funcionar en el mundo mental, por medio de su cuerpo mental, es decir, "se sintoniza" con el más sutil de sus vehículos inferiores, pertenecientes a la personalidad. Cada uno de esos tres mundos da al Alma, al pasar ésta del más denso al menos denso, mayor libertad de expresión, impresiones más vitales y vívidas, porque cada uno de ellos significa un paso de avance hacia la Realidad.

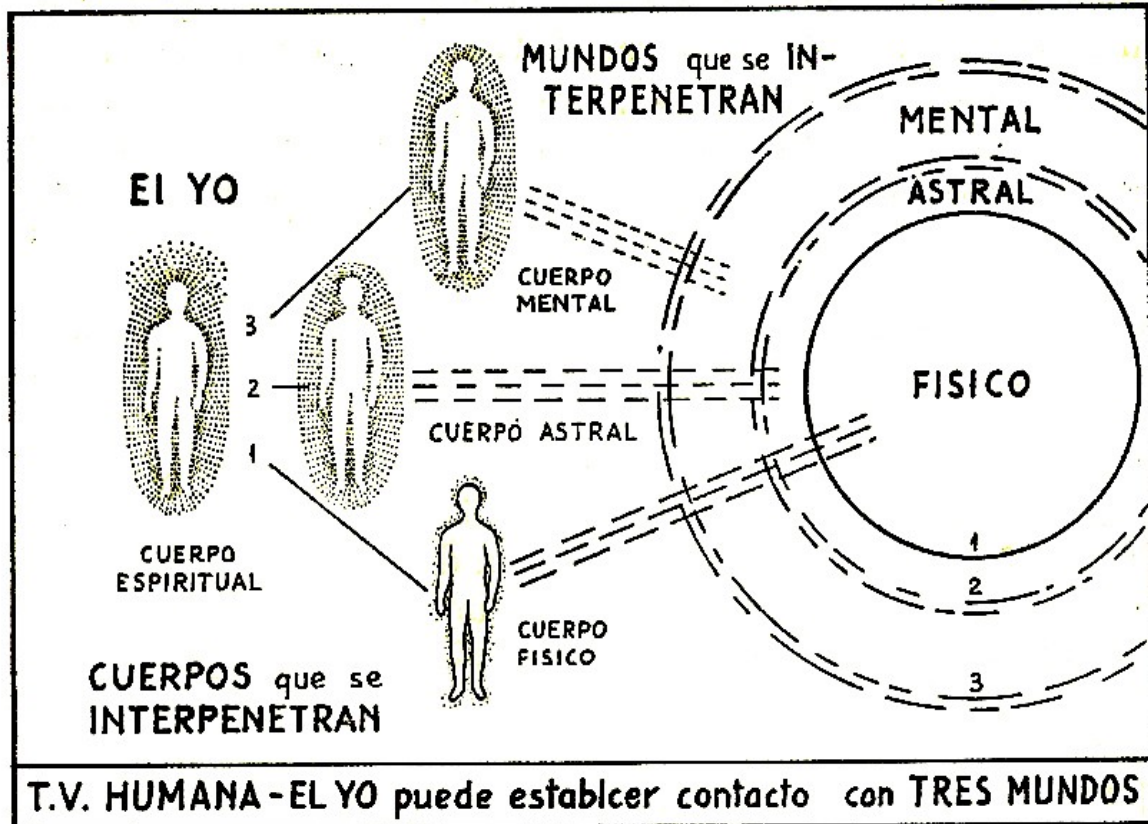


FIG. 78

Las circunstancias bajo las cuales se realiza la transición del mundo físico al astral —lo que se llama “muerte”— difieren notablemente de una persona a otra, salvo en cuanto al hecho que el tránsito en sí no es doloroso, y que es una experiencia absolutamente normal. En todos los casos de muerte natural, el despertar del otro lado de la vida debería ser un proceso gradual y apacible, igual al despertar aquí luego de un profundo sueño, y rebosante de nuevas energías. Pero durante la vida física, el cuerpo astral ha estado activo, contribuyendo con los elementos del deseo y de la emoción, al total de las actividades de la encarnación, y según el total, cuantitativo y cualitativo, de lo que haya acopiado y actuado durante ese período, así serán su magnitud y contextura. El hombre mismo lo habrá ido elaborando durante su vida terrenal y, dado que el medio ambiente astral de cada persona tiene que estar de acuerdo con la composición y el desarrollo de su cuerpo astral, al despertar del otro lado de “la muerte” se encontrará en un ambiente astral correspondiente a las actividades emotivas de su reciente pasado: aquello que sembró, eso cosechará, sea la cosecha abundante o escasa, pura o impura.

Pasemos ahora a considerar en detalle cuáles son esas condiciones generales que se nos harán presentes a medida que despertemos en el mundo astral luego de haber abandonado para siempre el cuerpo físico. Esta experiencia nos aportará conocimientos de muy alto interés, ya que ese mundo presenta características muy notables. Podemos estar seguros de que allí estarán esperándonos los seres queridos, los antiguos amigos que antes que nosotros llegaron a ese mundo; no es probable que hayan cambiado mucho, aunque quizás luzcan un poco más viejos o un poco más jóvenes —según el concepto que cada uno de ellos se haya formado de la edad pero, de todas maneras lucirán más saturados de vitalidad que durante su vida física. El carácter general de nuestro medio ambiente dependerá básicamente del nivel general de nuestra vida emotiva. Pero lo más probable es que sea una contraparte exacta, en materia astral, del medio ambiente físico que acabamos de dejar. A

medida que pase el tiempo, iremos descubriendo más y más de ese medio circundante, y entraremos en contacto con otros muchos seres humanos, ocupando nuestro lugar en el mundo astral y en sus sucesos, lo mismo que antes lo hicimos en el mundo físico. Lentamente nos iremos dando cuenta de que es ese un mundo de luz incandescente, en el que todos los objetos aparecen iluminados desde adentro, no por el reflejo de una luz externa, a ellos, como sucede en el mundo físico. Entre los espectáculos más asombrosos está allí el de la inmensidad y grandiosidad de los paisajes naturales, que en vez de mantener los contornos fijos a que estamos habituados en el mundo físico, cambian constantemente de aspecto y presenta nuevas y seductoras bellezas a cada hora que pasa.

Así pues, la “muerte” –es decir, lo que erróneamente llamamos así- no es el cese de todo cuanto nos es querido en lo que –no menos erróneamente- llamamos “vida”: es exactamente lo opuesto, Si hemos dirigido adecuadamente nuestra existencia en el mundo físico, podemos iniciar en el astral una serie de experiencias más emocionantes que cuanto hayamos podido imaginar. La Naturaleza, en la cual vemos la mente de Dios en acción nos ha estado dando una anticipación de ese mundo por venir, ya que diariamente lo hemos visitado durante las horas en que nuestro cuerpo físico dormía, y muchas veces hemos traído recuerdos, casi siempre fragmentarios y confusos, de esas experiencias que –mezcladas con diversos elementos de otras procedencias- forman lo que llamamos “sueños”.

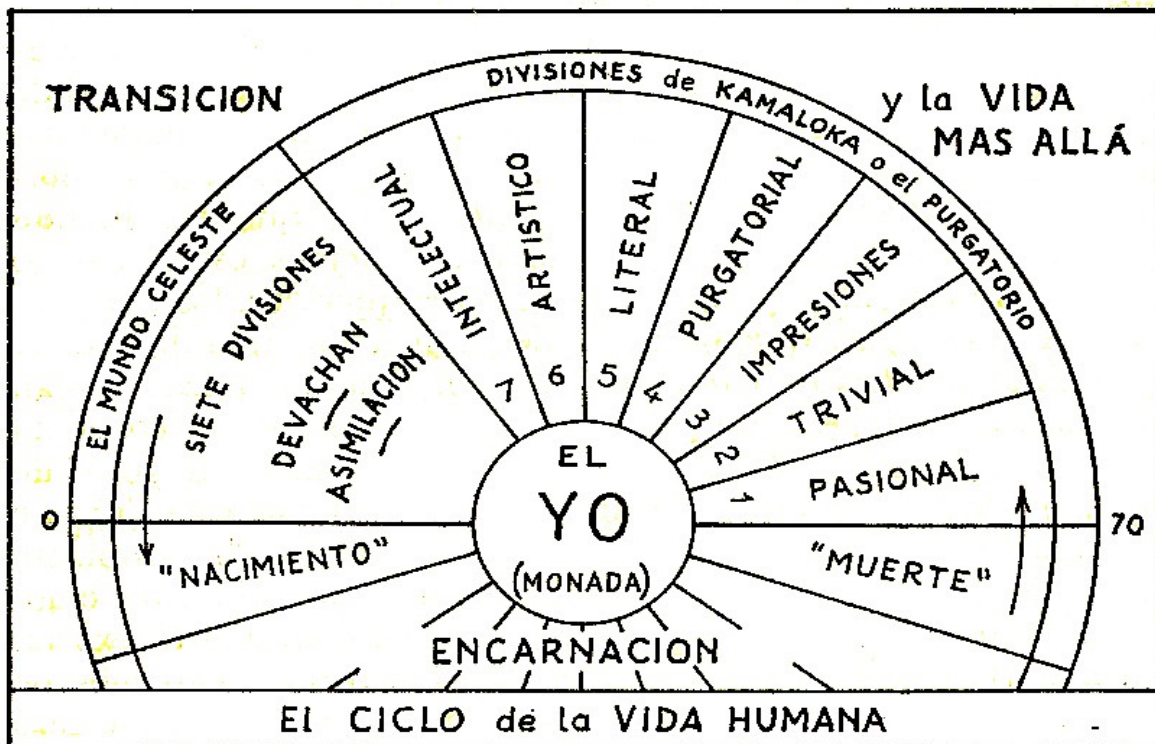


FIG. 79

En la [Fig76](#) vimos simbólicamente representados los diez períodos en que se divide la vida física del hombre, y quedó explicado como el buen aprovechamiento de cada uno de dichos períodos proporciona el desarrollo del individuo y de sus diferentes cuerpos, en todos sus aspectos. La [Fig79](#) nos muestra cómo se satisfacen esas mismas necesidades en la vida que transcurre después de la “muerte”. Pero existe una diferencia fundamental entre los dos diagramas, dimanante del hecho que, en el estado actual de la evolución humana, los períodos que transcurren, primero en el mundo astral y luego en el mundo mental, están dedicados principalmente al proceso de absorber los resultados de las experiencias obtenidas durante la estancia en el mundo físico.

El paso a través del mundo astral tiene por propósito central, hasta dónde puede apreciarse, la eliminación de las cualidades indeseables manifestadas en el anterior período de encarnación física, y la purificación de la naturaleza humana en cuanto a sus deseos y emociones. Por lo tanto, puede llamársela “período purgatorial” o “purgativo”. En cuanto a la vida en el plano mental, tiene por tónica la asimilación de todas las experiencias terrenales, a fin de que su esencia contribuya a despertar más y más las cualidades y facultades divinas latentes dentro del Yo individual.

Se observará que la [Fig79](#) es como una continuación de la [Fig76](#), que cubría la encarnación desde el nacimiento del cuerpo físico hasta la transición al mundo astral. Aquí se muestran siete períodos, producto cada uno de ellos, básicamente, del predominio de una respectiva subdivisión de la materia astral, desde la que podríamos considerar como correspondiente a la sólida del mundo físico, hasta la llamada “astral atómica”. En la vida astral, estos períodos transcurren en sucesión, lo mismo que la infancia, adolescencia, etc., de la existencia física, siendo muy gradual el paso de uno a otro. Pero, a diferencia de lo que sucede en el mundo físico, no nacemos siempre –ni mucho menos- en el primer período, que es el de materia más densa, sino que nuestra vida astral comienza en la subdivisión que corresponde al nivel general de vida emotiva del individuo en cuestión. Por lo tanto, para la gran mayoría de la gente, la vida astral constituirá una experiencia mucho más amplia, más variada e intensa que nada de cuanto experimentaron en el mundo físico. Ciertamente es que habrá períodos en que los deseos de desagradable índole y algunas de las emociones de tipo inferior habrán de ser consumidos en el ardiente fuego de la experiencia astral; pero los goces, cada vez más amplios e intensos, de los mundos superiores exceden en mucho a todos los que experimentamos mientras estuvimos encerrados en nuestra morada de carne.

Ahora trataremos de cada una de estas subdivisiones por separado. Como veremos, algunas regiones, del mundo astral son extremadamente desagradables, más aún, horribles y repulsivas. Pero solamente los ejemplares más bajos de la humanidad pasan por estas regiones; y debemos recordar que, aun para ellos, no se trata de un castigo por sus malas acciones. Las experiencias por que pasan aquellos que por un tiempo moran en tales regiones tienen un propósito benéfico: el de eliminar del cuerpo astral esa materia de tipo tan denso –para que una parte menor de ella se reproduzca en la encarnación siguiente- y el de purificar al individuo de tales bajos deseos –hasta donde sea posible- sumergiéndolo en el fuego que sus propias pasiones encendieron. Y, para mayor eficacia de la lección, contemplará el espectáculo vergonzoso de otros seres sumidos en las mismas pasiones y excesos a que él se entregó. En las próximas páginas incluimos, para describir las diferentes regiones del mundo astral, varias citas tomadas del libro *La Sabiduría Antigua*, original de Annie Besant, en el capítulo sobre *Kamaloka*.

De aquella primera región, dice dicha obra:

Todo deseo y sentimiento hórrido encuentra allí los materiales para su expresión. No falta nada de lo que puede haber en el lugar más infecto, sin contar con que todos los horrores que se ocultan a la vista física se manifiestan allí en toda su espantosa desnudez. El carácter repugnante de esta región acreciéntase por el hecho de que, en el mundo astral, la forma se adapta al carácter: el hombre presa de pasiones malsanas tiene, pues, todo el aspecto de lo que es; los apetitos bestiales dan al cuerpo astral aspecto bestial.

Sólo los peores ejemplares de la humanidad pasarán conscientemente por esta región que es la que, sin duda, ha dado origen al concepto popular del “infierno”. Además, la ley de gravedad actúa, en cierta forma, en cada uno de los mundos. Por consiguiente, la pesada materia astral de la subdivisión más baja de dicho mundo se encuentra, de hecho, dentro de la corteza terrestre; y, por lo tanto, debajo de nosotros que vivimos sobre la superficie del planeta. Sin duda esto tiene que haber contribuido al concepto, tan extendido, de que el infierno está “debajo” o “allá abajo”. Hechos como éste –y los hay numerosísimos- proporcionan sólido apoyo a la creencia, que muchos sostienen, que todas las enseñanzas que ahora se diseminan bajo el nombre de Teosofía fueron expuestas, en épocas más o menos lejanas, por las grandes religiones del mundo y que las doctrinas

actuales que éstas propugnan no son, en muchos casos, nada más que los símbolos externos de una verdad interna que, con el correr del tiempo, la mayoría de ellas ha perdido. Jesús declaró positivamente que enseñaba “los misterios del Reino de los Cielos” a sus discípulos escogidos, en tanto que a las multitudes solamente podía enseñarles bajo el velo simbólico de las parábolas.

En la segunda región del mundo astral se halla la contraparte astral de la Tierra y de todos los objetos existentes en ésta. Aquí es donde comienza su vida astral la mayoría de la gente muy corriente; porque la calidad particular de sus cuerpos astrales, que es la de este subplano, hace que aquí recobren la conciencia y pasen mucho de su tiempo; son aquellos seres humanos que se interesaron por las nimiedades y trivialidades de la existencia, se apegaron a fruslerías; muchos se dejaron llevar por su naturaleza inferior y murieron llevando vivos sus apetitos y deseos de goces físicos... están descontentos, molestos, inquietos, con más o menos sufrimientos, según sea la intensidad de los deseos que no pueden satisfacer.

A menudo los individuos de este tipo demoran su paso a otras regiones mejores por su intentos de comunicarse con los amigos o personas queridas que dejaron en la Tierra, empleando mediums de escaso adelanto espiritual.

La tercera de las subdivisiones del mundo astral es un poco más refinada que la segunda; también presenta una contraparte astral de los objetos terrenales, pero de naturaleza un tanto superior. Aunque sus moradores no son tan fuertemente atraídos por las experiencias de la Tierra como los que acabamos de mencionar, son todavía “accesibles a las impresiones terrestres, y el interés cada vez más débil que sienten por los asuntos mundanos puede despertarse ante los clamores de aquí abajo”. Aquí es donde comienza la vida astral para la mayoría de los seres humanos.

En la cuarta región astral se van desvaneciendo las atracciones terrenales y comienza a oírse la llamada de las cosas superiores; la materia emotiva inferior existente dentro del cuerpo astral del individuo se ha ido desgastando casi hasta desaparecer por completo, dejando solamente las sustancias más sutiles, mediante las cuales queda por fin el hombre en libertad de expresar plenamente sus sentimientos mejores y más bellos.

Encontramos aquí almas de un tipo más evolucionado, y aunque estén retenidas en este lugar por la envoltura de materia astral formada por la actividad de sus intereses terrestres, su atención se dirige por lo general hacia delante y no hacia atrás; mientras no se les llama por fuerza a los negocios de la vida física, pasan sin preocuparse de ellos.

En la [Fig79](#) se ha denominado a esta región “purgatorial”, porque parece ser el punto crítico en que al hombre se le presenta una gran alternativa: la de avanzar o retroceder.

La quinta región presenta características nuevas: la luminosidad de los objetos astrales ha ido aumentando progresivamente, de subplano en subplano, y aquí se observa de modo extraordinario. Citemos, una vez más, a Annie Besant:

Aquí se encuentran todos los cielos materializados que tan importante papel desempeñan en las religiones del mundo. Las cacerías celestes del piel roja; el Walhalla del escandinavo; el paraíso, lleno de huries, del musulmán; la Nueva Jerusalén de oro y puertas de piedras preciosas, del cristiano; el cielo lleno de liceos, del reformador materialista: todos tiñen aquí su sitio. Los rígidos devotos que se apegan desesperadamente a “la letra que mata” encuentran aquí la satisfacción literal de sus deseos; gracias a su potencia imaginativa, alimentada por la corteza estéril de los libros santos del mundo, construyen inconscientemente, con materia astral, los castillos en el aire con que sueñan.

La sexta división es de tipo más refinado, y allí residen almas de carácter más avanzado, menos literales en sus creencias y de temperamento artísticamente creado:

Los rodea cuanto de más bello puede hallarse en Kamaloka, porque su pensamiento creador modela la sustancia luminosa de aquella su pasajera morada, en paisajes admirables: en océanos palpitantes de luz, en montañas con picos de nieve, en fértiles llanuras; en escenas de hechizante belleza, aun comparadas con lo más exquisito de la Tierra. Se encuentran aquí igualmente los devotos de las religiones, pero de tipo más elevado que el de la subdivisión precedente, con sentimiento más justo de sus propias limitaciones: confían seguramente en dejar su estancia actual para pasar a una más elevada esfera.

Por último, la séptima y más elevada subdivisión está ocupada por aquellos que han eliminado mucho de su naturaleza inferior, y especialmente por gente de índole intelectual, que se han gloriado en el puro placer de las actividades intelectuales:

Quienes concentraron toda su energía en una dirección cualquiera de investigación intelectual y abandonaron el cuerpo físico sin calmar su conocimiento, continúan persiguiendo su objeto con infatigable persistencia, encadenados por su aferramiento a los modos de estudio del mundo físico.

Este esbozo ha tratado de explicar, muy brevemente, el progreso del Alma a través del mundo astral; aunque de índole más drástica, los cambios que allí se efectúan son análogos a los que experimenta el cuerpo físico en el mundo físico, cuando un ser humano va creciendo, desde la pequeñez y el desvalimiento del recién nacido hasta alcanzar la plenitud de la madurez. Únicamente la escoria de la humanidad terrestre necesitará del doloroso purgatorio que son las regiones inferiores astrales; pero aun esos seres llegarán, a su debido tiempo, a alcanzar la liberación que les permitirá vivir y actuar conforme a lo que haya de mejor en su naturaleza, en regiones más elevadas y agradables. A la segunda región astral irán muy pocos hombres, salvo los de mentalidad más nimiamente trivial, que permanecerán allí malgastando sus oportunidades, como hicieron en el mundo físico, hasta que también ellos empiecen a darse cuenta que más allá les espera algo mejor. No hay duda que la inmensa mayoría de la humanidad despierta a la vida astral en la tercera división o subplano, donde muy pronto oírán la llamada que los incita a ir adelante. Porque no hay nadie en la Tierra que sea enteramente bueno ni enteramente malo; en todos nosotros hay mucho de bueno y mucho de malo, si bien en poquísimos de nosotros existe lo positivamente malo y, en cambio, todos llevamos dentro, por muy velada que esté, una Chispa Divina. Gradualmente, a medida que los elementos más bajos que hay en nuestros cuerpos pierden la capacidad de acción vital que les infundió la vida en el mundo físico, las facultades superiores van hallando nuevas posibilidades de expresión.

Es imposible exagerar el valor que tienen el conocimiento de un poco de Teosofía para aquellos que se enfrentan con la perspectiva de un pronto comienzo de su vida astral; porque ello les allegará el conocimiento de las grandes cosas que encierra y a que conduce, evitándoles así que queden presos de los atractivos de tipo inferior que allí se les ofrecen. Y aquí hallamos, una vez más, la valía práctica de un conocimiento, aunque sea muy teórico, de lo que se nos enseña sobre la vida elemental: si hemos permitido que entren en nuestro cuerpo astral algunas formas del reino elemental, éstas tratarán de prolongar su existencia en él, atrayendo a su superficie la mayor cantidad posible de la materia más densa y de peor clase que contiene, a fin de formar con ella una especie de costra dura que prolongará el tiempo que la persona tiene que pasar en esa región inferior, a la vez que impide que penetren en dicho cuerpo fuerzas astrales de tipo más elevado y, por lo tanto, más sutil. En condiciones normales, si bien los tipos inferiores de materia astral serán los primeros en entrar en actividad, los tipos superiores responderán hasta cierto punto a la llamada de los que le son afines, aunque las mejores fuerzas emotivas no podrán hallar plena expresión hasta que las inferiores hayan sido eliminadas: una apelación energética a la voluntad del individuo logrará expulsar a las fuerzas elementales.

Llega tarde o temprano, un momento en que la vida astral ha completado su carrera, como sucedió antes con la vida física. Sus objetivos se han cumplido, y la escoria que hay en nosotros ha sido

separada del metal puro que llevaremos adelante para que sea fundido en moldes aún más nobles. El átomo permanente astral, que silenciosa e infaliblemente, ha registrado —conservándolos como nuevos poderes vibratorios futuros- el resultado de todas las experiencias astrales, se hunde en la más profunda quietud, la que se prolongará hasta que, en el futuro, el Alma lo despierte, llamándolo a crear, con esas semillas, un nuevo cuerpo astral para una encarnación más, un cuerpo que se parecerá muchísimo al anterior, pero que habrá mejorado un tanto. En cuanto a los restos del viejo cuerpo astral que el Alma ha dejado atrás, quedan en ese mundo para disolverse —forman un verdadero cadáver astral- y el Hombre verdadero, ahora solamente revestido de su cuerpo mental, pasa a residir y actuar en el mundo mental.

Aquí se encuentra en condiciones completamente distintas de todas las que antes experimentara durante los anteriores períodos de su ciclo de encarnación. Porque ya sabemos que el pensamiento es creador, y el hombre tendrá que distinguir entre el pensamiento creador y el pensamiento contemplativo; entre el pensamiento abstracto y el concreto. Acerca de esto dice Annie Besant en el libro ya citado:

El Alma adormecida, despojada de los últimos jirones de su cuerpo astral, despierta a un sentimiento de gozo inefable, de indecible felicidad, de "paz que sobrepasa a toda comprensión". Las melodías más dulces resuenan en torno suyo, los matices más delicados fascinan sus ojos; la atmósfera misma parece un conjunto de música y color, y todo el ser se inunda de luz y de armonía. Luego, a través de la bruma de oro aparecen, sonriendo con dulzura, las figuras amadas sobre la Tierra, idealizadas por la belleza que expresan sus emociones más puras, más sublimes, sin la menor sombra de los cuidados y las pasiones de los mundos inferiores. ¿Quién podrá describir la felicidad de ese sueño, la gloria de esa primera aurora de la existencia celeste?

Comprender realmente las condiciones existentes en ese mundo celestial no es tarea fácil, salvo para aquellos cuya intuición está lo suficientemente despierta para captar, gracias a un pensamiento-clave, indicado aquí o allí, los principios que rigen ese mundo. Sabemos que en el mundo físico las creaciones del hombre se realizan primero en la mente de su creador: el pintor concibe la idea de su cuadro, y luego trata de trasladarla al lienzo, con ayuda de los limitados medios que el mundo físico le ofrece; el ingeniero erige su estructura, construyéndola primero en su imaginación, antes que el puente, el edificio o la máquina se alcen hechos de piedra, hierro o cemento. El proceso que implica toda otra de creación es largo y penoso, porque la materia del mundo físico no está hecha para plegarse fácilmente a las ondas del pensamiento. En el mundo astral, empleando el poder de la voluntad podemos, mediante un esfuerzo, modelar como nos plazca la materia allí existente. Pero en el mundo mental, todo lo que pensamos toma forma inmediatamente en mental; y será bueno o malo, hermoso o feo, espléndido o mezquino, según sean el conocimiento, la intención y la energía de su creador.

Por lo tanto, se nos hará evidente que en el *Devachán* (como se designa frecuentemente a esta región), *todo lo que pensamos se reviste inmediatamente de forma*. De modo que allí el hombre se ve rodeado enseguida por las cosas buenas que más lo atrajeron durante su vida terrena: piensa en sus amigos, en sus seres queridos, y allí los ve junto a él. Pero, no solamente con él, sino que goza plenamente de su afecto y su compañía; todas las buenas cualidades de aquellos seres se manifiestan allí de modo espléndido, en mayor grado de lo que antes hubiera él podido apreciarlas; en cambio, si tenían alguna cualidad desagradable, ésta ha desaparecido; además, se les ve animados, vibrantes de vida.

A nosotros, que estamos sumergidos en las limitaciones de la vida física, se nos hace difícil comprender cómo los amigos y los seres queridos de un individuo pueden estar presentes junto a él —y, por supuesto, junto a otras personas también- en la vida celestial, mientras ellos permanecen “vivos” en el mundo físico, y por qué manifiestan allí todas sus buenas cualidades exclusivamente, con ausencia de las malas. A primera vista, parecen cosas imposibles; pero el mundo está lleno de “imposibilidades” que el desarrollo de la mente humana va convirtiendo en realidades. Volvamos

una vez más, a la analogía del aparato receptor de televisión. Al autor de estas líneas le recordó un día el que iba a entrevistarle, cuando ambos entraban en el estudio de la estación televisora, que en pocos instantes iba a entrar simultáneamente en ochenta mil hogares: su imagen y su voz serían reproducidas, con escrupulosa fidelidad, en ochenta mil lugares distintos, en los cuales sería visto y oído. Este es un milagro que sólo habría provocado una carcajada despreciativa si su posibilidad hubiese sido sugerida hace cien años. Y, sin embargo, los misterios de los mundos más sutiles que nos rodean van mucho más allá de las maravillas del radio y de la televisión, y aún no hemos tenido idea de una fracción de las magnas cosas que están implícitas en la idea del hombre como un Dios en proceso de desarrollo. Si, por medio de una estación televisora, fabricada por manos del hombre, un ser humano puede aparecer en miles de sitios a la vez para ser visto y oído, ¿acaso no puede ocurrir ese mismo fenómeno, pero trasladado a nivel muy superior, de manera que el Alma sea capaz de manifestarse dentro de las formas mentales creadas por sus seres queridos que ya han pasado al *Devachán*? Porque, además, recordemos que aquí en el mundo físico, nosotros no vemos a nuestros seres queridos tales como son en realidad, sino tan sólo sus cuerpos físicos, a través de los cuales únicamente una porción del Alma de cada uno de ellos puede manifestarse. Además, dado que los cuerpos inferiores de esos seres no pueden manifestarse en el mundo celeste –porque pertenecen a regiones más densas- las cualidades desagradables, que forman parte de esos cuerpos y no del Alma, no pueden aparecer allí.

El tipo de cielo en que el hombre haya creído firmemente aquí en la Tierra –aunque sea el de las puertas de oro, o el de los gratos campos de cacería- se hará realidad ante sus ojos. Nada entrará en ese mundo que pueda hacerlo sufrir o entristecerlo: únicamente lo rodearán lo mejor y lo más bello, sin otro límite que su propia capacidad de comprensión, de apreciación.

En el *Devachán* hay una división principal, la que separa al mundo mental superior, del mundo mental inferior; también existen allí subdivisiones, tres correspondientes al mental superior y cuatro al mental inferior. Pero los seres humanos no van pasando escalonadamente a través de las siete, como sucede en el mundo astral sino que, dentro de cada gran división, transcurre su estancia toda en aquella de las subdivisiones que por su progreso evolutivo le corresponde. Lo que predomina en la vida celestial es la asimilación de las experiencias anteriores en facultades, en capacidades, en poderes, porque aquellas experiencias van despertando a la manifestación más y más de las cualidades divinas que duermen dentro del Yo. Dice Annie Besant:

El Devachán, el mundo celeste, es una mansión de felicidad y de dicha inefable; pero es también algo más que eso, algo más que un reposo para el peregrino fatigado, pues allí se produce la elaboración y asimilación de cuanto tiene valor real en las experiencias adquiridas por el Alma durante su pasada vida: todas estas experiencias se meditan dilatadamente en ese ambiente libre de las limitaciones y cuidados terrenales, y se transforman, de manera gradual, en facultades con las que el hombre volverá a la Tierra en su próxima encarnación; allí se forjan las armas para las batallas del futuro, y se asegura el progreso del porvenir.

En el mundo mental inferior, el Alma utiliza su cuerpo mental; pero éste muere también y el Hombre queda entonces en su cuerpo espiritual, desembarazado de todo vehículo que pertenezca a los mundos inferiores. El tiempo que pasa el Hombre en los mundos astral y mental varía considerablemente, según la evolución y las cualidades del individuo. Además, el tiempo que parece haber transcurrido tiene, con frecuencia, poca relación con la verdadera sucesión de los acontecimientos por los cuales medimos nosotros el tiempo en este mundo, porque en aquellas regiones la ilusión del tiempo no tienen tanta intensidad como en el mundo físico. Es muy posible que un corto período de estancia en la ínfima región astral parezca a quien la sufre “toda una eternidad” y que, en cambio, en las regiones superiores puedan realizarse casi literalmente las palabras del himno religioso: “Mil edades, a Tu vista, son como un solo atardecer”.

Así llega el Alma a completar el proceso de asimilación de las experiencias de su última encarnación. Vivió y luchó en la Tierra y ha vivido una vida variada y fructífera en los mundos

superiores al físico. Muchos acontecimientos se han sucedido en todas estas etapas, y si el Hombre está avanzando con paso firme y resuelto por el camino del progreso, ha habido para él muchas horas felices de gozosa expansión de su naturaleza consciente. Si ha tenido que sufrir dolores, todos han sido por su bien. En el mundo mental superior, el Alma ha pasado revista, no sólo a su última encarnación, sino a todas las anteriores; ha contemplado de nuevo sus errores y también sus esfuerzos por avanzar hacia la perfección, todo lo cual ha capacitado para mostrar, en su encarnación siguiente, una mayor medida de su inherente divinidad. Citemos, por última vez, a Annie Besant:

Porque la muerte no es solamente que libera parcialmente al Alma, librándola de sus más pesadas cadenas: es el nacimiento a una vida más amplia, el regreso del Alma a su verdadera patria, tras breve destierro en la Tierra, es el paso de la prisión de aquí abajo al aire libre de arriba. La muerte es la más grande de las ilusiones terrenales. La muerte no existe: Sólo cambian las condiciones de vida. Porque la vida es continua, sin posibilidad de interrupción ni de solución de continuidad. "El Espíritu es nonato, inmortal, inmemorial, no perece al morir los cuerpos de que se ha revestido". Creer en la muerte del espíritu cuando el cuerpo cae en el polvo, sería como creer que los cielos se hundan cuando se rompe un ánfora.

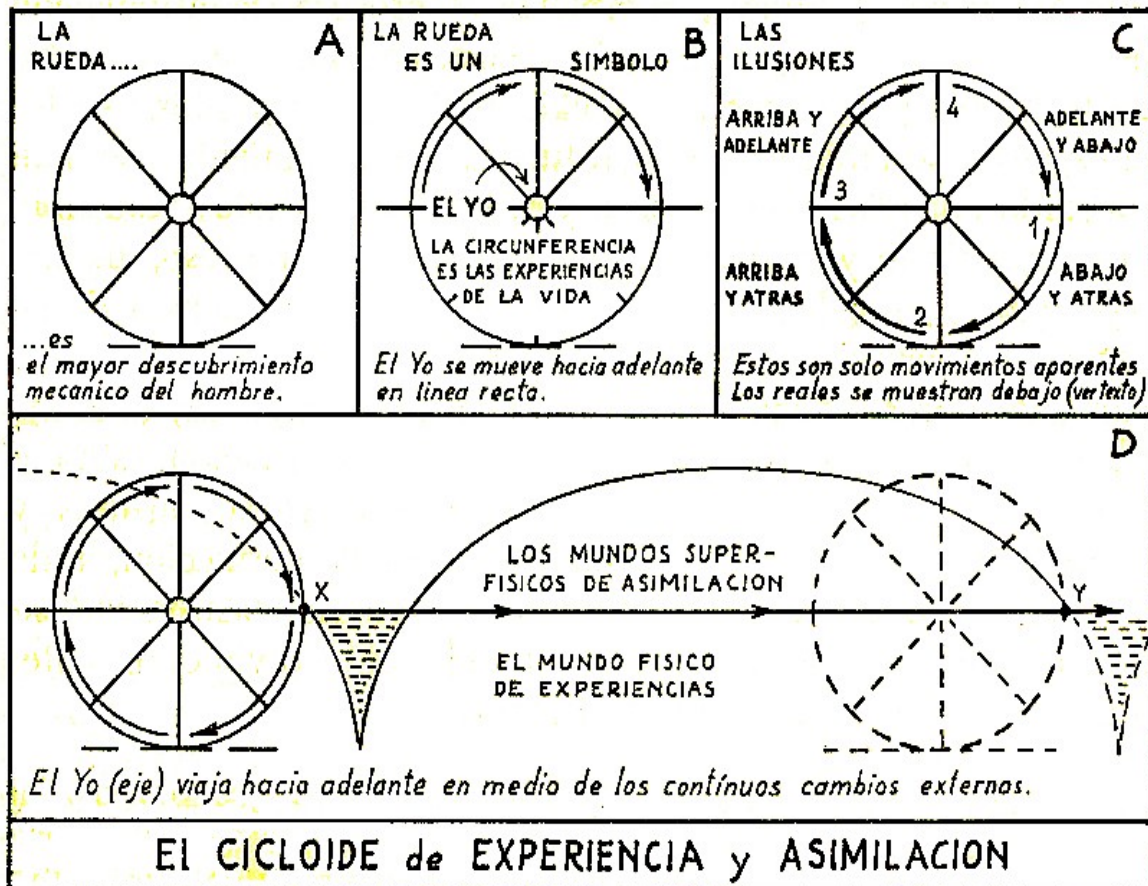


FIG. 80

Al fin llega el momento de una nueva encarnación, y entonces ocurren los acontecimientos a que se refiere la [Fig71](#). Los núcleos en torno de los cuales se construirán los cuerpos inferiores –o sean, lo átomos permanentes de cada cuerpo- se vitalizarán sucesivamente y muy pronto las limitaciones inherentes a un vehículo físico encerrarán al Alma. Entonces, una vez más, tendrá ella que luchar con los problemas de la existencia terrenal, de nuevo sembrando y cosechando y poniendo a prueba las facultades últimamente logradas, para que muestren su resistencia y calidad en el ardiente crisol de una nueva existencia terrena.

En la [Fig80](#) aparece otra interesante adaptación de la rueda como símbolo de la jornada del hombre a lo largo de la vida, y un ejemplo más de cómo las leyes de la Naturaleza actúan igualmente en las regiones espirituales que en las materiales. En este caso, el símbolo tiene por base la rueda en movimiento: podemos considerar que el área que se extiende de bajo el eje de la rueda representa al mundo físico, y que la situada por encima del eje representa a los mundos superfísicos. En cuanto al eje, simboliza al Yo dentro de sus vehículos de conciencia. En el apartado A de esa [Fig80](#), aparecen las tres partes esenciales de la rueda: el eje, los rayos, y la circunferencia o borde; a medida que la rueda gira hacia delante sobre el suelo, las partes externas están en continuo movimiento y cualquier punto de la circunferencia se halla sujeto a cambio constante dentro de su giro. Pero el eje, que representa al Yo, avanza ininterrumpidamente hacia delante, en línea recta hacia su destino ([FIG80B](#)). ¡Cuántas veces nos ha parecido que nos veíamos obligados en diferentes direcciones a la vez, lo que nos sumía en profunda confusión, como la que podría sentir –si sintiese- la rueda que vemos en la [FIG80C](#)! Pero estos movimientos sólo son aparentes porque, por extraño que nos parezca, a medida que la rueda avanza, inmediatamente todo punto de la circunferencia se moverá hacia atrás; sorprendentemente, su movimiento será lo que aparece en la [FIG80D](#), que es lo que se conoce con el nombre de “curva cicloide”. Si tomamos el punto “x” para indicar una experiencia originada en el mundo físico, vemos que primeramente se sumergirá en expresión material y que luego desaparecerá absorbida en los mundos superiores al final de la encarnación, transformándose en fuerza o facultad adicional, y más adelante en una nueva encarnación, reaparecerá a fin de ser sometida a prueba. Mientras más noble y más elevada podamos hacer nuestra vida física, más de prisa avanzará nuestra rueda hacia la meta. Y el Plan Divino es tan maravilloso que toda experiencia se transmutará en facultad divina: si fue baja, por medio del dolor; si fue elevada, por medio del júbilo. Pero todas nos servirán, todas se transmutarán. A semejanza de la [Fig70](#), la curva cicloide nos cuenta la historia de los breves contactos del Hombre con el mundo físico y sus prolongadas estancias en los mundos superiores

CAPITULO VI

KARMA: LA LEY DE LA OPORTUNIDAD

Karma es una palabra sánscrita, cuya traducción literal es "acción"; pero tomando el vocablo en un sentido mucho más específico, se refiere a una Ley fundamental de la Naturaleza que actúa en todas las regiones conocidas, así físicas como superfísicas. Tiene dos aspectos principales, de los cuales uno es de efectos inmediatos, y el otro, de efectos más demorados.

El *Karma* de efectos inmediatos puede quizás explicarse, del modo más sencillo y más claro, citando unas palabras bien conocidas de aquel hombre de ciencia genial que fue Isaac Newton, según las enunció al formular la tercera de sus famosas leyes del movimiento: "Para cada acción hay una reacción igual y opuesta". Esto, como es de todos sabido, se aplica a todas las manifestaciones físicas de la energía; pero también se aplica al hombre. En realidad, *es uno de los hechos más importantes que el ser humano debiera tener presente todos los días de su vida*. Esto lo explica gráficamente el Apartado A de la [Fig81](#), y para explicarlo, muy bien podríamos parafrasear la tercera ley del movimiento, diciendo.

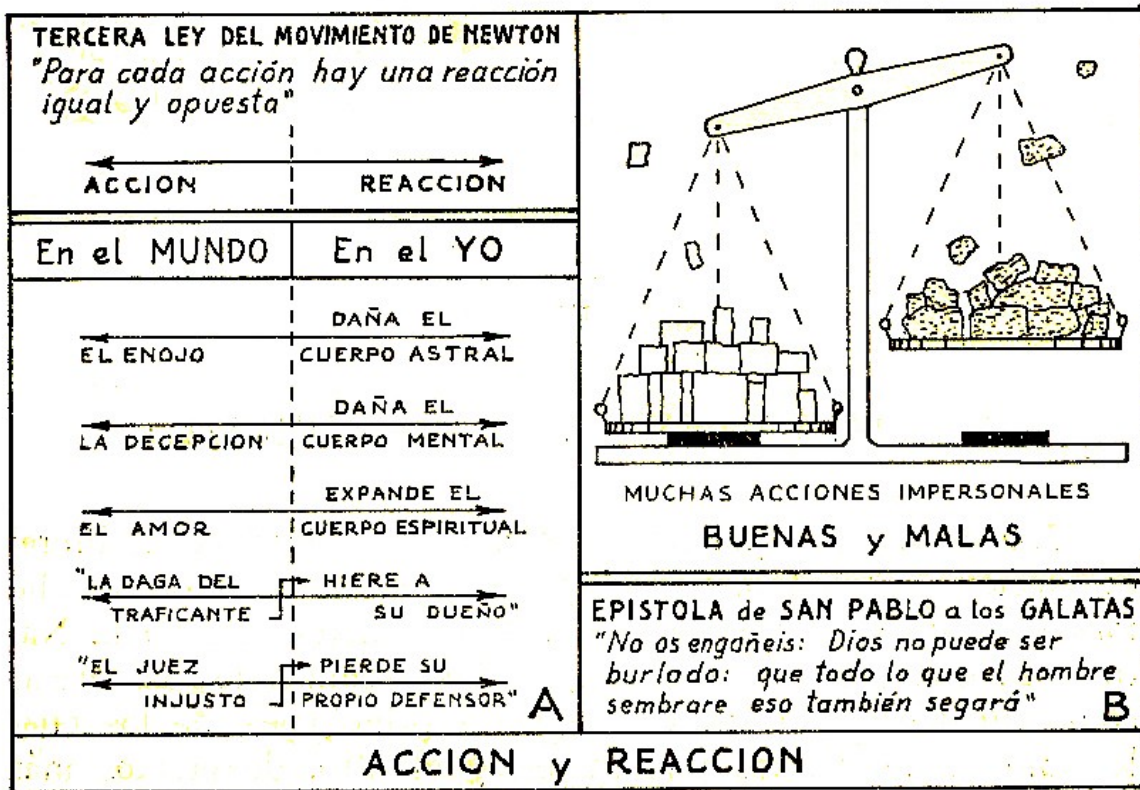


FIG. 81

“Para cada acción del hombre en el externo mundo material, hay una reacción igual y opuesta en el interno mundo espiritual.” Cualesquiera que sean nuestros actos que afecten a los demás, sean buenos o malos, generosos o malévolos, grandes o pequeños, *provocará una acción sincrónica en nuestro interior, sea en nuestro cuerpo astral, en el mental o en el espiritual*. Si, por ejemplo, sentimos cólera contra alguien, puede ser que a ese alguien no le hagamos daño ninguno, pero segura e inmediatamente dañaremos nuestro cuerpo astral. Si maquinamos engañar a los demás con la mentira o la falsía, quizás esas maquinaciones tengan éxito y quizás no, pero inevitablemente, en todos los casos, habremos dañado a nuestro cuerpo mental. Si vertimos amor puro sobre alguien, o sobre todos los seres vivientes, este hecho, por sí solo, independientemente de sus resultados sobre los demás, produce una expansión de nuestro cuerpo espiritual que nos hace mejores. Como lo especifica el Apartado B de la [Fig81](#), las muchas pequeñas acciones, buenas y malas, que ejecutamos cada día van modificando la expresión general de nuestra mente y nuestras emociones y gradualmente se va formando nuestro carácter como imagen compuesta de cómo pensamos, sentimos y actuamos.

Pero hemos de considerar también los efectos de esa actuación bondadosa sobre los demás, porque aquí es donde se observa el segundo aspecto de la ley de *karma*, según ha quedado muy bien expresado en las palabras de San Pablo contenidas en su *Epístola a los Gálatas* (VI, 7): “Dios no es burlado; porque aquello que un hombre sembrare, eso mismo es lo que cosechará.” Pero, como bien sabemos, la recolección de esa cosecha puede demorarse mucho, con frecuencia hasta la encarnación siguiente, o alguna de las posteriores, lo mismo que la semilla lanzada al surco no reaparece convertida en minúscula planta al siguiente día, sino que demora más o menos, según su género y las circunstancias ambientes. También Gautama, el Buddha, habló a los hombres de esta ley, según lo ha expresado muy bellamente Sir Edwin Arnold en su hermosísimo poema *La Luz del Asia*:

*Hermanos, los Libros dicen bien: la vida de cada ser humano,
producto es de sus vidas anteriores;
los errores de antaño, en males convertidos, a atormentarnos vuelven;
y los bienes que hicimos, son nuestro bien ahora.
Lo que sembramos, eso cosecharemos. ¡Ved los campos!
Lo que hoy es sésamo, sésamo fuera anteriormente;
Y el maíz, maíz ¡Y las Tinieblas y el Silencio
Por siempre lo supieron!
El destino del hombre así se forja: lo que en vidas pasadas sembró
-sea maíz o sésamo- es lo que vienen a recoger más tarde;
si sembró malas hierbas y plantas venenosas
él mismo morirá de su ponzoña.
Si con acierto laboras, arrancando cizañas,
Y, en su lugar, buenas semillas siembras,
Limpio será tu campo, bello, y fértil,
Y espléndida cosecha ha de ofrecerte;
pero la Ley de espada vuelve contra aquel que la usó; y el juez injusto
ata él mismo las manos del que pudiera defenderle;
la lengua que mintió, de su mentira muere; y el ladrón y asaltante
luego ha de ser robado y asaltado.
Tal es la Ley, que lo que es recto continuamente restablece,
Y que nadie puede violar impunemente:
Del Amor nace, y la Paz es su objeto
Y la más dulce Consumación ¡Obedecedla!*

Así pues, esta ley es sencilla en cuanto a sus líneas generales: sembramos y luego recolectamos de acuerdo con la siembra. Si hemos sembrado abrojos, no es posible que esperemos cosechar uvas, y si ahora sembramos cizaña, no podremos esperar una buena cosecha de trigo. Si sembramos dolor para los demás, dolor para nosotros mismos es lo que recogeremos. Cuándo o cómo será, no lo sabemos; pero de lo que sí podemos estar absolutamente seguros es de que “Dios no es burlado” y, por lo tanto, la cosecha, llegue tarde o temprano, será del mismo género de la siembra. Pero lo que sí sucede es que casi nunca las causas –la siembra- son de carácter sencillo; son, o llegan a ser, complejas. Se ven modificadas por tal o cual impulso procedente de distintas direcciones, y estas diversas concausas llegan, en ciertos casos, hasta neutralizar por completo el impulso primitivo. Y los resultados, por lo tanto, pueden ser extremadamente complejos. Pero la ley en sí permanece invariable y nunca deja de cumplirse: a cada causa corresponde un efecto.

Desgraciadamente, hay personas para quienes el concepto de la existencia de una ley, precisa e invariable, que regule las consecuencias de sus actos, resulta deprimente y hasta amedrentador. Se sienten como apresados para siempre bajo las garras de un destino implacable, bajo la amenaza de castigos a los que no les será posible escapar, y que son la inescapable consecuencia de sus pasados errores. Pero semejante actitud sólo puede producirse como resultado de una comprensión incompleta de la ley de *karma*. Esta ley, por el contrario, debería dar a todos los seres humanos ánimo, esperanza, estímulo. Por algo, los libros sagrados orientales la han llamado “la Buena Ley”: porque es, no la ley del castigo, sino ¡la ley de la oportunidad! Precisamente porque esta ley es la que rige en el Universo, es por lo que no somos infelices esclavos del destino, porque bajo la acción de la Buena Ley, no nos llegará como cosecha nada absolutamente que no hayamos sembrado. Pero en este punto debe hacérsenos clara hasta la evidencia la diferencia que existe entre el hombre y la Naturaleza. Cualquiera semejante nuestro puede infligirnos un perjuicio que no hayamos merecido, porque los seres humanos son otros tantos agentes libres que están aprendiendo las lecciones de la vida mediante el ejercicio de esa libertad, y durante el aprendizaje cometen errores que habrán de rectificar. Pero la Naturaleza no comete semejantes errores, y ella no nos llevará sino por los caminos en que nos esperan los goces y los sufrimientos que son necesaria consecuencia de nuestro pasado. No son ni premios ni castigos, sino el modo cómo “se enderezan los entuertos”, y las flaquezas se tornan fortaleza. Así, el futuro nos trae, en respuesta a cada error nuestro, las condiciones que nos llevarán a enmendarlo y cada acción recta tendrá por consecuencia la disposición y las condiciones para actuar todavía mejor ([Fig82](#)).

En el Evangelio cristiano se consigna que Jesús y Sus discípulos encontraron un día a un hombre ciego de nacimiento, y que los discípulos le preguntaron al Maestro: “¿Quién pecó, sus padres o este hombre mismo, para que naciera ciego?” Para los que no se dan cuenta de que la reencarnación era doctrina muy conocida y aceptada entre los judíos en aquel tiempo, semejante pregunta debiera ser causa de vivísima extrañeza, puesto que si el hombre sufría a consecuencia de sus propios pecados, ¡éstos tenían que haber sido cometidos en una existencia anterior, ya que su ceguera era congénita! Así pues, la pregunta de los discípulos lleva implícita la creencia de éstos en la reencarnación y *karma*. Pero mostraba, a la vez, que todavía los discípulos vivían aferrados a la idea del pecado y su consiguiente castigo, y esta actitud fue la que el Maestro quiso refutar al contestarle, de un modo que parece muy enigmático: “Ni él pecó ni pecaron sus padres, sino que está así para que las obras de Dios se manifiesten en él” (*Juan*, IX, 1-3) En otra traducción del texto evangélico, el final de esta cita se transcribe así: “... para que en él quede la Ley cumplida”. Una y otra frases, en verdad, significan lo mismo, porque las leyes de Dios constituyen la manifestación de Sus obras. Lo que una y otra significan es que Jesús repudiaba el concepto de pecado y consiguiente castigo, y que afirmaba que el hecho de la ceguera no era sino una manifestación de las obras de Dios, de la ley que llamamos *karma* y que actúan dentro del hombre mismo. Porque el mismo Jesús proclamó esta ley al decir: “No juzguéis, para que no seáis juzgados, porque con el juicio con que juzguéis, con ese seréis medidos” (*Mateo*, VII, 1-2).

En alguna encarnación anterior, cualquier debilidad en el carácter de un hombre lo ha llevado a hacer daño a uno de sus semejantes; la condición en que se halla actualmente es una consecuencia,

un resultado de aquel error que cometió, no un castigo por haberlo cometido. Extirpemos, pues, de nuestra mente, de una vez para siempre la idea de que Dios inflige castigos a sus hijos por los errores en que caen éstos. La cólera que mueve al castigo es una falta humana, no es, confusión mental respecto al “perdón de los pecados”, porque “errar es humano y perdonar es divino”, y como quiera que Dios es divino, podemos estar seguros que Él perdonará siempre, siempre, siempre... si es que queremos seguir pensando en términos de perdón, lo que no está acorde con la realidad, ya que esa misma palabra “perdón” implica una incomprensión de la naturaleza divina. ¿No sería mucho mejor hacernos tan conscientes del Amor Divino, que llegásemos a entender, a pensar, a sentir que Él en ningún momento puede derramar sobre nosotros nada que no sea Amor Divino, ya que somos Sus hijos, Sus criaturas? Precisamente en virtud de este inefable Amor, permite Él que recibamos el fruto de lo que sembramos, sea este fruto dulce o amargo porque, cualquiera que sea su sabor, todos ellos nos ayudarán por igual a avanzar hacia la gloriosa perfección que nos espera, bajo la siempre benéfica ley de *karma* ¿Cómo podría, pues, hablarse de castigo? Veamos lo que gráficamente nos muestra la [FIG82A](#). Comenzando por el Apartado 1, vemos que se ha cometido un acto de crueldad; se ha producido un hecho en el mundo físico, cuyo efecto inmediato es –según ya señalamos- ocasionar un daño al cuerpo astral de quién lo realizó, a la vez que se le provoca sufrimiento a la víctima, al que lo sufrió. Todos estos efectos tienen que se equilibrados por acción de la ley; luego que el perpetrador del hecho haya efectuado el tránsito del mundo físico al mundo astral, sufrirá los efectos del daño que infirió a su propio cuerpo astral; más adelante, en el mundo espiritual, revisará aquella situación, pero ya sin reacciones emotivas y se dará cuenta, con acción muy vívida, del error que cometió; aprenderá la gran valía de la bondad, y en su propio Yo (3) se suscitará una nueva intensidad de la divina cualidad del Amor. Pero este acrecentamiento de amor habrá de someterse a la prueba de la acción; y, para ello, en una encarnación siguiente, se encontrará el individuo frente a seres que sufren aquello mismo que él hizo sufrir, y si con bondad actúa para aliviar esos sufrimientos, habrá pagado su deuda, el mal habrá sido reparado, y restaurado el equilibrio de la Naturaleza que el remoto acto de crueldad rompiera. De lo que llamamos “mal”, habrá surgido el bien, aunque este proceso haya producido sufrimiento.

En su apartado B, esa misma [Fig82](#) nos hace ver una situación muy distinta. Aquí seguimos la trayectoria de un acto de bondad, desde el momento de la siembra hasta el de la cosecha. La siembra consiste en un acto de bondad (1); éste –como también ya hemos señalado- producirá como resultado inmediato una expansión del cuerpo astral de quien ejecutó el acto; luego del paso al mundo astral, dicha expansión aumentará la felicidad que el individuo haya de gozar allí (2); en el mundo espiritual (3), se recordará y revisará el hecho y el resultado será la adquisición de un grado mayor de bondad, de un mayor desarrollo de la divina facultad del Amor.

Pero también esto habrá de ser sometido a prueba; y, por eso, en otra encarnación, el individuo se enfrentará a una necesidad mayor que la que anteriormente satisfizo (4), a fin de comprobar si la nueva fortaleza espiritual que ha adquirido es capaz de ascender a las nuevas cimas que las circunstancias exigen. En este caso, de lo “bueno” ha surgido lo “mejor”: pero el camino, el modo de lograrlo, ha sido el de la felicidad.

Natural será que se plantee aquí esta pregunta: ¿Cómo, dentro del complejo e intrincado conjunto que forma la vida del hombre en el mundo, podrá cada individuo ser dirigido hacia el complejo de circunstancias que, por su naturaleza y su magnitud, respondan a lo que él necesita para que en su vida, en sus vidas, se restablezca el equilibrio kármico? Los equipos de radio constituyen, dentro del progreso moderno, un ejemplo de esta ajustadísima selección dentro del mundo físico: las más diminutas diferencias de longitud de onda producen, en estos aparatos, enorme variedad en los sonidos que se captan. Cada ser humano es único entre todos los de su especie; posee su propia “longitud de onda”, que es una síntesis de todas aquéllas en que vibran sus diferentes cuerpos; todos nosotros somos conscientes de que unos semejantes nuestros “nos gustan” o “no nos gustan”, lo que nace de la armonía o la discrepancia entre las respectivas “longitudes de onda”.

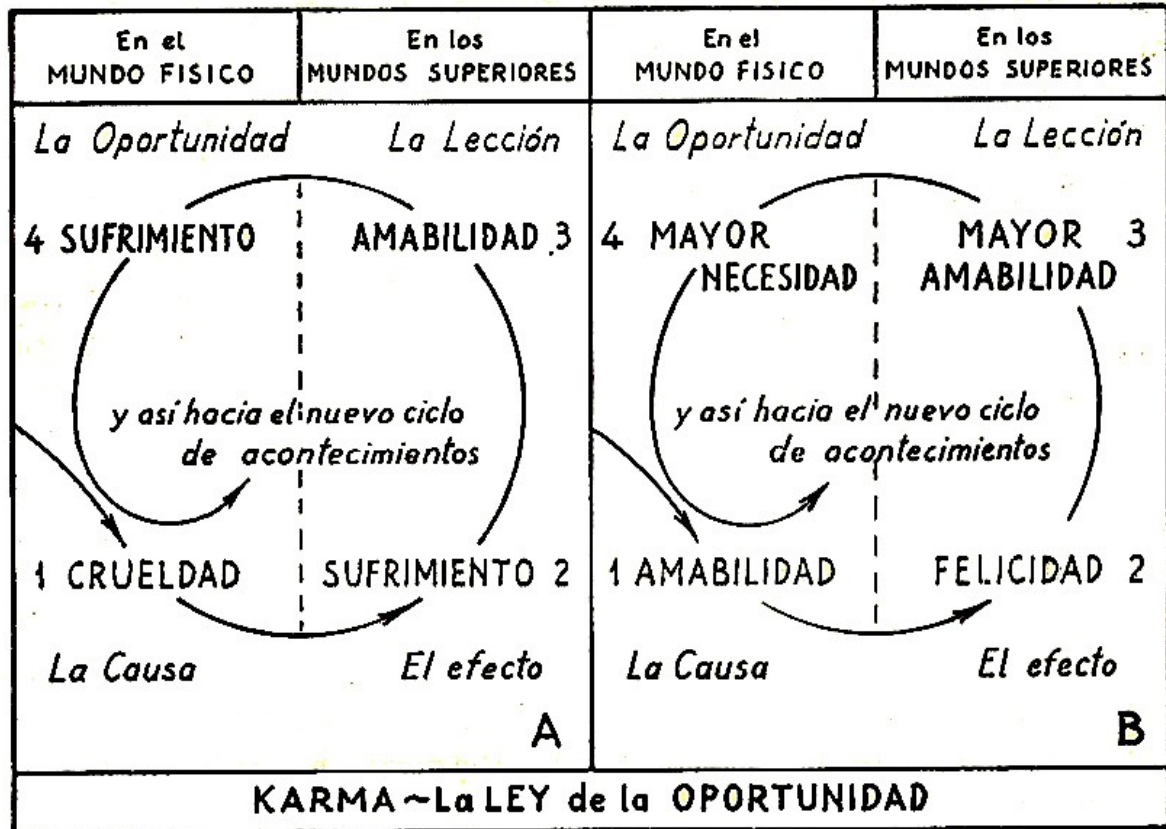


FIG. 82

En virtud de este principio, cada individuo es atraído kármicamente hacia los seres y las circunstancias que necesita, de acuerdo con las emanaciones, las vibraciones que él mismo emite. Daremos otro ejemplo que ayude a la mejor comprensión de este punto; las olas del océano, al batir incesantemente las costas, han formado entrantes y salientes a lo largo de todas ellas, que dan enorme diversidad a la línea costera, diversidad que no permanece inalterable a través de los tiempos, sino que va variando, debido a varias causas naturales; aquí, el mar avanza; más allá, se retira. Pero estos cambios no ocurren caprichosamente, ni tampoco han de atribuirse a un acto deliberado del océano, que no posee voluntad. Las olas no cavan conscientemente la tierra para formar ensenadas o cuevas, ni conscientemente respetan y dejan intactas las alturas de los acantilados. Ellas van y vienen movidas tan sólo en respuesta a las fuerzas de la Naturaleza; pero los distintos resultados de ese su movimiento dependerá de la mayor o menor capacidad de resistencia de las tierras mismas, que las hará ceder o mantenerse firmes. Así, muchas fuerzas batan sobre nosotros, procedentes de los mundos invisibles, y reaccionamos frente a ellas según sea nuestra debilidad o nuestra fortaleza; y mediante esta combinación de las leyes naturales y de nuestras propias cualidades, se cumple infaliblemente la ley.

Debe notarse especialmente en la [Fig82](#) que la ley de *karma* nos trae las oportunidades, pero que el impulso lleva siempre a la *acción*, y que mientras la acción no se ha realizado no queda restaurado el equilibrio del *karma*. De muy poco vale que ante el sufrimiento ajeno, nos sintamos íntimamente satisfechos, de experimentar sentimientos de bondad, de simpatía, de conmiseración hacia el que sufre; si nuestro propio *karma* implica cosechar sufrimiento, jamás pagaremos nuestra deuda "soportándolo". Deberíamos analizar la situación en que nos encontramos a fin de descubrir su causa. Podría ser que el sufrimiento tuviese por objeto acercarnos a aquellos que sufren más que nosotros, porque sólo así sabremos ayudarlos con toda la comprensión y simpatía que necesitan; o

bien, es posible que nos hayamos sumergido tan enteramente en el torbellino de los asuntos mundanales que nos convenga ser llevados a enfrentarnos con el silencio de los mundos internos y, quieras que no, tener tiempo para meditar sobre cosas superiores, lo cual fortalecerá los lazos que unen el Alma al cuerpo o, más bien, a los cuerpos. Muchas son las razones que justifican el sufrimiento. Sólo saldaremos nuestra deuda kármica cuando, luego de haber descubierto la causa interna, la causa real de ella, seamos capaces de “tomar las armas contra un océano de males, y luchando contra ellos, darles fin” según dijera Shakespeare. Así pues, la Naturaleza entera, visible e invisible, está ligada, ayer, hoy y para siempre, para formar un vasto esquema de Vida en evolución, en el que cada una de sus partes se halla unida a todas y cada una de las demás, por la ley fundamental de causa y efecto, la ley de karma. No existe el destino, ni el azar, ni tampoco el castigo: cosechamos exactamente lo mismo que sembramos. El plan es sencillo, el camino es claro, y en nuestras propias manos esgrimimos la pluma con la cual habremos de inscribir, en los indelebles registros del tiempo, la historia de nuestros triunfos futuros

Sección Seis

EI DOMINIO DE LA ILUSIÓN

Antes que el alma pueda ver,
debe haberse conseguido la armonía interna,
y los ojos carnales han de ser ciegos a toda ilusión...
Antes que el alma pueda comprender
y sea capaz de recordar,
deberá estar unida a Aquél que Habla en Silencio
lo mismo que la forma que ha de tomar la arcilla
al ser modelada esta en la mente del alfarero.

(La Voz del Silencio - H. P. Blavatsky)

CAPITULO I

HACIA LA LIBERACIÓN

El primer paso, y el más importante, que podemos tomar hacia la solución de cualquier problema consiste en plantearlo con toda claridad y exactitud, de manera que nuestros esfuerzos por resolverlo puedan aplicarse en la dirección correcta. Cada una de las incontables generaciones humanas ha tenido que afrontar sus propios problemas, y probablemente seguirá sucediendo lo mismo durante sabe Dios cuántas épocas por venir. Pero en esta última mitad del siglo veinte la paz y la seguridad del mundo entero parecen estar amenazadas por enigmas más desconcertantes que los que antes jamás sufriera la siempre luchadora raza de los hombres, hasta el punto que parece en peligro la supervivencia misma de la humanidad. Además, a medida que cada sucesivo problema se resuelve, dos o tres nuevos parecen brotar de sus huellas, planteando mayores y más insistentes demandas a la ingeniosidad humana para que sea capaz de solucionarlos. Y la urgencia de los problemas crece a la par del número de éstos. Como si todo esto fuera poco, las cuestiones que se plantean no son ya superficiales ni locales; son fundamentales y de alcance mundial. Además, no abarcan solamente la etapa internacional de las relaciones políticas y sociales, sino que penetran hasta lo íntimo del hombre mismo, afectando su constitución física y mental. Por todas partes del mundo se alzan hospitales que enseguida se colman de víctimas de toda clase de enfermedades físicas, asilos que cuidan y tratan de mejorar a los que sufren perturbaciones emotivas o mentales, y cárceles donde se encierra a los delincuentes, que son enfermos morales. Los males de toda índole se extienden, de país en país, contaminando al mundo entero, y basta que la ciencia logre dominar una enfermedad contagiosa dominar una epidemia, para que surjan otras para perpetuar el desafío.

La verdad, simple y desnuda, es que han fracasado todos los paliativos que la humanidad ha querido aplicar al tratamiento de sus males, sean éstos personales o internacionales; las respuestas insuficientes dejan en pie los problemas, y los remedios alivian síntomas, de modo momentáneo, pero no llegan hasta las causas de la dolencia, no atacan el mal de raíz. Se alivian los dolores, pero no se cura la enfermedad, porque sus causas básicas han quedado intactas. Que existan millonarios en casi todos los países no significa que éstos sean prósperos, ya que esa acumulación de riqueza ha aumentado la pobreza del resto de los habitantes. Al enfrentarse con toda una aglomeración de hechos de esta clase, se hace imperioso que los pensadores del mundo entero se consagren, sin demora, a la averiguación de las causas reales que producen los males que afligen a la humanidad, ya que, si la situación actual sigue empeorando, sobrevendría una catástrofe cuyas proporciones superaría inmensamente a cuanto de terrible ha conocido hasta ahora la humanidad. Ha sonado la hora en que sólo tienen valor los conceptos fundamentales, en que es preciso llegar hasta las raíces del mal y arrancarlas de una vez.

Precisamente en estas páginas ha quedado expuesto un concepto fundamental, basado en las enseñanzas de la teosofía. Aquí se ha dicho, se ha demostrado, que todos los problemas de la vida dimanen de las tres ilusiones básicas en que ha vivido envuelta la humanidad desde sus comienzos, puesto que la Deidad Solar –que es omnipotente, omnisciente y omnipresente dentro de los límites de Su propio Sistema Solar- se impuso, para esa manifestación, las tres limitaciones que dieron origen a las tres ilusiones primarias, a saber: (1) el *Espacio*, considerado en términos de dimensiones de los objetos existentes dentro de él; (2) el *Tiempo*, considerado como sucesión de acontecimientos; y (3) el *Yo*, considerado como la ilusión de una existencia separada de las demás.

Estamos superando la primera de estas ilusiones mediante el progreso del conocimiento científico, que nos lleva a saber más y más del mundo físico, y de la naturaleza de nuestros cuerpos. Estamos superando la segunda, merced al desarrollo de nuestras facultades de razonamiento, de intuición, de sabiduría, gracias a las cuales formulamos una filosofía satisfactoria que, a su vez, se traduce en una vida recta y fructífera. La tercera, que es la más tenaz, la más ardua de superar, quedará vencida cuando seamos capaces de expandir esa idea, esa percepción del Yo –que ahora nos parece separada de todo los demás Yoes- hasta que abarque el pleno reconocimiento de la unidad de toda vida dentro de la Vida Única. Si somos capaces de captar la significación de estos tres conceptos fundamentales, y de darnos cuenta de los múltiples corolarios que de ellos necesariamente dimanar, veremos que en ellos están enraizados todos nuestros males, todos nuestros problemas. De modo que, al ir dominando gradualmente aquellos, todas las dificultades –que frente a ellos bien podemos considerar como de menor cuantía- irán sucesivamente desapareciendo a lo largo del camino. Ya nos lo había dicho Jesús “Buscad primero el reino de Dios y Su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura” (*Mateo. VI, 33*).

Tenemos que ir hasta lo fundamental. Es inútil hacer otra cosa, ya que sólo es posible vencer la ilusión por el conocimiento. Negar el dolor mediante la autohipnosis y acallar los síntomas, que son la protesta del cuerpo, curará, por cierto la enfermedad que a éste aqueja. Cubrir las desnudeces de la miseria con un manto de caridad no sanará los males económicos de la nación, y encarcelar a los violadores de la ley tampoco mejorará la atmósfera moral y de la colectividad. El hecho de ganar nuestras batallas borrando de la faz de la Tierra a las naciones adversarias arrojándoles bombas de hidrógeno no nos acercará ni un solo paso hacia el ideal de la justicia para todos, que es requisito indispensable para el logro de una paz verdadera y perdurable. Ni tampoco el minucioso estudio y la efímera solución de insignificantes detalles o el fútil empeño de echar remiendos, aquí y allá, a los ruinosos muros de la sociedad, que por todas partes amenazan venirse al suelo, servirá para mejorar el presente y asegurar el futuro de la humanidad. Lo que se necesita es, así en lo personal como en lo colectivo, un esmerado examen de los planos del edificio, una inspección a fondo de su construcción, desde los cimientos hasta las superestructuras, y un cambio total inspirado en lo que tal examen revele. Sólo esto salvará al hombre y a la sociedad del desmoronamiento que, sin ellos se hace inevitable.

Afirmar que nos hemos liberado de la ilusión de que el Sol sale por Oriente y pasando por sobre nuestras cabezas, desaparece por occidente, por el simple hecho de que, por esfuerzos ajenos, hemos llegado a creer otra cosa, no es sino añadir una ilusión más a las otras cosas de que somos víctimas. La verdadera liberación sólo se obtiene cuando uno llega a ponerse en contacto con la Verdad de los hechos, y la ilusión se desvanece al contacto con el conocimiento que hemos alcanzado. El hecho de retirarse a la selva, negándose con ello a adquirir directamente las experiencias que nos trae el diario vivir, es lograr tan sólo un conocimiento teórico de que la vida no es real. Esto no disipa la ilusión, sino para que la sustituya otra ilusión más sutil, mas difícil de desvanecer. Hemos de aprender acerca de la vida y sus ilusiones, sus atractivos falaces, enfrentándonos con ella cara a cara, sumergiéndonos en sus mendaces espejismos y sus hechizos ilusorios, viéndolos y juzgándolos como lo son, repudiándolos como pobres remedos de la Realidad. Así nos erguiremos vencedores de la ilusión, y gustaremos la dulzura de la liberación verdadera.

En las anteriores secciones de este libro hemos examinado algunos hechos que nos servirán para enfocar el tema que ahora tenemos entre manos, que es el dominio, el vencimiento de la ilusión. La ciencia conviene en que tiempo y espacio no son dos fenómenos separados, sino que ambos se conjugan en todo hecho físico. Pero todavía los hombres de ciencia no han reconocido plenamente el hecho de que, en la experiencia humana, hay que contar con un tercer factor que ineludiblemente se manifiesta, y que es el Yo.

Pero no puede demorarse mucho el reconocimiento general de este hecho, porque hay muchos de esos hombres de ciencia que individualmente se dan cuenta que todo nuestro conocimiento no es sino el producto de diversas manifestaciones, en la medida en que afectan la conciencia humana, y,

dado que nuestras percepciones sensoriales se hallan muy lejos de ser perfectas o completas, nuestro conocimiento de todo lo físico tiene que ser parcial, imperfecto. Y siendo parcial e imperfecto es, por eso mismo, ilusorio. Es decir, que percibimos lo que a nuestras facultades perceptivas les parece ser, pero no lo que es. Y lo que hemos de proponernos es superar las ilusiones del Espacio, el Tiempo y el Yo, gracias a la adquisición del conocimiento interpenetrado a la luz de la razón y de la intuición.

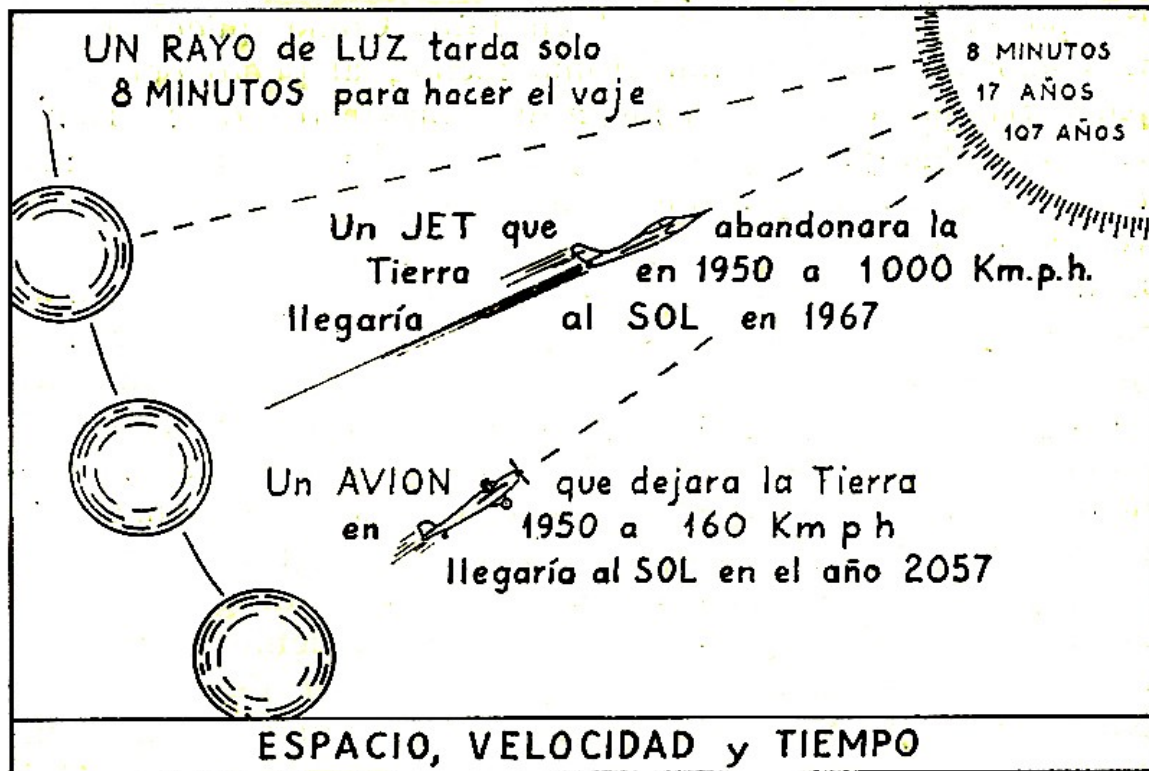


FIG. 83

Estudiamos la [Fig83](#) y, por un momento, formemos filas junto a los escritores de lo que popularmente se llama “ciencia ficción”, es decir, la novela basada en temas más o menos científicos; si bien nosotros, sin dejarnos llevar por la fantasía, nos atendremos estrictamente, en la presentación de los hechos, a la verdad, según la conoce el hombre hoy en día. En la parte inferior de la izquierda del grabado, vemos tres imágenes distintas; en la parte superior derecha aparece el Sol. Imaginemos ahora que en el año 1950 salió de la Tierra un avión volando a una velocidad de 160 kms por hora, con destino al Sol, que está a 149.400.000 de distancia. Pues bien: el piloto tendría que volar durante 107 años antes de llegar a la meta, es decir que, en viaje aéreo, el Sol está a 107 años de la Tierra. Pero si se utilizara un avión de propulsión a chorro –lo que corrientemente se llama un jet- que pudiera desarrollar una velocidad constante de 1.000 kms por hora, el viaje no duraría sino 17 años, y si los dos hubieran salido al mismo tiempo, el *jet* llegaría al Sol en 1967. Como quiera que el tiempo invertido sería muchísimo menor, al piloto del *jet* le parecería que el Sol está muchísimo más cerca de la Tierra. Pero hay algo que viaja más rápido que el *jet*, muchísimo más de prisa: la luz se precipita a través del espacio a la enorme velocidad de 299.800 kms por segundo y, por lo tanto ¡cubre la distancia entre el Sol y la Tierra solamente en ocho minutos! Así pues, en términos de rayo de luz, el Sol no está más que a ocho minutos de nosotros. Por eso, dado que nuestros conceptos de tiempo y de espacio están inextricablemente ligados, a medida que ha aumentado la velocidad de los medios de comunicación, el mundo físico se nos ha ido haciendo

cada vez más pequeño, hasta el punto que para nosotros resulta ya un hecho corriente el viaje que para generaciones anteriores habría representado el acontecimiento culminante de toda una vida. Pronto será posible viajar de Londres a Nueva York y encontrarnos que en esta ciudad es más temprano de lo que era en Londres cuando de allí partimos. Quizás ese viaje llegue a hacerse en menos tiempo del que tarde en secarse la tinta con que escribimos esta página.

Muchas maneras tienen el espacio y el tiempo de lanzar sobre la conciencia humana su velo de ilusión. Acabamos de mencionar que la luz viaja a la velocidad de 299.800 kms por segundo y que, por lo tanto, nos llega a los ocho minutos de haber salido del Sol. Esto quiere decir, en primer lugar, que nunca vemos al Sol donde realmente está, sino donde estaba hace ocho minutos. Pero esta ilusión se hace mucho más poderosa cuando miramos al cielo y lo vemos tachonado de miles de puntos radiantes de luz, cada uno de los cuales es un sol. Escojamos entre ellos a Sirio, “el Can”, la estrella más brillante de todo el cielo. Aunque a grandísima distancia de nosotros, es uno de nuestros más cercanos vecinos celestiales, ya que está ¡sólo a 85.000.000.000.000 de kms de distancia!, magnitud que no le parece muy grande a un astrónomo. La luz tarda nueve años en recorrer ese espacio y, por lo tanto, el rayo de luz que desde Sirio llega a nuestros ojos, salió de esa estrella hace nueve años y ha pasado todo ese tiempo corriendo, volando -¡y aún más que volando!- a través del espacio. Pero esto significa que jamás vemos a Sirio en el lugar del firmamento en que realmente está, sino a millones de kilómetros más atrás, podríamos decir. En la [Fig84](#), Apartado A, la línea continua representa el punto del cielo donde a nuestros ojos aparece que está Sirio, y la línea punteada señala el lugar donde realmente está. Ahora bien: esta regla se aplica a todos los cuerpos celestes que contemplamos en los cielos. *¡Ninguna de las estrellas está donde nosotros la vemos!* Así pues, ese espectáculo que nos arropa está distorsionado por la ilusión. Esto nos prueba, una vez más, que lo visible no es lo cierto, que en lo invisible es donde está la verdad. Además, hay estrellas y nebulosas tan lejanas de la Tierra, cuya luz tarda tantísimo en llegar a nuestros ojos, que pueden muy bien haber explotado y haber desaparecido luego de la faz de los cielos muchísimo antes de que el hombre primitivo empezara a recorrer los campos de la Tierra, y pueden pasar varios miles de años antes que los seres humanos lleguen a poder darse cuenta de aquella desaparición. Y, al revés, es posible que haya estrellas, y hasta universos, que hayan comenzado a existir y estén ocupando lugares en el espacio que a nosotros nos parecen vacíos, porque la luz que de ellos emana tardará no se sabe cuantos años – o cuántas edades- en llegar a nosotros y revelarnos su existencia.

El Apartado B de esa misma [Fig84](#) nos muestra otra aplicación de estos mismos hechos. Si pudiésemos crear una enorme burbuja cuya superficie estuviese a 6.000.000 millones de millas (9.454.493.000.000 de kms.) de la Tierra, y desde allí mirar hacia nuestro planeta y ver los acontecimientos que aquí estaban ocurriendo, no veríamos los actuales, sino los de un año atrás, ya que la luz que nos permitiría verlos habría tardado un año en llegar desde la Tierra a nosotros. Si en la Tierra estuviéramos en 1958, en la burbuja veríamos los sucesos de 1957. Y si la burbuja se alejase hasta llegar al doble de la distancia desde la Tierra, lo que veríamos, al mirar hacia ésta, serían los hechos de 1956. Sucesivamente, por cada año-luz que viajásemos, nuestra visión iría retrocediendo también un año en el tiempo.

Teóricamente, pues, si pudiésemos alejarnos lo suficiente y tener en las manos un telescopio inmensamente más poderoso que los actuales –todo lo cual pertenece, por ahora, al reino de la fantasía- podríamos, mirando a nuestro planeta, observar directamente los acontecimientos de hace, por ejemplo, diez siglos atrás. Conoceríamos, tal como fue en realidad, aquel hervidero de batallas y de intrigas, productos del choque de ambiciones de poder y de riqueza, de que la historia nos guarda pálido reflejo. Y si aumentáramos la distancia el poder del telescopio, llegaríamos a poder observar todo lo ocurrido desde los comienzos de nuestra Tierra. Y, para hacer aún mayor nuestra confusión, pero siempre conforme a las actuales teorías científicas, si pudiésemos alejarnos de la Tierra a una velocidad superior a la de la luz, nos parecería que todos los hechos acontecidos en la Tierra se iban efectuando en sentido inverso: así, los efectos antecederían a las causas, la gente caminaría hacia atrás, el Sol saldría por el oeste y se ocultaría por el este, la lluvia caería de abajo hacia arriba, y el

anochecer dejaría gradualmente paso a la tarde, y ésta a la mañana, hasta que el alba abriera las puertas a la noche anterior.

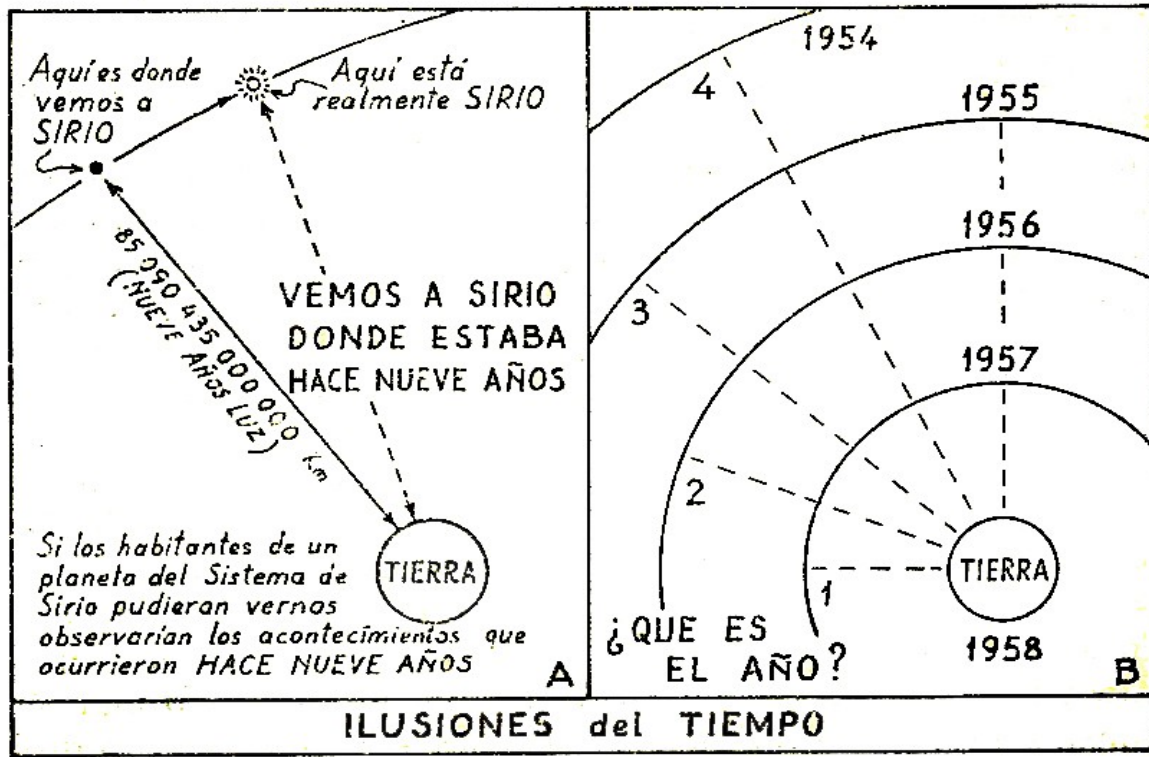


FIG. 84

Así pues, mientras más hondamente penetramos en los misterios del espacio y del tiempo, más claramente nos damos cuenta de las evidentes ilusiones con que nos cercan y de la necesidad de interpretar los fenómenos que producen a la luz de la razón. Trataremos ahora de analizarlos por separado. Se dice que el espacio tiene tres dimensiones; pero la falsedad de esta afirmación debiera hacérsenos evidente. El espacio no puede tener dimensiones, ya que este término sólo puede aplicarse a los objetos que existente en el espacio. Porque la dimensión no es más que un concepto matemático desarrollado por el hombre para poder computar el tamaño de las cosas.

En la [Fig85](#) vemos algunos ejemplos del concepto matemático de las dimensiones. El Apartado A nos muestra que un punto extendido se convierte en una línea, que es un objeto de una dimensión. Cuando una línea continúa en una dirección distinta de la primita se convierte en un objeto plano, que tiene dos dimensiones (Apartado B). Y cuando un plano se extiende en una dirección distinta de las dos que tenía primitivamente, se convierte en un cubo (Apartado C), que es una figura de tres dimensiones. Hay quienes pretenden que hay cuatro y hasta más dimensiones y que un cubo podría extenderse en otra nueva dirección no contenida dentro de él mismo, lo que daría por resultado un cuerpo sólido cuatridimensional, que poseería varias propiedades muy notables. Pero los propugnadores de esta teoría no se dan cuenta que precisamente las condiciones originalmente establecidas para la computación de las dimensiones son las que impiden que pueda existir una división más allá de la triple, lo mismo que se establecería una limitación igual si dividiéramos un círculo en tres partes iguales (Apartado D). Una vez trazada la primera línea que señalase la tercera parte del círculo, ya no se podrían trazar más que otras dos, si es que habían de ser iguales los segmentos. Ni tampoco puede haber, por lo tanto, más de tres dimensiones de los objetos, ya que

esa limitación va implícita en el método mismo de computarlas. Más adelante volveremos sobre este tema, al tratar de la naturaleza ilusoria de la dimensión.

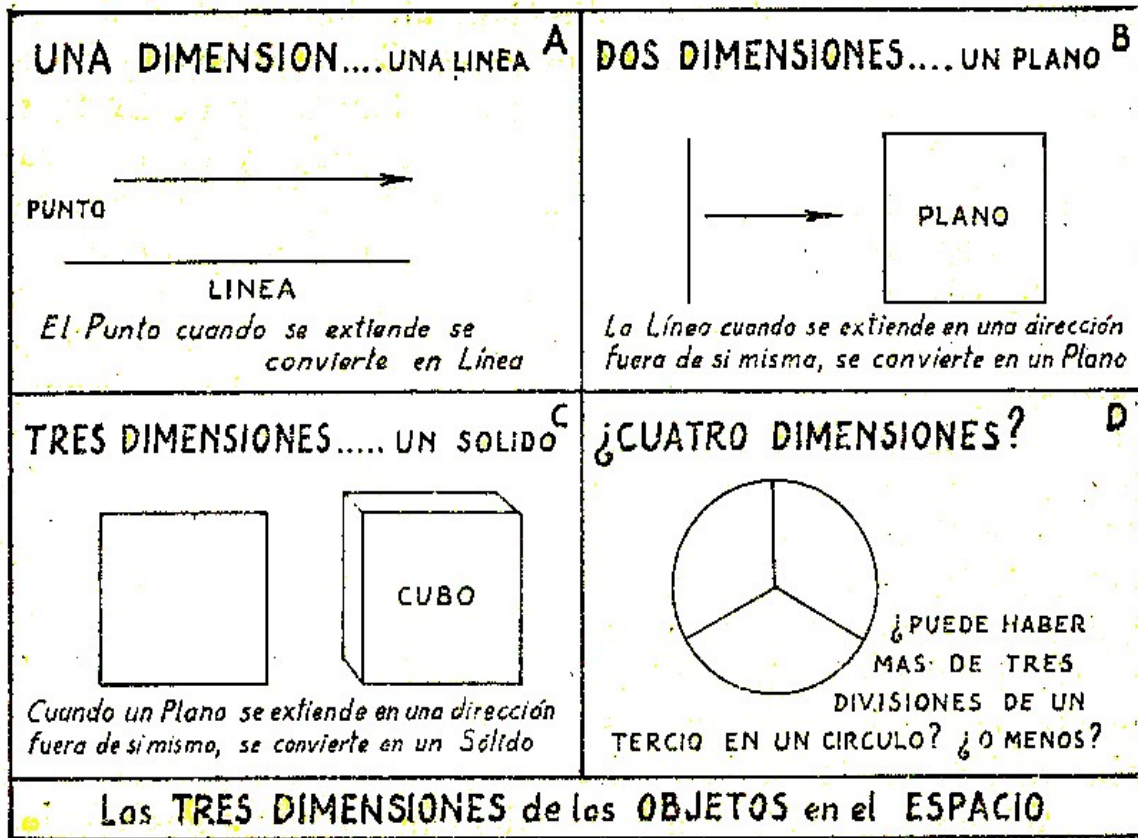


FIG. 85

La Fig86 presenta unos cuantos ejemplos que llaman la atención sobre la ilusión del tamaño de los objetos que existen en el espacio. Nos parece que un dado es un objeto bastante pequeño, pero si se le compara con la infinitesimal pequeñez de un átomo, resulta bastante grande. En cambio, si lo miramos junto a un globo de goma –de los que usan los niños para jugar- regresa a la insignificancia. Pero ese globo, a su vez, es minúsculo si lo comparamos con nuestra Tierra, objeto inmenso que flota en el espacio. Pero, una vez más, hemos de modificar nuestro concepto del tamaño –de lo pequeño y de lo grande- porque, si la comparamos con el planeta Júpiter, nuestra Tierra resulta bastante chica. A su vez, Júpiter lucirá muy pequeño ante el Sol, en el que cabría un millón de planetas como el nuestro. Pero, aún llegando a estas magnitudes, tendremos que modificar de nuevo nuestro concepto del tamaño, porque nuestro gran Sol, con toda la inmensidad y magnificencia con que reina sobre su Sistema Solar, queda reducido casi a la mayor insignificancia, si miramos hacia la gran estrella Antares, que tiene nada menos que 27 millones de veces mayor volumen.

Colocado al lado de Antares, el soberbio centro de nuestro Sistema resultaría tan diminuto que bien podría pasar totalmente inadvertido. Por lo tanto, nada es “grande” ni “pequeño” en sí, sino en relación con una conciencia que compara unos objetos con otros, sea consciente o subconscientemente. Por ejemplo: para la conciencia de un elefante, un gato será un animalito muy pequeño, en tanto que, para una araña, ese mismo gato será casi un monstruo enorme.

Inmediatamente juntando varios ejemplos, haremos ver con mayor claridad algunas de las ilusiones que tejen el espacio y el tiempo.

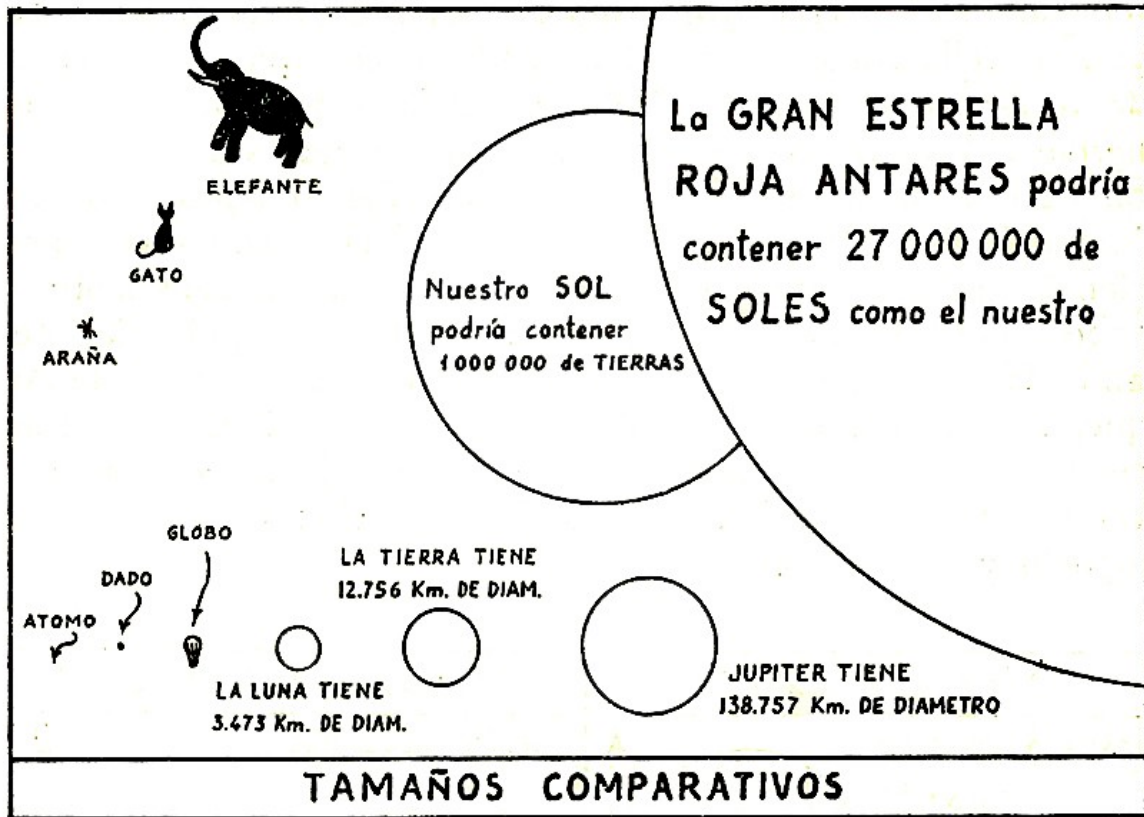


FIG. 86

Los objetos que existen en el espacio pueden considerarse de modo psicológico o matemático. Psicológicamente, los calificamos de grandes o pequeños. Pero acabamos de ver que estos calificativos no significan otra cosa que estados producidos en la conciencia a base de comparaciones. Carecen de realidad, porque el mismo objeto puede parecer grande o pequeño, según aquel otro objeto con el que se lo compare. Las medidas matemáticas de un objeto se computan en términos de largo, ancho y espesor. El tamaño matemático no se refiere nunca a objetos "grandes" ni "pequeños".

También hemos visto que la base de las dimensiones es el punto, que al prolongarse produce la línea; la línea, a su vez, produce la superficie plana, y ésta, a su vez, produce un sólido tridimensional, como el cubo. Pero observemos con cuidado que todo esto empieza por el punto que, como ya vimos, carece de extensión y de dimensiones; no tiene más que posición, lo cual quiere decir que no es más que una idea, y no un objeto, *¡luego no es nada material!* Por lo tanto, todos estos conceptos de dimensión carecen de validez, porque si multiplicamos nada por el número mayor que podamos imaginar, el resultado no podrá ser sino nada, nada y nada. Prolongar, en cualquier dirección que sea, un punto matemático es una imposibilidad, porque dicho punto es más que una idea de ubicación, sin tamaño ni dimensión. Por consiguiente, no es un objeto que pueda prolongarse. Largo, ancho y espesor son tres cualidades o características de la materia que comenzaron a existir en la aurora de la creación, como reflejos de la Trinidad Básica de la Naturaleza: por esto, no puede haber más que tres dimensiones. Pero dentro de ellas puede haber un número infinito de combinaciones de extensión y dirección. Así, el punto que cierra esta cláusula

que escribimos posee tres dimensiones: largo, ancho y espesor, el espesor de la tinta con que está impreso.

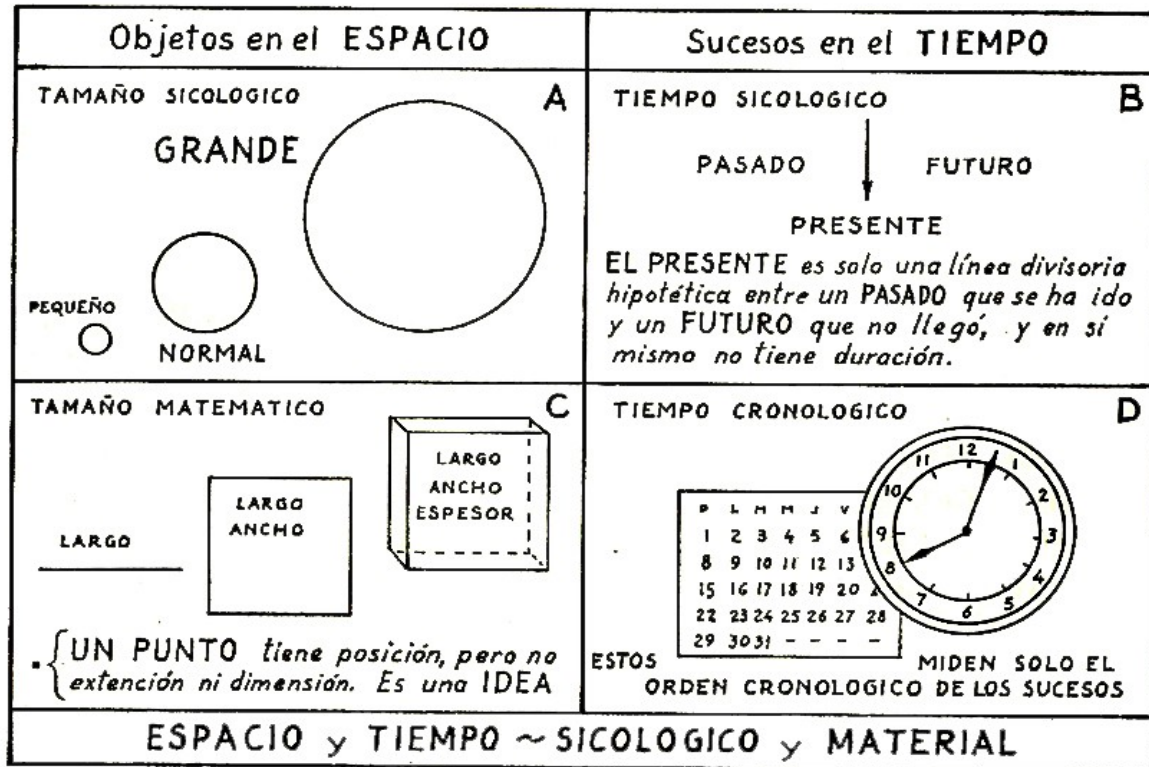


FIG. 87

Asimismo, una línea no es más que una idea mientras no sea creada físicamente en tres dimensiones, aunque una de ellas, sea muchísimo menor que las otras dos. De igual modo, una superficie plana no pasa de ser un concepto mientras no se le dé manifestación tridimensional, si bien, en este caso, dos de las dimensiones serán muchísimo mayores que la tercera. Tres dimensiones, ni más ni menos, son necesarias para la existencia fenoménica. En el primer volumen de *La doctrina Secreta*, comentario a la Estancia VII, dice H. P. Blavatsky:

El curso de desarrollo natural que estamos ahora considerando dilucidará de un modo completo, y a la vez desacreditará la costumbre de especular acerca del espacio de dos, tres y cuatro o más dimensiones... Para principiar, no tiene, por supuesto, importancia alguna el absurdo superficial de que el Espacio pueda ser medido en ningún sentido. Esta frase familiar puede tan sólo ser una abreviación de la más completa: *La Cuarta Dimensión de la Materia en el Espacio*. Pero aún en esta forma es una expresión desdichada puesto que, si bien es perfectamente cierto que el progreso de la evolución puede hacernos conocer nuevas cualidades características de la materia, aquellas con que nos hallamos ya familiarizados son, en realidad, más numerosas que las correspondientes a las tres dimensiones... Así es que cuando algunos audaces pensadores han estado anhelando una cuarta dimensión para explicar el paso de la materia a través de la materia y la producción de nudos en una cuerda sin fin, lo que realmente les faltaba era una sexta cualidad característica de la materia. Las tres dimensiones pertenecen, en realidad, tan sólo a un atributo o cualidad de la materia: a la extensión. Y el sentido común popular con justicia se rebela contra la idea de que, bajo cualquiera condición de las cosas, puedan existir más de tres dimensiones semejantes a la longitud, anchura y espesor... Entretanto, aquella expresión es todavía más incorrecta que la familiar de que el Sol “sale” o “se pone”.

En la [Fig87](#) Apartado D, vemos lo que Einstein ha llamado “tiempo cronológico” o tiempo físico. Hay métodos bien conocidos gracias a los cuales pueden medirse los meses, días, horas, minutos y segundos. El tiempo cronológico, lo mismo que el tamaño matemático, se mide por medio de instrumentos inventados por el hombre. La prensa diaria ha recogido estas palabras de Einstein: “El tiempo físico sabe solamente del orden cronológico de las situaciones, pero no conoce pasado, ni presente, ni futuro”. El tiempo psicológico (Véase [Fig87](#) Apartado B) admite las divisiones de pasado, presente y futuro que, al igual que las divisiones psicológicas de tamaño, no existen más en la mente humana.

Ya hemos visto algunas de las muchas maneras cómo el espacio, considerado como dimensiones, no es más que una ilusión. Ahora veremos que exactamente lo mismo sucede con el tiempo, si se le considera como sucesión. El pasado, bien sabemos que ya no existe; también sabemos, con igual certeza, que el futuro aún está por venir. Luego la única realidad que nos queda es, aparentemente, el presente. De hecho, sabemos que todas las experiencias nos ocurren en el presente porque, a medida que progresamos a lo largo de todas las experiencias, lo que llamamos “el presente” está siempre con nosotros. Pero, ¿cuál es la medida de ese presente, en términos de tiempo? Ningún proceso de razonamiento puede asignar a ese presente ningún período de tiempo susceptible de medirse. En realidad, no es más que una hipotética línea divisoria entre un pasado que ya ha transcurrido y un futuro que todavía no ha llegado. Por lo tanto, no tiene, en sí, duración alguna. Así pues, *el presente, lo mismo que el punto, no existe*. Pero, paradójicamente, está inseparablemente unido a nosotros, y constituye el único contacto que podemos tener con el tiempo, ya que sólo podemos conocer el pasado trayéndolo, por medio de la memoria, al presente, y sólo podemos saber del futuro por medio de la anticipación, que lo trae al presente. Citemos otra vez *La Doctrina Secreta*, donde H. P. Blavatsky dice, en el Vol. I, Comentario a la Primera de las *Estancias de Dzyan*:

El Tiempo es sólo una ilusión producida por la sucesión de nuestros estados de conciencia en nuestro viaje a través de la Duración Eterna, y no existe donde no existe conciencia en que pueda producirse la ilusión... El Presente es sólo una línea matemática que separa la parte de la Duración Eterna que llamamos el futuro, de la otra parte que llamamos el pasado.

Así pues, *el concepto del espacio como poseedor de dimensiones se basa sobre un “punto” que no existe en el espacio, y el concepto del tiempo como sucesión de acontecimientos se basa sobre un “presente” que no existe en el tiempo*. Por tanto, el análisis de los hechos conocidos y el ejercicio de la razón nos llevan a reconocer que estos dos conceptos son ilusorios. Al lograr un mayor conocimiento del Universo en que vivimos obtendremos otro concepto del espacio, no ya sometido a las limitaciones que significan las dimensiones, sino como Infinitud. Y a medida que se amplíe nuestra filosofía de la vida se nos revela el Gran Plan en mayores perspectivas de belleza y de maravilla, llegaremos a la vívida comprensión del tiempo, no como sucesión de acontecimientos, sino como Eternidad. Entonces tendremos que enfrentarnos con la tercera ilusión, que es la mayor de todas, la más difícil de vencer: la ilusión del Yo separado.

La ilusión del espacio, considerado como dimensiones de los objetos puede dominarse por el conocimiento. La ilusión del tiempo, considerado como sucesión de acontecimientos, puede ser vencida por el ejercicio de la razón. Pero el dominio de la ilusión del Yo, considerado como existencia separada de los demás Yoes sólo puede ganarse mediante la profunda meditación que excluye de nuestro recinto interno todos los asuntos de la existencia mundanal, para que la intuición quede en libertad para las cosas del Espíritu. Nada valioso puede decirnos la ciencia con respecto al Yo. En general, se entiende que el punto de vista científico ortodoxo consiste en considerar lo que llamamos el Yo como un mero manojito de facultades y atributos nacidos de combinaciones especiales de las células que forman el cuerpo humano, de ser esto cierto, se daría el caso peregrino

de que el total fuese mayor que la suma de sus partes Pero ya hemos visto que la Teosofía tiene mucho que decir sobre este punto, y las líneas principales de su enseñanza en lo que a ellos se refiere quedan resumidas, en forma simbólica, en la [Fig88](#). Ahí vemos que el hombre físico está representado por los triángulos que forman la parte más externa del dibujo. Aquí tenemos separación completa, porque se ha limitado a sus manifestaciones en el mundo físico. Pero a medida que su conciencia se eleva a planos superiores, se acerca más a sus semejantes, hasta que, donde funciona a nivel búdico, es decir, de la conciencia crística, llega a cada ser humano a un contacto armonioso con todos los demás, y al final, se funden todos en la conciencia de la Deidad Solar, donde se llega a comprender, sentir y vivir la Unidad del Yo, y el hombre comprende, ve, que la separación entre los seres era una ilusión. Entonces han quedado trascendidas las tres ilusiones y, en lugar de ellas, se gozan de una visión de Infinitud, de Eternidad y de Unidad. Al fin, el peregrino puede exclamar con verdad: “Mi Padre y yo somos Uno”. Reconozcamos, empero, que tal sublimidad se halla todavía muy lejos para la inmensa mayoría de nosotros: aún nos queda mucho trecho que andar por ese camino.

Por otra parte, hay muchos que acaso acepten como ciertas todas estas ideas, pero al mismo tiempo las conceptúan como demasiado lejanas de las demandas actuales y concretas de la vida, de los ateneadores problemas que tienen que afrontar día tras día. Nada, sin embargo, más lejano a la verdad, porque estos conceptos constituyen precisamente el conocimiento básico que han de poseer los seres humanos para poder liberarse de las cadenas que ellos mismos han forjado para mantenerse en esclavitud.

No cesará el hombre de luchar por el poder y las tierra, por el dinero y por la posesiones hasta que llegue a comprender plenamente, a sentir como realidad, el hecho fundamental de que todas esas cosas no son más que ilusiones, que el mundo material, tal como lo conocemos, no es más que una enorme fantasmagoría, un vastísimo despliegue de cosas que no son lo que parecen ser, y que en él jamás podrá el hombre poseer de veras cosa alguna. Las únicas posesiones que le será dado lograr son las prendas de carácter, y las facultades que lleva latentes dentro de sí, prontas a desarrollarse cuando él haga el esfuerzo necesario. Seguirá el hombre empeñado en subrayar a sus semejantes, estableciendo individualmente las relaciones de amo y siervo, patrono y obrero, intelectual e inculto. Y, colectivamente, entre nación y nación, o entre distintos grupos humanos, hasta que aprenda que el tiempo no lleva en sí esencia de realidad, que la sucesión de los hechos no es lo que a nosotros nos parece ser, porque en Lo Eterno, todos somos iguales. Y seguirá el hombre pretendiendo glorificar su Yo individual y colocarse por encima de todos los demás Yoes, considerándose orgullosamente superior a los demás por sus grandes o buenas obras, hasta que conozca y disipe la ilusión del Yo, y conozca, como suprema realidad, que espiritualmente todos los seres son uno dentro de la conciencia de Dios.

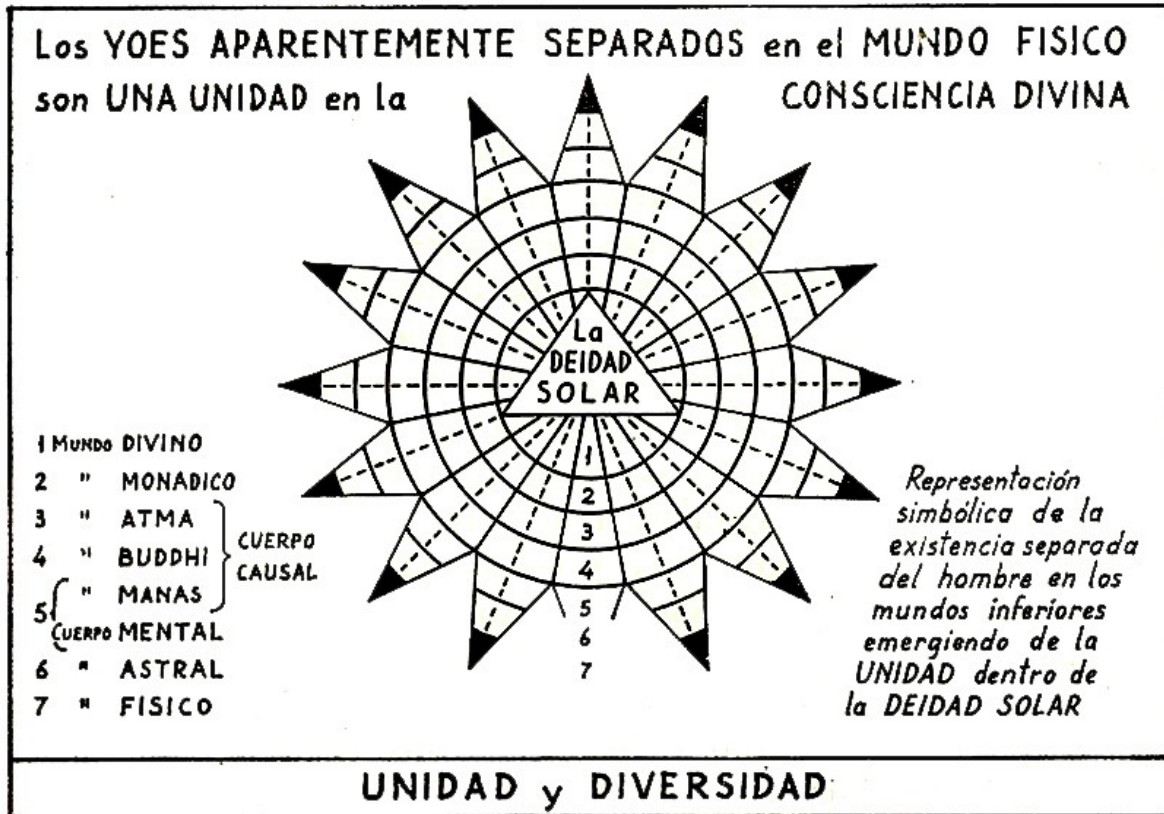


FIG. 88

CAPITULO II

LOS TRES SENDEROS DE PERFECCIÓN

Varias veces nos hemos referido, en el transcurso de estas páginas, a los grandes progresos efectuados por la ciencia durante las últimas décadas del siglo XIX. Pudiéramos decir que en esa época desapareció el mundo físico tal como lo había conocido el hombre durante siglos y siglos, y que otro mundo nuevo, mucho mayor y muchísimo más maravilloso, ocupó su lugar. Este mundo nuevo hizo aún más que revelarse a los ojos maravillados de la humanidad: sin que pudieran imaginarlo aquellos que lograron descubrirlo, abrió el camino a revelaciones aún mayores que ahora mismo estamos presenciando. Por ejemplo, el advenimiento de un conocimiento práctico de superiores y más profundas regiones de la mente y de las condiciones en que viviremos después de ese cambio al que llamamos “muerte”.

La psicología, por ejemplo, está observando ahora cautelosamente el crecimiento de lo que se llama “parapsicología”, el estudio científico de los llamados “fenómenos psíquicos”. Así como la psicología observa y analiza las operaciones de la percepción sensoria, de modo análogo estudia la parapsicología la “percepción extrasensoria” (o *E.S.P.*), es decir, el conocimiento que llega a la mente por canales de percepción que no son los habituales. El parapsicólogo estudia, con infinita paciencia y meticuloso esmero, aquellos fenómenos anormales que todavía el psicólogo se niega a tomar en serio. Dichos fenómenos incluyen la psicokinesia –influencia directa de la mente sobre la materia-, la telequinesia, -investigación de la validez del movimiento de objetos materiales mediante la acción de los médium espiritistas- transmisión de pensamiento, precognición, retrocognición, psicometría, y otros fenómenos del mismo género. De esta labor está surgiendo un nuevo concepto de la vida humana que puede demostrarse por métodos experimentales y matemáticos y que indudablemente contribuirá en gran parte a crear el nuevo mundo del futuro.

La Teosofía ha llevado sus investigaciones en el campo de lo desconocido mucho más allá de dónde por ahora alcanza la parapsicología. Pero los resultados que obtiene no pueden, por su naturaleza misma, comprobarse por demostraciones estadísticas o visuales. Pero sí puede cada individuo conocerlas por sí mismo, gracias a su experiencia personal, como tantos de ellos lo han testimoniado. Pero aquí comenzamos a escalar muy escarpadas pendientes, y es preciso emplear nuevos medios de transporte. Es preciso alcanzar nuevas cumbres de la mente, y se hace necesario despertar la visión espiritual que suscite en nosotros la aspiración que ha de sostenernos en el abrupto camino. De la razón tenemos que ascender a la intuición, el conocimiento ha de transformarse en sabiduría y el mero sentimiento ha de transmutarse en amor. Tenemos que prestar oído a las voces que nos rodean y, más aún, al tenue hilo de voz que habla dentro de nosotros mismos.

En estas páginas se ha intentado presentar y desarrollar la idea de que todo el propósito de la vida consiste en dominar la ilusión, de modo que, elevándonos por encima de ella, en todos sus aspectos, podamos llegar a una plena y completa comprensión de la realidad. Nosotros, que somos Espíritu, tenemos que hundirnos pues, en las ilusiones de la materia para que, dominando la fascinación de sus efímeros esplendores, lleguemos a conocernos a nosotros mismos tales como realmente somos. Nosotros, que somos inmortales, tenemos que afrontar las ilusiones de la muerte para que,

desenmascarando sus engañosas apariencias, lleguemos a la plena seguridad de que no podemos morir. Nosotros, que somos inmaculados, tenemos que vernos hundidos en el pecado y la vergüenza, en la maldad, para que a todos los venzamos y lleguemos a saber plenamente que somos el Hombre Espiritual. Nosotros, para quienes el tiempo no existe, hemos de vernos sometidos a sus dictados, para que lleguemos a conocer la Eternidad. Nosotros, que somos uno con Dios, hemos de experimentar la ilusión de la separatividad para que, por nuestros propios esfuerzos, por nuestra propia victoria, podamos recobrar el inefable gozo de la unión consciente con Él. Tenemos que experimentar por nosotros mismos el misterio de la encarnación, y darnos cuenta de lo que realmente somos —es decir, Dios envuelto en la carne— para que ascendamos por sobre las fuerzas que en la Tierra nos han hecho vivir como esclavos. Tenemos que darnos cuenta que muchísimas cosas que creímos ciertas eran falsas, eran ilusiones y nosotros hemos vivido —y aún vivimos— atados a ellas, porque el propósito de nuestra estancia donde ellas extienden su dominio era, precisamente, que en todas partes fuéramos libres.

Ya hemos dicho también que toda esta muchedumbre de ilusiones puede agruparse en tres grandes tipos. Por eso, no es de extrañar que, en los empeños del hombre por conocer al mundo en que vive y por conocerse a sí mismo, haya desarrollado, de modo natural, tres senderos principales de estudio y de actividad que, aún inconscientemente al principio para aquellos que los siguen, al fin y al cabo los llevarán a librarse de los lazos con que la ilusión los tenía atados. Estos tres caminos son: (1) la *Ciencia*, mediante la cual el hombre desarrolla conocimiento, y llegará a librarse de las ilusiones producidas por la materia; (2) la *Filosofía*, mediante la cual desarrolla el hombre sus facultades razonadoras que, en último término, lo llevarán a librarse del tiempo y de su esclavitud a la participación en los pasajeros acontecimientos de la vida; y (3) la *Religión*, por medio de la cual desarrolla el hombre su naturaleza devocional que, al fin y al cabo, lo llevará a vencer la ilusión de la separatividad, logrando saber, sentir, vivir que toda vida es Una.

Muy al comienzo de su libro *Los Tres Senderos de Perfección*, dice Annie Besant:

Tres Senderos han sido trazados por los Sabios, cualquiera de los cuales puede hollar el hombre para llegar por él a la Liberación. Tres son los Senderos y, sin embargo, en cierto sentido, los tres son uno. Difieren en sus métodos, más sin embargo su fin es uno y el mismo; distintos en sus condiciones externas, llevan todos al gran Yo... Por los tres se avanza hacia la misma meta. Estos tres senderos —los tres Margas, como se les llama en la filosofía india son: el de Karma o Acción, Jnana o Sabiduría, y Bhakti o Devoción... pero al final se funden en uno, adquiriendo quien por cualquiera de ellos transita las cualidades de los otros dos, hasta que se unifican las características de los tres... Por cualquiera de ellos que avance el hombre, todos van en busca del Yo Único, bien será por medio de la Acción de la Sabiduría o de la Devoción, y todos cuantos a Aquél buscan, segura e inevitablemente Lo encontrarán, porque el Yo de todos es Uno, y la meta de los tres Senderos es la misma.

No debiera ser difícil ver en estas afirmaciones el lazo que une lo antiguo con lo moderno, porque la *Ciencia* que nos da la *Sabiduría* necesaria para la *Acción*, habrá de llevarnos hacia el *Karma marga*; la *filosofía*, que desarrolla las facultades de la razón y la intuición, nos conducirá al *Gnana marga*; y la *Religión*, cuando nos guía hacia los caminos de la experiencia interna, nos abrirá las puertas del *Bhakti marga*.

Pero es necesario advertir que el mero estudio externo, teórico, de estas disciplinas no llevará nunca a la liberación sino que todas y cada una de ellas han de convertirse en experiencias internas dentro del Hombre mismo. Tienen que pasar más allá de los conceptos corrientes del estudiante. Pero, inevitablemente, el estudiante será atraído hacia las etapas superiores, donde verá la luz.

Llamamos ahora la atención sobre la [Fig89](#), que contiene un dibujo que es un intento muy insuficiente de presentar un tema enorme. También las palabras apenas consiguen dar más que un pensamiento, aquí y allá, que estimule a la mente a tratar de captar una mejor comprensión del asunto. No obstante, será fructífero estudiar dibujos y palabras con esmero, tranquilizando la mente

y dejando libre juego a la intuición. Cuando el buscador de la verdad comienza a librar su mente de imágenes mentales preconcebidas y abrirla a los conceptos, a las intuiciones superiores, la conciencia, liberada de su continua atadura a las cosas materiales, logrará una cierta expansión, y cada una de estas sucesivas expansiones, aunque sea pequeña, provocará un crecimiento que no permitirá a la conciencia recaer por completo en su anterior estado de limitación. Además, si se establecen condiciones de quietud interior, hablará la intuición.

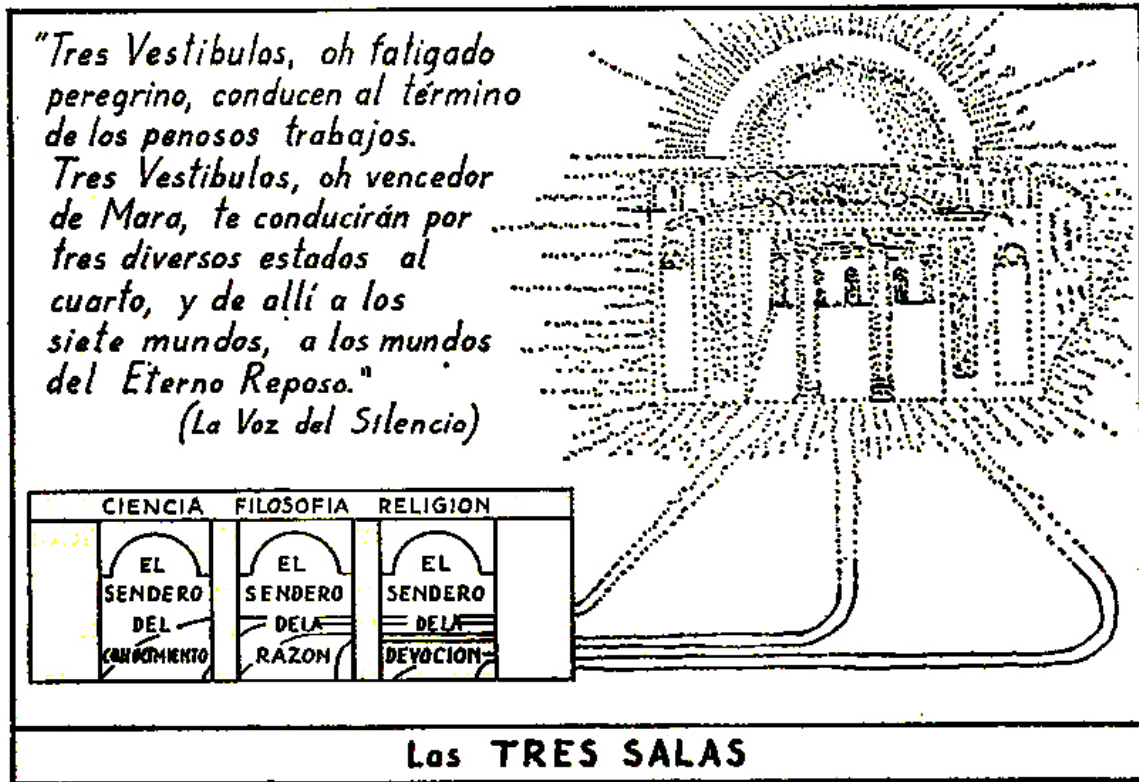


FIG. 89

El asunto que ahora vamos a tratar pertenece a esas facultades superiores de la mente. Claro que se presentará ante el tribunal de la razón, pero para que se le comprenda plenamente, es preciso que hable la intuición. Pertenece a los mundos materiales, pero también a los niveles conceptuales de la conciencia, mucho más allá de las regiones de la experiencia corriente. Ya hemos mencionado el hecho de que no hay espacio vacío dentro del Sistema Solar, que forma una sola masa de vida y forma en evolución. Hay una unidad análoga entre los diversos niveles materiales de nuestro planeta. El mundo físico, el astral y el mental actúan conjuntamente en un orden ascendente de manifestaciones comparables. Dado que hay individuos de todos los grados actuando en cada uno de esos mundos debería hacérsenos evidente que el genio creador del hombre continuará actuando, después del período de transición, en los mundos superiores, y que en cada uno de ellos dejará la huella de sus actividades. En el mundo astral, especialmente, pueden hallarse grandes centros de enseñanza donde aquellos que en la Tierra dedicaron sus vidas a la educación y elevación de sus semejantes, continuarán desempeñando esas actividades. Las condiciones serán diferentes en detalle, aunque en líneas generales sean análogas. Las lecciones serán diferentes, porque si bien habrá algunos que todavía necesitan instrucción elemental, casi todas las enseñanzas se relacionan con cosas que están a la vanguardia de la evolución humana.

Para aquellos que durante su estancia en la Tierra, hayan alcanzado una etapa en que las realidades de la vida constituyan su interés supremo, habrá lugares de "enseñanza superior", donde

muchas instrucciones sobre temas muy profundos estarán a disposición de los que han pasado al mundo astral, y también de aquellos que, aunque todavía actuando en el mundo físico, han avanzado lo bastante en el desarrollo de su cuerpo astral y en su progreso general como para poder recibir instrucciones durante las horas en que su cuerpo físico duerme. Una descripción muy bellamente escrita de uno de estos lugares de enseñanza nos ha dejado H. P. Blavatsky en su pequeño libro *La Voz del Silencio*, que ya hemos mencionado, y que es una traducción de uno de los más antiguos manuscritos orientales:

Tres salas, oh cansado peregrino, conducen al fin de todos los trabajos. Tres salas, oh vencedor de Mara, te llevarán a través de tres estados al estado cuarto, y de ahí a los siete mundos, los mundos del Reposo Eterno. Si deseas saber los nombres de ellas, escucha pues, y recuerda. El nombre de la primera Sala es Ignorancia – Atydya: es la sala en que has visto la luz, en la que vives y morirás. El nombre de la segunda Sala es Estudio; en ella hallará tú alma las flores de vida, pero también, hay en cada flor, una serpiente enroscada. El nombre de la tercera Sala es Sabiduría, y más allá se extienden las aguas sin orillas de Akshara, la Fuente indestructible de Omnisciencia.

Estos son pronunciamientos místicos de gran importancia, que no son fáciles de comprender y que –según se da a entender– no es posible interpretar debidamente a menos que se les sitúe en el lugar que realmente les corresponde, que es precisamente la parte que calificaríamos de clímax de una imagen mucho mayor, que abarca la historia completa de la evolución humana. Así pues, revisaremos rápidamente, mediante las palabras y el diagrama, la historia de la evolución, según la hemos resumido en esta obra, colocando el concepto de “las Tres Salas” como coronamiento del edificio. Así será posible penetrar en algunos de los misterios que esperan al buscador que persevera y que ayuda a los que con él recorren el camino. Esto servirá de base al próximo capítulo.

Sección Siete

VISLUMBRE DE LO REAL

No puedes recorrer el Sendero
hasta que te hayas convertido en el Sendero mismo.
Preste tu Alma oído a todo grito de dolor,
tal como el loto abre su corazón
para beber la luz del sol de la mañana.
No dejes que el ardiente sol seque una sola lágrima de dolor
antes de que la hayas enjugado tú mismo de los ojos del afligido.
Pero deja que toda ardiente lágrima humana caiga sobre tu corazón
y que allí permanezca,
mientras no haya cesado el dolor que la causó.

(La Voz del Silencio - H. P. Blavatsky)

CAPITULO I

LAS TRES SALAS

Como dijimos en el capítulo anterior, *La Voz del Silencio* fue traducida por H. P. Blavatsky de un manuscrito muy antiguo. Está formado por una colección de versículos tomados de un libro llamado *El Libro de los Preceptos de Oro*, que desde muchos siglos atrás utilizaban los estudiantes místicos orientales. Pero, aun sin tomar en cuenta su origen ni su antigüedad, los pensamientos que presentan brillan con luz propia, y los estudiosos de hoy que posean una mente adecuada a los asuntos serios, si reflexionan sobre dichos versículos en tranquila meditación, hallarán que en su interior resuenan acordes de respuestas intuitivas. Es verdad, resulta inútil leer estos versículos si no es de esta manera.

Y también, como ya indicamos, los versículos que hablan de “las Tres Salas” se refieren a unas frases de la mayor profundidad, que encierran la clave de toda la evolución del Hombre desde que comienza su peregrinación en la Tierra hasta que la termina, y empieza su evolución como Superhombre.

Hace unos cuantos años, un físico suizo, Carlos Eugenio Guye, señaló que invariablemente consideramos todo fenómeno a la luz de nuestro propio nivel de observación, pero que ese mismo fenómeno parecería muy distinto si se le observara desde otro nivel. Por ejemplo: si decimos que un movimiento se desarrolla en línea recta, esa afirmación será cierta sólo en cuanto a nuestra propia experiencia se refiere, es decir, en relación con la Tierra. Pero ese mismo movimiento, observado desde el punto de vista del Sistema Solar, se desarrollaría en línea recta, ya que lo modificarían, tanto la rotación de la Tierra sobre su eje como el de traslación de ésta alrededor del Sol. A una silla se la considera como un objeto sólido, fabricado y empleado para un propósito particular. Pero a nivel de observación mediante un microscopio de suficiente potencia, la silla, como tal, desaparecería completamente, sustituida por millones de moléculas separadas por grandes regiones de espacio aparentemente vacío. Si redujéramos lo suficiente el nivel de observación, nos veríamos rodeados por un verdadero universo de relampagueantes átomos que se arrojarían hacia allá con inconcebible rapidez. ¿Cuál de estas diferentes descripciones sería la correcta? No podemos decir que cualquiera de ellas se acerca más a la verdad que las otras. Todas forman parte de un total que es mayor que cualquiera de sus aspectos parciales.

De modo análogo, las Tres Salas pueden observarse desde distintos niveles, y sólo difieren en apariencia precisamente por la diferencia de nivel desde el cual se las observa. La humanidad, en general, no reconoce la existencia de un plan en la vida. Pero este hecho no cambia, en modo alguno, la realidad de su naturaleza divina, ni tampoco la verdad de que el Dios que el hombre lleva dentro está siempre tratando de unirse más y más conscientemente con la Fuente Divina de la que emanó. La actividad constante del hombre, su insaciable deseo de avanzar, de lograr, de vencer, son impulsos que nacen de esa fuente invisible, y tiene que obedecerlos aunque no los comprenda. Sus pasos podrán muchas veces ser vacilantes, o desviarse por veredas que no son el camino recto; pero tiene que seguir andando. Puede comprobarse la existencia de este impulso interno, en el hecho de que, mediante todos esos esfuerzos se han formado tres grandes canales de estudio y actividad que, aunque el hombre mismo no comprenda su plena significación e importancia, lo están llevando a

dar pasos positivos hacia el dominio de las tres grandes ilusiones en que está preso, y lo que están preparando para hollar con decisión los tres Senderos que llevan a la Perfección: la Ciencia, la Filosofía y la Religión.

Ahora llamamos la atención del lector sobre la [Fig90](#), donde resumimos nuevamente el Plan de Vida que delineamos en los capítulos anteriores, señalando, en la parte inferior, las Tres Salas: la Sala de la Ignorancia (1), la Sala del Aprendizaje (2), y la Sala de la Sabiduría (3) que, *simbólicamente*, representan la totalidad del Plan.

Las TRES	1	2	3
LIMITACIONES DIVINAS	MATERIA	CONSCIENCIA	ESPIRITU
GRANDES ILUSIONES	ESPACIO COMO DIMENSIONES	TIEMPO COMO SUCESION	YO COMO SEPARACION
METODOS de CONQUISTA	CIENCIA EL MUNDO	FILOSOFIA EL PLAN	RELIGION DIOS
SENDEROS hacia la UNION	CONOCIMIENTO KARMA MARGA	RAZON JNANA MARGA	DEVOCION BHAKTI MARGA
Las TRES SALAS	IGNORANCIA De la IGNORANCIA al CONOCIMIENTO <i>El YO se identifica con el NO-YO</i>	APRENDIZAJE Del CONOCIMIENTO a la SABIDURIA <i>El YO se conoce como YO</i>	SABIDURIA De la SABIDURIA a la ILUMINACION <i>El YO se retira del NO-YO</i>
EL PLAN de VIDA y las TRES SALAS			

FIG. 90

En la parte superior del diagrama se indican los tres Aspectos de la Deidad en manifestación, los cuales, como se verá, son otras tantas limitaciones de Su Ser. Estos Aspectos son: (1) Materia, (2) Conciencia y (3) Espíritu, los cuales, a su vez, producen las tres grandes ilusiones: (1) el Espacio – como dimensiones- (2) el Tiempo – como sucesión- y (3) el Yo – como separación-. Como ya se ha indicado, la vida entera gira alrededor de la necesidad de vencer estas tres ilusiones.

El primer paso en el dominio de la ilusión es el desarrollo de la conciencia, y Annie Besant ha explicado que la conciencia tiene tres fases que también figuran en la [Fig90](#): (1) el Yo se identifica con el No-Yo; (2) el Yo se reconoce a Sí mismo como Yo; y (3) el Yo se retira del No-Yo. Estas tres etapas constituyen un acto primario de conciencia, y fácil es identificarlos con las Tres Salas, a este nivel de observación. El Espíritu da nacimiento al Yo, la Materia, al mundo, que es el No-Yo, y para que exista la Conciencia, el Yo tiene que reconocerse a Sí mismo como el Yo, y entonces retirarse del No-Yo.

Así como ésta es la descripción de todo acto de conciencia, así es también la descripción del total de la evolución humana. Al principio, el hombre se identifica con el No-Yo que es el mundo físico; mora en la Sala de la Ignorancia, se identifica con su cuerpo físico, y persigue los transitorios

placeres mundanales. Gradualmente adquiere conocimiento y aprende a ejercitar sus facultades razonadoras. Entonces, simbólicamente, pasa a la Sala del Aprendizaje y comienza a reconocerse como el Yo. Por último, la comprensión le abre las puertas de la Sala de la Sabiduría, donde el Yo se retira del No-Yo, y la sabiduría lo conduce a la Gran Iluminación, que consiste en vivir la realidad de que Dios y el hombre son Uno.

Jesús escribió del mismo modo la gran jornada evolutiva del hombre al contar la famosa parábola del Hijo Pródigo: aquel joven que dejó la casa de su padre para correr aventuras en un lejano país. Aquí se nos presenta al Yo identificándose con el No-Yo, al Espíritu perdiéndose entre las ilusiones de la Materia. Luego nos cuenta la parábola que, en aquel remoto país, llegó hasta convertirse en un siervo tan desvalido que hasta tuvo que alimentarse de la comida que los animales hoceaban, hasta que un día resolvió volver a la casa de su padre, cuyas puertas estaban abiertas siempre para él. De modo análogo, el Espíritu fabrica para sí mismo cuerpos de carne, que proceden del reino animal, y logra experiencias a través de ellos, hasta que gradualmente se da cuenta que es el Yo, el Ser Divino. Entonces el Hijo Pródigo vuelve a su hogar, el Yo se retira del No-Yo, es decir, de toda identificación con las cosas materiales, y una vez más se une conscientemente a Su Padre.

En (1) la Ciencia, (2) la Filosofía, y (3) la Religión, -tres senderos, tres formas de actividad-, vemos cómo el hombre inconscientemente va en busca de los tres modos de conocimiento que le revelarán la verdad tras las ilusiones del Espacio (1), el Tiempo (2) y el Yo (3). Durante la adquisición del conocimiento científico del mundo material, el hombre se identifica a sí mismo constantemente con el No-Yo, hasta que la última etapa de este estudio le revela la ilusión de todas las cosas materiales. A ese nivel de observación, puede considerarse la investigación científica como expresión de estancia en la Sala de la Ignorancia, ya que hemos de darnos cuenta de que éste es el lugar en que vencemos la ignorancia y obtenemos el conocimiento. Al trazarnos una cierta filosofía de la vida, mediante el esfuerzo por adquirir algún conocimiento de las causas que subyacen bajo los hechos y los acontecimientos que ha llegado a conocer y empleando, por consiguiente, su facultad de razonamiento, llega el hombre gradualmente a adquirir sabiduría. El Yo está empezando a reconocerse como tal y lentamente comienza a atravesar hasta cierto punto las ilusiones que el Tiempo ha tejido en torno de él. A este nivel, vemos aquí que estas actividades humanas se efectúan en la Sala de Aprendizaje. Por medio de la Religión, va llegando el hombre a la comprensión de que todos los seres son hijos de un único Padre. Así comienza a ver a través del velo de la ilusión del Yo separado. Y así, en pensamiento, aunque todavía no en íntima realización, en “vivencia” completa, el Yo se retira del No-Yo. En las formas externas de la religión vemos una expresión, a este nivel, de la Sala de la Sabiduría, porque cuando de ser una creencia externa, la religión pasa a ser una realización interna y una verdadera unión espiritual, abre ante el hombre perspectivas que el futuro revelará plenamente.

Volviendo a examinar la [Fig90](#), veremos que los tres “Métodos de Vencimiento” llevan a los tres “Senderos de Unión”, y que los principios de aquellos primeros se reiteran en los segundos, aunque a un nivel más alto, que se distingue por el hecho sobresaliente de que ahora las actividades están animadas por un propósito: el mero estudiante se ha convertido en verdadero buscador. Ya no se busca el conocimiento por el mero placer de adquirirlo, sino como medio de liberación del Yo. Ya no se satisface el hombre con las cosas de la Tierra y no ansía posesiones, porque ha descubierto que ellas no le aportan satisfacción perdurable. Por eso, su mente se vuelve hacia cosas superiores, y llega a percibir vislumbres cada vez más vívidos, más amplios de los vastos horizontes que lo impelen hacia delante, hacia arriba. Así, a lo largo de cualquiera de los tres Senderos -Ciencia, Filosofía y Religión- ha transmutado el hombre sus actividades a un nivel superior, que se expresa en el crecimiento de una consciencia interna, que lleva, no a logros de índole material, sino a más vastas regiones conceptuales.

Llegamos ahora a las Tres Salas en sí, y esta vez no de modo simbólico, sino a su positiva realidad. Porque las Tres Salas existen. A medida que hemos avanzado en estos estudios, no habré podido menos de advertir el lector que, a cada paso del largo camino que el hombre ha de recorrer – lo mismo que en toda la Naturaleza- hay una mano guiadora, invisible pero eficacísima, que

siempre nos muestra la luz para que, si queremos, podamos seguirla. Y, lo mismo que existió en el pasado, podemos estar seguros que ello será igualmente cierto en el futuro; y, además, para los pocos que reúnen los requisitos necesarios hay, ahora mismo, enseñanzas e instructores prontos para instruir y guiar a las Almas que aspiran porque han logrado aunque sea un leve vislumbre de la Luz. Si bien las palabras físicas no pueden nunca expresar plenamente lo que existe en los mundos superiores, debido a la sutileza de éstos, y necesariamente han de limitar ciertos grandes conceptos al asemejarlos a las cosas materiales con que está el hombre más familiarizado, puede decirse, con verdad, que en los mundos superiores, *existen en realidad esas Tres Salas*, destinadas a impartir conocimientos más profundos a aquellos que están preparados para recibirlos. Pero, si bien son cosas concretas y reales –en el sentido en que corrientemente se emplean estos adjetivos- no hemos de tomar aquí dichas palabras en un sentido demasiado físicamente literal, sino más bien de modo intuitivamente imaginativo, en cuanto a la concepción de su estructura.

Conviene aquí citar ciertos comentarios que, en la mencionada obra de H. P. Blavatsky, siguen a las frases que anteriormente copiamos:

LA PRIMERA SALA. Si quieres cruzar seguro la Primera Sala, no equivoques los fuegos del deseo, que allí arden, por la luz del Sol de Vida.

LA SEGUNDA SALA. Si quieres cruzar seguro la Segunda Sala, no te detengas a aspirar el aroma de sus narcóticas flores... Los sabios no permanecen en los terrenos donde se gozan los placeres de los sentidos... Los juiciosos desoyen las melifluas voces de la ilusión... Esta Sala es peligrosa en su pérfida belleza, y es necesaria sólo para ponerte a prueba.

LA TERCERA SALA. Busca a quien ha de darte nacimiento en la Sala de la Sabiduría, la sala de más allá, donde se desconocen todas las sombras y donde la luz de la Verdad brilla con inmarcesible gloria... Si a través de la Sala de la Sabiduría quisieras alcanzar el Valle de Beatitud, discípulo, cierra bien tus sentidos a la gran herejía de la separatividad que te aparta de los demás.

Estos comentarios nos dan la evidencia de que los temas que se estudian en la Sala de la Ignorancia pertenecen al plano o mundo físico, con todas las incitaciones y tentaciones que pudieran desviar del Sendero al buscador. Los que quieran vencer, avanzar, no deben dejar que los fuegos de la lujuria los engañen, fingiéndoles que son ellos la clara luz de la vida. Si bien aquellos que han de ser instruidos en esta Sala, entran en ella en condiciones de ignorancia, no se trata de la ignorancia que caracterizó los comienzos de la vida del hombre en el mundo físico, sino que lo que ignoran es la enseñanza de orden superior que sólo se imparte a los que para ello se han capacitado. El aspirante debe darse cuenta que todo el conocimiento que obtuvo hasta entonces no fue más que una preparación para el conocimiento mayor que se le revelará ahora que ya está pronto a recibirlo. Jesús expresó esta idea al decir que para entrar en el Reino de los Cielos, los que quería lograrlo habrían de “volverse como niños”.

En la Sala del Aprendizaje, o del Estudio, el tema de la instrucción que recibirá el aspirante será lo que se ha llamado *Kama-Manas*, es decir, la estrechísima asociación que existe, en la vida humana normal, entre los deseos y emociones y la mente analítica o “inferior”. Casi todas las actividades de la vida física del hombre corriente giran alrededor de las expresiones de *Kama-Manas*. De esta Sala se nos dice que en ella hallaremos abiertas y perfumadas todas las flores de la vida, pero que bajo cada una de esas flores encontraremos escondida una serpiente. El hecho de poseer una mente de gran desarrollo es el rasgo distintivo del ser humano. Pero se nos advierte que no deberíamos perdernos en la mera satisfacción de los gozos y triunfos intelectuales. Muchos de los más brillantes pensadores del mundo andan extraviados en uno de los niveles de manifestación de la Sala del Aprendizaje, porque para ellos la adquisición del conocimiento se ha convertido en meta definitiva. Cuando esto sucede, bajo la flor de la adquisición del saber se oculta una serpiente que ataca al

investigador, impidiéndole todo progreso ulterior hacia su verdadera meta. Deberíamos asimilar todo conocimiento, pero sin detenernos en él. Así es como su florecimiento llegará a plenitud, y, al madurar, se convertirá en sabiduría. Así la serpiente se habrá transmutado en lo que también fuera en la Antigüedad: símbolo de la sabiduría.

En la Sala de la Sabiduría, el buscador se pone en contacto con los mundos mental superior y espiritual. Allí se trascienden todas las experiencias anteriores, y el buscador se convierte en Discípulo, que halla a su Maestro o *Guru*. Ante su vista se abren perspectivas de una gloria desconocida en la Tierra, y todo cuanto antes lo deslumbrara como luz, ahora le parece tiniebla al compararlo con el sublime esplendor de las regiones en que penetra.

En la primera de las Tres Salas, el aspirante tiene que dominar las ilusiones que le producen las cosas materiales. En la segunda, vencerá, una por una, las ilusiones que ante él coloca la incesante sucesión de acontecimientos en el tiempo. En la Sala de la Sabiduría, deberá elevarse por encima de “la lamentable gran herejía de la separatividad”, y vivir en la unidad del Yo con todos los Yoes.

En este breve esquema de un asunto enorme, podemos todos ver ahora que la totalidad de la vida que, sin el conocimiento de lo que en ella se oculta a la mirada superficial, parece una desesperante confusión de hechos impredecibles es, en realidad, un plan perfectamente integrado que se va cumpliendo con la misma exactitud y previsión con que avanza la Tierra por su ruta señalada a través del espacio. Podemos ver en el pasado las promesas del futuro. Aunque vivimos dentro del Espacio y del Tiempo, que nos envuelven en numerosas ilusiones de las que todavía no podemos escapar, podemos, intuitivamente, llegar a darnos cuenta de sus numerosos engaños y gradualmente penetrar sus secretos, lo que nos acercará más y más a la Realidad.

CAPITULO II

HACIA EL INFINITO

En alas de la imaginación, hemos visto a la Tierra, con su Sol y sus planetas hermanos, surgir de las negras neblinas del espacio. Hemos visto comenzar la vida como una verde espuma sobre la superficie de las aguas, y hace incontable eones, vimos aparecer sobre la Tierra, en toda su tosquedad, a nuestro remotísimo antepasado, el hombre primitivo. Lo hemos visto desarrollarse a través de las edades, entre largas luchas y lentos progresos, entre derrotas y victorias, en magno recorrido cuya majestad nos maravilla y casi nos abrumba. Nunca logró inventar la mente de los hombre historia semejante. Las lámparas trabajosamente encendidas por la ficción palidecen hasta hundirse en las sombras de la oscuridad, cuando el sol de la verdad lanza sus rayos sobre el panorama de la historia del mundo.

¡Y ahora hemos de mirar hacia el futuro!

Porque hemos sido capaces de descifrar algunos de los misterios del remoto pasado ya desaparecido, podemos esperar que se nos revelen los del futuro. Y ya que hemos comprendido algunas de las enseñanzas que ofrece la Sabiduría Antigua, podemos mirar adelante, hacia el porvenir, con inquebrantable confianza. Sin embargo, debemos estar preparados para contemplar el avance de la raza humana hacia progresos que parecería tan increíbles al hombre corriente de hoy como los milagros de la ciencia moderna le habrían parecido al hombre de las cavernas. Pero, ¿cómo podría ser de otro modo? Porque el tiempo no se detiene y el progreso no podría detenerse tampoco. El ha de avanzar hasta que participe de hecho en las inmensidades que lo rodean. Hay perspectivas de grandeza que ya su mirada intelectual o espiritual ha abarcado y que sin duda alguna habrá de recorrer con sus pasos, por muy distantes que parezcan del campo actual de sus actividades.

Dado que el hombre es un Dios en formación, su futuro no tiene límites; y el conocimiento cada vez mayor que últimamente ha alcanzado abre ya, a los ojos de su imaginación, algo de la magnificencia que un día será suya. Pero, a la vez, esos vislumbres de un futuro gloriosísimo nos apremian con un sentido muy vivo de las necesidades a satisfacer si hemos de estar a la altura de nuestra época, y casi nos abruman al mostrarnos la magnitud de la tarea que nos espera. Las tres grandes ilusiones nos muestran, de modo claro y comprensible, los hechos fundamentales que constituyen el eje de nuestros problemas, y también nos indican el modo de resolverlos.

Por el hecho de que la Teosofía penetra hasta las bases mismas de la vida, puede ofrecer ayuda en todo departamento de la actividad humana. Las naciones del mundo podrían vivir juntas en cooperación pacífica si sintieran como realidad la unidad de toda vida, la fraternidad de todos los seres humanos y el porvenir hacia el cual avanza toda la raza de los hombres. Patronos y obreros podrían trabajar en mutua armonía y mutua buena voluntad, si supieran que la ley de *karma* restablecerá el equilibrio dondequiera que se cometa una injusticia. Las grandes religiones del mundo podrían laborar lado a lado por la humanidad, en todos los países, si supieran que todas y cada una de ellas adoran al mismo Dios, aun cuando ellas le den diferentes nombres.

La Teosofía ofrece a todas las religiones un concepto amplio de Dios que, siendo espléndidamente inspirador para el Alma, resulta también plenamente aceptable para la mente. Puede mostrar al físico la maravilla real y profunda de la labor que lleva a cabo en su laboratorio, en sus

investigaciones, al hacerle patente que las leyes de la Naturaleza no son otra cosa que la Voluntad de Dios en manifestación. Puede esclarecer para el psicólogo los más difíciles problemas, explicándole lo que es en sí la conciencia y revelándole la existencia de los cuerpos más sutiles del hombre. Puede iluminar los estudios del astrónomo, hablándole de los altísimos Seres que animan y rigen los cuerpos celestes que él estudia, de Dioses y Dioses cada vez mayores y más espléndidos, jefes de sistemas solares y de galaxias, hasta avanzar hasta lo infinito del inconmensurable espacio, lo que llenará de inspiración y elevación al alma del investigador a medida que, con ayuda de sus aparatos, hunda más y más su mirada en lo desconocido. Puede decir al geólogo que las épocas recurrentes de actividad y de quietud que el revelan las piedras y las capas de la Tierra son las “rondas” de la vida, a medida que ésta evoluciona, en forma cíclica, pasando a través de todas las cadenas planetarias, con lo cual pondrá ante sus ojos la revelación de Dios manifestándose en sus creaciones. Al estadista le hablará la Teosofía de la Vida Única que existe en todos los hombres, a fin de que se sienta movido a trabajar por el mejoramiento, por el bienestar y la felicidad de la gente de todos los países. Al estudioso de la Naturaleza puede hablarle de las manifestaciones del instinto como producto de las experiencias del alma grupal; del propósito que guía la existencia de los reinos subhumanos; y revelarle la existencia de la Escala de Vida que une a todas las criaturas y seres vivientes en un solo plan de desarrollo. Al educador la Teosofía puede hablarle del Alma que reencarna, lo que significa que cada niño trae al nacer, latentes dentro de sí, las capacidades y características que desarrolló en sus anteriores estancias en la Tierra; y puede señalarle que la educación debería preparar a esos cuerpos nuevos –físico, astral y mental- para que sirvan lo mejor posible a esa Alma, que tanto ha vivido anteriormente, para que ésta pueda adaptarse mejor a las nuevas condiciones de vida en que va ahora a continuar su progreso evolutivo.

A los padres y las madres, la Teosofía tiene mucho que decirles con respecto a la maravillosa oportunidad que se les presenta en cuanto a dar consejo y guía a sus hijos hasta que el Alma de cada uno de ellos asume pleno dominio de todos sus cuerpos hasta que éstos maduren y queden de modo más pleno bajo el dominio de su Yo interno.

Para todos los seres humanos, sean cuales fueren sus circunstancias particulares, la Teosofía abre la posibilidad de una existencia completamente nueva, y de un futuro al que no puede ponerse límites. A la luz de la Teosofía, las cosas corrientes se tornan extraordinarias, y los hechos sencillos revelan su interna grandeza. Vemos así que no somos autómatas, que no somos meros peones en un inmenso juego de ajedrez que ni sabemos quiénes juegan y que no somos tampoco pobres y miserables criaturas rodeadas de enigmas, a las que no queda otro recurso que sufrir, orar y esperar. No: Somos parte integrante de un vastísimo Plan y no hay, ni en Cielos ni en Tierra nada que no podamos lograr, ¡porque somos Divinos, somos uno con la Deidad!

La Teosofía tiene muchas otras valiosas contribuciones que aportar a las numerosas ramas del conocimiento. Una cuestión muy importante, por ejemplo, que se impone a nuestra atención es la de conservar la buena salud y el vigor corporal, porque en este punto nos enfrentamos con una situación realmente anómala. A pesar de los brillantísimos, asombrosos avances de la medicina y la cirugía, la salud del hombre, sea mucha o poca la que posea, se mantiene casi por entero gracias a los continuos e intensos esfuerzos de incontables médicos y cirujanos, enfermeros, enfermeras y empleados de hospitales en el mundo entero. Esta situación no tiene nada de satisfactoria especialmente si, echando una mirada hacia delante, pensamos en cuáles serán las necesidades del futuro. Pero no puede ni podrá remediarse hasta que se conozca la existencia de los cuerpos más sutiles del hombre y los efectos del pensamiento y de las emociones sobre el estado del cuerpo físico, y se les estudie de manera tan práctica y tan asidua como hoy se estudian los gérmenes, los virus y las propiedades curativas de las drogas. Hay muchos métodos para el tratamientos de los males que aquejan al cuerpo físico del hombre; pero nuestra mayor necesidad consiste en saber evitar que aparezcan, mediante un modo de vivir más de acuerdo con las leyes de la Naturaleza. Para lograr esta meta hemos de darnos clara cuenta de cuán estrechamente unidos actúan los cuerpos físico, astral y mental, y de cómo y cuánto cualquier perturbación en uno de ellos afectará a los demás.

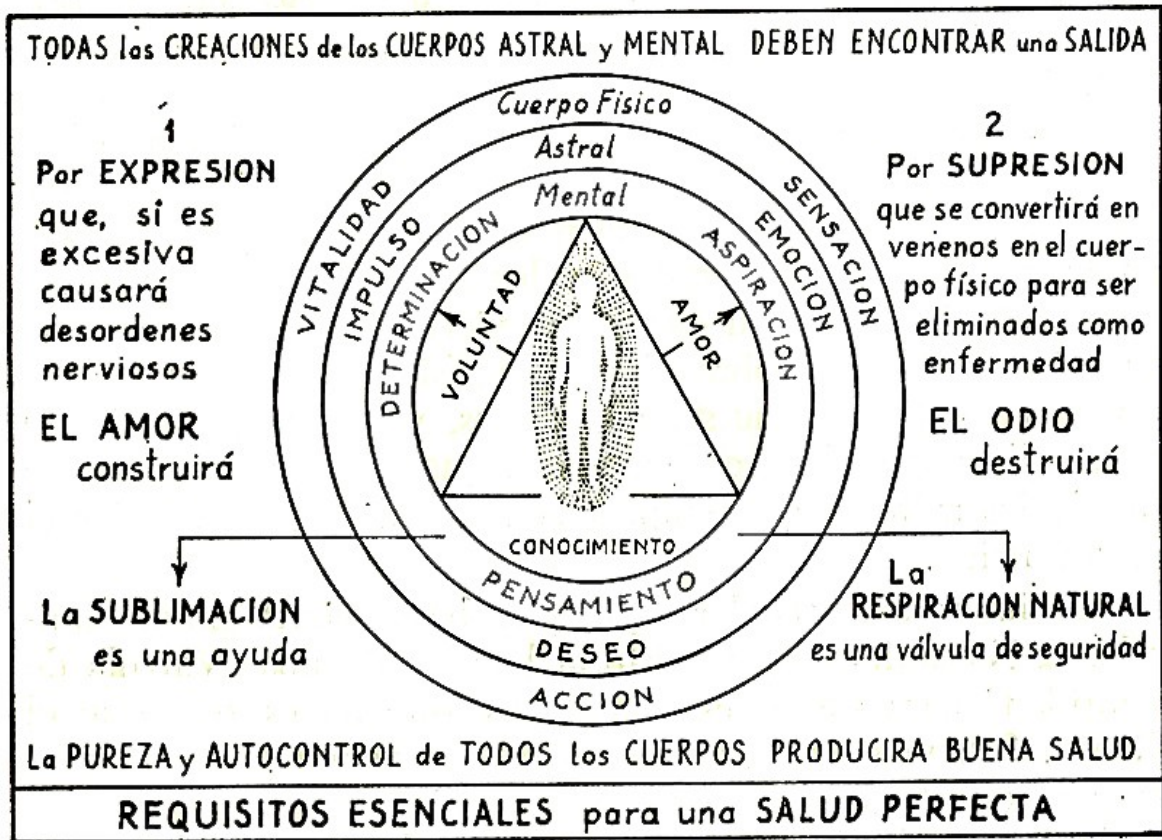


FIG. 91

Llamamos ahora la atención sobre la [Fig91](#). En el centro del dibujo vemos al Hombre en su cuerpo espiritual, rodeado por sus tres cuerpos inferiores: mental, astral y físico. Ya hemos mencionado que el Yo, en su cuerpo espiritual, se expresa como Voluntad, Amor-Sabiduría e Inteligencia Creadora. En el cuerpo mental, la Voluntad aparece como resolución, como decisión; en el cuerpo astral es impulso, y en el físico es vitalidad. El Amor se expresa respectivamente en estos tres mundos como aspiración, emoción y sensación. La Inteligencia Creadora aparece como pensamiento, deseo y acción. En nuestros cuerpos astral y mental y por el ejercicio de nuestras facultades de pensar y de sentir, estamos creando constantemente, *fuerzas de amor, que construyen, y fuerzas de odio, que destruyen*. Los efectos de estas fuerzas se sentirán en los tres cuerpos, físico, astral y mental. Los pensamientos de orgullo de exclusivismo, de prejuicios, las intenciones de dañar a los demás –todo pensamiento o sentimiento inspirado en la intención de causar perjuicio o sufrimiento a otros seres constituye creaciones que se forman en los cuerpos, y tienen que salir. Si se expresan, producirán un cierto deterioro en el cuerpo –astral o mental- en que nacieron, y también un efecto del etéreo sobre el cuerpo físico del mismo sujeto. Si esos pensamientos o sentimientos de mala índole se reprimen, permanecen dentro del cuerpo que los originó, desintegrándose lentamente, hasta que su energía se vierta hacia fuera en una secreción venenosa, sobre el cuerpo físico. Al llegar a éste, esos venenos tienen que ser eliminados, y lo son, produciendo lo que llamamos “una enfermedad”, que no es otra cosa que uno de los métodos que emplea la Naturaleza para limpiar el cuerpo físico.

Es interesante señalar aquí que, hasta cierto punto limitado, la Naturaleza ha provisto al hombre de una “Válvula de seguridad” para sus excesos emotivos, que no es otra que el aliento. Sabemos que los venenos que se acumulan en la sangre son expulsados, en el proceso respiratorio, por medio

de la rítmica acción de los pulmones. Pues bien: todos los excesos emotivos, tales como el temor o la cólera, y hasta las excitaciones agradables, si son exageradas, tienden a hacer la respiración más profunda, lo que favorece la expulsión de venenos, salvo cuando dichos excesos emotivos son tan fuertes, tan grandes, que provocan en el cuerpo físico una tensión que, a su vez, produce una detención total, aunque pasajera, del movimiento respiratorio. La respiración profunda libra al cuerpo de los venenos que, por cualquier causa, se estén acumulando en él. Tomemos un ejemplo muy corriente: cuando en un juego de baseball, de fútbol, se produce una situación tensa que se resuelve con una gran jugada decisiva –aunque sea momentáneamente, como lo es un “goal” o un “home run”, la multitud que presencia el juego, prorrumpe en un enorme grito colectivo. Ello se atribuye al entusiasmo de los espectadores, y si bien éste existe y es vivísimo, el hecho de expresarlo en ese grito –que casi parece, en ocasiones, un rugido- tiene una causa física instintiva: la emoción de las anteriores incidencias del juego han ido produciendo en los espectadores una tensión que culmina en aquella jugada importante, y al librarse de ella, cada uno de los que forman aquel público apasionado se libera a la vez de los venenos acumulados en su organismo por excesos emotivos, mediante la respiración profunda que acompaña a aquella fuerte emisión de voz. La respiración profunda, *pero en forma natural*, y más o menos continuada es conveniente en todos los momentos para mantener sano el cuerpo físico y también para conservar la estabilidad emotiva. Pero la respiración, sea de la clase que sea, que se efectúa de modo antinatural puede producir un daño equivalente. El mejoramiento gradual de las expresiones emotivas por medio de la sublimación contribuirá notablemente a la obtención y conservación de la salud física; pero la solución definitiva de este problema se halla en el perfecto dominio de sí. Estos son los factores que contribuyen en gran proporción a la salud o enfermedad del cuerpo físico y al buen o mal estado general de los cuerpos astral y mental del hombre. Pero, desgraciadamente, la existencia de los cuerpos más sutiles que el físico no es, ni con mucho, de conocimiento general, de modo que no puede ser materia de estudio práctico nada más que para aquellos pocos individuos que, además de conocerlos un poco, tienen el necesario saber, teórico y práctico, de carácter médico que les haga posible la esmerada y continuada observación del estado de los pacientes, así en lo psíquico como en lo patológico. Por fortuna, ya es ampliamente reconocido el hecho de que ciertas emociones afectan al vehículo físico, y se está iniciando el estudio de una rama de la ciencia y arte de curar que se llama “medicina psicomática”. Ya se sabe, por ejemplo, que la cólera constriñe los vasos sanguíneos, y que el miedo envenena la saliva. Con el tiempo, indudablemente, la humanidad llegará a darse cuenta que toda nuestra estructura externa, así como todos los aspectos de su funcionamiento, no son más que la representación externa de nuestros más íntimos pensamientos, sentimientos y deseos. Aquellas famosas palabras de Jesús: “Buscad primero el reino de Dios y Su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura” (*Mateo*, VI, 33) se aplican tanto a la salud física como al bienestar espiritual.

Por supuesto que también tienen capital importancia para el bienestar del cuerpo físico los alimentos que ingerimos, el agua que bebemos, el aire que respiramos y el ejercicio corporal que hacemos... o no hacemos. La escasez del alimento, o su exceso, o su tipo o clase, serán causa de perturbaciones en la salud, ya que es preciso conservar siempre el adecuado equilibrio químico del cuerpo. Con los productos de los mataderos no se construirá ni conservará un cuerpo físico saludable. Muchísimas personas, cuyo número van en aumento, han demostrado, y demuestran, que el bienestar físico no necesita para nada de los productos de la matanza de seres sencientes, con todos los horrores que dicha matanza entraña.

La primera fuente de alimentos para todos los animales la constituye el reino vegetal. Los animales carnívoros consumen lo que debiera llamarse “alimento de segunda mano”, ya que comen animales que se alimentaron de sustancias vegetales. Como sabemos, una grandísima parte del reino animal es naturalmente herbívoro, y muchos ejemplares de los que se llaman “naturalmente carnívoros” pueden adaptarse muy bien a una dieta carente de carne: por ejemplo, *Bhikshu*, hermoso gato de Angora que, a lo largo de trece años, compartió el hogar del autor de estas líneas y de su esposa, y fue durante toda su vida un vegetariano, tan saludable como bello.

El autor de estas líneas no se siente autorizado para tratar extensamente del tema de la química de los alimentos y de la nutrición. Pero sí puede decir que visitó una vez uno de los grandes mataderos de una ciudad importante, donde diariamente se da muerte a decenas de miles de animales. Presenció, pues, detalle por detalle, los horribles sufrimientos que, con la mayor crueldad, se infligen a esas multitudes de pobres criaturas indefensas que van a la muerte con ojos dilatados por el terror –lo cual bastaría ya para envenenar esa carne que ha de usarse para consumo humano- para enseguida bramar de dolor bajo la acción de los instrumentos brutales que se emplean para asesinarlo. Más adelante, también tuvo quien esto escribe ocasión de visitar un museo médico, en cuyos numerosos salones se sucedían los anaqueles llenos de frascos de vidrio que guardaban muestras de diferentes partes del cuerpo humano afectadas por diversas enfermedades, como vívida e impresionante muestra de todos los males a que está sujeta la carne del hombre. Y es evidente la conexión que existe entre uno y otro espectáculo. La Teosofía nos hace conocer la ley de *karma*, por lo cual el hombre cosecha siempre aquello que ha sembrado. En el matadero, siembra dolor, terribles sufrimientos, tan espantosos que es preciso verlos para creerlos, y estas espantosas semillas se siembran día tras día, año tras año. Por lo tanto, quien siembre esas semillas de dolor, *y aquellos para cuyo supuesto goce o beneficio esas semillas se siembren*, cosecharán dolor, y lo cosecharán en su propio cuerpo. Tal es la ley. A medida que progrese mental y espiritualmente, necesitaremos cuerpos mejores, capaces de expresar las facultades superiores que vayamos desarrollando en nuestro interior; y esos cuerpos sólo podrán formarse a base de alimentos puros y llenos de vitalidad. Los productos del matadero no podrán formar parte de los vehículos físicos de la humanidad del futuro.

Muchos otros misterios de la vida encuentran explicación en la Teosofía. Aquí apenas hemos podido decir nada de la vida elemental, y aun menos del reino angélico o dévico, compuesto por entidades, por formas de vida que pueblan muy densamente los mundos astral y mental, moradas que comparten con el reino humano. Y, no obstante, los ángeles, bajo diversos nombres, son mencionados en todas las escrituras religiosas del mundo. Se hallan estrechamente relacionados, en muchas formas, con la operación de las fuerzas de la Naturaleza, y son de diferentes órdenes o grados. Muy erróneamente se ha creído que los ángeles eran seres humanos que a su muerte se convertían en tales si para ellos habían acumulado méritos suficientes durante su vida terrenal. Pero no es así: ángeles y hombres constituyen dos corrientes muy distintas dentro del gran plan evolutivo, en el cual les corresponde desempeñar funciones muy diferentes, si bien existen muchas relaciones entre unos y otros. Por ejemplo: mediante la cooperación angélica queda colocado el átomo físico permanente de cada ser humano dentro del cuerpo de la que ha de ser madre en su próxima encarnación, de modo que la célula reproductiva paterna sea traída hacia ese punto del óvulo en el momento de la concepción. Porque este hecho importantísimo no queda en manos del azar, como cree la ciencia. Hay otros miembros de menos categoría dentro del reino angélico que atienden a las plantas, los árboles, las flores y, en realidad, se ocupan de todas las criaturas vivientes. También hay, en el otro extremo de las categorías angélicas, seres muy grandes y elevados que rigen amplísimos campos de actividad, en nuestro Sistema Solar y en el Cosmos.

Tampoco queremos dejar de mencionar el hecho de que en un alto nivel del mundo mental y se encuentran los “arquetipos” de todas las formas. Puede decirse que cada uno de éstos es la idea original o “forma mental”, existente en la Mente de la Deidad, de las formas vivas que han de crearse en la materia física. La existencia de los arquetipos constituye una diferencia básica entre el concepto de la evolución que ha concebido la ciencia y el que mantiene la Teosofía.

La [Fig93](#) ilustra de modo sencillo el principio en que se apoya el concepto teosófico de la evolución. El triángulo (1), el círculo (2) y el cuadrado (3) representan otros tantos arquetipos existentes en la Mente Divina, que habrán de ser reproducidos en formas físicas con ayuda de los ángeles constructores. Al reproducir sucesivamente esta forma en tipos de materia cada vez más densos, puede ser que los primeros intentos efectuados en el mundo físico se hallen muy lejos de llenar los requisitos de la forma arquetípica, según se observa en la figura marcada con la letra A, en sus tres formas de triángulo, círculo y cuadrado. Pero empleando todas las leyes físicas que puedan

afectar a la forma física, guiando sus “mutaciones”, seleccionando el medio ambiente o empleando cualesquiera otros métodos adecuados, pueden lograrse mejoras en la forma, siempre en dirección a su mayor conformidad con el arquetipo (1-B), hasta que finalmente se obtiene la forma perfecta (1-C), en cuanto la materia física es capaz de reproducirla. Este mismo proceso puede observarse en cada una de las otras dos formas (véase 2-A, 2-B, 2-C y 3-A, 3-B y 3-C). Esta gradual modificación de la forma no se produce por obra de las mutaciones debidas al azar, ni meramente gracias a la supervivencia de los más aptos, sino que es deliberadamente guiada hacia la más perfecta reproducción de la forma arquetípica, y entonces se pone a prueba su capacidad de supervivencia. Hasta en el elevadísimo nivel en que funciona una Deidad Solar, hay problemas de enorme magnitud que Ella tiene que resolver y, desde cierto punto de vista, la historia de la evolución no es sino el relato de Sus estupendos esfuerzos hacia realizaciones cada vez más elevadas.

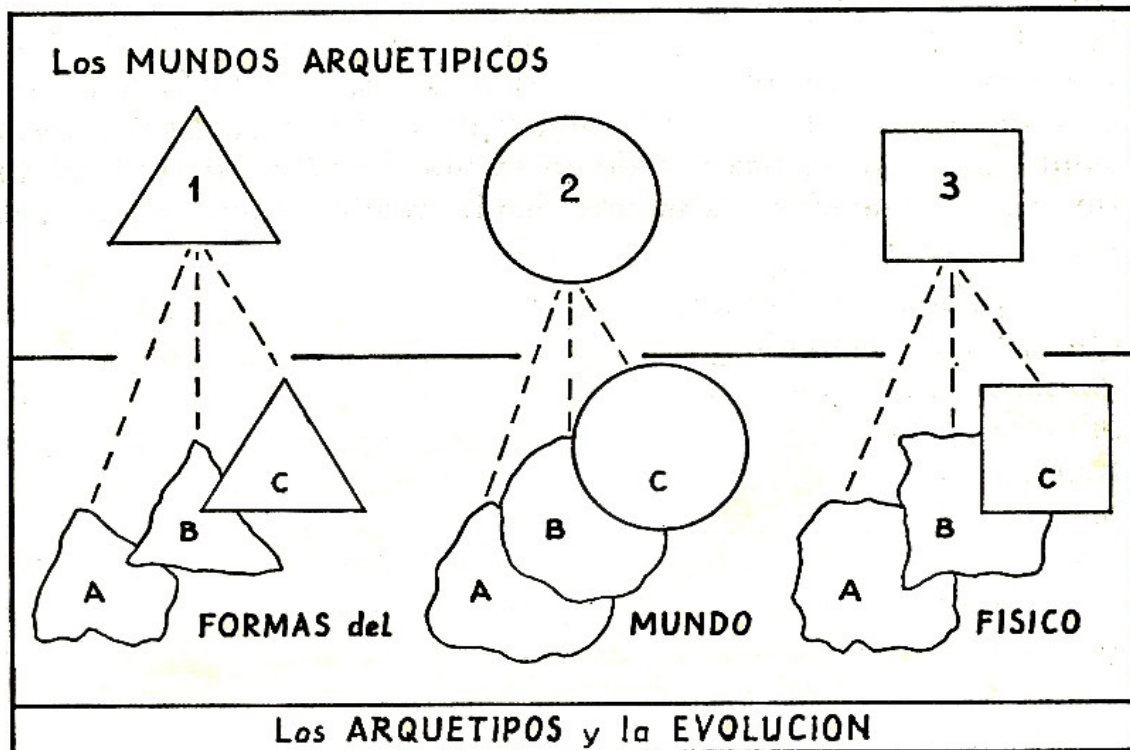


FIG. 93

También el hombre se enfrenta al futuro; el hombre, que ha sido llamado por el poeta inglés Alexander Pope “la gloria, la burla y el enigma del mundo”. Yérguese el hombre, mirando hacia adelante, como quien aún desconoce su propia fuerza, y se cree débil, siendo así que en su ser toda fuerza se concentra, ya que es un Dios que ha olvidado su propia divinidad, un Yo que se ha identificado con el No-Yo, que cree ser de la Tierra, y cuyo verdadero hogar están e las glorias de los reinos celestiales. Porque, como tan bien lo expresó Carlyle:

Es de la Tierra, pero su pensamiento vuela entre las estrellas; mezquinos y despreciables son sus necesidades y deseos, pero sirven a un alma exaltada por magnos y gloriosos designios, por ansias inmortales, por pensamientos que recorren los cielos y que abarcan la eternidad. Es un pigmeo que se yergue sobre la delgada superficie de un pequeño planeta, pero su indomable espíritu se lanza hacia lo infinito, y sólo en él halla reposo.

En *El progreso del peregrino*, esa inmortal obra clásica del siglo XVII, John Bunyan trazó, con vívidas palabras, una imagen altamente simbólica del hombre que, con el cuerpo aún inclinado hacia la tierra que recorre, se empeña en escudriñar el polvo y las pajuelas del camino. Tan empeñado en su fútil tarea, que no alcanza a ver el ángel que, cerniéndose sobre su cabeza, le ofrece una corona de oro. Esta imagen es exacto retrato de la humanidad actual. Tan empeñados están los seres humanos en apoderarse de más y más bienes materiales, de tal modo se sumergen en los atractivos de la vida terrenal, que no alcanzan a ver las áureas perspectivas el progreso espiritual, ni escuchan la voz que sin cesar los llama hacia las alturas.

Pero, tarde o temprano, tal estado de cosas cambiará, y al fin los hombres verán la luz. Esto no significa que el hombre de ciencia haya de renunciar a sus trabajos, tachándolos de mundanales, ni que el filósofo abandone el ejercicio de la razón, juzgándola invención del Príncipe de las Tinieblas para confundir a la humanidad; ni que todos los seres humanos hayan de dedicarse al culto religioso. Lo que significa es que los que se consagran a aquellas disciplinas deberán purificarse de todo deseo de adquirir conocimiento con el solo fin de poseerlo o de aprovecharlo, o de lograr sabiduría para gozar orgullosos del placer de sentirse sabios y de que los demás así los consideren. Así como los que se entregan a prácticas religiosas habrán de purificarse de todo deseo de lograr su mera salvación o liberación individual.

Así pues, el hombre de ciencia proseguirá sus estudios e investigaciones, necesarios al progreso de la humanidad. En los tiempos actuales, es probable que la ciencia, aun si saberlo, esté efectuando una mayor contribución al establecimiento de la fraternidad mundial que la que realiza toda otra rama de la actividad humana. Los ferrocarriles, automóviles, buques, aviones y otros medios de rápido tránsito de largas distancias han hecho de los viajes internacionales —y más, intercontinentales— cosa de lo más corriente, lo que establece amplísimo contacto directo entre seres humanos de las más diversas nacionalidades. La radio, la televisión, el telégrafo y las agencias informativas esparcen por el mundo entero relatos, noticias e imágenes con tal rapidez que casi inmediatamente nos son conocidos los sucesos acaecidos hasta en las antípodas. En todo país civilizado, el cine da a conocer extensamente a los habitantes de otras tierras, cuya apariencia, hábitos y cultura aparecen en la pantalla con el mayor realismo en color y sonido; no solamente vemos vivir a esas gentes extrañas, sino que las oímos hablar su idioma. Así es cómo la ciencia está contribuyendo al mutuo conocimiento entre todos los pueblos del mundo, aun para aquellos seres que nunca salen de su remota aldea. Y el hecho de conocerse constituye el primer paso para entenderse y apreciarse, ya que en todo país, en todo tipo de gentes, hay algo único, algo que para nosotros es nuevo, algo que nos resulta fascinante. Y todo esto va echando abajo las barreras que antes separaban a las naciones unas de otras, para que el mundo llegue a unificarse hasta formar una sola y enorme familia.

Cierto es que la ciencia le ha traído a la humanidad su mayor terror: La bomba atómica. Pero solamente las exigencias de la guerra llevaron a los hombres de ciencia a adaptar la fuerza atómica a propósitos bélicos, y muchos de ellos se están rebelando contra el empleo de sus investigaciones para fines destructivos. Incluso ya ha comenzado a utilizarse la fuerza atómica para diversos fines pacíficos y benéficos. Así llegará el momento en que la investigación del hombre de ciencia se convertirá para él en el comienzo del Sendero del Conocimiento —uno de los tres Senderos que llevan a la realización consciente de la Divinidad— porque habrá logrado un vislumbre del fin superior al que todas las cosas se dirigen. Avanzará, pues, por el camino que ha escogido para unirse con Lo Supremo; pero, al hacerlo, irá sintiendo la necesidad de la filosofía y la religión, de la razón y de la devoción. Y así, para él los tres Senderos se irán haciendo uno.

El filósofo proseguirá sus esfuerzos por llegar a la comprensión de la vida, mediante el empleo de la lógica, del análisis y la síntesis en todos los aspectos de la actividad humana. La filosofía se basa —o debiera basarse— externamente en la ciencia, e internamente en la religión, de modo que para el filósofo no debiera ser muy difícil combinar los Tres Senderos en uno cuando, dejando atrás el reino de la especulación, percibe las leyes que rigen los fenómenos materiales y analiza las variedades de

la experiencia religiosa. También por este Sendero, que es el de la Sabiduría, al fundirse con los otros dos, alcánzase la unión con el Yo Único.

Aquellos que practican los rituales prescriptos por una iglesia, que rinden culto ante algún altar o santuario, que se inclinan en adoración ante la imagen de cualquier Dios o símbolo de la Verdad, o que ven en cualquiera de los grandes Instructores religiosos el ideal sublime al que deciden seguir, se dirigen al Sendero de Devoción, en el que entrarán cuando reconozcan que la religión no es forma externa sino realización y práctica de una verdad interna, y perciban que la finalidad de la vida es la consecución del progreso espiritual del individuo, y no la aceptación de un plan, sea el que sea, encaminado a lograr la salvación o la liberación individual mediante la virtud o los méritos ajenos. Aquellos que siguen el Sendero de la Devoción descubrirán que su propia iluminación interna de muy poco les sirve para ayudar a los demás mientras no aprendan a traducirla en una filosofía práctica de la vida e infundir valores espirituales a los crecientes conocimientos científicos. Así, también ellos fundirán en uno los Tres Senderos, y se fundirán con la Fuente Única de todo Ser.

Esto nos muestra el valor fundamental de estas tres grandes formas de actividad humana, mediante las cuales, al principio sin saberlo, pero luego con ojos plenamente abiertos, avanzan los hombres hacia la meta suprema de la vida.

Pero, ¿qué diremos del arte?

De seguro el arte lleva también hacia estos Tres Senderos, y es muestra exterior del interno nivel de verdad que el individuo ha alcanzado. El verdadero artista funde en su interior la inspiración ferviente del devoto, la sabiduría del Filósofo y el conocimiento del hombre de ciencia. El arte es el modo cómo hacemos las cosas: hay un arte de barrer el piso, de arreglar los muebles de una habitación, de afilar un lápiz, así como hay un arte de conversar... La danza, la música, la pintura, escultura y arquitectura son formas especializadas de arte que poseen un substratum de ciencia, filosofía y religión en que se sustentan las obras de arte materiales. Así pues, el arte genuino es bueno, bello y verdadero en relación con la vida.

A medida que las cosas terrenales pierden atractivo para el hombre que busca la Verdad, convirtiéndose esta búsqueda en el factor dominante en su vida, penetra paulatinamente en regiones más profundas de su conciencia, descubrimiento que, anuncia una nueva etapa en el largo proceso de desarrollo de las facultades del Alma. Comenzará entonces a darse cuenta de que, a lo largo de toda extensísima jornada, a través de los períodos de calma y en el fragor de las tormentas, de la alternación de los días fáciles y de los días difíciles, ha sido guiado a cada paso del camino. Y ahora esta realización ha de florecer en una nueva y maravillosa experiencia. Porque en la Sala de la Sabiduría, si continúa avanzando resueltamente, con firme determinación y con el corazón lleno de amor a Dios y a los hombres, se encontrará con su “Maestro”.

Aquí debe explicarse que *positivamente existen Hombres Perfectos*. Son grandes Almas que, mediante el esfuerzo intenso y la bien dirigida unidad de propósito, han llegado a adelantarse notablemente al resto de sus semejantes, y han logrado esa unión consciente con la Divinidad que vislumbran unos cuantos, muy pocos, que de lejos los siguen. Esos Grandes Seres han logrado ya el estado de perfección, en lo que el reino humano se refiere pero, en vez de continuar avanzando por vías sobrehumanas de evolución que los introducirían en regiones muy lejanas de las luchas y dolores terrenales, han preferido permanecer dentro de la raza humana a fin de ayudar a aquellos de sus hermanos que estén prontos a seguir sus huellas, impartiendoles las enseñanzas superiores necesarias para que den los próximos pasos en el Sendero. A estos Grandes Seres se les llama “Adeptos” o “Maestros de Sabiduría y Compasión”. Para comprender, en cuanto nos sea posible, la naturaleza y la labor de estos Maestros, no debemos ceñirnos a pensar en términos de las limitaciones de la vida terrenal porque, si bien la gran mayoría de Ellos poseen cuerpos físicos, no están aprisionados dentro de ellos como lo estamos nosotros en los nuestros. Los emplean libremente cuando los necesitan, y los abandonan, con igual libertad, cuando no les hacen falta. A pesar de que los Maestros descuellan incomparablemente sobre nosotros a causa de su desarrollo espiritual, cuando un ser humano se halla en presencia de uno de Ellos se da cuenta, muy

profundamente, que esa superioridad no lo aleja ni lo abruma; siente que aquel Ser es, realmente, su “Hermano Mayor”, muchísimo más querido, más íntimo, más verdaderamente comprensivo que el mejor de los amigos. Cerca de cualquiera de Ellos, Su fuerza y Su sabiduría parecen irradiar todo nuestro ser: nos inspiran, nos exaltan y nos saturan de la determinación intensa de ser como Él.

El Maestro estará siempre pronto para aceptar al discípulo, cuando el discípulo esté pronto para seguir al Maestro. Y para hallar al Maestro, uno de Ellos ha dicho: “Debéis pasar de vuestro mundo al nuestro”. En la descripción de las Tres Salas se dice: “Buscad a Aquél que ha de darte nacimiento, en la Sala de la Sabiduría”. Este es el único lugar seguro para encontrar al Maestro. Hay quienes ansían hallarlo en el mundo físico, y contemplar “Su faz”...; pero ponerse en contacto con Él en este mundo significaría que siempre se interpondrían tres velos –formados por nuestros tres cuerpos inferiores- entre Él y nosotros. Por eso debemos buscar y hallar al Maestro en Su mundo, y no en el nuestro.

Observemos ahora la Fig. 94. En la parte inferior del dibujo aparecen las etapas de crecimiento del ser humano, según han quedado registradas en el pasado. En la parte superior, aquéllas que recorrerá el Hombre Espiritual en el futuro. Varios pasos ha de dar el hombre mientras recorre lo que se llama el Sendero del Discipulado, es decir, desde que llega al punto de hallarse bajo el cuidado directo de un Maestro. El primero forma la etapa de “Probación”, o sea, prueba o noviciado, a la que sigue la de “Aceptación”, cuando el discípulo ha realizado los esfuerzos necesarios para que su Maestro lo acepte plena y definitivamente. Luego viene una etapa en que esa relación se estrecha hasta el punto en que se le considera “Hijo del Maestro”; se dice que durante esta etapa es cuando el discípulo “entra en la corriente”, es decir, que recibe la primera de las Grandes Iniciaciones, y ya su éxito está asegurado, o sea que alcanzará la meta fijada para la vanguardia de la humanidad dentro de un determinado período. A esta Iniciación seguirán otras a su debido tiempo, acompañada cada una de una mayor expansión de conciencia, hasta que la Quinta hará del Iniciado un Maestro como el que guió sus pasos por el Sendero. También a él se le denominará Adepto.

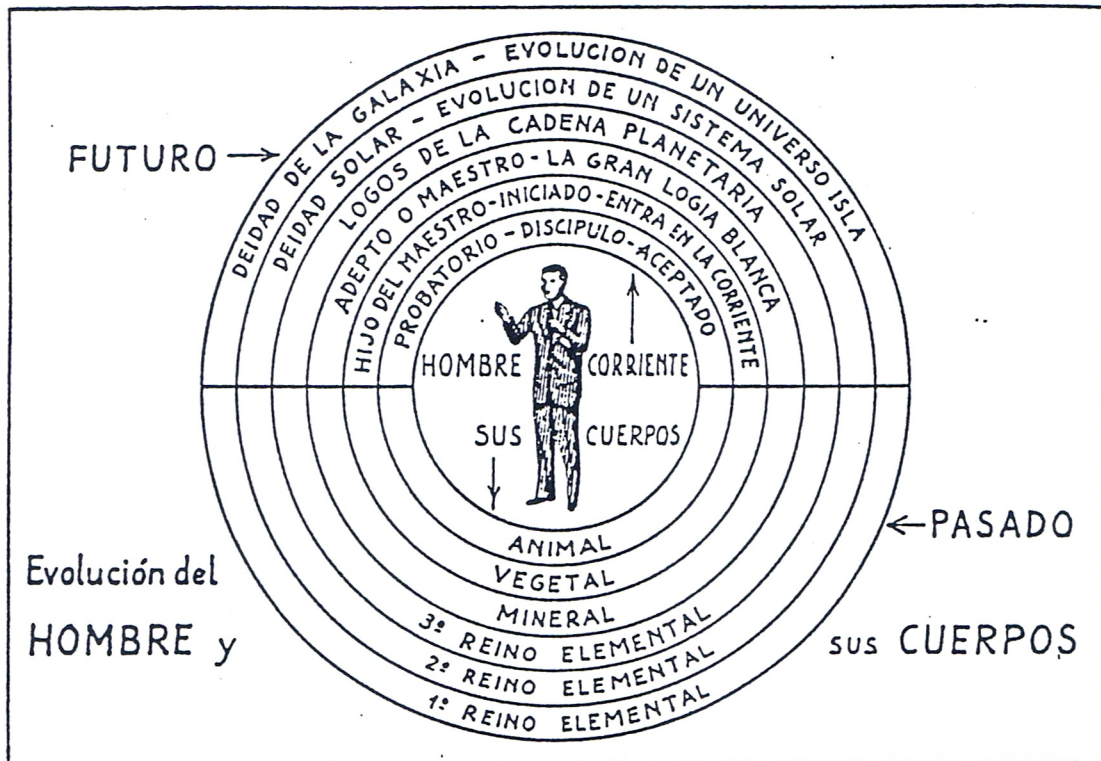


FIG. 94

Muchos volúmenes se han escrito sobre estas etapas superiores de la evolución del Alma, tomados del tesoro de los antiguos escritos de las grandes religiones del mundo. En ellos se muestra cómo debe el hombre liberarse, paso a paso, de las ligaduras que lo atan a lo mundanal. Los requisitos necesarios para llegar a la Iniciación han sido expuestos en nuestra época por J. Krishnamurti, en su libro *A los Pies del Maestro*, tal como sigue:

- I . Discernimiento.
- II . Desapego.
- III . Seis puntos de Conducta.
 - (1) Autodominio de la mente.
 - (2) Autodominio de los actos.
 - (3) Tolerancia.
 - (4) Contentamiento.
 - (5) Unidad de propósito.
 - (6) Confianza.
- IV. Amor.

Existe una gran Fraternidad de Adeptos, llamada la “Gran Logia Blanca”, en Cuyas manos reside el gobierno interno del mundo. Trabajan Ellos invisibles y desconocidos, pero ejercen poderosa influencia sobre la humanidad. Los Maestros son Adeptos que toman discípulos a Su cargo, y Su número es reducido dentro del total de la Fraternidad. Debe destacarse el hecho de que la vida de esos Grandes Seres es muy notablemente distinta de la nuestra, ya que Ellos no sufren muchas de las limitaciones –en cuanto a medios de comunicación, para no citar más que un ejemplo- que a nosotros nos afectan. Así pues, aunque los ligue una gran obra común, pueden residir en muchos países distintos, empleando Sus cuerpos físicos solamente cuando lo exige un trabajo especial. Pero casi toda Su labor se realiza en los mundos superiores.

Las magnificencias del universo físico son apenas una fracción infinitesimal de las glorias que se revelarán a la visión interna de aquél que esté recorriendo los senderos superiores de la evolución. El hombre comenzó a andar en medio de la ignorancia; ha ascendido a lo largo de un dilatado y abrupto camino, pero tiene que seguir adelante. A medida que, en su avance, las cosas materiales se vayan sumiendo en la insignificancia, ganarán en poder y belleza las cosas del Espíritu. Un día, todos nosotros seremos Adeptos, pero es mucho lo que nos espera más allá. Del reino humano, pasaremos al Superhumano hasta que, al fin, en una fulguración de gloria inefable, volveremos a unirnos en plena conciencia a la Fuente de donde emanamos, fundiéndose nuestra humanidad con la Divinidad. Así la magna obra habrá quedado cumplida: el hombre se habrá convertido en un Dios.

Tal es el Plan Divino. Pero, aunque este es un fin, es también un comienzo. Porque aún quedan otras magnas conquistas por realizar en los inmensos dominios del espacio. También aquí la ciencia nos ha mostrado el camino, aunque sin tener conciencia de la trascendencia de sus descubrimientos. La Sabiduría Antigua nos habla de nuestra unión con Dios, designando con este nombre a la Deidad Solar; pero también nos habla de Dioses mayores, que reinan más allá de cuanto el hombre era capaz de concebir en otras épocas. Y el astrónomo, con la magia de sus instrumentos, ha revelado los secretos de las galaxias y de las supergalaxias, dando así prueba material de aquella profundísima verdad oculta (véase la [Fig13](#)). La [Fig15](#), presenta el concepto que cada una de aquellas magnas estructuras está regida por una Deidad de carácter solar, galaxial o supergalaxial, según sea el caso. Cuando los millones y millones de seres que forman nuestra humanidad hayan llegado a la unión consciente con la Divinidad en Su aspecto solar, habiendo desarrollado todo poder, todo conocimiento y todo amor hasta ese elevadísimo nivel –hoy para nosotros inconcebible- ese glorioso final será también un comienzo, porque los seres que hayan llegado a tan alto grado, emanarán nuevamente del seno del Padre a fin de emplear sus grandes poderes en la creación de nuevos sistemas solares. Pero estos sistemas formarán parte de una galaxia, y aquellos que fueron hombres, ya con su experiencia como Deidades Solares, regirán esas

galaxias , habiendo ascendido notablemente de categoría, hasta que en otra etapa de adelanto, dirijan supergalaxias. Y así se irá desarrollando gradualmente el Gran Plan, de ascenso en ascenso, de gloria en gloria, hasta que se alcance lo que nosotros llamamos Lo Infinito.

Mucho nos hemos aventurado por las largas sendas del futuro, llegando acaso hasta captar fugaces vislumbres de magnos acontecimientos por venir. Por ahora, estamos todavía en medio de la batalla que se libra en regiones muy inferiores a las que con la imaginación hemos recorrido, pero con el conocimiento de la meta hacia la cual nos dirigimos y la seguridad de los grandes poderes que laten dentro de nosotros, como chispas que somos de la Divinidad, hemos de cobrar ánimo y avanzar resueltamente hacia delante.

Hemos reconocido que este magnífico palacio que es la civilización que los hombres han edificado con sus esfuerzos a través de las edades, tiene los cimientos hundidos, no en tierra firme, sino en movedizas arenas, y ahora que las torrenciales lluvias descienden, y suben las crecientes, el miedo nos acosa. Erigimos maravillosos ídolos de oro y plata, ante los cuales nos posternábamos, pero se han desmoronado y yacen por tierra. Porque para un mundo que está designado para el crecimiento espiritual, los hombres han fijado normas materiales, que no sirven, que no pueden perdurar. Pero no hemos de temer, porque sólo será destruido aquello que no merezca sobrevivir: lo verdaderamente caduco, lo que no sirva, caerá a tierra y desaparecerá, para ser sustituido por lo nuevo, que será mejor, más fuerte y más bello. Unas veces, zigzaguean los relámpagos, retumba el trueno, y las aguas avanzan, rugiendo amenazadoras; otras veces brilla el Sol, y suaves brisas traen el aroma de las flores, y nos es posible detenernos a gozar de las bellezas del paisaje. Pero debemos seguir avanzando. Porque ya está terminando la negra noche que envolvió a la Tierra, y aquellos que se adelantaron a los demás y ya han escalado las alturas nos hablan, no sólo de la espléndida belleza del lugar, sino de las maravillosas perspectivas que desde las cumbres se contemplan. Y nosotros todos, vemos ya resplandecer sobre el horizonte las leves primeras lumbres de la aurora.

Y los grandes Sabios nos dicen que, en eones por venir, cuando ya hayamos llegado a vivir como realidades la Infinitud, la Eternidad y la Unidad, fundiéndolas en la REALIDAD ÚNICA, cuando hayamos regresado al hogar del Padre, de donde emanamos, entonces se nos revelará el misterio supremo, y entenderemos, percibiremos que, de modo misterioso, jamás hemos salido de ese hogar. No hemos hecho más que creer que salimos. Creímos que el hombre estaba separado de Dios y de los demás hombres; pero esto era falso. Todos los hombres siempre hemos sido hermanos, hijos del mismo Padre, en quien todos vivíamos. Creímos recorrer una larga jornada, pero nunca nos alejamos del Padre. Y cuando llegue el triunfo final, cuando nuestra conciencia condicionada se funda con la Conciencia Absoluta, y quede vencida la última ilusión sabremos, con plenitud inefable, que en todo tiempo, en cada paso del camino que tan interminable nos pareciera, en Él hemos vivido, hemos actuado, y tenido nuestro ser.

FIN